SUNRISE ON THE REAPING



A HUNGER GAMES NOVEL BY

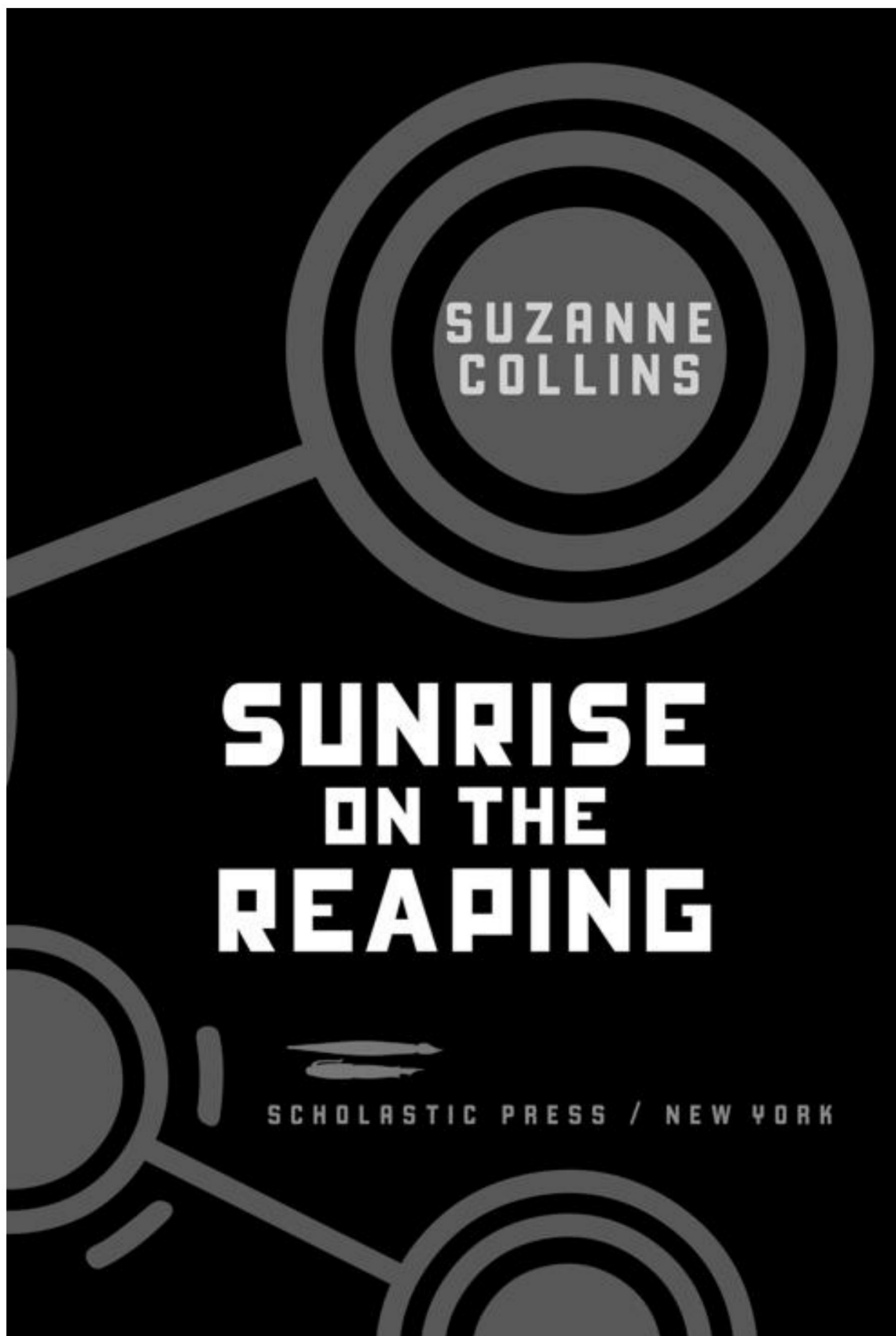
SUZANNE COLLINS

SUNRISE ON THE REAPING



A HUNGER GAMES NOVEL BY

SUZANNE COLLINS


SUZANNE
COLLINS
SUNRISE
ON THE
REAPING
SCHOLASTIC PRESS / NEW YORK

For Richard Register

Contenido

Toda propaganda es mentira, incluso cuando
se dice la verdad. No creo que esto importe
mientras uno sepa qué hace y por qué.
—George Orwell

"Una verdad dicha con mala intención,
supera todas las mentiras que puedas inventar".
—William Blake

Nada sorprende más a quienes consideran los asuntos humanos con filosofía que la facilidad con la que la mayoría es gobernada por la minoría; y la sumisión implícita con la que los hombres someten sus sentimientos y pasiones a los de sus gobernantes. Al indagar cómo se logra esta maravilla, descubriremos que, como la fuerza siempre está del lado de los gobernados, estos no tienen nada que los apoye excepto la opinión. Por lo tanto, el gobierno se funda únicamente en la opinión; y esta máxima se aplica tanto a los gobiernos más despóticos y militares como a los más libres y populares.
—David Hume

"Que el sol no saldrá mañana no es una proposición menos inteligible, y no implica más contradicción que la afirmación de que saldrá."
—David Hume



PART I

"THE BIRTHDAY"



"¡Feliz cumpleaños, Haymitch!"

La ventaja de nacer el día de la cosecha es que puedes dormir hasta tarde el día de tu cumpleaños. A partir de ahí, todo va cuesta abajo. Un día libre de clase no compensa el terror del sorteo. Incluso si sobrevives, a nadie le apetece un pastel después de ver a dos niños siendo llevados al Capitolio para ser masacrados. Me doy la vuelta y me tapo la cabeza con la sábana.

"¡Feliz cumpleaños!", me dice Sid, mi hermano de diez años, sacudiéndome el hombro. "Dijiste que fuera tu gallo. Dijiste que querías ir al bosque al amanecer".

Es cierto. Espero terminar mi trabajo antes de la ceremonia para poder dedicar la tarde a las dos cosas que más me gustan: perder el tiempo y estar con mi chica, Lenore Dove. Mi madre me dificulta disfrutar de cualquiera de estas dos cosas, ya que siempre dice que ningún trabajo es demasiado duro, sucio o complicado para mí, e incluso los más pobres pueden reunir unos centavos para descargar su miseria en alguien más. Pero dada la doble ocasión del día, creo que me permitirá un poco de libertad mientras termine mi trabajo. Son los Vigilantes quienes podrían arruinar mis planes.

—¡Haymitch! —se lamenta Sid—. ¡Está saliendo el sol!

—Está bien, está bien. Yo también me levanto. —Me levanto del colchón y caigo al suelo, poniéndome unos pantalones cortos hechos con un saco de harina del gobierno. Las palabras acaban estampadas en mi trasero.

Mi mamá no desperdicia nada. Quedó viuda joven cuando mi papá murió en un incendio en una mina de carbón, y nos ha criado a Sid y a mí lavando ropa y aprovechando cada detalle. Las cenizas de madera noble de la hoguera se guardan para hacer jabón de lejía.

Las cáscaras de huevo se muelen para fertilizar el jardín. Algún día, estos pantalones cortos se cortarán en tiras y se tejerán para hacer una alfombra.

Termino de vestirme y dejo a Sid de vuelta en su cama, donde se acurruca en la colcha de retazos. En la cocina, agarro un trozo de pan de maíz, una mejora para mi cumpleaños en lugar de la masa granulosa y oscura hecha con harina del Capitolio. En la parte de atrás, mi madre ya está revolviendo una olla humeante de ropa con un palo, tensando los músculos mientras le da la vuelta a un overol de minero. Solo tiene treinta y cinco años, pero las penas de la vida ya le han marcado el rostro, como siempre.

Mamá me ve en la puerta y se seca la frente. «Feliz dieciséis. Salsa en el fuego».

"Gracias, mamá". Encuentro una cacerola con ciruelas guisadas y saco algunas. Mi pan antes de salir. Encontré estos en el bosque el otro día, pero es una grata sorpresa encontrarlos calientes y azucarados.

"Necesito que llenes la cisterna hoy", dice mamá cuando paso.

Tenemos agua corriente fría, solo que sale en un chorro fino que tardaría muchísimo en llenar un cubo. Hay un barril especial de agua de lluvia pura que cobra aparte porque la ropa sale más suave, pero usa el agua de nuestro pozo para la mayor parte de la colada. Entre bombear y acarrear, llenar la cisterna es un trabajo de dos horas incluso con la ayuda de Sid.

¿No puede esperar hasta mañana?, pregunto.

"Me estoy quedando sin ropa y tengo una montaña de ropa que lavar", dijo. respuestas.

—Esta tarde, entonces —digo, intentando disimular mi frustración. Si la cosecha termina a la una, y suponiendo que no participemos en el sacrificio de este año, puedo terminar el agua a las tres y aún ver a Lenore Dove.

Un manto de niebla envuelve protectoramente las desgastadas y grises casas de la Veta. Sería reconfortante si no fuera por los llantos dispersos de niños perseguidos en sueños. En las últimas semanas, a medida que se acercan los Quincuagésimos Juegos del Hambre, estos sonidos se han vuelto más frecuentes, mucho más...

Como los pensamientos ansiosos que me esfuerzo por mantener a raya. El segundo Vasallaje de los Veinticinco. El doble de niños. No tiene sentido preocuparse, me digo, no hay nada que puedas hacer al respecto. Como dos Juegos del Hambre en uno. No hay forma de controlar el resultado de la cosecha ni lo que le sigue. Así que no alimentes las pesadillas. No te dejes llevar por el pánico. No le des eso al Capitolio. Ya se han llevado suficiente.

Sigo la calle de ceniza vacía hasta la colina donde está el cementerio de los mineros. Un montón de marcadores toscos marca la ladera. Desde lápidas con nombres y fechas talladas hasta tablas de madera con la pintura descascarada. Mi padre está enterrado en la parcela familiar. Un trozo de Abernathys, con un marcador de piedra caliza que nos sirve a todos.

Tras una rápida comprobación de testigos (no hay mucho por aquí, y menos al amanecer), me arrastro bajo la valla hacia el bosque que hay fuera del Distrito 12 y empiezo la caminata hacia el alambique. Elaborar licor blanco con Hattie Meeney es un asunto arriesgado, pero es pan comido comparado con matar ratas o limpiar letrinas. Ella espera que trabaje duro, pero ella también trabaja duro, y aunque nunca volverá a cumplir sesenta años, puede hacer más que una persona de la mitad de su edad. Implica mucho trabajo duro: recoger leña, transportar grano, recoger las botellas llenas y traer las vacías para rellenarlas. Ahí es donde entro yo. Soy la mula de Hattie.

Me detengo en lo que llamamos el depósito, un terreno desnudo oculto por las ramas colgantes de un sauce, donde Hattie deja provisiones. Me esperan dos sacos de maíz partido de veinticinco libras, y me echo uno sobre cada hombro.

Me toma aproximadamente media hora llegar al alambique, donde encuentro a Hattie. atendiendo una olla de puré junto a los restos de un pequeño fuego.

Me ofrece su cuchara de madera de mango largo. "¿Por qué no revuelves esto?"

Dejo caer las bolsas de maíz debajo de un cobertizo donde guardamos los suministros y Alza la cuchara en señal de victoria. "¡Vaya, un ascenso!"

Que me permitan manipular el puré es algo nuevo. Quizás Hattie esté empezando a entrenarme para ser socia algún día. Si dos cerveceras nos dedicáramos a tiempo completo, la producción aumentaría, y siempre hay más demanda de la que puede satisfacer, incluso para las delicias que prepara con el grano Capitol.

Sobre todo por eso, ya que es lo suficientemente barato para que lo puedan permitir los mineros. Lo bueno lo compran los soldados rebeldes —es decir, los agentes de la paz— y la gente más adinerada del pueblo. Pero el contrabando es ilegal de diez maneras diferentes, y

Bastaría con un nuevo jefe de agentes de la paz —uno al que no le gustaran las bebidas fuertes — para que nos metieran en el cepo o algo peor. La minería es un trabajo duro, pero no te ahorcan por ello.

Mientras Hattie empaca botellas de licor blanco de una pinta en una canasta llena de Musgo, me agacho y remuevo el puré intermitentemente. Cuando se enfría un poco, lo vierto en un cubo hondo y ella añade la levadura. Pongo el puré en el cobertizo para que fermente. Hoy no destila porque no quiere arriesgarse a que el humo llame la atención si la niebla se disipa. Puede que nuestros agentes de la paz locales hagan la vista gorda ante el alambique de Hattie y su puesto en el Quemador, un viejo almacén que nos sirve de mercado negro, pero le preocupa que sus homólogos del Capitolio, en sus aerodeslizadores camuflados que vuelan a baja altura, nos detecten desde el aire.
Hoy tampoco traigo las botellas, así que me toca cortar leña para la semana. Cuando la pila está llena, le pregunto qué más hay que hacer, y ella simplemente niega con la cabeza.

Hattie se ha ganado mi cariño dándome alguna propina de vez en cuando. No con mi sueldo, que paga directamente a mi madre, sino dándome algo a escondidas. Un puñado de maíz partido que puedo llevarle a Lenore Dove para sus gansos, un paquete de levadura que puedo canjear en el Hob, y hoy una pinta de licor blanco para mi propio consumo. Me dedica su sonrisa de dientes rotos y dice: «Feliz cumpleaños, Haymitch. Supongo que si tienes edad para hacerlo, tienes edad para beberlo».

Tengo que estar de acuerdo y, aunque no soy bebedor, me alegro de poder conseguirlo. La botella. Puedo venderla o intercambiarla fácilmente, o posiblemente pasársela al tío de Lenore Dove, Clerk Carmine, para que tenga una mejor opinión de mí.
Uno pensaría que el hijo de una lavandera sería inofensivo, pero los Abernathy éramos conocidos por ser rebeldes en aquellos tiempos, y al parecer aún conservamos el aroma de la sedición, aterrador y seductor a partes iguales. Tras la muerte de mi padre, corrieron rumores de que el incendio no había sido un accidente.
Algunos dicen que murió saboteando la mina, otros que su equipo fue perseguido por los jefes del Capitolio por ser una panda de alborotadores. Así que podría ser que el problema sea de mi familia. No es que el secretario Carmine sienta ningún cariño por los Agentes de la Paz, pero tampoco es de los que les tiran de la cadena. O quizás simplemente no le gusta que su sobrina ande con un contrabandista, aunque el trabajo sea estable. Bueno, sea cual sea la razón, rara vez me dedica más que un breve asentimiento, y una vez le dijo a Lenore Dove que yo era de los que mueren jóvenes, lo cual no creo que quisiera decir como una recomendación.

Hattie chilla cuando la abrazo impulsivamente. "Ay, basta. ¿Sigues lidiando con esa chica Covey?"

"Lo estoy intentando", digo riendo.

—Ve a molestarla, entonces. Ya no me sirves hoy. —Me deja una bola de maíz partido en la mano y me echa. Me lo guardo en el bolsillo y me voy antes de que cambie de opinión sobre su mejor regalo: pasar un rato inesperado con mi chica. Sé que debería irme a casa y empezar a llenar la cisterna, pero no puedo resistirme a la idea de robarle unos besos. Es mi cumpleaños y, por una vez, esa cisterna puede esperar.

La niebla comienza a disiparse mientras corro por el bosque hacia el prado. Mucha gente comenta sobre su belleza, pero Lenore Dove la llama la amiga de los condenados, porque puede ocultarte de los Agentes de la Paz. Suele tener una visión oscura de las cosas, pero quizá sea de esperar de alguien que lleva el nombre de una niña muerta. Bueno, mitad por la niña muerta llamada Lenore en este viejo poema y mitad por un tono gris, que descubrí el día que la conocí.

Era el otoño después de cumplir diez años y la primera vez que me colé bajo la valla que rodea nuestro distrito. Me habían disuadido tanto la ley como la amenaza de depredadores salvajes, que son raros pero reales. Mi amigo Burdock finalmente me convenció, diciendo que lo hacía siempre y que no tenía ningún problema, y que aún había manzanas si sabías trepar. Y yo sabía trepar y me encantaban las manzanas. Además, al ser más joven que yo, me sentía como un miedoso si no lo hacía.

"¿Quieres oír algo?", preguntó Burdock mientras nos adentrábamos en el bosque. Echó la cabeza hacia atrás y cantó con esa voz tan peculiar. Alta y dulce como la de una mujer adulta, pero más nítida, sin ningún gorjeo. Todo pareció quedar en silencio, y entonces los sinsajos empezaron a captarlo. Sabía que cantarían para otros pájaros, pero nunca los había oído cantar para una persona. Impresionante. Hasta que una manzana le cayó de golpe en la cabeza a Burdock, cortándole la respiración.

"¿Quién les está graznando a mis pájaros?", preguntó una voz de niña. Y allí Estaba, a unos seis metros de altura, despatarrada en la rama como si viviera allí. Coletas torcidas, pies descalzos y sucios, masticando una manzana, con un pequeño libro encuadernado en tela en la mano.

Burdock ladeó la cabeza y se rió. "Oye, primo. Dejaste salir ¿Aquí sola? Porque estoy segura de que no.

-Bueno, no te vi, dijo ella.

—Tú tampoco. Tíranos un poco, ¿quieres?

En respuesta, se puso de pie en su rama y comenzó a saltar hacia arriba y hacia abajo. abajo, bañándonos con manzanas.

"Espera, tengo un saco con mi arco". Burdock salió corriendo. Bajó rápidamente de las ramas y se columpió en el suelo. No era prima Everdeen de Burdock, pero sabía que tenía primas lejanas por parte de su madre. La había visto por ahí en el colegio; un poco tímida, pensé, pero no sabía con quién hablar. No parecía tener prisa por cambiar eso, simplemente se quedó allí mirándome hasta que rompí el silencio.

"Soy Haymitch."

"Soy Lenore Dove."

“¿A la paloma le gusta el pájaro?”

—No. A Dove le gusta el color.

"¿De qué color es ese?"

“Lo mismo que el pájaro.”

Eso hizo que mi cabeza comenzara a dar vueltas y creo que eso nunca se detuvo por completo. Poco después, en la escuela, me hizo señas para que me acercara a un diccionario desgastado y lo señaló. Color paloma: Gris cálido con un ligero tinte violáceo o rosado. Su color. Su ave. Su nombre.

Después de eso, empecé a fijarme en cosas de ella. Cómo sus overoles y camisas descoloridas ocultaban destellos de color, un pañuelo azul brillante asomando de su bolsillo, una cinta color frambuesa cosida en el puño. Cómo terminaba sus lecciones rápido, pero sin hacer ruido, simplemente miraba por la ventana. Entonces vi sus dedos moviéndose, presionando teclas imaginarias.
Tocando canciones. Su pie resbaló del zapato, su tacón de media marcando el ritmo, silencioso contra el suelo de madera. Como todos los Covey, la música en la sangre.
Pero tampoco como ellos. Menos interesada en melodías bonitas, más en palabras peligrosas. De esas que la llevan a actos de rebeldía. De esas que la llevaron a ser arrestada dos veces. Solo tenía doce años entonces, y la dejaron ir. Ahora sería diferente.

Cuando llego al prado, me deslizo bajo la cerca y hago una pausa para recuperar el aliento y contemplar la imagen de Lenore Dove posada en su roca favorita.
La luz del sol ilumina el toque rojizo de su cabello mientras se inclina sobre un antiguo acordeón. Extrae una melodía del viejo y jadeante instrumento, cantando una serenata a una docena de gansos que pastan en la hierba, con una voz tan suave y cautivadora como la luz de la luna.

Cuelgan al hombre y azotan a la mujer

Quien roba el ganso del campo comunal, deja
suelto al villano más grande, que
roba el campo comunal del ganso.

Es un placer escucharla cantar, ya que nunca lo hace en público. Ninguna de Los Covey sí. Sus tíos son más músicos que cantantes, así que simplemente tocan melodías y dejan que el público cante si así lo desea.
A Lenore Dove le gusta más esto. Dice que la pone demasiado nerviosa para cantar delante de la gente. Se le cierra la garganta.

La secretaria Carmine y su otro tío, Tam Amber, la han criado desde entonces. Su madre murió al dar a luz, y ver a su padre siempre ha sido un misterio. No son parientes consanguíneos, pues ella es una Baird, pero los Covey cuidan de los suyos. Llegaron a un acuerdo con el alcalde, cuya casa presume del único piano de verdad del Distrito 12. Lenore Dove puede practicar con él si toca durante alguna cena o reunión de vez en cuando. Ella lleva un vestido verde descolorido, una cinta color marfil atando su cabello, labios teñidos de naranja. Cuando su familia actúa por el Distrito 12 por dinero, se las arregla con el instrumento que toca ahora, al que llama su caja de melodías.

La ley exige que expíemos cuando
tomamos cosas que no nos pertenecen,
pero deja bien a los señores y damas que
toman cosas que son suyas y mías.

Esta no es una canción que sus tíos le dejen tocar en casa del alcalde. Ni siquiera cuando actúa por el Distrito 12. Existe el peligro de que alguien se sepa la letra y monte un alboroto. Demasiado rebelde. Y debo decir que estoy de acuerdo con Clerk Carmine y Tam Amber. ¿Para qué buscarse problemas? Hay muchos sin buscarlos.

Los pobres y miserables no escapan si
conspiran para quebrantar la ley.
Así debe ser, pero persisten aquellos
que conspiran para hacer la ley.

Observo la pradera. Es un lugar aislado, pero todos sabemos que hay ojos. En todas partes. Y los ojos generalmente vienen con un par de orejas.

La ley encierra al hombre o a la mujer que
roba el ganso del terreno comunal.
Y los gansos seguirán teniendo una carencia
común hasta que vayan y la roben.

Lenore Dove me explicó una vez que lo común era tierra que cualquiera podía poseer. Podría usarla. A veces, los Agentes de la Paz la persiguen a ella y a los gansos fuera de la Pradera sin motivo alguno. Dice que es solo una pequeña gota de lío en un mar de males. Me preocupa, y soy un Abernathy.

Algunos gansos silbaron para anunciar mi llegada. La primera cara que vieron al nacer fue la de Lenore Dove, y no la quieren a nadie más que a ella. Pero como tengo maíz, hoy me tolerarán. Lo lancé lejos para ahuyentar a sus guardaespaldas y me incliné para besarla. Luego la besé de nuevo. Y otra vez. Y ella me devolvió el beso.

"Feliz cumpleaños", dice cuando salimos a tomar aire. "No esperaba verte hasta después".

Ella se refiere a la cosecha, pero no quiero hablar de ello.

“Hattie me dejó ir temprano”, le digo. “También me dio esto: un regalo para Mi gran día.” Saco la botella.

—Bueno, no será difícil negociar. Sobre todo hoy. —Además de Año Nuevo, hoy es cuando más gente se emborracha—. Cuatro hijos... Eso va a afectar a muchas familias.

Supongo que vamos a hablar de ello. "Todo va a estar bien", digo, lo cual suena falso.

- Realmente no lo crees, ¿verdad?

—Quizás no. Pero lo intento. Porque la cosecha va a suceder pronto. No importa lo que crea. Tan seguro como que el sol saldrá mañana.

Lenore Dove frunce el ceño. «Bueno, no hay pruebas de que eso ocurra. No se puede confiar en que las cosas ocurran mañana solo porque sucedieron en el pasado. Es una lógica errónea».

"¿De verdad?", pregunto. "Porque así es como la gente planifica su vida".

Y eso es parte de nuestro problema. Pensar que las cosas son inevitables. No creer que el cambio sea posible.

—Supongo. Pero no me imagino que el sol no salga mañana.

Un pliegue se forma entre sus cejas mientras piensa en una respuesta. “¿Te lo imaginas creciendo en un mundo sin cosecha?”

—No en mi cumpleaños. Nunca he tenido uno sin cosecha.

Intento distraerla con un beso, pero ella está decidida a hacérmelo ver. “No, escucha”, dice con seriedad. “Piénsalo. Dices: “Hoy es mi cumpleaños y hay una cosecha. El año pasado, en mi cumpleaños, también hubo una cosecha. Así que todos los años habrá una cosecha en mi cumpleaños”. Pero no tienes forma de saberlo. Es decir, la cosecha ni siquiera existía hasta hace cincuenta años. Dame una buena razón por la que debería seguir ocurriendo solo porque es tu cumpleaños”.

Para ser una chica tan callada en público, en privado es una locuaz. A veces, es difícil seguirle el ritmo. Lenore Dove siempre es paciente al explicar las cosas; no es que sea superior, pero quizá sea demasiado lista para mí. Porque, aunque es una buena idea pensar en un mundo sin cosecha, no lo veo posible. El Capitolio tiene todo el poder y punto.

"No dije que fuera solo porque era mi cumpleaños. Dije..." ¿Qué? ¿Dije? Ni siquiera me acuerdo. «Lo siento, me perdí».

Su rostro se ensombrece. "No, lo siento . De verdad es tu cumpleaños, y aquí estoy". Hablando de quién sabe qué. —Rebusca en su bolsillo y saca un pequeño paquete envuelto en un retazo de tela color paloma, atado con una cinta del mismo verde moteado que sus ojos—. Feliz cumpleaños. Lo hizo Tam Amber. Cambié huevos por el metal y le ayudé a diseñarlo.

Además de tocar la mandolina de maravilla, Tam Amber es el mejor forjador del Distrito 12. Es el herrero de cabecera para encontrar aparatos nuevos o piezas rotas para máquinas antiguas. Burdock tiene una docena de puntas de flecha que trata como si fueran oro, y algunos de los ricos del pueblo tienen joyas que él mismo hizo con oro o plata de verdad, fundidas con reliquias familiares y remodeladas. No se me ocurre qué podría hacerme, pero desato el arco con entusiasmo.

El objeto que se desliza en mi palma no lo percibo de inmediato. Es una fina tira de metal, con forma de C. Mis dedos se aferran con naturalidad a la parte trasera curva mientras examino los coloridos animales enfrentados en la abertura. La cabeza de una serpiente silba al pico de un ave de cuello largo. Extiendo la mano y veo que sus escamas y plumas esmaltadas recorren la pieza hasta que se fusionan y se vuelven indistinguibles. Dos pequeños anillos están soldados, uno detrás de cada cabeza. ¿Para una cadena, quizás?

—Es precioso —digo—. Es para usar, ¿verdad?

—Bueno, ya sabes que me gusta mi belleza con un propósito —responde Lenore Dove crípticamente, haciéndome deducirlo por mí misma.

Le doy vueltas en la mano, luego agarro la C de nuevo, esta vez cubriendo el Cabezas de animales con los dedos. Entonces entiendo su propósito. El borde liso de acero no es solo decorativo.

“Es un percutor de pedernal”, concluyo.

¡Claro que sí! Solo que no necesitas pedernal. Cualquier piedra brillante, como el cuarzo, servirá.

En casa, tenemos un viejo y destartalado percutor heredado de la familia de mi madre. Feo y aburrido. En las largas noches de invierno, me hacía practicar con él hasta que conseguía encender el fuego con seguridad, para no tener que gastar dinero en cerillas. Un centavo ahorrado es un centavo ganado.

Paso el dedo por el fino metal del cuello emplumado. «No quisiera arruinarlo».

—No lo harás. Para eso está hecho. —Toca la cabeza de la serpiente. Luego, el del pájaro, a su vez. «Cuesta mucho quebrar a estos dos. Son supervivientes».

—Me encanta. —Le doy un beso largo y suave—. Y te amo con locura.

Fuego puro es la jerga de Covey, pero esa expresión es nuestra. Normalmente la hace sonreír, pero ahora está completamente seria. "Tú también".

Nos besamos hasta que siento el sabor a sal. No tengo que preguntar por qué.

“Mira, está bien”, le aseguro. “Vamos a estar bien”. Ella asiente, pero Las lágrimas siguen cayendo. «Lenore Dove, vamos a superar este día, igual que el año pasado y el anterior, y con el tiempo lo superaremos».

—Pero no lo haremos —dice con amargura—. Nadie en el Doce lo hará. El Capitolio se asegura de que los Juegos del Hambre se nos graben a fuego en la cabeza. —Dale un golpecito a la botella—. Supongo que Hattie está en el negocio correcto. Ayudando a la gente a olvidar.

—Lenore Dove. —El empleado Carmine no grita, pero tiene una de esas voces que se escuchan sin necesidad. Se queda al borde del prado, con los puños apretados en su overol remendado. Toca el violín y se cuida las manos—. Mejor prepárate.

"Ya voy", dice ella secándose los ojos.

El oficinista Carmine no comenta nada sobre su estado, solo me lanza una mirada que indica que me considera responsable y luego se da la vuelta. Nunca me prestó mucha atención hasta que Lenore Dove y yo nos pusimos serios. Desde entonces, nada de lo que hago me parece correcto. Una vez le dije a Lenore Dove que creía que simplemente odiaba el amor. Fue entonces cuando me reveló que llevaba unos treinta años con el tipo.

En el pueblo, que reemplaza ventanas rotas. Tienen que mantenerlo en secreto porque amar de forma diferente puede llevarte al acoso de los Agentes de la Paz, al despido, incluso a la detención. Considerando sus propios desafíos, uno pensaría que Clerk Carmine sería un defensor de nuestro amor —yo, sin duda, lo apoyo—, pero supongo que cree que Lenore Dove podría ser mejor.

Ella odia que estemos en desacuerdo, así que todo lo que digo es: "Definitivamente estoy creciendo". —Eso la hace reír lo suficiente como para romper el rollo—. Puedo pasarme después. Tengo que hacer algunas tareas, pero debería terminar sobre las tres. Iremos al bosque, ¿de acuerdo?

"Iremos al bosque". Lo confirma con un beso.

De regreso a casa, me doy un baño con un balde de agua fría y me pongo los pantalones. Papá se casó con una camisa que mi mamá remendó con pañuelos de la tienda del Capitolio, donde compran los mineros. Al menos tienes que intentar ir bien vestido para la cosecha. Si llegas con la ropa andrajosa, las Fuerzas de la Paz te golpean o arrestan a tus padres, porque así no se muestra respeto por los muertos de guerra del Capitolio. No importa que tuviéramos muchos muertos de guerra.

Mamá me da mis regalos de cumpleaños: ropa interior hecha con sacos de harina para un año y una navaja nueva, con instrucciones estrictas de que esta última no se use para jugar a las cartas ni a ningún otro juego de cuchillos. Sid me regala un trozo de sílex envuelto en un papel marrón mugriento, diciendo: «Lo encontré en el camino de grava junto a la base de los Agentes de la Paz.

Lenore Dove dijo que te gustaría. Saco mi percutor de pedernal y lo pruebo, creando unas chispas preciosas. Y aunque a mamá no le convence Lenore Dove, dado que es una distracción, le gusta tanto el percutor que pasa un cordón de cuero por las anillas de metal y me lo ata al cuello.

"Es un delantero tremendo", dice Sid, tocando el pájaro con nostalgia.

"¿Qué tal si esta noche te enseño a usarlo?", sugiero.

Se ilumina ante la promesa de hacer cosas de adultos combinada con la promesa de que no me iré a ningún lado. "¿Sí?"

"¡Sí!" Le despeino el pelo para que sus rizos vayan en todas direcciones.

"¡Deja ya!" Sid se ríe y me aparta la mano. "¡Ahora tengo que peinármelo otra vez!"

"¡Mejor ponte manos a la obra!", le digo. Sale corriendo y dejo caer el delantero. mi cuello, no estoy listo para compartirlo con el mundo, no el día de la cosecha.

Tengo unos minutos libres, así que me dirijo al pueblo a comerciar. El aire se ha vuelto denso y quieto, prometiendo tormenta. Se me encoge el estómago al verlo.

La plaza, llena de carteles y repleta de agentes de paz fuertemente armados con sus uniformes blancos, ha sido el tema últimamente: "¡Sin paz!", y las consignas te bombardean por todas partes. ¡SIN PAZ, SIN PAN! ¡SIN PAZ, SIN SEGURIDAD! Y, por supuesto, ¡SIN FUERZAS DE PAZ, SIN PAZ! ¡SIN CAPITOLIO, SIN PAZ! Detrás del escenario temporal frente al Edificio de Justicia cuelga una enorme pancarta con el rostro del presidente Snow y la inscripción: " FUERZA DE PAZ NÚMERO 1 DE PANEM".

Al fondo de la plaza, los agentes de la paz registran a los participantes de la cosecha. Como la fila aún es corta, me adelanto y termino con eso de una vez. La mujer evita mirarme a los ojos, así que supongo que aún puede sentir vergüenza. O tal vez solo sea indiferencia.

La botica tiene una bandera de Panem en la ventana, que mea
Me desanimé. Aun así, aquí es donde consigo el mejor precio para mi licor blanco. Dentro, el penetrante olor a químicos me hace tic en la nariz. En contraste, un aroma suave y dulce proviene de un ramo de flores de manzanilla que reposan en un frasco, esperando convertirse en té y medicina. Sé que Burdock las recogió en el bosque. Últimamente, ha añadido la recolección silvestre a su negocio de caza.

El lugar está desierto, salvo por mi compañera de clase Asterid March, que está ordenando botellitas en un estante detrás del mostrador. Una larga trenza rubia le cae por la espalda, pero el calor húmedo ha hecho crecer mechones de pelo que enmarcan su rostro perfecto. Asterid es la belleza del pueblo y rica para los estándares del Distrito 12.
Solía tenerle rencor, pero una noche apareció sola en la Veta para curar a una vecina a la que habían azotado por haberle contestado mal a un agente de la paz. Trajo un ungüento que había preparado ella misma y se escabulló sin mencionar el pago. Desde entonces, es a quien la gente recurre cuando un ser querido es azotado. Supongo que Asterid tiene más sustancia de la que sugiere su grupo de presumidos amigos del pueblo. Además, Burdock está loco por ella, así que intento ser amable aunque tiene tantas posibilidades con ella como un sinsajo con un cisne. Las chicas del pueblo no se casan con chicos de la Veta, a menos que algo salga realmente mal.

Oye. ¿Te sirve esto para algo? —Dejé el licor blanco en la encimera—. ¿Para jarabe para la tos o algo así?

“Seguro que puedo encontrar uno”. Asterid me da un precio justo y me lo ofrece. Una ramita de manzanilla. «Para hoy. Dicen que trae buena suerte».

Deslizo el tallo por el ojal. "¿Quién dice? ¿Bardana?"

Ella se sonroja un poco y me pregunto si estoy equivocado sobre sus posibilidades. Quizá fue él. No lo recuerdo.

—Bueno, a todos nos vendría bien un poco de suerte hoy. —Miro la bandera en la ventana.

Asterid baja la voz. «No lo queríamos allí. Los agentes de la paz insistieron».

¿O qué? ¿Arrestaron a los March? ¿Destrozaron su tienda? ¿Los cerraron para siempre? Me siento mal por haberlos juzgado antes.

—Entonces no hay opción. —Señalo con la cabeza la manzanilla—. Ponte un poco tú también, ¿vale? —Me dedica una sonrisa triste y asiente.

Voy a la tienda de dulces de los Donner, que está al lado, y compro una bolsita blanca de gomitas multicolores —las favoritas de Lenore Dove— para compartirlas después. Las llama gomitas arcoíris y jura que sabe distinguir los sabores, aunque todas saben exactamente igual. Merrilee Donner, de mi clase, me atiende con un vestido rosa impecable y cintas a juego en su pelo rubio rojizo. Nadie va a arrestar a los Donner por ir descuidados.

Por suerte, Asterid me pagó en efectivo, porque los Donner no aceptan vales, que es con lo que el Capitolio paga a los mineros. Técnicamente, solo sirven en la tienda del Capitolio, pero muchos comerciantes del pueblo los aceptan y mi madre consigue bastante en la lavandería.

Cuando salgo, sonrío por un segundo al ver los lindos dulces de los Donner. Etiqueta, pensando en encontrarme con Lenore Dove en el bosque. Entonces veo que es el momento. Las pantallas gigantes que flanquean el escenario se han iluminado con la bandera ondeante en honor a los Juegos del Hambre. Hace cincuenta y tantos años, los distritos se alzaron contra la opresión de nuestro Capitolio, iniciando una sangrienta guerra civil en Panem.

Perdimos, y como castigo, cada 4 de julio, cada distrito debe enviar dos tributos, una niña y un niño de entre doce y dieciocho años, a luchar a muerte en una arena. El último niño en pie es coronado vencedor.

La cosecha es donde sacan nuestros nombres para los Juegos del Hambre. Se han delimitado claramente con cuerdas naranjas dos corrales, uno para las niñas y otro para los niños. Tradicionalmente, los de doce años se reúnen al frente y los niños van creciendo hasta llegar a los de dieciocho en la parte de atrás.

La asistencia es obligatoria para toda la población, pero sé que mi madre mantendrá a Sid en casa hasta el último minuto, así que no me molesto en buscarlos. Como Lenore Dove no está por ningún lado, me dirijo a la sección designada para chicos de catorce a dieciséis años, pensando en mis posibilidades.

Hoy tengo veinte papelitos con mi nombre en la cosecha.

Cada niño recibe uno automáticamente cada año, pero tengo tres adicionales.

Porque siempre me encargo de tres teselas para alimentarme y alimentar a mi familia. Una tesela te da una ración de aceite enlatado y un saco de harina marcado para una persona, que se puede recoger cada mes en el Edificio de Justicia. A cambio, tienes que poner tu nombre en la cosecha una vez más por cada tesela de ese año. Esas entradas se quedan contigo y se acumulan. Cuatro fichas al año por cinco años: así es como tengo veinte. Pero para colmo, como este año es el segundo Vasallaje de los Veinticinco, que marca el quincuagésimo aniversario de los Juegos del Hambre, cada distrito tiene que enviar el doble de niños de lo habitual. Supongo que, para mí, es como tener cuarenta fichas en un año normal. Y no me gustan esas probabilidades.

La multitud se espesa pero puedo ver a uno de los niños de doce años al frente. Intentando disimular que llora. En dos años, Sid estará allí. Me pregunto si seré yo o mamá quien lo siente antes y le explique su papel en la cosecha. Cómo tiene que tener buen aspecto, callarse y no causar problemas. Incluso si ocurre lo impensable y sale su nombre en el sorteo, tiene que aguantarse, poner la cara más valiente posible y subir al escenario porque resistirse no es una opción. Los Agentes de la Paz lo arrastrarán hasta allí a patadas y gritos si es necesario, así que debería intentar irse con dignidad. Y recuerde siempre que, pase lo que pase, su familia lo amará y estará orgullosa de él para siempre.

Y si Sid preguntara: “Pero, ¿por qué tengo que hacer esto?”

Sólo podemos decir: “Porque así son las cosas”.

A Lenore Dove le disgustaría esa última parte. Pero es la verdad.

"Feliz cumpleaños". Alguien me da un golpe en el hombro y ahí están Burdock, con un traje deshilachado, y nuestro amigo Blair, que heredó una camisa tres tallas más grande de su hermano mayor.

Blair me da un golpe en el pecho con un paquete de cacahuetes tostados de la tienda Capitol. "Y que todos tus deseos se cumplan".

—Gracias. —Me guardo las nueces y las gomitas en el bolsillo—. No tenían que arreglarse para mí.

"Bueno, queríamos que tu día fuera especial", dice Blair. "¿Qué clase de idiota nace el día de la cosecha?"

“El tipo al que le gustan los desafíos”, dice Burdock con aprecio.

—Solo estoy jugando con lo que me tocó. Pero ya sabes lo que dicen: mala suerte con las cartas, suerte en el amor. —Preparo mi manzanilla—. Oye, mira lo que me regaló tu novia, Burdie.

Nuestra atención se desplaza al corral de las niñas, donde Asterid está hablando con ellas. Merrilee y su hermana gemela, Maysilee, que es la chica más estirada de la ciudad.

"¿Sus amigos saben de ti, Everdeen?", pregunta Blair.

—Nada que saber —dice Burdock con una sonrisa—. Bueno, todavía no.

El sistema de sonido cobra vida, devolviéndonos la sobriedad. Justo entonces, veo... Lenore Dove esquivó a un agente de la paz y se coló en el corral. Luce estupenda con el vestido rojo manzana con volantes que a veces usa para actuar, con el pelo recogido con peines metálicos que le hizo Tam Amber. Delicada y sombría.

Una grabación del himno suena en la plaza y me hace castañetear los dientes.

Joya de Panem,
Ciudad poderosa,

Se supone que debemos cantar, pero en lugar de eso, murmuramos lo que sea. Simplemente mantenemos nuestros labios en movimiento en el momento justo. Las pantallas proyectan imágenes del poder del Capitolio: ejércitos de fuerzas de paz marchando, flotas de aerodeslizadores, tanques desfilando por las amplias avenidas del Capitolio, hasta la mansión presidencial. Todo es limpio, caro y mortal.

Al terminar el himno, la alcaldesa Allister sube al podio y lee el Tratado de Traición, que básicamente son los términos de rendición de la guerra. La mayoría de los habitantes del Distrito 12 ni siquiera vivían entonces, pero estamos aquí para pagar el precio. La alcaldesa intenta mantener un tono neutral, pero su voz denota una desaprobación que garantiza su pronto reemplazo. Los alcaldes decentes siempre lo son.

A continuación, recién llegada del Capitolio, llega Drusilla Sickle, una mujer con cara de plástico que acompaña a nuestros tributos a los Juegos del Hambre cada año. No tengo ni idea de cuántos años tiene Drusilla, pero lleva apareciendo en el Distrito 12 desde el primer Vasallaje de los Veinticinco. ¿Tal vez tenga más o menos la edad de Hattie? Es difícil saberlo porque tiene una hilera de lo que parecen chinchetas elegantes que le rodean la cara, tirando de su piel hacia atrás y sujetándola en su lugar. El año pasado, cada una estaba decorada con una pequeña hoja de sierra circular. Este año, el número 50 parece ser el tema. En cuanto a la ropa, es evidente que le costó incorporar dos tendencias de moda, la militar y la atrevida, y el resultado es su atuendo actual: una chaqueta de oficial amarillo limón con botas altas a juego y un sombrero alto con visera. Las plumas se abren en abanico desde la parte superior del sombrero, lo que la hace parecer una

Narciso perturbado. Nadie se ríe, sin embargo, porque aquí es el rostro del mal.

Dos Agentes de la Paz colocaron bolas de cristal gigantes con las entradas de homenaje a ambos lados del podio. "Primero las damas", dice Drusilla, metiendo la mano en la bola de la derecha y sacando un papelito. "Y la afortunada es...". Hace una pausa para dar un toque de distinción, haciendo girar el nombre entre los dedos, sonriendo con suficiencia antes de clavar el cuchillo. "¡Louella McCoy!"

Me siento mal. Louella McCoy vive tres casas más abajo que yo, y no existe una niña de trece años más lista y atrevida. Un murmullo furioso recorre la multitud, y puedo sentir a Blair y Burdock tensándose a mi lado mientras Louella sube las escaleras del escenario, echándose sus coletas negras sobre los hombros y frunciendo el ceño mientras intenta parecer dura.

¡Y este año, las damas también son segundas! Junto a Louella estarán...
La mano de Drusilla revuelve los papeles de la pelota y saca otro nombre.
“¡Maysilee Donner!”

Mis ojos se encuentran con los de Lenore Dove, y solo puedo pensar: « No eres tú. Al menos, no por un año más. Estás a salvo».

La multitud vuelve a reaccionar, pero más con sorpresa que con enojo, porque Maysilee es una chica de pueblo de pura cepa y de lo más pretenciosa que se pueda imaginar, ya que los Donner son comerciantes y el consenso general es que su padre será elegido para suceder al alcalde Allister. Los chicos de pueblo rara vez son tributos porque no suelen tener teselas como las de la Veta.

En el corral de las chicas, Maysilee agarra la mano de Asterid mientras Merrilee, entre sollozos, la abraza, con las tres cabezas rubias apretadas. Luego, Maysilee se despega con cuidado y se alisa el vestido, idéntico al rosa de su gemela, solo que con un tono lavanda. Casi siempre lleva la nariz en alto, pero la mantiene aún más alta al caminar hacia el escenario.

Ahora es el turno de los chicos. Me preparo para lo peor, mientras Drusilla saca un papel de la bola de la izquierda. "¡Y el primer caballero que acompañará a las damas es... Wyatt Callow!"

Hace tiempo que no veo a Wyatt Callow por la escuela, lo que probablemente significa que cumplió dieciocho y empezó en las minas. No lo conozco bien. Vive al otro lado de la Veta y mantiene un perfil bajo. Me odio por el alivio que siento al verlo acercarse al escenario, con sus pasos mesurados y su expresión vacía que no revelan nada. Yo también lo siento por él. Wyatt

debe estar acercándose a su decimonoveno cumpleaños, un gran acontecimiento en los distritos porque es cuando se llega a la edad límite para la cosecha.

Mientras la mano de Drusilla se sumerge nuevamente en la pelota, parece demasiado esperar. Que tanto Lenore Dove como yo escaparemos de este terror. Que en unas horas estaremos lejos de la plaza, abrazadas en la fresca sombra del bosque. Respiro hondo, preparándome para mi sentencia de muerte.

Drusilla observa el nombre final. "Y el niño número dos es..."
¡Oportunidad de Woodbine!

Un bufido involuntario escapa de mis labios, repetido por varios chicos alrededor. Yo. Lenore Dove mira, intenta sonreír, pero no puede evitar desviar su atención hacia la última víctima.

Woodbine es el más joven y guapo de esos locos Chance. Todos se vuelven tan locos bebiendo que Hattie no les vende licor blanco por miedo a que derrote a los Agentes de la Paz, así que tienen que comprárselo al viejo Bascom Pie, que no tiene escrúpulos y vende licor a cualquiera con suficiente dinero. Si los Abernathy huelen a sedición, los Chance apestan a ella, y han perdido a más familiares por la soga de los que puedo recordar. Se rumorea que Lenore Dove podría estar emparentada con ellos por parte de su padre. Parecen tenerle muchísimo cariño, aunque no sea oficial. De una forma u otra, hay una conexión que el secretario Carmine desaconseja.

Puedo ver a Woodbine, que está unas filas delante de mí, proyectada en La pantalla. Hace como si siguiera a Wyatt, pero entonces sus ojos grises brillan desafiantes, se da la vuelta y corre hacia un callejón. Sus parientes gritan palabras de aliento y los cuerpos bloquean instintivamente a los Agentes de la Paz. Justo cuando pensaba que podría lograrlo —todos esos chicos de Chance corren como un rayo—, un disparo suena desde la azotea del Edificio de Justicia y la nuca de Woodbine explota.



Las pantallas se oscurecen por un segundo y luego la bandera reaparece. Obviamente, no quieren que el resto del país sea testigo del desorden aquí en el Distrito 12.

La plaza estalla cuando algunas personas se dirigen a las calles laterales y otras... Me apresuro a ayudar a Woodbine, aunque ya no puede ayudar. Los agentes de la paz siguen disparando, más bien como advertencia, pero alcanzando a algunos desafortunados al final de la multitud. No sé qué camino tomar. ¿Encuentro a Sid y a Ma? ¿Saco a Lenore Dove de la plaza? ¿Corro a cubierto?

—¿Quién hizo esto? ¿Quién hizo esto? —pregunta Drusilla.

Un joven agente de la paz desconcertado es empujado al borde del techo del edificio de Justicia.

"¡Imbécil!", le reprende Drusilla desde abajo. "No pudiste esperar ¿Hasta que estuvo en el callejón? ¡Mira este desastre!

Es un desastre, sí. Alcanzo a ver a Ma y a Sid al final de la multitud y me acerco a ellos cuando una voz masculina áspera retumba por el sistema de sonido.

¡Al suelo! ¡Al suelo, todos! ¡Ahora! Automáticamente, caigo de rodillas y asumo la posición: las manos entrelazadas tras la nuca, la frente pegada a los ladrillos tiznados de la plaza. Con el rabillo del ojo, veo que casi todos a mi alrededor hacen lo mismo, pero Otho Mellark, un tipo corpulento y pesado cuyos padres son los dueños de la panadería, parece desconcertado. Sus manos carnosas cuelgan sueltas a los costados y arrastra los pies de un lado a otro, y entonces noto que su cabello rubio está salpicado de sangre. Burdock le da un puñetazo fuerte en la parte posterior de la rodilla, suficiente para tirarlo al suelo y ponerlo fuera de la línea de fuego.

El micrófono caliente de Drusilla hace rebotar su voz por la plaza mientras grita.
A su equipo: "¡Tenemos cinco minutos! ¡Cinco minutos de retraso y tendremos que terminar esto en vivo! ¡Deshazte de esos malditos!"

Por primera vez, entiendo que cuando transmiten la cosecha en vivo, no es realmente en vivo. Debe haber una pausa de cinco minutos en la transmisión por si ocurre algo así.

Las botas de los agentes de paz pisotean al público mientras los soldados agarran a cualquiera que esté marcado con sangre, incluido Otho, y los empujan hacia las tiendas cercanas para ocultarlos.

¡Necesitamos otro chico! ¡Ese muerto no sirve! —dice Drusilla.
Bajando ruidosamente las escaleras hacia la plaza.

Se oye un agudo lamento seguido de las órdenes de los agentes de la paz. Entonces oigo la voz de Lenore Dove y levanto la cabeza como si no pudiera controlarla. Intenta ayudar a la madre de Woodbine, que se le ha agarrado de la mano mientras dos agentes de la paz intentan llevárselo. Lenore Dove tira del brazo de uno de los soldados, rogándoles que, por favor, dejen que su madre se lo quede, que solo le dejen verlo un minuto. Pero parece que no tienen ni un minuto.

Esto no acabará bien. ¿Debería entrar? ¿Retirar a Lenore Dove?
¿O solo empeoraré la situación? Siento como si mis rodillas estuvieran pegadas al suelo.

"¿Cuál es el problema?", oigo decir a Drusilla. "Quita ese cuerpo de aquí".
¡La plaza!” Un escuadrón de cuatro agentes de la paz más se dirige hacia allí.

Que se refieran a Woodbine como "cuerpo" enfurece a su madre. Ella empieza
Grita, abrazándolo por el pecho, intentando apartar a su hijo de los soldados. Lenore Dove se une a ella, agarrando las piernas de Woodbine para liberarlo.

Mamá me va a reprender por intervenir, pero no puedo quedarme tirado en el suelo mientras Lenore Dove está en peligro. Me levanto y corro hacia ella, con la esperanza de que suelte a Woodbine. Veo a uno de los agentes de la paz que se acerca levantando su rifle para noquearla.

"¡Alto!" Salto para protegerla, justo a tiempo de interceptar la culata del rifle que me golpea la sien. Un dolor estalla en mi cabeza mientras luces dentadas me atraviesan la vista. Ni siquiera llego al suelo cuando unas manos de hierro me agarran los brazos y me arrastran hacia adelante, con la nariz a centímetros de los ladrillos. Caigo de bruces ante un par de botas amarillas. La punta de una me levanta la barbilla antes de golpearla contra el suelo.

"Bueno, creo que acabamos de encontrar nuestro reemplazo".

Lenore Dove está detrás de mí, suplicando. "¡No te lo lleves! ¡No fue su culpa! ¡Fue mía! ¡Castígame!"

—Oh, dispárale a esa chica, ¿quieres? —dice Drusilla. Un agente de la paz cercano apunta con su rifle a Lenore Dove, y Drusilla resopla exasperada. —¡Aquí no! Tenemos suficiente sangre que limpiar. Busca un lugar discreto, ¿quieres?

Mientras el soldado da un paso hacia Lenore Dove, aparece un tipo con un mono violeta, poniéndole una mano en el codo. «Espera. Si pudiera, Drusilla, me encantaría quedármela para la emotiva despedida. Al público le encantan esas cosas y, como siempre nos recuerdas, es todo un reto conseguir que siquiera se fijen en Doce».

—Bien, Plutarco. Como sea. Que suban los demás. ¡Arriba! ¡De pie, cerdos del distrito! —Mientras me levantan, noto que Drusilla lleva una fusta enganchada a una bota y me pregunto si es solo decorativa. Su aliento a pez muerto me golpea la cara—. Si no juegas bien, te pego un tiro yo mismo.

“¡Haymitch!”, oigo gritar a Lenore Dove.

Empiezo a responder, pero Drusilla me agarra la cara con sus largos dedos. «Y ella puede mirar».

Plutarch le hace un gesto a uno de los miembros de la tripulación. "Pon una cámara a esa chica, ¿quieres?" ¿Tú, Cassia? —pregunta a Drusilla—. Tenemos imágenes de los Agentes de la Paz controlando a la multitud. Podría ser una oportunidad para abordar el tema de «Sin Agentes de la Paz, no hay paz».

—¡No tengo tiempo, Plutarco! ¡Apenas tengo tiempo para mantener el statu quo! ¡Trae al primer chico...! ¿Cómo se llamaba?

“Wyatt Callow”, dice Plutarch.

—Devuelvan a Wyatt Callow a la cárcel. —Drusilla se da un golpe en la frente. —¡No! —Piensa un momento—. ¡Sí! Los llamaré a ambos. Será más fácil.

"Te costará otros treinta segundos."

—Pues vámonos —me señala—. ¿Cómo te llamas?

Mi nombre suena extraño al salir de mis labios. «Haymitch Abernathy».

"Haymitch Abernanny", repite.

—Haymitch Abernathy —la corrijo.

Se vuelve hacia Plutarco, disgustada. "¡Es demasiado largo!", garabatea en su Bloc de notas y arranca una tira de papel. La toma y lee: «Wyatt Callow y Haymitch... Aber... Nathy. Wyatt Callow y Haymitch Abernathy».

—Tú eres el profesional —dice Plutarch—. Será mejor que tomes tu puesto. Yo lo colocaré. Mientras Drusilla sube apresuradamente las escaleras, me toma del codo y susurra: «No seas tonto, chico. Te matará de un mordisco si vuelves a meter la pata».

No sé si se refiere a un chasquido de dedos o a una forma de morir horriblemente brusca. Sea como sea, no quiero morir de un chasquido.

Plutarch me lleva a un lugar más cercano al escenario. "Esto servirá. Quédate". Aquí, y cuando Drusilla llama tu nombre, subes tranquilamente al escenario. ¿Bueno?"

Intento asentir. Me palpita la cabeza y mis pensamientos dan vueltas como... Piedras en una lata. ¿Qué pasó? ¿Qué está pasando ahora? En mi interior, lo sé. Soy un tributo en los Juegos del Hambre. En unos días, moriré en la arena. Sé todo esto, pero es como si le estuviera sucediendo a otra persona mientras observo desde la distancia.

El resto del público se ha puesto de pie, pero no ha recuperado la compostura. La gente susurra con urgencia a sus vecinos, intentando averiguar qué está pasando.

"Vive en treinta", dice alguien por los altavoces. "Veintinueve, veintiocho, veintisiete...

"¡Cállense!", grita Drusilla a la multitud mientras una maquilladora le aplica polvos en la cara sudorosa. "¡Cállense o los mataremos a todos!". Como para enfatizarlo, un agente de la paz a su lado dispara una ráfaga de balas al aire, y un aerodeslizador sobrevuela la plaza.

Se hace el silencio rápidamente y puedo oír la sangre latiéndome en los oídos. Siento el impulso de huir, como hizo Woodbine, pero recuerdo el aspecto de su cerebro colgando de su cráneo.

“. . . diez, nueve, ocho . . .”

Todos en el escenario han regresado a sus lugares previos al rodaje: Louella y Maysilee, los agentes de la paz, y Drusilla, quien rápidamente rompe en dos el papel que le dio Plutarch y coloca los papeles en la pila de la bola de cristal.

Busco a Burdock y Blair para estabilizarme, pero, claro, no están. Solo un par de niños más pequeños que me dan mucho espacio.

“…tres, dos, uno y estamos en vivo.”

Drusilla finge sacar un nombre. «¡Y el primer caballero que acompañará a las damas es... Wyatt Callow!»

En una extraña repetición, veo a Wyatt, tan impasible como antes, pasar.
y obedientemente tomar su lugar en el escenario.

La mano de Drusilla se cierne sobre la pelota, luego retira un resbalón con una técnica quirúrgica. Precisión. "¡Y nuestro segundo hijo será... Haymitch Abernathy!" Me quedo ahí parado por si acaso es una pesadilla y estoy a punto de despertar en mi propia cama. Todo está mal. Hace minutos, esquivé esta bala. Iba a casa, luego al bosque, a salvo por otro año.

“¿Haymitch?” repite Drusilla, mirándome directamente.

Mi rostro llena la pantalla sobre el escenario. Mis pies empiezan a moverse. Veo un corte a Lenore Dove, que se lleva una mano a la boca. No llora, así que Plutarch no recibirá su emotiva despedida. Ni de ella ni de mí. No usarán nuestras lágrimas para entretenerse.

“¡Damas y caballeros, acompáñenme a dar la bienvenida a los tributos del Distrito Doce de los Quincuagésimos Juegos del Hambre!”, nos saluda Drusilla. “¡Y que la suerte esté siempre a su favor!”. Empieza a aplaudir y escucho una enorme respuesta del público por los altavoces, aunque solo veo a un puñado de personas aplaudiendo en el Distrito Doce.

Localizo a Lenore Dove entre la multitud y nos miramos a los ojos, la desesperación se apodera de nosotros. Por un momento, todo lo demás desaparece y solo quedamos nosotras. Baja la mano y se la lleva al corazón mientras sus labios forman las palabras en silencio. « Te amo con toda mi alma». Respondo con los labios: «Tú también».

Los cañones rompen el hechizo. El confeti cae sobre mí, sobre el escenario, sobre toda la plaza. La pierdo de vista entre los revoloteantes trozos de papel brillante.

Drusilla abre los brazos. "¡Feliz segundo Vasallaje de los Veinticinco a todos!"

“Y nos vamos”, dice la voz en el altavoz.

La transmisión ha pasado a la cosecha del Distrito 11. La enlatada
Los aplausos se cortan y Drusilla deja escapar un gemido, desplomándose dramáticamente.

contra el podio.

El equipo de televisión del Capitolio lanza una ovación fuerte cuando Plutarch aparece desde el a un lado del escenario, gritando: "¡Genial! ¡Bravo a todos! ¡Absolutamente impecable, Drusilla!"

Drusilla se recupera y se quita el sombrero de narciso por la correa de la barbilla. "No tengo ni idea de cómo lo hice". Saca un paquete de cigarrillos de su bota y lo enciende, exhalando el humo por la nariz como si fuera una chimenea. “¡Bueno, es una gran historia para las cenas!”

Uno de los asistentes aparece con una bandeja de vasos llenos de un pálido Líquido. Me ofrece uno sin querer —«¿Champán?»— antes de darse cuenta de su error. «¡Uy! ¡Nada para los niños!».

Drusilla agarra un vaso y observa a la gente del Distrito 12, muda y abatida, mientras los últimos restos de confeti caen sobre ellos. "¿Qué están mirando? ¡Bestias asquerosas! ¡Váyanse a casa! ¡Todos!" Se dirige a un agente de la paz. "Sáquenlos de aquí antes de que su olor se me meta en el pelo". Se huele un mechón de pelo y hace una mueca. "Demasiado tarde".

El agente de la paz da una señal y los soldados empiezan a hacer retroceder a la multitud. Mientras veo a Burdock y Blair oponiendo resistencia, la mayoría corre a las calles laterales, felices de escapar del calvario de la cosecha, de volver a casa, abrazar a sus hijos y, para quienes frecuentan el puesto de Hattie, de emborracharse.

Me entra el pánico al ver a un agente de la paz del Distrito 12 sujetando a Lenore Dove. ¿Por qué no intervine antes? ¿Por qué esperé hasta que no me quedó más remedio que desafiar a ese soldado? ¿Tenía miedo? ¿Confusión? ¿O simplemente impotencia ante esos uniformes blancos? Ahora ambos estamos condenados. El Agente de la Paz está sacando las esposas cuando el Secretario Carmine y Tam Amber aparecen de repente. Le hablan rápido y en voz baja, y creo que hay un intercambio de dinero. Para mi alivio, el Agente de la Paz mira a su alrededor, la suelta y se marcha. Lenore Dove se dirige hacia mí, pero sus tíos la llevan a toda prisa por una calle lateral.

Los demás desafortunados seres queridos de los homenajes de este año permanecen atrás.

El Sr. Donner sube al escenario con un puñado de billetes, con la esperanza de rescatar a Maysilee, mientras su esposa y Merrilee se apiñan cerca de la tienda. "¡No, papá!", grita Maysilee, pero su padre no deja de agitar el dinero delante de la gente.

Hay una familia que considero los Callows, donde una mujer llora histéricamente y los hombres se han peleado a golpes. "¡Le has echado mala suerte!", dijo uno.

—acusa otro—. ¡Esto es culpa tuya!

Nuestros vecinos, los McCoy, abrazan a mamá, que apenas puede mantenerse en pie. Sid se cuelga de su mano, tirándola hacia adelante, mientras grita: "¡Haymitch! ¡Haymitch!". Ya siento tanta nostalgia que me muero.

Sé que necesito ser fuerte, pero verlos me destroza. ¿Cómo se las arreglarán sin mí?

Lo que se supone que debe suceder a continuación es que los tributos vayan al Tribunal de Justicia. Preparando un último adiós a sus familias y amigos. Ya lo hice una vez. Mis padres me llevaron cuando Sarshee Whitcomb, la hija del antiguo jefe de tripulación de mi padre, fue segada. Quedó huérfana ese año cuando su padre, Lyle, murió de neumoconiosis. Mi madre les dijo a los agentes de la paz que éramos parientes y nos llevaron a una sala con muchos muebles ásperos que necesitaban un poco de polvo.

Creo que éramos sus únicos visitantes.

Sé que debería esperar el momento oficial de la despedida, pero lo único... Lo que importa ahora es abrazar a Ma y Sid. Con el Sr. Donner y Maysilee haciendo un alboroto, llego al borde del escenario, me agacho y los alcanzo mientras corren hacia mí.

—¡Nada de eso! —Un agente de la paz me jala hacia atrás mientras Drusilla continúa—. Nada de despedidas para esta gente. Han perdido ese privilegio después de la escandalosa exhibición de hoy. Llévenlos directo al tren y salgamos de este apestoso agujero.

Un par de agentes de la paz arrojan al Sr. Donner fuera del escenario. En el aire, él... Pierde el control del dinero, que flota y se mezcla con el confeti en el suelo. Entonces le sacan las esposas.

Louella ha estado conteniéndose, pero ahora me mira, sus ojos... De miedo. Le puse la mano en el hombro para estabilizarla, pero al rozar el frío metal con la piel, dejó escapar un pequeño chillido, como un animalito en una trampa. Al oírlo, las familias se abalanzaron sobre nosotros, desesperadas por recuperarnos.

Los Agentes de la Paz los detienen mientras Plutarch habla. "No quiero ser pesada, Drusilla, pero me faltan fotos de reacción para el resumen. ¿Podrías tomar algunas?"

—Si es necesario. Pero si no estás en el tren en quince minutos, puedes caminar a casa —dice Drusilla.

—Te debo una. —Plutarch hace una rápida evaluación de nuestras familias y nos señala a Louella y a mí—. Déjame esto y esto.

Los Agentes de la Paz conducen a Maysilee y Wyatt al Edificio de Justicia, repeliendo a sus familiares con porras cuando intentan seguirlos. De alguna manera,

Merrilee pasa junto a ellos y, por un momento, los gemelos Donner se convierten en uno solo, con los brazos alrededor del cuello del otro, las frentes y las narices juntas. Una imagen reflejada que los Agentes de la Paz parten en dos. Veo a Wyatt mirar por última vez a la histérica inexperta antes de cruzar la puerta.

Louella y yo corremos hacia nuestra gente, pero Plutarch interviene. "Vamos a grabar".

El equipo limpia de confeti una zona frente a las tiendas. Un camarógrafo se posiciona mientras Plutarch posa a los padres de Louella y a su media docena de hermanos frente a la panadería. "Esperen, si estaban en la cosecha, salgan de la foto". Dos de los niños se apartan del alcance de la cámara. "Bien", dice. "Muy bien. Ahora, lo que necesito que hagan es reaccionar exactamente como lo hicieron cuando oyeron el nombre de Louella. ¡Tres, dos, uno, acción!".

La familia McCoy lo mira atónita.

—¡Y corten! —Plutarch se acerca a los McCoy—. Perdón. Obviamente, no fui claro. Cuando oíste que llamaban a Louella, te quedaste en shock, ¿verdad? ¡Ay, no! Quizás te quedaste sin aliento o gritaste su nombre. En fin, hiciste algo. Y ahora necesito que hagas lo mismo con la cámara.
—¿De acuerdo? —Retrocede—. ¡Así que, en tres, dos, uno, acción!

En todo caso, los McCoy tienen una cara más pétrea que antes. No es... confusión; es una negativa rotunda a realizar un espectáculo para el Capitolio.

—Corten. —Plutarch se frota el ojo y suspira—. Lleven a la chica al tren.

Los agentes de la paz llevan a Louella al Edificio de Justicia mientras los McCoy finalmente se derrumban, gritando su nombre con angustia. Plutarch les indica a la tripulación que graben su reacción. Cuando los McCoy se dan cuenta de que grabó su angustia, se enfurecen, pero los agentes de la paz los sacan a empujones de la plaza.

Plutarch se vuelve hacia Ma y Sid. "Escuchen, sé que esto no es fácil, pero creo que podemos ayudarnos mutuamente. Si puedo conseguir una buena toma de su reacción, puedo darles un minuto con Haymitch. ¿Está todo despejado?"

Veo que los ojos de Sid se dirigen al cielo mientras se oye un trueno sordo. Lo cual parece una advertencia. Miro el rostro pálido de mi mamá, los labios temblorosos de mi hermano. Las palabras salen de mi boca sin que yo se las pida. «No lo hagas, mamá».

Pero mamá me ignora y se dirige a Plutarch. "No, lo haré yo. Nosotros... Ambos lo haremos, si nos dejas sostenerlo una vez más”.

—Trato hecho. —Plutarch los coloca uno al lado del otro, pero Mamá se coloca detrás de Sid y lo abraza—. Bien. Me gusta. Bueno, estamos en plena cosecha, Drusilla está eligiendo a los chicos. Acaba de decir: «Haymitch Abernathy». Y tres, dos, uno, ¡acción!

Mamá jadea y Sid, confundido, como seguramente lo estaba en ese momento, gira la cabeza para mirarla.

¡Corten! ¡Eso estuvo genial! ¿Podemos intentarlo otra vez, y esta vez, quizás con un jadeo un poco más fuerte? Bueno, en tres, dos, uno...

Pero no es una sola vez. Plutarco sigue pidiendo respuestas más dramáticas: "¡Di su nombre!", "¡Esconde tu cara en su vestido!", "¿Puedes romper a llorar?", hasta que Sid llora de verdad y mi mamá parece a punto de desmayarse.

—¡Basta! —exclamé—. ¡Ya basta! ¡Ya basta!

El walkie-talkie en su cinturón cruje y oigo la impaciencia de Drusilla. voz. "¿Dónde estás, Plutarco?"

"Estoy terminando. Ahí estoy en cinco". Plutarch saluda a mamá y a Sid en mi dirección y corren a mis brazos. "Tienes dos minutos".

Los aprieto contra mí por lo que sé que es la última vez. Pero el tiempo apremia y no somos una familia derrochadora. "Toma esto". Vacío el contenido de mis bolsillos en sus manos, el dinero y los cacahuetes en las de mamá, el cuchillo y la bolsa blanca de gomitas en las de Sid. Les legándoles lo que me queda de vida en 12.

Sid levanta las gomitas. "¿Para Lenore Dove?"

—Sí, ya ves que los consigue, ¿de acuerdo? —digo.

La voz de Sid está ronca por las lágrimas, pero decidida. "Los conseguirá".

—Sé que sí. Porque siempre puedo contar contigo. —Me arrodillo frente a mi hermanito y le extiendo la manga, como hacía cuando era pequeño, para que se sonara la nariz—. Ahora eres el hombre de la casa. Si fueras otro niño, estaría preocupado, pero sé que puedes con ello. —Sid empieza a negar con la cabeza—. Eres el doble de listo que yo y diez veces más valiente. Puedes con esto. ¿De acuerdo? ¿De acuerdo? Asiente y le despeino. Luego me levanto y abrazo a mi madre. —Tú también puedes, mamá.

"Te amo, hijo", susurra.

"Yo también te amo", le digo.

A través de la estática del walkie-talkie de Plutarch, oigo la voz impaciente de Drusilla. "¡Plutarch! ¡No creas que no me iré sin ti!"

—Tenemos que irnos, gente —dice Plutarco—. Drusilla no espera a nadie.

Los agentes de la paz se acercan para separarnos, pero mamá y Sid nos sostienen con fuerza.

"¿Recuerdas lo que le dijo tu papá al niño Whitcomb?", pregunta mamá con urgencia. "Todavía sigue así".

Recuerdo el Palacio de Justicia, a la niña llorando y el olor nauseabundo a flores en descomposición que impregnaba el lugar. Papá le habla a Sarshee y le dice: «No dejes que te usen, Sarshee. No …».

—¡Plutarco! —chilló Drusilla—. ¡Plutarco, Abeja Celestial!

Las fuerzas de paz nos destrozan. Me levanto del suelo mientras Sid suplica: "Por favor ¡No se lleven a mi hermano! ¡Por favor, no se lo lleven! ¡Lo necesitamos!

No puedo evitarlo, debería ser un buen ejemplo, pero me cuesta liberarme.

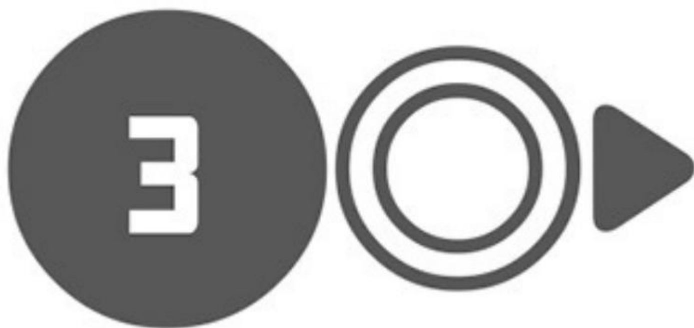
—¡Tranquilo, Sid! Va a ser... —Una descarga eléctrica me sacude el cuerpo y me quedo sin fuerzas. Sigo el sonido de los tacones de mis botas subiendo las escaleras, sobre las alfombras del Palacio de Justicia, a través de la grava del camino de entrada. En el coche, dejé que me esposaran sin protestar. Tengo la mente confusa, pero sé que no quiero que me electrocuten de nuevo. Con las piernas temblorosas, subo los escalones metálicos del tren, donde me meten en un compartimento con una sola ventana enrejada. Aprieto la cara contra el cristal, pero no veo nada más que un vagón de carbón mugriento.

A pesar de las quejas de Drusilla, no llegamos a ninguna parte durante una hora. El cielo se oscurece y estalla la tormenta. El granizo golpea mi ventana, seguido de una lluvia torrencial. Para cuando las ruedas del tren empiezan a girar, mi mente se ha despejado. Intento memorizar cada imagen fugaz del 12: los relámpagos iluminando los almacenes lúgubres, el agua corriendo por los montones de escoria y el resplandor de las verdes colinas.

Fue entonces cuando vi a Lenore Dove. Estaba en lo alto de una colina, con su vestido rojo pegado al cuerpo y una mano agarrando la bolsa de gomitas. Al pasar el tren, echó la cabeza hacia atrás y se lamentó de su pérdida y su rabia al viento.

Y aunque me duela, aunque golpee el cristal con los puños hasta dejarlos morados, agradezco su último regalo. Que le haya negado a Plutarch la oportunidad de anunciar nuestra despedida.

¿El momento en que se nos rompió el corazón? Nos pertenece.



Después de un rato, me deslizo por la pared, agarrando mis manos hinchadas, jadeando. El dolor me apuñala el pecho y me pregunto si el corazón de una persona realmente puede romperse. Probablemente. La palabra « corazón roto» tenía que venir de alguna parte. Imagino mi corazón estallando en una docena de pedazos rojos y vidriosos, sus bordes duros e irregulares clavándose en mi carne a cada latido. Puede que no sea científico, pero coincide con lo que siento. Una parte de mí cree que moriré ahora mismo, desangrándome por dentro. Pero no va a ser tan sencillo. Finalmente, mi respiración se calma y una desesperación general desciende.

Nunca volveré a ver a Lenore Dove. Nunca más escucharé su risa, proveniente de las ramas, sobre mí. Nunca sentiré su calor en mis brazos mientras yacíamos en un lecho de agujas de pino, con mis labios apretados en el hueco de su cuello. Nunca le arrancaré una pluma de ganso del pelo, ni la escucharé tocar su caja de música, ni presionaré mi dedo en el pliegue que se forma entre sus cejas cuando está descifrando una idea. Nunca veré su rostro iluminarse con una bolsa de gomitas, la luna llena o el sonido de mis susurros: «Te amo como a fuego puro».

Me lo han arrebatado todo. Mi amor, mi hogar, mi mamá, mi dulce hermanito... ¿por qué le dije que ahora es el hombre de la casa? No fue justo. Es demasiado para alguien tan joven y lleno de esperanza. Mi abuela por parte de papá solía decir que Sid nació mirando el lado soleado. Creo que se ha perdido muchos problemas aquí en la tierra, porque siempre está estudiando el cielo. Le fascinan el sol, las nubes, los cuerpos que salen por la noche. Tam Amber le enseñó a Lenore Dove sobre las estrellas, ya que la bandada solía guiarse por ellas hace mucho tiempo, y ella le enseñó a Sid. En una noche clara, nos arrastra a todos afuera para ver las imágenes que forman. "Ahí está el cucharón de agua, igual que el nuestro en el cubo. Ese de allí es el cazador con arco.
Se parece a Burdock, ¿no? Ese es un cisne, pero Lenore Dove dice que lo llama ganso. Y ese es tuyo, mamá. ¿Ves la W? Es tuyo. ¡W de tu nombre, Willamae, y al revés es una M de mamá!

Y mamá siempre parece contenta, porque ¿cuándo recibe algo bonito, y mucho menos algo tan fino como su propio conjunto de estrellas? Todo se reduce a que nos regala cosas. Anoche fingí no verla traer un pollo que estoy segura que planeaba freír para mi cumpleaños. Probablemente lavó más para poder pagarlo. ¿Podrá llegar a fin de mes sin mi sueldo de Hattie? Sí, o morirá intentándolo. Mamá... ay, mamá Plutarch tenía razón. La cagué. Y la pagué a · · ·

lo grande. Y lo pagaré con mi muerte y con los corazones y las vidas destrozadas de todos los que me quieren.

Miro los árboles que pasan volando. Siempre pensé que si alguno de nosotros se liberaba del Doce, sería Lenore Dove. Su gente fue una vez un gran viajero, yendo de distrito en distrito para interpretar su música. Tam Amber lo recuerda, pues tenía más o menos mi edad cuando terminó la guerra y los Agentes de la Paz acorralaron a la Bandada, matando a todos los adultos y confinando a los niños en nuestro distrito. Nada le gusta más a Lenore Dove que esas historias de antaño, con sus parientes traqueteando en una camioneta destartalada. Cuando escaseaba el combustible, recurrían a engancharla a una yunta de caballos. Para cuando los metieron en el Doce, la yunta tiraba de una vieja carreta y la mayoría iba a pie, pero se las arreglaban para funcionar. Cocinaban en fogatas, llegaban a pueblos, jugaban en almacenes como el Quemador, o en campos si no había ninguno disponible, famosos a su manera entre los lugareños. Estoy seguro de que su vida tuvo sus dificultades, pero ella tiene una visión tan romántica de ella que Regresar es imposible, ya que nadie puede salir de la 12, y sus tíos jamás considerarían la idea de volver a viajar. Pero Lenore Dove está convencida de que debe haber gente fuera de Panem, muy al norte.

A veces se adentra en el bosque y me preocupa que no vuelva. No mucho, pero un poco. Supongo que ya puedo olvidarlo.

O superamos la tormenta o ella nos supera a nosotros. Las gotas de lluvia persistentes en La ventana me hace pensar en la cisterna y en cómo salí corriendo a ver a Lenore Dove en lugar de ir a casa a llenarla. No me arrepiento de ese precioso último encuentro con mi amor, pero ojalá hubiera podido dejar a Sid y a mamá con el tanque lleno, no solo con los pocos galones que podría dar el barril de lluvia. No es que crea que mamá pueda lavar la ropa esta semana. O, no sé, tal vez sí. No se desanimó ni un segundo cuando papá murió. Simplemente hizo una olla gigante de sopa de frijoles y codillo de jamón, como hacemos en la Veta cuando alguien muere, y volvió al trabajo. Recuerdo estar sentada junto a la estufa, con mis lágrimas salpicando el suelo a pocos centímetros de un charco bajo la camisa de un minero. En invierno, la ropa tiene que tenderse dentro para que se seque. Siempre hay algo goteando.

El tren sigue avanzando, alejándome de todo lo que he conocido, amado o esperado. Sueños de algún día dejar que mamá deje la lavandería. Apoyar a Sid en sus estudios para que consiga un codiciado trabajo en una mina a cielo abierto —como llevar libros o cargar trenes — donde siempre pueda mirar al cielo. Y una vida con Lenore Dove, amándola, casándome con ella, criando a nuestros hijos, ella enseñándoles música y yo haciendo lo que fuera, extrayendo carbón o haciendo licor blanco; no habría importado si ella estuviera conmigo. Todo se había ido, todo se había perdido.

Woodbine ya no parece imprudente desde que murió en el 12, y no en una arena sádica del oeste como la mía. Hace unos años, la arena se oscurecía sin previo aviso, y esas comadrejas gigantes negras como el carbón surgían de entre las sombras y atacaban a los tributos. Pienso en esos dientes puntiagudos arrancándole la cara a la chica del Distrito 5. Debería haber huido. Debería haber dejado que los . . .

Agentes de la Paz me volaran la cabeza en la plaza. Hay muchas cosas peores que una muerte rápida y limpia. A estas alturas, quizá esté envuelto en lino blanco, durmiendo con mis parientes bajo la lápida de Abernathy. No solemos dejar que los cuerpos maduren con el calor.

Pasan varias horas antes de que una llave gire en la cerradura y Plutarco... mete la cabeza en mi compartimento.

¿Te animas a unirte a los demás?

Dice esto como si me estuviera recuperando de un dolor de estómago, no de que me hubieran electrocutado y me hubieran arrancado de la vida. No sé qué pensar de este Plutarch. Lo odio por obligar a Ma y a Sid a fingir para las cámaras. Pero sí me dejó abrazarlos cuando Drusilla me dijo que no podía. Y probablemente salvó a Lenore.

La vida de Paloma al pedirle que la mantuviera en su lugar durante la emotiva despedida. Es impredecible como un rayo. Quizás valga la pena seguirle el juego.

Además, necesito ver cómo está Louella. Soy todo lo que tiene ahora.

“Claro”, digo.

Plutarch ordena a los Agentes de la Paz que me quiten las esposas y me conduce por el pasillo del tren, que se balancea, hasta otro compartimento. Asientos de plástico moldeado en una gama de colores neón bordean los laterales del vagón. Me deslizo junto a Louella, frente a Wyatt y Maysilee.

"¿Alguien tiene hambre?", pregunta Plutarch. Nadie responde. "Veamos qué se está cocinando". Se retira, cerrando la puerta del coche.

Le doy un codazo a Louella. «Hola, chica». Le ofrezco la mano.

La suya se desliza sobre la mía, helada. "Oye, Hay", susurra. "No fue justo que te llevaran".

Por primera vez, lo considero. ¿Justo? Seguro que no lo fue. Mi cosecha fue... Irregular, quizá incluso ilegal. Pero la cantidad de personas en el Capitolio ante las que podría defender mi caso es exactamente cero. No soy más que una historia divertida para que Drusilla la cuente entre el caviar y los bocaditos de crema.

"Para mí o para cualquier otra persona", le digo a Louella. Su carita está tan contraída que, sin pensarlo bien, le pregunto: "Entonces, ¿vas a ser mi aliada o qué, cariño?".

De verdad sonríe. Es un viejo chiste. Cuando ella tenía cinco años y yo... A los ocho, decidió que era mi amor y me siguió, contándoselo a cualquiera que la escuchara. Duró una semana, y luego le entregó su cariño a un chico llamado Buster, quien le regaló una rana. Creo que su corazón se habría ablandado de todas formas, ya que probablemente no te obsesiones con alguien con quien tengas competencias de eructos, pero seguimos siendo buenos amigos. Si tuviera una hermanita de su edad, querría que fuera como Louella, y he albergado la esperanza de que esperara a que Sid creciera antes de encontrar un amor de verdad.
Ahora, claro, sus posibilidades de crecer son nulas. Está congelada para siempre a los trece años.

"Seré tu aliada", dice ella. "Tú y yo podemos confiar el uno en el otro".

Podrías pensar que esto daría inicio a una alianza general en el Distrito 12, pero al considerar a los demás candidatos, no estoy seguro de que sea deseable. No logro entender a Wyatt. Por un lado, esa mirada vacía no sugiere una mente vivaz. Por otro lado, es bastante corpulento y nunca he oído nada malo de él, lo cual es más de lo que puedo decir de Maysilee. No tengo...

escasez de información sobre ella, la mayor parte obtenida de primera mano, y nada de ella halagadora.

Maysilee Donner, ¿por dónde empezar? Desde que empezamos la escuela, ella y Merrilee me impresionaron. No solo por sus costumbres de pueblo, sino porque mi madre había perdido recientemente a sus gemelas. Dos niñas pequeñas, pequeñitas que nacieron demasiado pronto. Las lloró profundamente a su manera, frotando la ropa contra la tabla de lavar hasta que se deshilachaba, y aunque papá nunca fue de los que mostraban sus sentimientos, lo oía llorar cuando creía que estaba dormida. Las gemelas Donner siempre me han fascinado, ya que me preguntaba cómo habrían sido mis hermanas.

No como los Donner, espero. Supongo que Merrilee no es tan mala, salvo que suele estar de acuerdo con todo lo que hace Maysilee. Y Maysilee ha sido demasiado buena para el resto de nosotras desde el primer día. Regodeándose con sus zapatos brillantes y su esmalte de uñas, y nunca sin algún adorno. Cómo le encantan las joyas a esa chica.

La miro ahora, mirando por la ventana del tren, con los dedos entrelazados. Las hebras de media docena de collares. Algunos con cuentas, otros con cordón trenzado, algunos con baratijas colgando, y al menos uno de oro auténtico. Aunque la gente de Seam puede tener uno o dos adornos preciados, nadie tiene seis collares. Y si los tuvieran, no lucirían luciéndolos todos a la vez.

una vez.

Plutarch abre la puerta corrediza y retrocede para dejar pasar a un empleado del Capitolio con una bandeja llena de sándwiches. Cada uno lleva el equivalente a un día de carne —jamón fresco, rosbif o pollo cortado fino y apilado— y encima luce una pequeña bandera de Panem. Se me hace la boca agua y me doy cuenta de que no he comido desde el desayuno.

El asistente le ofrece la bandeja a Louella, quien duda, abrumada. por la abundancia que tiene ante sí. Los McCoy pueden pasar semanas sin carne, y lo que consiguen suele venir en lata. La encargada nota su incomodidad y adopta un tono condescendiente. "¿Hay algún problema, señorita?"

Louella se sonroja —a los McCoy no les falta orgullo—, pero antes de que pueda responder, Maysilee espeta: "¡Claro que hay un problema! ¿Esperas que coma con las manos? ¿O es que no tienen platos ni cubiertos en el Capitolio?"

Ahora es el turno del dependiente de sonrojarse. Balbucea: «Solo son sándwiches. O sea... la gente los recoge».

"¿Sin siquiera una servilleta?", pregunta Maysilee. "Lo dudo mucho."

El encargado se vuelve hacia Plutarch, desconcertado. "¿Tienen servilletas?"

—Claro. Son nuestros invitados, Tibby —dice Plutarch con suavidad—. Tengo que revisar algo en la cocina. A ver si podemos conseguir algunos platos también. Disculpen.

Cuando la puerta se cierra con un clic, no puedo evitar reírme.

—Cállate —dice Maysilee—. Oye, Louella, si dejas que te traten como a un animal, lo harán. Así que no lo permitas.

Es demasiado para Louella. Entorna los ojos y replica: «No lo pensaba. Me interrumpieron».

—De acuerdo —dice Maysilee—. No necesitas mi ayuda.

"No necesito la ayuda de nadie que haya dicho que mi hermana usa polvo de carbón como pólvora", le dice Louella.

Maysilee sonríe levemente al recordar. "Después de eso, se volvió mucho más limpia".

Esto me recuerda a cuando tenía seis años y me picaron niguas, y Maysilee me apodó "Pica Pica Haymitchy". Nadie se me acercaba durante dos semanas, aunque les dije que no era contagioso. Ese nombre todavía me da escalofríos diez años después.

Cualquier deseo de aliarme con Maysilee desaparece. "Nos está poniendo fácil esto de ser aliadas", le digo a Louella.

—Claro que sí. —Louella se cruza de brazos. De repente, algo le llama la atención y frunce el ceño.

Sigo su mirada hacia Wyatt, que parece tan distante como siempre, con la mirada fija en un letrero en la puerta que dice... Hay un destello en la luz del atardecer; está girando una moneda con los nudillos con suavidad y destreza. Al clic de la llave en el pestillo, la moneda desaparece.

Tibby trae un carrito cargado con la cena. Todo parece de plástico en este tren: el carrito, los asientos, los cubiertos, los vasos, los platos. Supongo que es fácil de rociar y desinfectar después de salir.

—Ya lo comprobé. Y hay una sorpresa de postre —bromea Plutarch desde la puerta.

Como si necesitáramos más sorpresas hoy.

Tibby se cierne sobre Louella. "¿Qué te pongo? Tenemos pollo, jamón y rosbif".

“Jamón”, dice Louella.

"¿Seguro que no quieres probar también un roast beef? El chef usa un adobo que le da un toque especial", dice Tibby.

“¿Por qué no?” Louella acepta su plato, servilleta, cubiertos y una botella de limonada.

Cuando Tibby se gira hacia Maysilee, su solicitud desaparece. "¿Y tú?"

Maysilee se toma su tiempo considerando la bandeja. "El rosbif, tan poco hecho como lo tienes." Extiende la servilleta para protegerse la falda y luego coloca los cubiertos sobre ella. "No sería raro que hubiera bandejas, pero no importa."

Cuando Wyatt y yo recibimos los platos llenos —pedí los tres sándwiches—, el camarero y Plutarch se retiraron. Miré a Maysilee, que cortaba el suyo con delicadeza en pequeños bocados y los pinchaba con el tenedor.

Créeme, nadie más en Panem, ni en el Capitolio ni en el distrito, come un sándwich como ese. Decidí empezar con el jamón y le di un buen mordisco. ¡Qué rico! Ahumado, salado y con un toque de algo que sabía al chow-chow de mamá. Vi a Louella asomándose por debajo del pan.

—Anda, come —le digo. A mi aliada le vendría bien un poco de carne.

Ella se pone a cavar.

No tardo mucho en acabarme los sándwiches y terminarme la limonada. La comida me levanta un poco el ánimo. Quizás haya una salida. Como escaparnos y saltar del tren. Mientras pienso en cómo lograrlo, Plutarch reaparece y nos invita a ir al vagón salón con él. En el pasillo, busco posibles rutas de escape, pero los agentes de la paz bloquean todas las posibles salidas.

Nos trasladamos a la parte trasera del tren, donde hay una zona acondicionada como sala de estar. Los muebles tapizados de plástico son más suaves y pegajosos que los asientos de nuestro compartimento. Capitol News se proyecta en una pantalla empotrada en la pared, y el resumen de la cosecha de hoy comienza cuando nos instalamos.

“He estado trabajando en el segmento del Distrito Doce toda la tarde”.

—dice Plutarch—. Le di el toque clásico de Heavensbee. Quedaron de maravilla.

Drusilla entra tambaleándose por la puerta, con una gran bebida roja adornada con verduras en la mano. La pechera de su chaqueta militar amarilla, ahora desabrochada, se abre constantemente, dejando al descubierto su ropa interior.

Plutarco le ofrece una silla. «Te reservé el mejor asiento».

Se desploma en él, saca un tallo de apio de su bebida y lo mastica. "¿Qué edad tenía hoy, Plutarch?"

«Ni un día más de treinta», promete Plutarco. «Todos lo comentaron».

"Bueno, obtienes lo que pagas", dice arrastrando las palabras, sondeando con cautela su pómulo con el apio. Señala la pantalla y se ríe. "¡Ja!
¡Ahí está Juvenia! A la pequeña Señorita Perfecta no le cubrió ninguna nube. Se ve horrible, ¿no crees?

Juvenia, una chica diminuta con tacones de quince centímetros y lunares rosas, comienza Insultos en el Distrito 1. El programa sigue adelante y transmiten el sorteo de cada distrito.
Además de nosotros, hoy se cosecharon cuarenta y cuatro tributos, mitad niñas, mitad niños, de todas las formas y tamaños. Como de costumbre, los niños de los Distritos 1, 2 y 4 hacen honor a su apodo de Profesionales, lo que significa que parecen haber estado entrenando para los Juegos del Hambre desde que nacieron. Aquí y allá, la casualidad ha añadido algunos niños musculosos, pero muchos flacuchos los compensan. En la escala de musculosos a flacuchos, me va bien, en gran parte por todos esos sacos de grano que le cargo a Hattie. Pero algunos de esos Profesionales podrían aplastarme como un bicho. Y Louella aún no ha madurado.

Mientras un chico corpulento sube al escenario en el Distrito 11, Drusilla dice lo obvio: «Más les vale saber correr». Ni siquiera lo dice con mala intención, lo que lo hace aún más aterrador.

Además del tamaño, también influyen otros factores: inteligencia, habilidades y estrategia.
"Y nunca descartes la suerte", dice Plutarco. "Tus mentores te guiarán en todo".

Nuestros mentores. Nuestros guías, nuestros cerebros, nuestros protectores en el...
Los Juegos del Hambre. Excepto que los tributos del Distrito 12 no tienen mentores automáticos, ni siquiera uno, porque somos el único distrito sin vencedores vivos, y a ellos es a quienes tradicionalmente les corresponde el trabajo.

En cincuenta años, solo hemos tenido una vencedora, y eso fue hace mucho tiempo. Una niña de la que nadie parece saber nada. En aquel entonces, casi nadie de los doce tenía televisión, así que los Juegos eran en su mayoría rumores. Nunca la he visto en los vídeos de los antiguos programas, pero esos primeros intentos rara vez se presentan, ya que se dice que están mal filmados y carecen de espectáculo.
Mis padres aún no habían nacido, y ni siquiera mi abuela pudo contarme mucho sobre la niña. Hablé de nuestra vencedora con Lenore Dove varias veces, pero nunca quiso hablar de ella.

“¿Quiénes son nuestros mentores?”, pregunto.

"Están en proceso de seleccionarlos entre los ganadores que no fueron elegidos para supervisar los tributos de su propio distrito", dice Plutarch. "No te preocupes, hay candidatos muy talentosos en la contienda".

Sí. Candidatos que serían parias si lideraran un tributo del Distrito 12 hacia la victoria mientras los tributos de su propio distrito morían. La mayoría de los años, ni siquiera me entero de quién termina siendo mentor de los chicos del Distrito 12. Seamos sinceros, estamos solos.

Drusilla suelta un grito ahogado. "¡La luz del día es un asesinato!"

Han cortado al Distrito 12, donde nuestros destinos quedaron sellados.

«Y, sin embargo, eres luminosa», le asegura Plutarco.

Observo, fascinado y asqueado a la vez por la transición perfecta de El dibujo de Maysilee, de Wyatt y mío. Ni rastro del tiroteo de Woodbine ni del caos que siguió. Y ahí está mi nombre, y ahí estoy yo, y ahí está Ma jadeando, Sid llorando, Lenore Dove con la mano sobre la boca.

“No fue eso lo que pasó”, digo.

“Ninguna de las imágenes ha sido manipulada; realmente no hay tiempo para hacerlo.

—Eso es correcto —dice Plutarch—. Acabo de hacer un pequeño apilamiento de cartas para ayudarte.

“¿Qué hiciste qué?” pregunta Louella.

Antes de que pueda responder, Wyatt, que no ha abierto la boca más que para comer desde las 12, interviene. "Puso las cartas a nuestro favor. Reorganizó los tiros para darnos ventaja".

Plutarco le sonríe radiante. "¡Exactamente!"

La comisura de los labios de Louella se curva hacia abajo. "¿Te refieres a como en los juegos de cartas? Cuando la gente apuesta. ¿Eso no es hacer trampa?"

—Sí, y no, —dice Plutarch—. Mira, tenemos que venderte a los patrocinadores. Si le mostrara al público lo que realmente pasó: la cabeza del chico Chance volando, el control de multitudes, Haymitch atacando a los Agentes de la Paz...

Me opongo. "No ataqué a nadie. Atacaron a mi chica y yo pisé en."

“Lo mismo digo”, dice Drusilla. “No tienes permitido interferir con nuestra Fuerzas de paz."

“Estoy tratando de mostrarte la mejor luz posible”, dice Plutarco.

Maysilee pone los ojos en blanco. "Como cuando en nuestra tienda llaman 'masticables' a los malvaviscos rancios. Y luego cobran un centavo más por ellos".

La miro con el ceño fruncido. He caído en esa estafa del malvavisco masticable más de una vez.

“Destaca lo positivo, ignora lo negativo”, dice Plutarco.

"En lugar de cuatro violentos cerditos del distrito que odian al Capitolio…" Drusilla comienza.

"Sois un cuarteto de chicos atractivos que subís allí mismo a esa "¡Sube al escenario ante los vítores de tu distrito, ansioso por partir!", finaliza Plutarco.

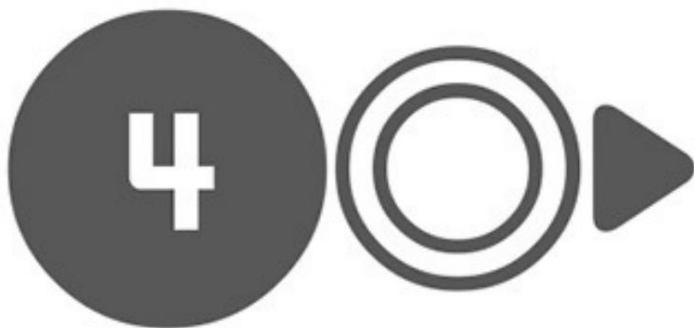
Deberías estar de rodillas besándole los pies a este hombre. Quizás no consigas patrocinadores, pero al menos no los has rechazado. Te ha dado un cambio de imagen total, dice Drusilla.

"Quieres decir que le ha dado al Capitolio un cambio de imagen total", se burla Maysilee. "Te hizo parecer competente cuando ni siquiera pudiste lograr la cosecha".

"Me gusta pensar que fue mutuamente beneficioso", dice Plutarch. "Y el El público no se da cuenta. Me encargué de eso.

Soy el juguete del Capitolio. Me usarán para su entretenimiento y luego me matarán, y la verdad no tendrá nada que ver. Plutarch se hace el amable, pero sus indulgencias —las despedidas de mi familia, sus sándwiches elegantes— son solo una forma de controlarme, porque los juguetes felices son más fáciles de manejar que los furiosos. Para conseguir su material, me consentirá directamente en la arena.

Como para confirmarlo, la puerta de la sala de estar se abre de golpe y revela... Tibby, con el rostro iluminado por las dieciséis velas de un pastel de cumpleaños gigante.



En mi casa no hacemos pasteles de cumpleaños. Me parece mal la cosecha. día, y mamá piensa que es injusto que ella y Sid tengan un pastel si yo no lo tengo. En lugar de eso, prepara algo rico para el desayuno, como pan de maíz y salsa, y guarda toda la energía del pastel para el día de Año Nuevo.

Ella empieza a reservar cosas con meses de antelación: las manzanas secas, las Jarabe de sorgo, la harina blanca. Las especias —jengibre, canela y demás— son tan caras que las compra en pequeños rollos de papel en la botica de los March. Un par de días antes de Año Nuevo, prepara el relleno de manzana y hornea las seis capas de pastel, alternándolas —pastel, relleno, pastel, relleno— hasta formar una gran y hermosa pila. Lo envuelve todo en una toalla para que repose, y ese dulce relleno de manzana impregna el pastel.

Luego, el día de Año Nuevo a la hora de la cena, nos sirve a todos un vaso grande de suero de leche y comemos todo el pastel que podemos sostener.

Así que el pastel que tengo delante, con sus elegantes flores glaseadas, está completamente mal. Las velas huelen al Capitolio. Y la canción que Tibby dirige a los Agentes de la Paz, aunque común en el 12, nunca se canta en mi casa porque sería tan inapropiada como un pastel de cumpleaños.

¡Feliz cumpleaños
a alguien especial!
¡Y te deseamos muchos más!
Una vez al año
te damos un
aplauso, ¡Hay-ay-ay-mitch!
¡Feliz cumpleaños!

El camarógrafo del equipo de Plutarch, acercando su lente a Tibby. Filmar mi reacción sobre mi hombro es la guinda del pastel de cumpleaños, un fiasco. Está claro que Plutarch quiere capturar mi alegría para difundirla por todo Panem. Mirad qué bien trata el Capitolio a los tributos. Qué indulgentes son con sus enemigos. Qué superiores son a esos cerdos del distrito en sus apestosos agujeros.

He visto videos similares de los tributos siendo tratados como mascotas mimadas. Los cepillan, los alimentan, los halagan, los disfrutan. Jugando con la propaganda del Capitolio. Quizás les consiga más patrocinadores, pero si ganan, no les conseguirá un desfile en casa.

No dejes que te usen, Sarshee. No dejes que pinten sus carteles con tu sangre. No si puedes evitarlo.

Eso es todo. Eso es lo que papá le dijo a Sarshee en el Palacio de Justicia. Eso es... Lo que mamá quería que recordara. Aunque —quizás sobre todo porque— había dejado que Plutarch los usara a ella y a Sid como marionetas. Había fracasado, pero quería que yo fuera fuerte.

Plutarco tenía a mi familia entre la espada y la pared cuando desesperamos por un último abrazo, pero ahora no tiene nada que yo quiera. Me levanto mientras sopeso mis opciones. Podría tirar el pastel al suelo, pregonarlo y escupirle, o simplemente metérselo en la cara a Tibby. En cambio, me pongo como Maysilee Donner, le doy la espalda y me acerco a mirar por la ventana.

En el reflejo, veo a Tibby desinflarse. "¿Tiene relleno de piña?", pregunta.

Sacudo la cabeza ligeramente.

—Un error de cálculo —dice Plutarch—. Sácalo, Tibby. Lo siento, Haymitch.

¿Una disculpa? ¿De un miembro del Capitolio? Entonces lo veo como lo que es: otra Una forma de manipularme fingiendo que soy un ser humano, digno de una disculpa. Ni siquiera lo reconozco.

Me siento bastante mal, sin embargo. Ese pastel. Lo último que necesitaba era un gran recordatorio del Capitolio de que este sería mi último cumpleaños. Lo mismo nos pasa a todos. Y aunque no todos somos aliados, agradezco que nadie haya gritado: "¡Espera, me llevo un trocito!".

Después de que mi pastel y los simpatizantes del Capitolio se hayan retirado, Plutarch continúa: «Volvamos al trabajo. Junto con sus mentores, el Distrito Doce tendrá su propio estilista».

—Y justo a tiempo. —Drusilla resopla y examina el vestido de cuadros de Louella con la mirada—. De verdad, ¿dónde encuentran estas cosas?

—Mi mamá lo hizo —dice Louella con calma—. ¿Dónde encontraste el tuyo?

Louella se defiende, pero Maysilee la insulta. "Me preguntaba lo mismo. Es como si alguien hubiera apareado un agente de la paz con un canario y... ahí estás".

"¿Qué?" dice Drusilla. Se levanta de la silla, pero se tambalea un poco. antes de encontrar el equilibrio sobre sus tacones de aguja.

—Cuidado —dice Maysilee. Deja caer azúcar mientras se lanza a la yugular. Quizás sea hora de reconsiderar esas botas. ¿No sería más seguro usar unas más cerca del suelo para alguien de tu edad?

Drusilla se aleja y abofetea a Maysilee, quien, sin dudarlo, le devuelve el golpe. Un auténtico golpe. Drusilla se cae de las botas y queda en la silla que dejé libre hace poco. Todos se quedan paralizados y me pregunto si nos van a ejecutar en el acto.

"No vuelvas a tocarme", dice Maysilee. Ha palidecido, salvo por la huella de la mano de Drusilla. Hay que reconocerle a Maysilee que nadie usa sus imágenes para propaganda.

"¿Por qué no respiramos hondo?", sugiere Plutarch. "Ha sido un día difícil. Todos estamos a flor de piel y…"

Drusilla vuela, arranca la fusta del clip de la bota y empieza a golpear a Maysilee, quien grita y levanta los brazos para protegerse la cabeza. Pero los golpes siguen lloviendo, obligándola a caer al suelo.

¡Drusilla! ¡Para! ¡Drusilla, tenemos que grabarla mañana!
Plutarch advierte. Tiene que llamar a dos agentes de la paz del pasillo para rescatarla.

—Criatura asquerosa y repugnante —jadea Drusilla—. Te destruiré incluso antes de que llegues a la arena.

Las ronchas ya han aparecido en los brazos y el cuello de Maysilee, pero ella Los ignora. Dudo que la hayan golpeado antes, y mucho menos azotado. Yo tampoco he recibido muchos golpes. Su abuela solía darme un puñetazo en la cabeza, pero era más para llamar mi atención que para hacerme daño. Maysilee se levanta lentamente del suelo, apoyándose en la pared, antes de responder. "¿En serio? ¿Cómo?"
No eres una Vigilante. Ni siquiera eres estilista. No eres más que una acompañante de mala muerte que se aferra con uñas y dientes al barrio más ruin de Panem.

Esto toca la fibra sensible. El miedo se refleja en el rostro de Drusilla antes de que... se recupera. "Y te diriges hacia una muerte sangrienta y agonizante".

Maysilee suelta una risa amarga. "Así es. Lo soy. ¿Y por qué debería importarme lo que digas? A menos que gane, claro. Pero incluso entonces, ¿quién crees que será más popular? ¿El vencedor del Vasallaje de los Veinticinco... o tú?"

La expresión de Drusilla se transforma en una mueca lasciva. «Espero que ganes. Entonces no tienes ni idea de lo que te espera. No sabes nada». Se dirige cojeando a la puerta.

“Sé que mi abuela tenía una chaqueta como la tuya, pero no le permitíamos usarla fuera de casa”, dice Maysilee.

Drusilla se tensa, pero intenta hacer una salida digna.

Hay una larga pausa, y luego Plutarch dice: «Puede que Drusilla les parezca ridícula, pero sean inteligentes. Ustedes cuatro no tienen su propio mentor de distrito. El trabajo de su estilista empieza y termina con su apariencia. Puede que no sea justo, pero Drusilla puede ser su mejor defensora en el Capitolio. Piénsenlo bien antes de quemar ese puente por completo». Se va, cerrando la puerta silenciosamente tras él.

"¿Estás bien?" Le pregunto a Maysilee.

“Mejor que nunca.” Toca con cuidado las ronchas, haciéndole llorar.
ojos.

No puedo evitar sentir lástima por ella y me impresiona un poco cómo se enfrentó a Drusilla. Aunque es rica, no intenta congraciarse con la gente del Capitolio. Todos estamos igual de por debajo de ella. "Ahí estaba yo, intentando ser tan arrogante con el pastel, y luego te vuelves tan salvaje con nosotros".

Maysilee sonríe levemente. "Bueno, tengo opiniones firmes sobre la moda".

“Supongo que sí”, dice Louella.

"Ya es hora de que alguien le diga a la señorita Matchy-Matchy que se ve horrible", dice Maysilee. "Pero tú te ves bien, Louella. Tu madre hizo un

Buen trabajo arreglando tu vestido”.

Las chicas se miran fijamente. Siento un ligero deshielo, pero Louella solo dice: «Yo también lo creo».

Una agente de la paz nos hace señas desde la puerta y la seguimos de vuelta por el tren hasta un compartimento con dos literas empotradas en las paredes. Una puerta conduce a un pequeño baño con inodoro y lavabo.

“Cepillos de dientes y toallas en el baño, y cada uno tiene su propia cama”.

Ella espera, como si debiéramos estar agradecidos, pero la única persona... Quien responde es Maysilee: «Aquí huele a repollo cocido».

“Antes os poníamos en vagones de ganado”, responde el agente de la paz, y luego nos encierra.

Sobre las almohadas hay pijamas, que clasificamos según nuestras tallas. Nos turnamos para ir al baño y nos retiramos a nuestras literas. Las persianas se deslizan automáticamente sobre las ventanas y las bombillas sobre la puerta se atenúan, dejándonos en la penumbra. Wyatt se duerme casi al instante, a juzgar por sus ronquidos, y Louella hace lo mismo. Maysilee se sienta en la litera de arriba frente a mí, con un paño húmedo sobre las ronchas. Yo estoy tumbada boca arriba, mirando al techo, intentando encontrarle sentido al día.

Mis dedos se aferran al pedernal que cuelga de mi cuello. La imagen de Lenore Dove, empapada y gimiendo en la tormenta, me invade, y mi corazón comienza a romperse de nuevo. Cierro los ojos con fuerza y la busco a través de los kilómetros, sabiendo que ella también me busca. Oigo su voz cantando un fragmento de su poema, la canción de su nombre.

Mirando profundamente en esa oscuridad, me quedé allí mucho tiempo

preguntándome, temiendo, dudando, soñando sueños que ningún mortal se
había atrevido a soñar antes; pero el silencio era inquebrantable, y la
quietud no daba señales, y la única palabra pronunciada allí era una palabra susurrada: "¿Lenore?"

Conozco cada palabra de la canción, ya que la aprendí para Lenore Dove. cumpleaños el pasado diciembre. No fue tan difícil, es lo que ella llama una canción pegadiza, lo que significa que se te pega en la cabeza quieras o no. Es cierto, es adictiva, rima y se repite de una manera que te reta a parar, todo mientras te cuenta una historia inquietante. Se la canté en una vieja casa junto al lago, frente a una chimenea. Estábamos tostando malvaviscos rancios y

Habíamos faltado a la escuela, por lo que ambos nos enfadamos después. Dijo que era su regalo favorito...

Esto susurré, y un eco murmuró la palabra: "¡Lenore!".

"¿Qué es eso?"

Intento ignorar a Maysilee.

Sólo esto y nada más.

"¿La cosa que llevas alrededor del cuello?"

La conexión se ha roto. Lenore Dove se ha ido. Miro y encuentro... Maysilee me mira fijamente, con los ojos abiertos en la oscuridad.

Un regalo de cumpleaños. De mi novia.

¿Puedo verla? Colecciono joyas.

No se oye mucho eso en el Distrito 12, pero el Sr. Donner malcría a sus hijas. Lenore Dove me contó que, para su decimotercer cumpleaños, les regaló unos prendedores de oro puro que habían pertenecido a su madre. Los había hecho Tam Amber hacía más de treinta años. Nunca los vi, pero el de Merrilee tenía un colibrí y el de Maysilee un sinsajo, pues las aves son una de las grandes pasiones de Covey. Al parecer, Merrilee usó el suyo solo cinco minutos antes de perderlo en un pozo. Maysilee montó en cólera por el suyo, diciendo que un sinsajo era una cosa vieja y fea, y por qué Tam Amber no podía fundirlo y hacerle algo bonito como una mariposa. Cuando él se negó, ella metió el prendedor en el fondo de un cajón y no lo usó ni una sola vez.

Lenore Dove se puso furiosa al enterarse de lo de las gemelas, pues sentía que no apreciaban ni merecían la artesanía de Tam Amber, y durante un tiempo habló de entrar a robar en casa de los Donner y robar el broche del sinsajo. Burdock y yo la convencimos de que no lo hiciera. Con dos arrestos recientes, le pareció imprudente. Pero todavía le duele. Sé que no querría las cuidadas patas de Maysilee en mi collar.

"Es algo personal", le digo. "O sea, no pienso quitármelo nunca más. De todas formas, no es realmente una joya".

Ella asiente y no insiste. Simplemente cuelga su paño sobre la barandilla de la cama, se mete bajo las sábanas y se da la vuelta para mirar hacia la pared. Tengo frío en el aire refrigerado del tren, así que levanto la manta del Capitolio, que está rígida y huele a químicos. Nada que ver con mi suave colcha de retazos con la que mamá seca.

El sol de los domingos, cuando la mina está tranquila y hay poco hollín, así que huele a aire fresco. Ma... Sid...

No esperaba dormir, pero el día ha sido tan agotador que el movimiento del tren me deja en un estado de semiconsciencia. Unas horas después, me despierto sobresaltado y siento que alguien me sacude la pierna.

—¡Ay! ¡Ay! —susurra Louella por encima de los ronquidos de Wyatt.

Me apoyo sobre mi codo y la miro con los ojos entrecerrados a través de la tenue luz. "¿Qué está sucediendo?"

—No quiero a Wyatt. No lo quiero como aliado, ¿de acuerdo?

¿Wyatt? Bueno, pero ¿puedo saber por qué? Parece bastante fuerte y...

Ella lo interrumpe. "Es un chico Booker. Al menos, su padre lo es".

Los Booker Boys son mineros que atienden a aquellos a quienes les gusta jugar en 12. Aceptan apuestas sobre todo tipo de acontecimientos —peleas aéreas, nombramientos de alcaldes, combates de boxeo— y organizan eventos de juego. Los sábados por la noche, suelen encontrarlos en un viejo garaje detrás del Hornillo, jugando a los dados y a las cartas para llevarse una parte. Si la situación se pone tensa con los Agentes de la Paz, como aquella vez que incendiaron un jeep, se mantienen discretos, apareciendo en callejones y casas abandonadas.

Personalmente, nunca juego. Si mamá se enterara de que he estado gastando dinero en cartas, me mataría, y además, simplemente no le pillo la emoción. La vida en general ya me parece bastante arriesgada. Pero si la gente quiere tirar su dinero, no es asunto mío.

—Bueno, hago licor blanco, así que no soy quién para señalar a nadie —le digo a Louella—. Ambas estamos operando al margen de la ley. ¿Y a Cayson no le gustan los dados?

Cayson es su hermano mayor y, cuando no está en las minas, está buscando algún tipo de placer.

Louella sacude la cabeza con impaciencia. "No solo dados. Me refiero a... ahora. Me refiero a nosotros."

Entonces lo entiendo. Por esta época cada año, un par de Booker Boys... Apuestan por los tributos de los Juegos del Hambre. Por ejemplo, la edad de los niños, si de la Veta o del pueblo, o la cantidad de teselas que llevan. Las apuestas continúan durante los Juegos, con probabilidades sobre muertes, distritos y el vencedor final. Debería ser ilegal, pero a los Agentes de la Paz no les importa. Está basado en su propio sistema de apuestas en el Capitolio. La mayoría de los Booker Boys lo rechazan por ser demasiado despiadado, pero algunos obtienen buenas ganancias. Esa gente es enferma y retorcida, y no de la clase de gente en la que se puede confiar en los Juegos del Hambre.

"¿Estás segura, Louella?", pregunto.

"Lo más cerca que puedo. No lo entendí hasta que vi a Wyatt jugando con esa moneda", dijo. "Cayson me dijo que todos los jugadores aprenden eso para avisar a la gente que hay un juego en marcha cuando no pueden decirlo en voz alta".

"Parecía saberlo todo sobre cómo manipular las reglas…"

"Y una vez, alguien mencionó al Sr. Callow, y Cayson escupió y
Dijo que no tenía nada que ver con gente que ganaba dinero con niños muertos".

Bueno, que Wyatt fuera cosechado es la ironía definitiva. Pienso en los Callows intentando desesperadamente alcanzarlo en la plaza. Sin poder despedirse nunca. Es difícil sentir lástima por ellos ahora. "¿Crees que apostó por nuestra cosecha con su padre?"

"Esa sería mi suposición", dice ella.

—Yo también. Los Booker Boys mantienen sus asuntos en la familia. Yo tampoco quiero a Wyatt, Louella. Solo somos tú y yo. Intenta dormir un poco más, ¿vale?

Pero no lo hago. Al amanecer, las persianas se retiran y miro hacia afuera.
Montañas desconocidas, para colmo de males. ¿Qué pasa en mis montañas? ¿Acaso Hattie está preparando otra ola de olvido? ¿Acaso mamá está lavando su pena en la tabla de lavar, mientras Sid llena la cisterna bajo un cielo despejado? ¿Están los gansos vigilando el corazón de Lenore Dove?
Por mucho dolor que sientan ahora mis seres queridos, ¿cuánto tiempo pasará hasta que yo sea sólo un recuerdo?

Plutarch asoma la cabeza para anunciar el desayuno con una voz alegre que sugiere que ayer nunca ocurrió. Nos vestimos y volvemos al vagón de la sala a por sándwiches de huevo y tocino y más limonada. Maysilee pide café, una bebida para ricos en el 12, y Tibby nos trae una taza a cada uno. No me gusta lo amargo.

El tren sube y sube y de repente estamos en un túnel muy oscuro y Plutarco dice que no tardará mucho, pero parece una eternidad.
Cuando finalmente llegamos a la estación, la luz del sol que entra a través de los paneles de vidrio me deslumbra antes de distinguir otro tren al otro lado del andén.

Reconozco a Juvenia, la escolta del Distrito 1 a quien Drusilla miró con desprecio, bajando tímidamente los escalones del tren con botas de piel de serpiente. Detrás de ella vienen sus cuatro tributos, esposados y encadenados, imponentes sobre sus Agentes de la Paz.
Cuando la puerta del vagón se cierra tras ellos, el chico que trae...

La parte trasera gira de repente y golpea la ventana. El cristal se rompe como una cáscara de huevo.

Una voz suave detrás de mí dice: «Panache Barker, tributo del Distrito Uno, entrenado como Profesional, pesa aproximadamente ciento cincuenta kilos. Su apellido sugiere que es pariente de Palladium Barker, quien se alzó con la corona hace cuatro años. Actualmente, tiene unas probabilidades de cinco a dos, lo que en la arena se traduciría en un promedio de dos comidas al día de patrocinadores. Parece zurdo, lo cual puede ser una ventaja o una desventaja, pero también es un impulsivo, y eso podría costarle caro. Basándonos en las estadísticas de la cosecha —entrenamiento, peso, linaje—, él es uno de los favoritos del público, mientras que nosotros somos prácticamente improbables».

Todos miramos a Wyatt, que mantiene la vista puesta en la competencia mientras... reflexiona: “Puede que no me quieras, pero es seguro que me necesitas”.



“No soy solo un Booker Boy, sino un fisgón”, dice Louella.

"No soy un Booker Boy", responde Wyatt. "Soy un apostador. Determino las probabilidades de un evento al que la gente apuesta. Eso es todo. Mi familia son los Booker Boys: ellos aceptan las apuestas".

—Eso suena igual de mal. Y de todas formas, sigues siendo un fisgón —dice Louella.

"¿Adónde esperabas que fuéramos, Louella?", dice Maysilee, indicando que también escuchó nuestra conversación. "Quizás Wyatt y yo tampoco queremos ser tus aliados. ¿Lo has pensado?"

“Entonces no tenemos ningún problema”, dice Louella.

Plutarco nos hace señas desde la puerta. «Muy bien, chicos, nos vamos».

Aunque el tren no ha sido precisamente acogedor, bajar a la deslumbrante estación me hace sentir pequeño y vulnerable. Los cuatro nos acercamos, aunque no somos nada amigos. Los agentes de la paz nos esposan de nuevo y espero a que nos pongan una cadena, pero cuando la sacan, el oficial a cargo la rechaza con un gesto, diciendo: «No se molesten».

“Son tiros largos”, murmura Wyatt.

Refuerza lo que ya sé, que no tenemos madera de vencedor. Por otro lado, esta podría ser una oportunidad para huir. Pero ¿dónde puede un tributo fugitivo encontrar protección en el Capitolio? Pienso en la niebla humeante de mis montañas, la amiga de los condenados de Lenore Dove, y no veo equivalente aquí.

Así que me quedo ahí parado, como el insignificante tiro al blanco que soy, observando la Pancartas que adornan la estación. ¡SIN PAZ, SIN PROSPERIDAD! ¡SIN JUEGOS DEL HAMBRE, SIN PAZ! Es la misma campaña que usaron en nuestra plaza del Distrito 12, pero con lemas dirigidos a los residentes del Capitolio. Parece que el Capitolio también tiene que convencer a sus propios ciudadanos.

Drusilla baja las escaleras con un ruido sordo y un mono ajustado con la bandera de Panem. Su sombrero, una columna de piel roja de sesenta centímetros, se inclina alegremente sobre un ojo. Una mancha de glaseado amarillo le resbala por la comisura de la boca. Alguien no tuvo ningún problema en celebrar mi cumpleaños.

"¿Disfrutaste el pastel?", pregunta Maysilee. La chica no ha cedido ni un ápice.

Drusilla parece confundida hasta que Plutarco le toca la cara. "Un poco Algo aquí mismo. A falta de espejo, Drusilla se mira en la ventanilla del tren y se limpia el glaseado con la lengua. Su mejilla, donde Maysilee la golpeó, luce ligeramente magullada bajo la gruesa capa de maquillaje.

"Eres hermosa", dice Plutarch. Supongo que solo es otro juguete que tiene que manejar, solo que lo que la controla son los cumplidos.

—Muy bien, vámonos todos —dice Drusilla antes de bajar a grandes zancadas por la plataforma.

Afuera, tomamos unos treinta segundos de aire fresco antes de que nos suban a una camioneta sin ventanas de las Fuerzas de Paz. Solo he estado en un automóvil un par de veces: ayer en el coche camino a la estación de tren y en una camioneta para un par de excursiones escolares a las minas. Nunca cuando no podía ver hacia afuera. Nunca cuando me llevaban a morir. Sin luz, sin aire. Como si ya me hubieran enterrado.

Louella me presiona el hombro y me tranquiliza. Siento que... Ella es mi manera de superar la pesadilla de los próximos días. Cuidarla me dará una razón para seguir adelante; que ella me cuide alejará el terror de enfrentarme a la muerte sola. Solo puedo esperar que dejemos este mundo juntas.

“¿Estás bien, cariño?”, le pregunto.

“He estado mejor”, responde ella.

"Nos quedaremos juntos, ¿de acuerdo?"

"Bueno."

Cuando las puertas de la furgoneta se abren de golpe, la luz me vuelve a sorprender por un instante. La sequedad del aire me hace desear el agua fría del arroyo de montaña que Hattie me hace sacar a cubos. ¿Qué hará ahora que me he ido? Supongo que conseguirá otra mula. Una con más suerte.

Drusilla y Plutarco no están a la vista. Las fuerzas de paz nos ordenan...
Salgo de la furgoneta. Mis viejas botas se ven raras sobre el mármol blanco del camino. Se extiende hacia una amplia extensión de imponentes edificios llenos de gente que nos señala y nos mira desde lejos. No son adultos. Son gente de nuestra edad, con uniformes iguales. Escolares.

Me siento como un animal salvaje en exhibición, esposado y mudo, arrastrado desde las colinas para su diversión. Todos nos encogemos un poco. Maysilee mantiene la cabeza alta, pero sus mejillas arden de vergüenza.

—Aún no creo que sea buena idea traerlos a la Academia —murmura uno de los agentes de la paz.

“Este gimnasio ha estado vacío durante casi cuarenta años”, dice otro.
“Podría ser bueno sacarle algún provecho”.

"Deberían derribarlo", dice el primero. "Es una monstruosidad".

La camioneta arranca, revelando el gimnasio, una estructura imponente y ruinosa con una pancarta en la entrada que dice CENTRO TRIBUTO en letras doradas. Los agentes de la paz mantienen abiertas las puertas de cristal agrietadas y nos invade el olor a limpiador de pisos y moho.

Somos los últimos tributos en llegar. Nuestros competidores se sientan alrededor de la sala.
En grupos de cuatro en las estaciones marcadas con sus números de distrito. Los Agentes de la Paz nos conducen hasta el letrero del 12 al fondo del gimnasio, entre silbidos y burlas. Son unos bocazas, los Profesionales de este año.

Cada estación consta de cuatro mesas acolchadas separadas por cortinas finas.
Parejas de asistentes con batas blancas flanquean las mesas, con cinturones de herramientas llenos de artículos de aseo: tijeras, navajas y demás.

Los agentes de la paz dirigen a los chicos tributos a un vestuario, las chicas
A otro. No me gusta dejar a Louella, pero no hay otra opción. Quizás, en un apuro, Maysilee la proteja. Parece problemática, con sus ronchas y su ceño fruncido. Como alguien que contraataca, y resulta que lo es.

En la puerta del vestuario, alinean a los chicos por número de distrito, así
Wyatt y yo no tenemos que cuidar nuestras espaldas, sólo las musculosas del...

Tributos del Distrito 11 delante de nosotros. Son una pareja hosca, sin embargo, indiferente a su entorno.

Dentro nos dicen que nos desnudemos, lo cual es fácil de cintura para abajo, pero imposible por encima del cinturón con las manos esposadas. Las fuerzas de paz vienen y nos cortan las camisas con cuchillos. Si alguien se opone, se ríen y dicen que al incinerador le da igual. Duele verlos cortar las puntadas de mi madre con tanto esmero. La recuerdo colocando con esmero esos pañuelos para que cada centímetro de tela cuente. Ahora yace hecho jirones a mis pies.

Un agente de la paz golpea mi pedernal con la punta de su cuchillo. "¿Esta es tu ficha?"

¿Mi ficha? Entonces recuerdo que los tributos pueden llevarse un objeto de casa a la arena, siempre que no sea un arma. Mi percutor de sílex podría considerarse una ventaja injusta, pero no les voy a ayudar con eso.

“Sí, es un collar”, digo.

El Pacificador frota el metal entre los dedos y admite a regañadientes: «Está bien. Lo revisarán más tarde». Asiento. Aunque lo examinen, quizá no reconozcan su potencial. Aquí, donde hay cerillas y encendedores de sobra, nadie necesita una chispa para encender un fuego.

Nos llevan a una habitación grande y abierta con azulejos azules en el suelo y Duchas espaciadas por las paredes. No soy ningún mojigato —me he bañado desnudo un montón en el lago con Burdock—, pero no estoy acostumbrado a estar de pie mirando a otros veintitrés tipos. Al principio, me quedo mirando un desagüe en el suelo, luego me doy cuenta de que no hay mejor lugar para evaluar a la competencia, así que lo hago. La media docena de profesionales parece que pasan su tiempo libre posando para estatuas. Otra docena de nosotros podríamos tener alguna oportunidad si somos hábiles con el hacha. Y la media docena restante da pena, solo costillas huecas y huesos de cerilla.

Panache, a quien reconozco del tren, se pavonea mostrando su Soldados a la gente y gruñendo, para diversión de los demás profesionales. Comete el error de intentarlo con uno de los tributos del Distrito 11 y termina con una rápida patada en el estómago. Panache está a punto de contraatacar cuando las duchas se activan, empapándonos con agua hirviendo.

Todos nos movemos a lo lejos, intentando evadir los arroyos. Las cosas van de mal en peor. Para empeorar las cosas, el agua se reemplaza por un aerosol jabonoso nocivo que desencadena

Me da arcadas y me quema los ojos como si fuera polvo de pimienta. El agua regresa, pero esta vez luchamos por ella mientras intentamos quitarnos el jabón. Cuando la lluvia se convierte en goteo, todavía me siento cubierto de una baba que me pica de la cabeza a los pies.

dedo del pie.

Una toalla podría ayudar, pero en su lugar se produce una ráfaga de aire caliente que añade calor. a la miseria y hornea la baba en mi piel, haciéndome picar como loca.
Cualquier lucha que tuviéramos dentro ha sido aplastada. Solo somos un grupo de niños rascadores y llorones con ojos llorosos y el pelo de punta. De vuelta en el vestuario, nos dan a cada uno una hoja de papel crepé para envolvernos por pudor y nos dirigen de vuelta a nuestras áreas de distrito en el gimnasio.

Espero que Louella se haya librado de esto, pero cuando veo sus trenzas sobresaliendo como una veleta rota, sé que ella también ha pasado por eso.
Debió ser una agonía para Maysilee, con todas esas ronchas. Nos dirigen a una mesa, nos ordenan sentarnos, y esta vez, como a los profesionales, llevamos las esposas atadas a cadenas.

Eso es todo lo que veo de los demás tributos por un rato, mientras los Agentes de la Paz cierran mi cubículo con las cortinas blancas. Una chica con mechones de pelo magenta y un chico con manzanas metálicas en las mejillas se acercan nerviosos.
Ninguno de ellos parece mucho mayor que yo.

“Hola, Haymitch”, dice la niña sin aliento. “Soy Proserpina, y este es Vitus. Somos tu equipo de preparación y estamos aquí para que luzcas espectacular.

¡Sí! ¡Sí! —dice Vitus—. ¡Precioso, pero feroz! —Muestra los dientes y gruñe—. ¡Para asustar a los demás!

“¡Y consigue muchos patrocinadores!” La voz de Proserpina se reduce a un susurro. No podemos enviarte cosas, claro, ya que somos parte de tu equipo. Pero mi tía abuela ya dijo que te patrocinará. Y no solo para ayudarme con mi nota.

¿Su curso? "¿Son estudiantes? ¿En esta escuela?"

"Oh, no, somos estudiantes universitarios , no de la Academia. Es decir, no somos...
—Ni los mayores ni nada —dice Vitus—. Todos querían mejores distritos.

—Pero nos caes muy bien. ¡Eres guapísima! —me asegura Proserpina—. Y además, nos quedan dos años para ascender.

Entonces, mi equipo está formado por Drusilla, que me odia, un mentor que me apoya Otro homenaje, un par de estudiantes de primer año y... "¿Quién es mi estilista?"

Sus rostros se ensombrecen e intercambian una mirada. "El Distrito Doce tiene a Magno
—Stift otra vez —admite Vitus—. Pero no es tan malo como dicen.

Gimo. Magno Stift es el tipo que fue asignado al Distrito 12. Tributos desde que tengo memoria. Y sí, es tan malo como dicen. Mientras los demás estilistas hacen vestuario nuevo cada año para el desfile y las entrevistas previas a los Juegos, él parece tener una reserva ilimitada de los mismos overoles de minero de carbón de mala calidad en una variedad de tallas.

“¡Ha prometido una nueva y brillante apariencia para el Vasallaje de los Veinticinco!” Proserpina me tranquiliza.

“Lo cual es bueno, porque nadie te va a patrocinar en esas cosas viejas”, dice Vitus.

“Y no deberíamos tener ningún accidente hoy, porque han prohibido —Moda de reptiles vivos entre bastidores —añade Proserpina—. No solo de Magno, sino de todos. Aunque él es el único que realmente la lleva.

“El año pasado se le cayó la hebilla del cinturón y mordió a Drusilla”, susurra Vitus. “Es Era una tortuga muy enfadada. Y se enfadó tanto que le devolvió el mordisco. Magno, no la tortuga. Y lo vimos todo, pero se supone que no debemos hablar de ello, aunque todo el mundo...

“¡Bueno, no vamos a permitir que se repita eso!”, interviene Proserpina, disparando. Le lancé una mirada. "¿Empezamos con el vello corporal? ¿Ya no quedan bichos?"

Así que eso eran los químicos. Insecticidas. Si hubiera estado aquí el tiempo suficiente como para preocuparme por los efectos a largo plazo, podría enojarme.

—¡Espera! —grita Vitus—. ¡Tenemos que hacer las fotos del antes!

Proserpina saca una cámara diminuta y me fotografían de pies a cabeza. "Esa sí que estuvo cerca. Probablemente no estaríamos completos sin las fotos del antes".

El equipo de preparación me afeita todo el vello corporal visible con maquinillas eléctricas. No tengo mucho vello facial, pero deciden quitármelo también. Me siento como una ardilla desollada, en carne viva y expuesta. Luego me cortan las uñas, cumpliendo mi petición de dejarme suficiente para luchar porque, como dice Proserpina, «quizás necesites tus garras». Me pregunto si ella piensa en mi nariz como hocico, mi pelo como pelaje, mis pies como garras.

Vitus me aplica un puñado de sustancia pegajosa en el pelo de puercoespín y me lo masajea hasta que ya no corre peligro de romperse. De hecho, es bastante bueno con el pelo, recuperando mis rizos y eliminando la picazón. Lo convenzo de que me deje frotarme un poco de la sustancia pegajosa por el cuerpo, y por fin puedo dejar de rascarme.

Estoy cumpliendo con las fotos posteriores, dado que mi equipo de preparación ha estado... Responde a mis peticiones y me vendría bien tener un par de amigos aquí en el Capitolio. Me recompensan con una hoja de papel nueva y una menta con pelusa.

Una gota del bolsillo de Proserpina que no me atrevo a aceptar. Me quita el sabor a insecticida de la boca y me recuerda tiempos más felices. Entonces salen corriendo, porque la hermana de Proserpina quiere retocarse los pompones magenta del pelo por si acaso sale en cámara, y Vitus le prometió a su madre que la ayudaría a decorar su fiesta de Los Juegos del Hambre de esta noche.

Me siento aliviada de que se hayan ido y doy la bienvenida a mi privacidad bajo cortinas blancas. Todo parece surrealista, como un terrible sueño febril que continúa.
La ducha química, mi extraño equipo de preparación, mirando mis piernas calvas mientras espero a un hombre que me abroche los pantalones con un reptil vivo.

Mis dedos encuentran la cabeza de serpiente en mi cuello y recorren las escamas que se transforman en plumas y luego el pico puntiagudo del ave. Viajo de regreso a un día nublado, en lo profundo del bosque, a un grupo de árboles que llamamos nuestros, abrazando a Lenore Dove, la noche cayendo, sin que a ninguno le importe. En una rama cercana se posa un hermoso mirlo.

—Es un cuervo. El pájaro del poema que lleva mi nombre —dice en voz baja—. Es el pájaro cantor más grande que existe.

"Es un tipo impresionante", observo.

—Sí que lo es. Y además es muy lista. ¿Sabías que usan la lógica para resolver problemas?

“Me ganaste ahí”, tengo que admitirlo.

Y nadie les dice qué decir. Ese pájaro es quien quiero ser de mayor. Alguien que diga lo que crea correcto, pase lo que pase.

Pase lo que pase. Eso es lo que me preocupa. Que esté diciendo algo precipitado. O incluso haciendo algo que vaya más allá de las palabras peligrosas.
Algo por lo que el Capitolio no le advertirá, pero la castigará. El año que cumplió doce años, cruzó esa línea dos veces.

Primero, la noche antes de colgar a Clay Chance en la plaza, alguien trepó a la horca y desfiló hasta la mitad de la cuerda. A la mañana siguiente, frente a una multitud, la cuerda se rompió y Clay cayó al suelo, donde una docena de balas de los Agentes de la Paz lo aniquilaron. Como la noche había sido completamente oscura y nevaba, la cámara de seguridad no grabó mucho, pero alguien del pueblo vio a Lenore Dove salir de la plaza y la denunció. La llevaron a la prisión de la base para interrogarla y solo dijo que no había hecho nada malo. Los Agentes de la Paz no sabían qué hacer con ella. Una criatura insignificante sentada allí, con los pies colgando a centímetros del suelo, las muñecas demasiado delgadas para las esposas. Entonces la hermana de Clay,

Binnie, quien llevaba un año en prisión preventiva debido a una enfermedad cardíaca, confesó haberlo hecho. Tres días después, Binnie falleció en su celda, y los tíos pudieron recoger a Lenore Dove, prometiéndole que se quedaría en casa por la noche.

Después de eso, el secretario Carmine la mantuvo a raya. Pero la mañana de los Cuadragésimo Sextos Juegos del Hambre, nuestro primer año en la cosecha, empezó a salir humo de debajo del escenario temporal mientras nos reuníamos. Los Agentes de la Paz sacaron un fajo de tela humeante que resultó ser la bandera de Panem. Quemar la bandera conlleva diez años de prisión, o probablemente más si se transmite a todo el país, pero se eliminaron todos los rastros antes de que las cámaras grabaran. El escenario se había montado la noche anterior, y a los Agentes de la Paz no se les había ocurrido instalar cámaras de seguridad debajo.

Debajo de la plataforma se encontró una rejilla que conduce a tuberías de servicios públicos. Al parecer, una vela, encendida horas antes, se había consumido, prendiendo fuego a la bandera empapada de queroseno. Podría haber sido cualquiera. Sin pruebas ni testigos, detuvieron a quienes tenían antecedentes de comportamiento sospechoso, y arrestaron de nuevo a Lenore Dove. Dijo que había estado en casa, redactando su testamento por si la llamaban en la cosecha. Luego les leyó el documento, siete páginas en las que la mayoría de sus pertenencias eran para sus gansos. Quizás fue una exageración, por cómo se había preparado. Quizás los Agentes de la Paz percibieron que los estaban engañando. La dejaron ir de nuevo, pero esta vez con la estricta advertencia de que la tenían vigilada.

Pero fue ella. Las dos veces. Lo sé en el fondo de mi corazón, aunque nunca me lo ha confesado del todo ni a mí ni a sus tíos. Dice que todas las chicas Covey son un misterio, que es parte de su encanto. Cuando la presiono, se ríe y dice que si es verdad, esa información podría ponerme en peligro, y si es falsa, ¿qué importa? "No sirvió de mucho, ¿verdad? Clay está muerto y la cosecha sigue viva y coleando".

Desde ese año, no ha tenido antecedentes. El Año Nuevo pasado, el Covey...
Incluso tocaron en la fiesta del comandante de la base, aunque a Lenore Dove no le entusiasmó. El secretario Carmine dijo que un trabajo es un trabajo, y que la música puede ser un puente para un mejor entendimiento entre las personas porque a casi todos les encanta una buena melodía. Lenore Dove dijo que a casi todos también les encanta respirar, ¿y adónde nos llevó eso? Algunos amores no significan nada.

Comentarios como ese me hacen sentir que ella todavía tiene el potencial de causar problemas y que esa parte de ella simplemente está intentando mantener un perfil bajo.

No sé qué habría hecho ayer si los papeles se hubieran invertido. Habría querido seguir a Lenore Dove, quizá me habría colado en el tren y la habría ayudado a escapar o habría muerto en el intento. O al menos habría incendiado la base de los Agentes de la Paz. Pero en realidad, cualquier plan que hubiera tramado se habría visto frenado por la idea de que mamá y Sid intentaran sobrevivir sin mí. Probablemente me habría vuelto loco sin hacer nada. Para ella es diferente. Nadie depende de Lenore Dove para ganarse la vida. Puede correr como el viento.

Después de una hora aproximadamente, los agentes de paz dejan dos sándwiches de mantequilla de nueces. Y mi primer plátano. Aunque no lo llamaría fruta —demasiado almidonado y sin jugo—, sabe bastante bien. Lo paso con una botella de agua llena de burbujas, lo cual me parece una tontería, ya que las eructo todas de todas formas.

Los Agentes de la Paz descorren las cortinas y veo que todos han recibido la misma preparación. Algunos de esos profesionales llevaban barba completa antes, pero ahora parecen más jóvenes y menos intimidantes bien afeitados. Perderse el vello del pecho tampoco les vino mal.

Juvenia llega con una mujer que empuja un perchero con ropa elegante, y los equipos de preparación del Distrito 1 trotan tras ellos hacia el vestuario de los chicos para prepararse para la procesión de carros que es la pieza central de las ceremonias de apertura. Los Agentes de la Paz liberan a sus tributos y los recogen. En pocos minutos, se repite la misma rutina con el Distrito 2 y el vestuario femenino. Media hora después, los tributos del Distrito 1, con un aspecto casi Capitolino con sus vestidos de fiesta verdes y trajes brillantes, desfilan por el gimnasio.

Al pasar junto a nosotros, Maysilee dice en voz alta: "¡Qué bien te ves, Silka! ¡Ojalá todas podamos vestirnos de verde mocos!"

Estallan risas en el gimnasio. Silka, que debe de medir veinte centímetros y pesar cuarenta y cinco kilos más que Maysilee, se lanza hacia ella, pero un agente de la paz le da un garrotazo en las costillas. Silka mira a Maysilee y se pasa el dedo por la garganta.

Maysilee hace pucheros. "Ahora, la belleza es lo que hace. ¿Qué tal una sonrisa?"

Louella me sonríe desde su mesa. "No se llevaron bien en el... vestuario."

"No soy fan de One", admito, mientras los observo dirigirse a su camioneta mientras District 2 pasa pavoneándose con su cuero morado y tachuelas.

"¿A dónde van todos?" escucho que alguien pregunta.

—A sus sesiones de fotos —responde un agente de la paz—. Luego, a los carros.

A continuación aparecen los equipos del 3 y 4, y sé que seremos los últimos. El lugar El salón se vacía lentamente. Proserpina, luciendo pompones recién teñidos, y Vitus, irritado porque su madre convirtió su habitación en un bar para la fiesta, regresan. Los tributos del Distrito 11 son llevados por su estilista justo cuando Drusilla cruza el gimnasio con sus botas de plataforma y un gorro de piel bajo el brazo.

"¿Dónde está ese idiota de Magno?", le pregunta a mi equipo. Se encogen de hombros con impotencia. "¡Nos está haciendo llegar tarde a una de las fiestas más grandes del año!"

Ella es toda fiesta, nuestra escort.

Pasaron otros diez minutos. "Necesito orinar", dije.

Los agentes de la paz nos quitan las esposas y nos llevan al vestuario de chicas, donde podemos hacer nuestras necesidades. Magno sigue sin aparecer. Me siento junto a Louella en un banco. Le arreglaron las trenzas y le hicieron unas cejas espectaculares. Los cabellos rubios de Maysilee forman una fuente de rizos apretados, lo que de alguna manera le sienta bien, y Wyatt luce exactamente igual que antes de su preparación.

"Si no viene, ¿podemos saltearnos la parte del carro?", pregunta Louella. ¿O simplemente vamos envueltos en papel?

Nadie parece haberlo considerado. De repente, todos entran en pánico, incluyéndome a mí. Por mucho que rechace todo esto, no quiero hacer mi gran entrada en una hoja de papel. Si quiero tener alguna posibilidad, si quiero conseguir patrocinadores, no puedo salir con el trasero al viento.

"¿Dónde está el vestido con el que vine?", pregunta Maysilee. "Puedo arreglarlo con alfileres".

“Ya se quemó”, dice un agente de la paz.

Con el tiempo agotándose, Drusilla ordena a los equipos de preparación que nos presten Retazos de sus propios conjuntos. Intento meterme en los shorts de terciopelo azul de Vitus cuando nuestro estilista entra con una bolsa de plástico al hombro.

La piel curtida por el sol de Magno Stift está tatuada con un patrón de piel de serpiente. Lleva una camisa larga de diamantes metálicos y no lleva pantalones visibles. Sus sandalias se atan hasta la pelvis y de cada una de sus orejas cuelgan diminutas serpientes vivas que se retuercen y dan vueltas en señal de miseria.

—¡Sabes que los han prohibido! —exclama Drusilla furiosa—. Te denunciaré.

"Oh, Drusie, de todos modos estarán muertos en unas horas", dice Magno. Él Tira el contenido de su bolso al suelo, revelando media docena de los mismos disfraces que he visto en los tributos del Distrito 12 desde que tengo uso de razón.

Recuerda. Levanta los brazos en un gesto de triunfo fingido. "¿Y ahora quién está listo para dejarlos sin aliento?"

Estamos tan estresados que incluso esta ropa usada se la llevan, y estoy seguro de que Magno lo planeó desde el principio. Me pongo un mono negro de minero maloliente, sujeto con imperdibles, y me pongo un sombrero de minero de carbón de plástico barato sin quejarme. Las botas me aprietan los dedos, pero me las ato, aliviada de tener algo de calzado.

Solo Drusilla le pide cuentas. "¿Qué pasó con su nuevo y brillante look?"

Con un gesto, Magno enciende la luz del sombrero de Maysilee. El débil haz de luz apenas se percibe. "¡Ta-da! Le cambié las pilas".

"¿Y esto es lo que trajiste para el Vasallaje de los Veinticinco? Si esto no...
—No sé qué lo hará —dice Drusilla con satisfacción.

Magno se ríe. "A nadie le importa Doce. Especialmente a ti. Vete."
Estos mocosos están encadenados y atados a los establos. Mi trabajo aquí está hecho.

Salimos pitando de allí y nos subimos a la camioneta que nos esperaba, que recorre a toda velocidad las calles del Capitolio con la bocina a todo volumen. No es suficiente para ahogar la versión a todo volumen del himno, que deben estar resonando a todo volumen por toda la ciudad. La ceremonia de apertura de Los Juegos del Hambre ha comenzado sin nosotros. Al terminar el himno, nos detenemos en seco y las puertas de la furgoneta se abren de golpe, revelando el interior de un cavernoso establo, con su alto techo sostenido por pilares de hormigón. Los cuidadores están intentando meter a cuarenta y ocho tributos disfrazados en doce carros mientras enganchan los caballos que se supone que nos llevarán por las calles. Todo el mundo grita y nadie escucha.

Comienza la música del desfile, se abren las puertas del gran establo y los tributos del Distrito 1 posan para los fotógrafos antes de salir a la avenida entre el rugido de la multitud. Un fotógrafo corre y nos toma fotos repetidamente, luego desaparece. ¿Fue esa nuestra sesión de fotos? ¿Nos encadenaron en la camioneta?

Drusilla parece dar órdenes a los controladores. "¡Que monten al Distrito Doce!"

Nos desencadenan, nos liberan de nuestras esposas y nos suben a un carro destartalado. Tirado por un cuarteto de rocines grises y asustadizos. Mis ojos recorren el establo, confirmando mis sospechas. Todos lucen mejor que nosotros. Los demás tributos tienen nuevos trajes temáticos de distrito: sexys trajes de vaquero rojo para el Distrito 10, brillantes trajes de sirena azul marino para el Distrito 4, monos grises iridiscentes con coronas en forma de rueda para el Distrito 6. Sus carros están engalanados, algunos amenazantes, otros elegantes, todos llamativos.

Sus brillantes caballos lucen plumas y flores a juego, mientras que los nuestros van con la cabeza descubierta.

El carro es demasiado pequeño para los cuatro. Los caballos bailan nerviosos, sacudiéndolo, lo que dificulta subirse. Cuando uno de ellos se encabrita, Louella se tambalea hacia atrás.

—Tranquila —le digo, agarrándola—. Tú puedes.

—No lo creo. —Sus rodillas ceden y se desploma en el suelo.

Drusilla le grita: "¡De pie, señorita!"

Levanto a Louella. "Mírame", le digo. "En todos los sentidos, eres mil veces mejor que cualquiera en el Capitolio. Te quieren más, te crían mejor y tienes mucha mejor compañía. Eres la mejor aliada que podría desear. ¿De acuerdo, cariño?"

Ella asiente y se endereza. "Tú y yo hasta el final. ¿Verdad, Hay?"

"Tú y yo hasta el final", te prometo.

"¡Las chicas al frente!" ordena Drusilla.

Maysilee y Louella suben al carro y se agarran a la barandilla delantera. Wyatt y yo las seguimos y nos apoyamos en los laterales. La presentación cede ante la preservación mientras intentamos mantener el equilibrio. Uno de nuestros caballos se encabrita, golpeando el carro con un casco y relinchando estridentemente.

Se supone que debemos avanzar, pero es todo lo que pueden hacer para mantener a nuestro equipo bajo control. El carro del Distrito 11 desaparece por la puerta antes de que finalmente nos liberen.

Llegamos tarde, pero ¿qué le vamos a hacer? Se supone que los caballos están entrenados para recorrer la ruta del desfile a paso majestuoso sin guía. Los nuestros se lanzan directamente al aire nocturno sin detenerse, saltándose nuestra segunda sesión de fotos.

Durante los primeros cien metros, más o menos, los caballos se ponen en marcha y trotan al ritmo de la música. Miro hacia una de las pantallas gigantes sobre las gradas abarrotadas que bordean la avenida y me veo con mi horrible disfraz, encorvado sobre la barandilla. Una posibilidad remota, pienso, y me obligo a enderezarme.

La multitud parece borracha, abucheando y vociferando, con la cara roja.

Y sudando. La gente nos tira botellas y basura. Algunos vomitan sobre la barricada instalada a lo largo del recorrido del desfile. A pesar de su elegante atuendo, el público huele como la pandilla del Hob en una noche de sábado agitada: una mezcla de sudor, licor puro y vómito.

Un hombre que intentaba golpear a Maysilee con su bastón se cae de cara a la avenida y pierde un diente delantero. Una mujer semidesnuda hace gestos lascivos.

Me miran fijamente. Es difícil ignorar a la turba, pero el Distrito 12 aguanta hasta que alguien lanza un fuego artificial que gira justo delante de nuestro carro y explota en una explosión azul.

Nuestros caballos lo pierden, se desploman hacia un lado y luchan por mantenerse verticales. Caigo de rodillas, pero logro sujetarme a la barandilla mientras nuestro equipo echa a correr. La multitud enloquece al esquivar el carro del Distrito 11 y por poco chocamos con el Distrito 10, cuyo equipo también se rebela. Quiero proteger a Louella, pero solo puedo aguantar mientras avanzamos a toda velocidad por la avenida.

Todo es borroso: el público, el suelo, las otras carrozas intentando apartarse de nuestro camino. Suena una sirena y veo luces rojas girando, pero esto solo parece enloquecer a nuestro equipo. Recuerdo que el desfile termina en la rotonda que lleva a la mansión del presidente Snow, así que sé que no podemos correr eternamente, pero ¿cómo vamos a detenernos?

Miro hacia abajo mientras las ruedas con clavos del carro del Distrito 6 se acercan al nuestro, y tengo la respuesta. Veo las chispas, siento los ejes destrozándose y me abalanzo sobre Louella, con la esperanza de sujetarla. Ella me alcanza justo cuando la rueda se desploma y salimos disparados por los aires. De repente, estoy tendido en el suelo, con la mano en un charco de sangre mientras las luces del Capitolio brillan como luciérnagas sobre mí.

Esto es mejor, me digo. Mejor que morir en la arena. Mejor que... comadrejas, hambre y espadas.

Lo acepto cuando me doy cuenta de que la sangre no es mía. Que el destino no es mío. Y el tributo que escapó de la arena es Louella.



Un polluelo de sinsajo muerto, con los ojos aún brillantes y las plumas de color negro azulado en el... Luz del sol, patas vacías, sobre un lecho de musgo. Lenore Dove acarició su plumaje con la punta del dedo. «Pobrecito... pobre pajarito... ¿quién cantará tus canciones ahora?»

Louella se ve tan pequeña, tan quieta en el caos que nos rodea. ¡Qué buen trabajo! Protegiéndola. Muerto antes de que llegáramos a la arena. ¿Quién cantará tus canciones ahora, Louella?

Estoy sin aliento por el impacto de la caída, magullado seguro, pero nada. Obviamente rota. "¿Louella?", pregunto mientras me arrodillo sobre ella. Sabiendo que es inútil, intento despertarla, busco su pulso, pero ha volado. Su mirada vacía lo confirma al cerrarle los párpados. Una de sus trenzas reposa sobre la sangre que gotea de la parte posterior de su cráneo, que se abrió al chocar contra el pavimento. Las cejas negras, delineadas, sobresalen de su rostro demacrado. Le acomodo las trenzas, me lamo el pulgar y limpio una gota de sangre de su mejilla.

El eje que conectaba nuestro carro con el equipo aparentemente se rompió, y nuestros caballos desaparecieron hace mucho, dejando un rastro de escombros. Wyatt y Maysilee,

Quienes lograron aferrarse a la barandilla, se liberaron de las ruinas de nuestro carro, maltrechos pero vivos. Wyatt recogió el sombrero de Louella, que debió caerse cuando nos arrojaron. Al unirse a nosotros, ninguno tuvo que preguntar si Louella estaba muerta.

Maysilee se quita uno de sus collares, una gruesa tira de cuentas tejidas con flores moradas y amarillas. "Iba a darle esto. Como recuerdo. Para que tuviera algo de casa". Se arrodilla y levanto el cráneo aplastado de Louella mientras ella le coloca las cuentas alrededor del cuello. Sangre fresca se filtra en mi mano.

—Gracias —digo—. Le gustan las flores. No puedo hablar de ella en pasado, no mientras esté tan cerca.

“Vienen a buscarla”, advierte Wyatt.

Veo a cuatro cascos azules viniendo directamente hacia nosotros entre los médicos y Manejadores y tributos aturdidos. Quieren llevarse a Louella, esconderla cuidadosamente en una caja de madera junto con sus crímenes y enviarla de vuelta al Distrito 12. No quieren que esta muerte, imprevista y bajo la vigilancia del Capitolio, muestre su incompetencia. Esta no es la sangre con la que quieren pintar sus carteles.

Tomo a Louella en mis brazos y comienzo a alejarme.

—Es inútil —dice Wyatt—. Se la llevarán de todas formas.

"Ella no les pertenece", espeta Maysilee. "No la entregues sin más".
¡Acaba! ¡Que luchen por ella! ¡Corre!

Así es. Y soy un corredor rápido. El único chico que me gana en las carreras a pie en la escuela es Woodbine Chance. Bueno, antes lo hacía. Corro por Louella, pero también por Woodbine, porque él nunca volverá a correr. No tengo ni idea de adónde voy. Solo sé que no quiero entregar a Louella al Capitolio. Maysilee tiene razón. No les pertenece en absoluto.

Esquivando cualquier uniforme blanco de agente de la paz, me abrí paso entre cuerpos con manchas rojas y el carro destrozado del Distrito 6. Al parecer, sus caballos saltaron las barricadas y se abalanzaron sobre la multitud. Los médicos se arremolinaban, gritando y cargando camillas con gente del Capitolio, dejando a los tributos heridos del Distrito 6 donde cayeron.

Mi ruta de escape me lleva más lejos por la avenida hacia la mansión del presidente. Varios carros están estacionados a lo largo de la ruta del desfile. Es un tiro limpio hacia la mansión, pero nunca lo lograré. Los gritos de los agentes de la paz se acercan. Louella se siente cada vez más pesada. Tengo ampollas en los dedos de los pies con las botas apretadas. Me duele el pecho y no he respirado profundamente desde que golpeé...

el suelo. ¿Qué más da si la entrego ahora o más tarde?

Algunas de las pantallas gigantes sobre la multitud se han enfocado en la bandera ondeante, pero unas cuantas más aún muestran la ruta del desfile. Me veo en una. Louella se ve tranquila, como si estuviera dormida en mis brazos. Si esto todavía se está grabando y posiblemente transmitiendo, al menos en el Capitolio, tal vez marque la diferencia si me resisto lo mejor que pueda. Quizás aquí sea donde pinte mi propio póster.

Más adelante veo el carro del Distrito 1, una cosa dorada y brillante tirada por caballos blancos como la nieve. Los tributos han desmontado y se hacen a un lado, excepto Panache, que tira de las bridas de los caballos. "¡Vamos!", les grita. "¡Muévanse!" Sin duda quiere continuar el desfile, ser el único tributo que llega a la mansión del presidente en carro. Una entrada triunfal para un futuro vencedor. Pero los caballos se resisten, pateando y echando la cabeza hacia atrás. Silka se quita uno de sus elegantes tacones de aguja y comienza a golpear el flanco del caballo de afuera, haciéndole sangrar. El caballo relincha de dolor y patea, sembrando la confusión en el equipo. Silka cae al suelo y Panache tiene que lanzarse de lado para evitar ser pisoteada.

Los guardianes de la paz me persiguen, mis brazos ceden, aprovecho el momento y me subo al carro justo cuando la angustia de los caballos supera su entrenamiento. Panache tuvo una gran idea y ahora se la estoy robando.
Quiero ser el tributo que llega en carro, y quiero que Louella esté conmigo, para que todos la vean.

Mientras el equipo salta hacia adelante, me arrojan contra la barandilla y la dejo caer. Algo del peso de Louella. Oigo el aullido de rabia de Panache detrás de mí, pero lo ignoro. Los caballos reanudan su paso normal y logro enderezarme. Perdí mi cutre sombrero de minero de imitación en el accidente y, sin el tocado, nuestros atuendos se vuelven simplemente neutros, negros y olvidables. Nuestras prendas llaman la atención: el brillante collar de cuentas de Louella, mi exquisito percutor de sílex. Por primera vez, con el magnífico vehículo, con nuestros finos adornos, parecemos tributos importantes. No es una apuesta arriesgada. O al menos, una apuesta arriesgada que podrías considerar patrocinar. Es una pena que uno de nosotros haya muerto.

Los caballos se detienen justo debajo del balcón. Levanto la vista y me quedo paralizada, demasiado intimidada para respirar. El presidente Snow. No en una pantalla, sino en carne y hueso. La persona más poderosa y, por lo tanto, la más brutal de Panem. Permanece sereno y erguido, contemplando la calamidad de la ceremonia inaugural. Inclina ligeramente la cabeza y cae un rizo rubio plateado y lacado.

en su frente. Nuestras miradas se encuentran, y una sonrisa se dibuja en sus labios. Sin ira, sin indignación, y ciertamente sin miedo. No lo he impresionado con mi actuación. El chico montañés imprudente con la niña muerta en sus brazos parece tonto, un poco gracioso, y nada más.

Algo se endurece en mi interior y pienso: « Está usted en un pedestal, señor. Y algún día alguien lo derribará y lo arrojará directo a la tumba».

Me bajo del carro y dejo a Louella en el suelo, retrocediendo un paso para que Snow no pueda fingir que no ve su cuerpo destrozado. Entonces le hago un gesto y empiezo a aplaudir, reconociendo el mérito a quien lo merece.

Hazle girar esto, Plutarco, creo.

De repente, la expresión del presidente cambia. Dirige su atención a La pantalla a mi derecha muestra una foto mía de cintura para arriba, aplaudiendo. Sus dedos se dirigen a la distintiva rosa blanca de su solapa, alisándola mientras baja la mirada. Sus ojos azules se entrecierran, pero no está concentrado en mi rostro. ¿Está mirando el pedernal?

Me agarran por detrás y me arrastran. Los médicos se lanzan sobre Louella, pero sé que no hay manera de recuperarla. Odio dejarla atrás, pero ¿qué haría con ella, aunque la tuviera agarrada? ¿Su familia vio su despedida? ¿La mía? Pero no habrían mostrado esto en el 12. Probablemente se cortaron cuando nuestros caballos se desbocaron.

Me esfuerzo un poco, pero luego siento que me esfuerzo demasiado. Sin fuerzas, hago que los agentes de la paz me remolquen por el largo camino de vuelta al establo. Me pillan, me dan la vuelta, me esposan y me obligan a caminar. Entonces me doy cuenta de la multitud, todavía en las gradas, y oigo los gritos.

Oye, tú, ¿de dónde eres?

—¡Aquí, chico! ¿Cómo te llamas?

—Doce, ¿verdad? ¿Eres de Doce, chaval?

Eso me llama la atención. ¿A mí? ¿Me están hablando? Mi cabeza gira de un lado a otro.

¡Habla, muchacho! ¡No podemos patrocinarte si no sabemos quién eres!

¿Esta gente quiere patrocinarme? Envíenme comida y suministros. ¿Arena? ¿Y luego apostar por mí como un perro hambriento en una pelea? Quizás debería estar agradecido, o al menos ser inteligente, pero es imposible con la sangre de Louella cubriéndome las manos. Ataqué con fuerza y escupí directamente a la cara de un hombre, que estaba hinchada y centelleaba con pequeños espejos incrustados. Le cayó en la mejilla y el público estalló en carcajadas.

"¡Díselo tú!"

"¡Me gusta tu estilo!"

¿Haymitch o Wyatt? ¿Cuál eres tú?

Eso último de una mujer que lleva un nido de pájaro en la cabeza. Ella

Agitó su programa de Los Juegos del Hambre, que tenía un brillante número 50 dorado sobre un fondo de la bandera de Panem en la portada. Estaba escupiendo otra gota cuando uno de mis guardias me advirtió: «Ya basta». Escupí de todos modos. Me dio un codazo fuerte en el costado y el público vitoreó, no sé bien por quién.

Hartos, los Guardianes de la Paz me arrojan a un carro lleno del Distrito.

Cuatro tributos, y llego al establo agarrado al tridente falso de un tipo para que no me echen otra vez. No me apoya, y apenas llegamos cuando me clava la culata en el plexo solar y caigo al suelo otra vez.

"Bien hecho, Urchin", se ríe una niña del 4, moviendo su cola de pez hacia mí mientras ellos se alejan

No parece haber ninguna razón en particular para levantarme, así que me quedo ahí tumbado, sin importarme si me pisotean o no. El recuerdo del cuerpo sin vida de Louella bajo el balcón de Snow se me ha quedado grabado en los párpados. Parece que eso es todo lo que volveré a ver.

La situación se calma a medida que el lugar empieza a vaciarse. Sin embargo, nadie tiene prisa por mover a un tributo rebelde del Distrito 12. Al cabo de un rato, Maysilee aparece sobre mí, con su cascada de rizos colgando a un lado de la cabeza.

—Bueno, usted tiene la última palabra esta noche, señor Abernathy.

¿De verdad? ¿Qué dije exactamente, señorita Donner?

"No te metas con el Distrito Doce".

Esbozo una sonrisa. "¿Crees que les diste un buen susto?"

—No. Pero al menos ahora saben que estamos aquí. —Me ayuda a llegar a mi... pies. "Prefiero ser despreciado que ignorado."

Wyatt se acerca. "Buen trabajo con el público. Deberías conseguir algunos patrocinadores. Nuestras posibilidades han mejorado un poco con el accidente. Todo el Distrito Seis está herido. El Distrito Diez también está maltrecho".

Resisto el impulso de golpearlo. "Y Louella está muerta".

"Sí, pero es poco probable que Louella hubiera matado a alguno de nosotros. Y como "De todos modos, era una niña de trece años y de estatura pequeña de Twelve; apenas figuraba en el ranking", dice Wyatt.

Lo miro fijamente, asombrada por su frialdad. "¿Qué probabilidades crees que hay?"
¿Tu padre está decidido a que ganes, Wyatt?

La vergüenza se dibuja en su rostro. Pero solo dice: «Cuarenta a uno».

“Entonces, si eres el vencedor y apuesto un dólar por ti, ¿recibo cuarenta dólares a cambio?”

“Cuarenta y uno, menos los honorarios de Booker Boy”.

"Supongo que eres una apuesta arriesgada, que tu padre te considere tan poco valiosa", le digo.

"Nunca fingí lo contrario". Wyatt se da la vuelta y camina hacia nuestra camioneta.
Uno de los pocos que aún quedan en el establo.

"Vaya, eso fue cruel, incluso para mis estándares", me dice Maysilee.
“No puedes elegir a tus padres”.

“Podrías rechazar su negocio”, señalo.

"No pude", dice Maysilee. "Iba a pasar el resto de mi vida detrás de ese mostrador de dulces, por mucho que lo odiara. Y supongo que te habrías quedado con el overol de minero puesto hasta la tumba. Nunca, ninguno de nosotros, tuvimos opción."

Ella sigue a Wyatt hasta la camioneta, dejándome pensando en la posibilidad de que...
He superado en importancia a Maysilee. No es algo de lo que enorgullecerse. Pero tampoco lo es considerar la muerte de Louella en nuestras posibilidades. Su cuerpo ni siquiera está frío, y él la ha reducido a un número. Pero ella no era un número, era una niña que conocí el día de su nacimiento cuando el Sr. McCoy, con el rostro iluminado de alegría, la levantó junto a la ventana para que todos los niños la viéramos. Un dolor terrible y oscuro comienza a brotar dentro de mí, amenazando con ahogarme, pero lo reprimo.
Trágate la tristeza, tápala, contenla. No usarán mis lágrimas para entretenerse.

El esfuerzo me marea, así que me siento contra una columna y observo a los pájaros revolotear entre las vigas. Caballos y carros desaparecen en las profundidades del establo. Los tributos llegan dispersos desde la avenida y se unen a sus distritos. Un par de agentes de la paz pasean por allí, abofeteando a los extraviados. Me miran con malos ojos, pero me dejan en paz.

Me encuentro mirando un tablero electrónico que enumera todos los tributos.
Parece que no valoramos los apellidos.

SEGUNDO CUARTO DE CALIFORNIA
PLANTILLA DE HOMENAJE

DISTRITO 1

B Panache
o
y

Silka

Chica

B Lupa
o
y

Quilate

Chica

DISTRITO 2

B Alfa
o a nosotros
y

Camila

Chica

B Jano
o
y

Nona

Chica

DISTRITO 3

B
o
y

Amperio
errante

Dio

Chica

B
o
y

Lectura

Bobina

Chica

DISTRITO 4

B
o
y

Urch
en

Lengüeta
a

Chica

B
o
y

Angl
eh

Mari
teta

Chica

DISTRITO 5

B Hyc
o hel
y

Anio

norte

Chica

B Fiss
o eh
y

Pote

n / A

Chica

DISTRITO 6

B Milla
o s
y

Bueno, es

decir

Chica

B Atre
o ad
y

Velo

Chica

DISTRITO 7

B Bircher
o
y

G Otoño
yo
o
yo

B Heartwood
o ood
y

G Ringina
yo
o
yo

DISTRITO 8

B Wefto
o norte
y

Nota
norte
Chica

B Desgarro
o un
y

Alaw
n / A
Chica

DISTRITO 9

B
o
y

Ryan

Núcleo
a

Chica

B
o
y

Clayt
en

Midg
mi

Chica

DISTRITO 10

B
o
y

Buck

Lan
nie

Chica

B
o
y

Sta
diputado

Cáscara
eh

Chica

DISTRITO 11

B
o
y

Cáscara

Chico
ry

Chica

B
o
y

Teja

Flor
om

Chica

DISTRITO 12

B
o
y

Wyatt

GRAMO
ir
l

Maysil
ee

B
o
y

Haymi
tch

GRAMO
ir
l

Louell
a

Cuarenta y ocho niños. Menos uno. Nunca recordaré todos sus nombres. Dudo que se acuerden del mío. Somos demasiados.

Un chico con un mono azul eléctrico, más o menos del tamaño de Sid, se me acerca; sus esposas tintinean un poco. Otro cordero para el matadero. "Hola, soy Ampert. “Soy de Tres.”

Miro hacia atrás, pero no lleva acompañante. Probablemente sea una posibilidad remota. que yo. No puedo imaginar qué quiere, pero espero que alguien sea amable con mi hermano en estas circunstancias, así que le digo: "Hola, Ampert. Soy Haymitch. ¿Cuántos años tienes?

Doce. ¿Y tú?

“Ayer cumplí dieciséis años.”

—Qué asco. —Se agacha a mi lado y juguetea con sus puños—. Podría abrirlos en un santiamén si tuviera una horquilla.

Sonrío ante su fanfarronería. «O una llave».

—Suenas como mi padre. Se reirá cuando se lo diga.

Podría señalar que Ampert nunca volverá a ver a su padre, pero ya he superado mi límite de maldad del día. Es más amable seguirle la corriente. Saco un imperdible de mi overol y lo ofrezco. "Pruébalo, amigo".

Su rostro se ilumina como si acabara de recibir un juguete nuevo. Abre el pasador y empieza a mover la punta de un candado. «En realidad, no nos enseñan esto en la escuela. Se centran en la tecnología que usamos en las fábricas. Pero mi madre me enseñó. Ella es la mecánica. Sé muchas cosas que podrían ser útiles en el ruedo. Si quieres ser mi aliado».

Así que eso es todo. Sus compañeros tributos del distrito lo han rechazado, y él está en La búsqueda de alguien más patético que él. Un minero de carbón del Distrito 12 parece un candidato probable.

Le digo: “Tenía una aliada y ya está muerta”.

Lo siento. Pensé que solo la habían noqueado. ¿Louella McCoy, verdad? ¿Ella es a quien le hiciste dueña el presidente Snow?

Bueno, diré esto de Ampert: no se le escapa nada. "La cosa es, Ampert, que no sé si tengo madera de aliado. Creo que puedes hacerlo mejor. ¿Por qué no regresas y le pides a los tributos de tu distrito que se unan a ti?

—Ah, ya lo hicieron. Pero estoy intentando forjar una alianza para contrarrestar a los Profesionales. Tengo a Siete y Ocho de su lado, y Once lo está considerando. —Da un último giro y el brazalete izquierdo se le cae de la muñeca. Levanta el broche triunfalmente—. ¡Te lo dije!

—¡Guau! —exclamo—. ¿Cómo lo hiciste?

—Te enseñaría si tuviéramos más tiempo. —Ampert se pone las esposas antes de que nadie se dé cuenta y se guarda el imperdible—. Si cambias de opinión, estaré por aquí. —Se va corriendo, y lo veo informando a los demás tributos del Distrito 3, que estiran el cuello para observarme.

No sé para qué me necesita ese chico. No es mi cerebro. Quizás, como Hattie, piensa que sería una buena mula. Pero mis días de aliada empezaron y terminaron con Louella.

Cuando soy el último tributo que queda, un agente de la paz me ordena entrar en la camioneta. Ella nos encadena a mí, a Maysilee y a Wyatt, luego mira a su alrededor y frunce el ceño. ¿Dónde están tu acompañante y tu estilista? ¿Tus mentores?

Ninguno de nosotros responde. No lo sabemos, ¿y por qué deberíamos saberlo?

Otro agente de la paz habla. «Drusilla se emborrachó después del accidente. Magno Stift no apareció». Consulta un portapapeles. «Y ni siquiera veo un mentor en la lista para Doce».

"¿Qué se supone que hagamos con ellos?" pregunta el primero. "Estoy fuera de servicio". En diez. Hay una fiesta para mi equipo después, y soy el único que sabe preparar un buen ponche de ron.

No podemos dejarlos aquí. Supongo que los llevaremos a sus aposentos. Que lo averigüen ellos mismos.

La puerta se cierra y el motor cobra vida con un rugido. En la oscuridad total de la furgoneta, apoyo la cabeza contra la pared. Ya no puedo negar las miserias de los últimos dos días: el dolor de cabeza punzante por la culata del rifle en la cosecha, el terror de la descarga eléctrica, la angustia de las despedidas de mis seres queridos, la ducha tóxica, el humillante desfile ante Panem, el choque del carro y, lo peor de todo, el horror de estar empapado en la sangre de Louella. Todo duele, por dentro y por fuera.

Nos bajan a una calle llena de edificios de apartamentos color caramelo. La agente de la paz, disgustada, nos conduce entre guardias armados a un vestíbulo con paneles de madera falsa y a un ascensor que huele a calcetines viejos y perfume barato. Gira una llave en la ranura del 12 y nos quita las esposas durante el ascenso. "Nos han dicho que sus mentores los esperan aquí.

Dijeron que no había esposas, pero hay agentes de la paz a un timbre de distancia y hay cámaras por todas partes. Señala con la cabeza a una en la esquina del ascensor. No han intentado ocultarlo. Quieren que sepas que te están observando. O que creas que te están observando, aunque nadie lo esté.

“Sin fuerzas de paz, no hay paz”, murmuro.

El agente de la paz asiente bruscamente. "Exactamente."

Cuando se abren las puertas, nos empuja hacia un recibidor. Un cuadro enmarcado de un caniche blanco con esmoquin cuelga sobre una mesita con un bol de naranjas enceradas. "¡Son todas tuyas!", grita, y las puertas del ascensor se cierran.

Nos quedamos abandonados, bajo la mirada crítica del caniche, esperando la siguiente ronda de maltrato. En el silencio, percibo un olor familiar. Es la sopa de frijoles y codillo de jamón que prepara mi madre cuando alguien muere. No puede ser, por supuesto. Pero aun así, con la pérdida de Louella tan reciente, algo empieza a desmoronarse en mi interior. Las lágrimas que he estado guardando desde la cosecha me llenan los ojos. Esto me enfurece, y parpadeo con fuerza para contenerlas.

Se acercan unos pasos suaves y aparece una jovencita. La reconozco al instante. La chica de pelo negro del Distrito 3 que ganó los Juegos del Hambre el año pasado. «Hola, soy Wiress. Una de tus mentoras».

Era una arena llena de superficies brillantes. Lagos que reflejaban el cielo, nubes que les devolvían el favor, y por todas partes, rocas, cuevas y acantilados cubiertos de espejos. Cuando los tributos fueron elevados a la arena, no pudieron orientarse. Adondequiera que se volvieran, tributos con túnicas relucientes los observaban.

Mirando hacia atrás en el año 12, Sid susurró: "Apenas puedo mirar esto. “Me hace bizco”.

Si bien era desorientador verlo desde afuera, era... Incomprensible en su interior. Una gigantesca Cornucopia plateada albergaba un botín de provisiones, pero incluso llegar hasta ella resultaba peligroso. Un tributo tomaría un arma y tomaría aire, saltaría a un claro y se estrellaría contra una pared, o esquivaría a un atacante solo para encontrarse con su espada.

La mayoría de los tributos se volvieron locos, pero no Wiress. Lo asimiló todo y luego se alejó con cuidado de la Cornucopia, encontrando de alguna manera paquetes de suministros donde no parecía haber ninguno. Finalmente, se desató una torpe carnicería, pero ella ya se había marchado, explorando la arena poco a poco, hasta que se posó en una roca que sobresalía sobre un lago, a la vista de sus competidores. Excepto que... nunca pudieron verla. Había encontrado un punto ciego, y aunque se acercaron furiosos a pocos metros de ella, evitó ser detectada. Simplemente se sentó allí, silenciosa como un ratón, comiendo, bebiendo del lago y durmiendo hecha un ovillo.

Lo curioso, si es que a algo se le puede llamar divertido en Los Juegos del Hambre, es que... Estaba observando a los Vigilantes intentando entregarle los regalos a sus patrocinadores,

Lo cual no hicieron en repetidas ocasiones. Eran tan ciegos a su posición como los tributos. Y aunque bromeaban al respecto, se notaba que les avergonzaba que una chica del Distrito 3 comprendiera su arena mejor que ellos.

Cuando el campo se despejó, solo quedaban Wiress y un chico del Distrito 6. Wiress finalmente se levantó, revelándose, y el chico saltó hacia lo que creyó que era ella, se golpeó la cabeza y se ahogó en el lago. El aerodeslizador de la vencedora voló durante una hora intentando localizarla antes de que ella regresara caminando a la Cornucopia para dar un paseo. Más tarde, cuando le preguntaron cómo había ideado su estrategia, respondió: «Seguí los rayos de luz». No podía, o no quería, decir más. Uno quería animarla, dado que había burlado a los Vigilantes, pero era demasiado desconcertante.

Así que, claro, nos la dieron. Siempre nos quedamos con lo que sobra. Disfraces mugrientos, caballos destartalados, y ahora ella. Intento aceptarlo, pero me cabrea. No quiero a Wiress como mentora. Es solo otra persona rara con la que lidiar cuando ya estoy hecho polvo. ¿Cómo puede ayudarme una chica que sigue rayos de luz? ¿Cómo puede enseñarme a protegerme una chica que salió de la arena sin un rasguño? ¿Cómo puede una chica que no ha peleado con nadie, no ha matado a nadie, no ha sido mentora de nadie? No puede, eso es todo.

Estoy a punto de decir lo mismo cuando llegue una segunda mujer. Se necesita un Es momento de ubicarla. Es mayor, probablemente de la edad de Hattie. Entonces recuerdo unos Juegos de cuando era pequeño, y a un niño histérico vestido con un traje de conchas marinas, que acababa de ser coronado frente a toda la nación de Panem. La histeria se desató cuando mostraron el resumen de los Juegos, mostrando las veintitrés muertes de sus competidores. Y esta mujer había abrazado al niño e hizo todo lo posible, como su mentora, para protegerlo de las cámaras, que lo estaban devorando hasta el último detalle.

Es Mags, una vencedora del Distrito 4. Me mira con tristeza, con conocimiento de causa. y luego abre los brazos y dice: "Lo siento mucho por Louella, Haymitch".

Por un momento, me tambaleo entre la ira y el dolor. Pero el dique finalmente se rompe. Me abrazo a ella, apoyo la cabeza en su hombro y empiezo a llorar.



En general, no lloro mucho. Solo cuando muere alguien, y entonces lloro a mares, rápido y sin parar, que es lo que hago ahora. Porque Louella murió y se suponía que debía cuidarla, pero no lo hice. Y aunque Lenore Dove siempre será mi verdadero amor, Louella es mi única y verdadera novia.

Mags simplemente me abraza mientras los sollozos sacuden mi cuerpo y las lágrimas y los mocos gotean. sobre su hombro. Wiress lleva a Maysilee y a Wyatt más adentro del apartamento, dándonos un momento. "Lo siento", digo con voz entrecortada. Pero Mags niega con la cabeza y no deja de darme palmaditas en la espalda.

Cuando me calmo un poco, ella me guía a través del apartamento hasta un Al baño, donde me espera una bañera de agua hirviendo. Me entrega una bolsa y dice: «Pon tu disfraz aquí. Magno lo quiere de vuelta. Luego báñate y únete a nosotros».

Cuando Mags se va, cerrando la puerta tras ella, cubro la cámara con una toalla para tener algo de privacidad, sin importarme si me castigan por ello. Luego me quito el horrible disfraz y lo meto en la bolsa. Los baños calientes son un ritual dominical en mi casa, y los cubos de agua fría lo son el resto de la semana, ya que hay que bombear y calentar mucho para llenar nuestra tina de hojalata. Esta honda...

Versión de porcelana, casi llena hasta el borde, la cremosa pastilla de jabón y el champú líquido son lujos inimaginables. Me hundo en la bañera, dejando que el calor me envuelva, mientras las columnas de sangre de Louella tiñen de rosa el agua prístina.

Cierro los ojos e intento vaciar mi mente, de modo que solo quede calor, el murmullo de voces lejanas y el olor a sopa mezclado con el ligero aroma floral del jabón. Esto es todo lo que es el mundo. Nada más. Debo permanecer así un buen rato, porque el agua está fría y tengo las yemas de los dedos arrugadas al abrir los ojos. Vacio la bañera y me doy un buen baño en la ducha, limpiándome del insecticida, la suciedad del camino y los últimos rastros de la vida de Louella.

Después de secarme con la toalla grande y mullida, me pongo la ropa interior, la camisa y los pantalones negros que me dejaron, y me calzo unas botas nuevas. Al abrir la puerta del baño, intento decidir si debería sentirme avergonzada por mi arrebato, y me doy cuenta de que, de todas formas, me importa un bledo lo que piensen los demás.

El apartamento, que tiene una calidad extraña e impersonal, ha sido decorado por alguien cuyo gusto se inclina por las cosas esponjosas y el color naranja quemado. Las chucherías de gatito y cachorro parecen desentonar con los barrotes de las ventanas. Sigo mi olfato hasta la cocina, donde Mags, Wiress y Wyatt están sentados a la mesa, comiendo.

"Únete a nosotras", dice Mags. "Tu amiga está en el baño ahora". Estoy demasiado cansada para corregirla sobre el estado de mi relación con Maysilee; " compañera de clase" parece más apropiado. Sirve un tazón enorme de lo que, en realidad, es sopa de frijoles y codillo de jamón.

“Mags pidió esto especialmente a la cocina”, dice Wiress.

—Sí. Es reconfortante, creo. —Mags me pone el tazón delante.

—Sí. —Aspiré el vapor, pensando en mis hermanas gemelas, en papá y en mi abuela. Y ahora en Louella. Tomé una cucharada y dejé que el sabor de mi hogar me inundara, fortaleciéndome para lo que estaba por venir. —¿Qué es este lugar? — pregunté.

Es un apartamento diseñado para alquileres temporales. Lo han reservado para los homenajes de este año —dice Mags—.

"El año pasado nos quedamos en el cuartel, los veinticuatro. Aquí es más privado", añade Wiress.

No diría que el baño es privado. Colgué mi toalla sobre la cámara.

“Se instalaron justo para los homenajes. Es imposible saber cuándo están mirando”, dice Mags. “Pero todo quedará grabado”.

Wyatt se aparta de la mesa. "Creo que me voy a bañar ahora".

Quiero disculparme por lo que dije antes. Sobre que tu padre apostaba por ti. Pero no tengo energías, así que lo dejé ir sin decir palabra.

Mis mentores me dejaron comer en silencio: sopa, pan blanco con mantequilla y un buen trozo de tarta de melocotón para terminar. Me temo que van a empezar una sesión de estrategia, pero Mags solo dice: "¿Por qué no te acuestas ya, Haymitch? Podemos hablar por la mañana".

Ella me lleva a una habitación con dos camas cubiertas de pelusa naranja. Se extiende, cada una con un pijama encima, y me da las buenas noches. Me cambio, me deslizo entre las sábanas pensando que nunca me dormiré, y me apago como una luz.

Lenore Dove dice que mis sueños son como ventanas a mi mente, demasiado claros como para necesitar interpretación. Lo cual es una bonita forma de decir que son realmente obvios. Esta noche, se centran en cosas aterradoras que han sucedido —cabezas voladas y choques de carros— y cosas aterradoras que temo que sucederán en los próximos días. Como no sé exactamente qué me encontraré cuando suene el gong para dar inicio a los Juegos, mi mente recurre a arenas pasadas. Armas.
Hambruna. Perros mestizos. Los dos primeros son males ancestrales, pero las mutaciones, o perros mestizos para abreviar, son atrocidades genéticas creadas en el laboratorio para entretener al público sanguinario del Capitolio. Como las comadrejas devoradoras de rostros o, en la arena de Wiress, los brillantes escarabajos plateados que invadieron a los tributos, asfixiándolos. Mi mente se fija en estos últimos.

Mientras los escarabajos chupan el oxígeno de mis pulmones, me despierto jadeando. Wyatt ronca en la otra cama. Solo eso me hace pensar que tenía razón al decir que no era mi aliado. ¿Cómo va a permanecer oculto en la arena si está serrando troncos así? Claro, estaba roncando fingiendo en el tren cuando nos escuchó a Louella y a mí. Lo miro fijamente, pero parece estar completamente muerto.

Podría levantarme, pero me quedo bajo las sábanas, agradecida por tener tiempo para ordenar mis pensamientos. Todo ha sucedido tan rápido. Todavía no puedo asimilar del todo que Louella se haya ido. Y ahora tengo una oferta de Ampert, quien me cayó fatal. Me intriga su idea de una manada que no sea de profesionales. Me pregunto si también aceptaría a Wyatt y a Maysilee. No parece muy exigente. Los tributos de los Distritos 7 y 8 no son nada.

Especial. Debe estar priorizando la cantidad sobre la calidad. Aunque. . . eso el 11 podría ser decisivo...

Aun así, no sé si me uniré a ellos. Quizás le pregunte a Mags qué opina. Es curioso tener a alguien de 4, una carrera, como mentora. Aunque debió ser un tributo desde el principio y quizá no siempre hubo Carreras. En cuanto a Wiress... No debería juzgarla con tanta dureza. Si pudiera ser más astuto que todos como ella sin mover un dedo, claro que lo haría. Pero eso parece más propio de Ampert.

El olor a comida frita me saca de la cama. Me pongo la ropa de anoche y voy a la cocina. Mags y Wiress están sentadas como si no se hubieran acostado, pero la comida está revuelta. Grandes platos cubiertos de huevos, beicon y discos crujientes de papa me hacen la boca agua.

—Buenos días, Haymitch —dice Mags—. Sírvete, por favor.

Lleno mi plato hasta arriba y me sirvo otro con tostadas con mantequilla y mermelada, me sirvo vasos de zumo y leche, pero no café. De nuevo, me dejan comer tranquilo, lo cual agradezco. La comida siempre me levanta el ánimo, así que después de un par de platos, creo que podré sobrevivir el día. Me va a costar mucha energía enfrentarme a los Profesionales, sobre todo a Panache. Estoy casi seguro de que cree que le debo un carro.

Estoy tomando un té caliente con azúcar cuando entra Maysilee, vestida exactamente igual que yo, salvo por sus collares. Toda de negro, con el pelo recogido y las marcas de la fusta, tiene algo de ruda. O quizá siempre lo ha sido, pero los volantes y los lazos la hacían parecer estirada. Se vería fuera de lugar detrás del mostrador de dulces, que claramente detestaba. ¿Qué soñaba con hacer en su lugar?

Buenos días, Maysilee. ¿Cómo dormiste?, pregunta Mags.

“Mejor que la noche anterior.” Maysilee se sirve una taza de café negro. toma café y lo envuelve con sus manos.

“¿No vas a comer?” pregunto.

"No soy una persona que desayune."

Se entiende por qué vuelve loca a la gente. Si hay desayuno disponible... En la Veta, todos están encantados de verlo. Unto mermelada en otra tostada. "Eso te va a venir muy bien en la arena. Sobre todo si no te gusta comer ni cenar".

“Si logras bajar un poco más en los próximos días, será...
“Sería algo bueno”, dice Mags.

Maysilee lo piensa, luego se sirve una tira de tocino y toma...
Un mordisco diminuto. No con los dedos, claro. Apuesto a que los Donner comen palomitas con cuchillo y tenedor.

Wyatt se une a nosotros, con arrugas en el rostro y también vestido de negro.

—Bonito atuendo —digo, intentando aligerar un poco las cosas entre nosotros.

"Es igual que el tuyo", dice a la defensiva.

"¿Tenemos que ir vestidas como trillizas?", pregunta Maysilee. "Ya era bastante malo ser gemela".

Las chicas Donner tienen una amplia selección de conjuntos a juego. "Pensé que te gustaba", le dije.

"A mi madre le gusta eso", me corrige.

Vaya. Quizás se llena de joyas porque es la única forma en que puede ser ella misma.

"El Capitolio proporcionó esta ropa", dice Mags. "Todos irán vestidos igual en el entrenamiento y en la arena. Pero Magno debería proporcionarte el vestuario para las entrevistas. El año pasado, envió a los tributos de tu distrito con sus uniformes de entrenamiento. Está en periodo de prueba por eso, así que espero que te encuentre algo que valga la pena. Pronto tendrás que entrenar. ¿Empezamos?"

Intento concentrarme. Probablemente esta sea toda la ayuda que recibamos.

"He sido mentor varias veces a lo largo de los años", continúa Mags. "En los primeros Juegos, no les preguntaba a los tributos qué querían porque la respuesta parecía obvia. Quieres vivir. Pero luego me di cuenta de que hay muchos deseos más allá de eso. El mío tenía que ver con mi compañero de distrito. Protegerlo".

Wiress comenta: «Recuerdo que no quería morir de noche. No quería morir en la oscuridad. La idea me aterraba».

"Entonces te preguntaremos ahora, ¿qué quieres?" dice Mags.

Nos sentamos en silencio, cada uno intentando formular una respuesta. Ayer, la mía... Tenía que ver con proteger a Louella. Ahora pienso principalmente en mis seres queridos, haciéndoles la muerte más llevadera posible.

Digo: "No quiero que mi niña y mi familia me vean morir por mucho tiempo,
Una muerte horrible. Sigo pensando en esos perros de hace unos años... Nunca lo superarían.

"Sí, si voy, quiero ir rápido", dice Wyatt. "No quiero
"La gente que apostó por mi muerte se alargará para ganar dinero con ello".

Es un pensamiento impactante. "¿Tu familia apostaría por eso?", pregunto.

Wyatt se encoge de hombros. "Alguien lo haría. Seguro que ya lo ha hecho. En el tuyo también. Así es como funciona".

"No quiero rogar", dice Maysilee. "Ni suplicar por mi vida. Quiero salir con la frente en alto".

Tras una pausa, Mags pregunta: «De acuerdo. ¿Algo más?»

Hay algo más que me roe la cabeza. Algo relacionado con Sarshee y papá, con el sol naciente de Lenore Dove, con las ronchas de Maysilee y con poner a Louella frente al presidente. ¿Qué dijo Ampert sobre Louella anoche? "¿Es a quien le hiciste dueño al presidente Snow?"

"Yo también quiero todo eso. Lo que acabas de decir. Pero si pudiera, también me gustaría A... —Miro a la cámara en la esquina. ¿Cómo lo digo cuando el Capitolio podría estar observando? ¿Que quiero que el Capitolio se haga cargo de lo que nos está haciendo? — Quiero recordarles que estoy aquí porque el Capitolio ganó la guerra y cree que, cincuenta años después, esta es una forma justa de castigar a los distritos. Pero me gustaría que consideraran que cincuenta años son suficientes.

Eso sonó bastante diplomático. Espero que se rían o pongan los ojos en blanco, pero nadie lo hace.

—Así que quieres que acaben con los Juegos del Hambre para siempre. ¿Cómo? —pregunta Maysilee.

“Todavía no lo sé”, admito. “Supongo que, para empezar, recordándole a la Al público le dijeron que somos seres humanos. La forma en que hablan de nosotros... cerditos... bestias. Llamaron garras a mis uñas. Ya vieron cómo nos miraban esos chicos fuera del gimnasio. Como si nos consideraran animales. Y se creen superiores. Así que está bien matarnos. Pero la gente del Capitolio no es mejor que nosotros. Ni más inteligente.

"Si acaso, son más estúpidos", dice Maysilee, a quien claramente le importan un comino las cámaras. "Mira el desastre que armaron con nuestra cosecha. El desfile de carros. O los Juegos de Wiress el año pasado. Ni siquiera pudieron hacerle llegar sus regalos. Muéstrales algo así".

"Sí, oblígalos a admitir que también somos personas", dice Wyatt. "Y “Son las bestias por matarnos”.

—Claro. Pero no soy tan listo como Wiress. No puedo superar a la arena en inteligencia. decir.

"Quizás puedas", me anima Wiress. "La arena es solo una máquina, en realidad. Una máquina de matar. Es posible ser más astuto que ella".

Wyatt hace rodar la moneda sobre sus nudillos. "El truco sería conseguir que lo mostraran en cámara".

"Si se trata de matar a otra persona, lo mostrarían", dice Maysilee.

“O suicidarse”, añade Wyatt.

"Es algo en lo que hay que pensar detenidamente. Podrías ponerte fácilmente o tus aliados en riesgo”, advierte Mags, señalando con la cabeza a Wyatt y Maysilee.

—Oh, Haymitch no nos quiere como aliados —dice Wyatt.

¿En serio? ¿Ahí es donde va? "Bien, Wyatt. ¿Entonces yo soy el idiota? No ¿La chica más mala de la ciudad o el tipo que establece las probabilidades para que la escoria pueda apostar por niños muertos?

Mags me mira con preocupación. "Es bueno tener aliados. De todas formas, puede que se encuentren atraídos el uno por el otro cuando comiencen el entrenamiento".

Maysilee se dirige a Wyatt. «Podría ser tu aliada. Si no eres muy exigente».

“Está bien”, dice.

Aunque todo lo que dije era cierto, me arrepiento de haberlo dicho. No es así. Soy perfecto. Ambos me sacan de quicio, pero los culpo demasiado. No mataron a Louella, ni me eligieron en la cosecha, ni crearon los Juegos del Hambre. Necesito retirarme. Además, si quiero pintar un buen póster en la arena, necesitaré tiempo, que mis aliados podrían comprarme.

—Bueno, miren —les digo—. Hay un chico de Tres, Ampert, que quiere que me una a su alianza. Tiene a Siete y Ocho. Once podría estar dentro.
No sé si lo estoy haciendo, pero puedo preguntarles si los quieren. Puedo decirles que ambos son inteligentes.

Maysilee se encoge de hombros levemente y Wyatt asiente, diciendo: «Los miembros de la manada tienen más posibilidades. Al menos al principio. Alguien que les cuide las espaldas».

Ojalá dejara de hablar de probabilidades. "Lo tendré en cuenta. ¿Cómo es el entrenamiento?"

“Lo harán en el gimnasio donde te prepararon”, nos cuenta Mags. “Habrá estaciones para que te prepares para lo que te espera en la arena. No te distraigas con lo que otros elijan; prioriza lo que necesitarás para sobrevivir”.

“Alguna forma de defenderme”, digo.

“O una buena manera de esconderse”, dice Maysilee.

“¿Qué es lo más importante?” pregunta Wyatt.

Wiress empieza a cantar una extraña cancioncita:

Primero evita la matanza,

Consigue armas, busca agua.
Encuentra comida y dónde dormir,
Fuego y amigos pueden quedarse.

"Me lo inventé. De lo más importante a lo menos importante. Así tendría un Plan en la arena. Sabía que no podría luchar en la masacre, así que tenía que alejarme de la Cornucopia rápidamente. Al final, no necesité un arma, salvo mi cerebro. Pero tú probablemente sí. La Cornucopia podría ser tu oportunidad de conseguir una. Si no, fabrica algo, aunque sea un palo puntiagudo. Luego busca agua. Agua antes que comida. Morirás de sed mucho más rápido que de hambre. Pero luego comida. El fuego puede ser bueno para alumbrar, cocinar y calentar si hace frío. Pero puede que no lo necesites en absoluto y podría ser peligroso si revela tu posición. Amigos, para mí, habría sido muy arriesgado.

"Pero estamos al principio de mi lista", dice Mags. "Deben decidir por sí mismos".

"¿Qué tal si construimos un refugio?", pregunta Wyatt.

"Es muy probable que estés en movimiento", responde Mags. "Tu lugar para dormir podría cambiar cada noche. En mi experiencia, tener aliados para vigilar es mucho más importante que un techo".

"Roncas", le digo a Wyatt.

—No, no lo sé. Estaba roncando fingidamente en el tren.
Malas noticias. También roncas de verdad.

—Como un oso —confirma Maysilee—. Te oía a través de la pared.

"Intenta encontrar un lugar ruidoso para dormir", aconseja Mags. "Además de apresurarte, agua. O amortiguar el sonido en una cueva".

—Te pondré una manta o algo sobre la cabeza —dice Maysilee—. O te despertaré si haces mucho ruido.

"Olvidé que estarías allí", dice Wyatt. "Supongo que los amigos también están en lo más alto de mi lista". ¿Qué más pasa en el entrenamiento?

"Habrá expertos que te enseñarán a usar las armas y te mostrarán
—Cómo hacer una fogata —dice Mags—. Busca pistas sobre tu arena. Los Vigilantes a veces ocultan pequeñas pistas sobre la naturaleza de la arena en su diseño. No al principio. Mis Juegos fueron hace tanto tiempo. El entrenamiento, si se le puede llamar así, era mínimo por aquel entonces. No obtuvimos ninguna pista, ni dentro ni fuera de la arena.

El año pasado, algunas estaciones de supervivencia tenían artículos reflectantes. Mantas de aluminio. Cuencos de metal. Y en la estación de fogatas, un pequeño espejo redondo. «Creo que fue una pista, pero no lo entendí hasta que vi la arena», dice Wiress. «Adentro, cuando comprendí la naturaleza del lugar, mi instinto me llevó a caminar hacia el peligro, porque, de hecho, era solo un reflejo del peligro, no el peligro en sí. Confía en tus instintos».

"Ese es un buen consejo en general", dice Mags.

El intercomunicador cobra vida y una voz anuncia que es hora de...

Salimos para entrenar. Mags nos prende cuadrados de tela con el número 12 en la espalda. Nos reciben los agentes de la paz en el ascensor, nos suben a la furgoneta y nos llevan al gimnasio.

Mientras salimos a la luz del sol, Maysilee mira a Wyatt de arriba abajo.

—Necesitas más actitud, Wyatt. —Intenta parecer más duro—. No, eso es peor —dice ella—. Saca la mandíbula. Ponte de pie. Ahora saca pecho. —Le despeina y le sube las mangas—. Tienes músculos de las minas. ¡Presúmelos!

—Sí, eso está mejor —admito—. La ropa negra no me hace daño.

—Somos del Distrito Doce. El peor lugar de Panem —dice Maysilee—. Somos tan salvajes como los caballos de nuestro carro. Le di un puñetazo a nuestra escolta y Haymitch llamó al presidente Snow. Nadie nos acosa.

"Somos impredecibles", dice Wyatt.

"Son solo un montón de cañones sueltos", coincido.

Los agentes de la paz abren las puertas y entramos, emitiendo nuestra mejor vibra de cañón suelto.

El lugar se ha transformado. Las estaciones de cambio de imagen han sido... Sustituidos por puestos de supervivencia (hacer fuego, nudos, desollar animales, camuflaje), supervisados por entrenadores con monos blancos ajustados. El otro extremo del gimnasio se ha reservado para instrucción con armas. Los demás tributos pululan alrededor de los puestos, vestidos con los mismos uniformes, pero en una variedad de colores. Me alegra que hayamos elegido el negro, porque todos se ven enfermizos de verde moco —¡qué pena, Distrito 1!— y el amarillo mantecoso del Distrito 9 los hace tan amenazantes como un sombrero lleno de pollitos.

Unas cuerdas de nailon dividen las gradas a nuestra derecha en doce secciones marcadas con los números del distrito. La nuestra está más cerca de la puerta. Las gradas de homenaje están vacías, salvo por los chicos del 11, reunidos en un pequeño grupo de verde oscuro, discutiendo acaloradamente.

“¿Somos siempre los últimos en llegar a todo?”, se queja Maysilee.

"Que esperen", digo. Pero siempre nos tienen en el último momento. Y nadie nos ha estado esperando.

"Cañones sueltos", nos recuerda Wyatt. Nos enderezamos y entramos a grandes zancadas. El meollo del asunto.

Mags tiene razón. Aquí en el gimnasio, nos apoyamos mutuamente. Somos... Los únicos que conocemos. Y en los Juegos, somos los que menos probabilidades tenemos de matarnos.

“Deberíamos lanzar cuchillos”, decide Maysilee.

No es mala idea. A pesar de lo que le prometí a mamá, no soy del todo ajeno a los juegos de cuchillos, aunque mi afición por los dedos de los pies me mantiene alejado del mumblety-peg. Un blanco en un viejo cobertizo o un árbol... bueno, eso es juego limpio. Blair es muy buena y yo tampoco estoy nada mal. Pienso en mi navaja de cumpleaños nueva que no pude lanzar ni una sola vez, y espero que Sid disfrute de ella.

Mientras nos dirigimos hacia el campo de tiro, veo algunos equipos de cámaras. Cubriendo el entrenamiento y algunos agentes de la paz patrullando el gimnasio. A nuestra izquierda, la parte superior de las gradas está llena de Vigilantes envueltos en túnicas blancas como la nieve. Deambulan, tomando café y tomando notas sobre los tributos de abajo. En unos días, cada uno recibirá una puntuación, del uno al doce, que indica nuestra probabilidad de ganar los Juegos.
La gente lo usará como guía para decidir si patrocinarnos o no.

Nos unimos a un grupo con los tributos del 7, vestidos de marrón rojizo. Todos se evalúan mutuamente mientras una mujer del Capitolio, Hersilia, nos instruye en el lanzamiento de cuchillos. Ampert dijo que 7 ya había aceptado unirse a su alianza, y causan una buena impresión. Parecen seguros, pero no presumidos. Una de ellas —una chica delgada con muchas trenzas negras brillantes y un pequeño broche de un árbol tallado en la camisa— me dice su nombre, Ringina, así que le digo el mío.

Una vez que todos comprendemos lo básico (cómo sostener la hoja, el movimiento del brazo recto, sin sacudidas de muñeca), nos alineamos para lanzar. En un soporte, hay una cesta con una docena de cuchillos diferentes, pero solo un tributo puede tener un arma en sus manos a la vez. Lanzas, luego un hombre de blanco recoge el cuchillo y lo devuelve. Hersilia selecciona el modelo para el siguiente tributo. Muchos cuchillos rebotan en el objetivo, aunque Maysilee acierta más de los que falla, y, sin presumir, siempre lo doy todo. El lanzamiento me desestabiliza un poco.

Un poco, ya que todas mis asociaciones son buenas, pasando el rato con mis amigos en el bosque y haciendo tonterías. Cuando Ringina da en el blanco, me olvido de dónde estoy y le digo: «Buen tiro».

Mientras Ringina acepta el cumplido con una breve sonrisa, la energía cambia. Sé que jamás mataré a esta chica, como tampoco mataré a Maysilee ni a Wyatt. Así que mejor me aliaré con 7 y me uniré de verdad al equipo de Ampert.

Abro la negociación con “Entonces, Ampert dice que todos ustedes son…” cuando hay una mancha de mocos verdes a mi izquierda, el ruido de cuchillos cuando la canasta se vuelca y la sensación de un mazo golpeando mis costillas.

Si alguna vez te han dado un puñetazo bajo, sabes que existe la doble indignación del dolor y la injusticia del ataque. Mientras yacía jadeando en la colchoneta, viendo a Panache acercarse, mis dedos aferraban el mango de un cuchillo. Antes de que pudiera levantarme, un agente de la paz lo electrocutó y tres más lo arrastraron. Wyatt me ofreció una mano mientras los demás tributos recogían los cuchillos.

Hay un momento, justo al ponerme de pie, en el que miro a mi alrededor y veo que estoy armado, y ellos también. Media docena de nosotros empuñamos cuchillos afilados y letales. Y veo que no hay muchos Agentes de la Paz aquí hoy. La verdad es que no. Los superamos en número cuatro a uno. Y si nos moviéramos rápido, probablemente podríamos liberar algunos de esos tridentes, lanzas y espadas en las otras estaciones y tener un buen arsenal. Miro a Ringina a los ojos, y juraría que está pensando lo mismo. Cuando Hersilia le ofrece la cesta, a Ringina le cuesta un poco dejar caer su cuchillo.

Los dos volvemos a nuestros lugares al final de la fila, quedándonos un poco atrás, fuera del alcance del oído, mientras continúa el entrenamiento.

“Levanta los brazos”, dice Ringina.

Me acerco con cuidado y ella siente mi caja torácica donde el golpe de Panache Aterrizó. "No está roto, creo." Retrocede un paso, con los labios apretados, consternada. "Podríamos haberlos cogido."

Cuanto más lo pienso, más crece mi consternación. Cada año dejamos que nos conduzcan a su máquina de matar. Cada año no pagan precio alguno por la masacre. Simplemente organizan una gran fiesta y envasan nuestros cuerpos como regalos para que nuestras familias los abran en casa.

“Al menos podríamos haber causado algún daño”, le digo a Ringina.

—Al menos un poco. Quizás bastante —dice alguien detrás de mí. Me giro y veo a Plutarch. Hace señas a su equipo de cámara para que se acerquen a grabar.

El entrenamiento con el cuchillo, pero su atención se mantiene en mí. "La pregunta es, ¿por qué no lo hiciste?"



Con las costillas doloridas y todo, pienso en quitarle la pregunta de un puñetazo a Plutarch. Porque la implicación es clara: No solo pregunta por qué no empezamos una mini rebelión en el gimnasio. También se refiere al Distrito 12. ¿Por qué dejamos que los brutos del Capitolio nos gobiernen? ¿Porque somos cobardes? ¿Porque somos estúpidos?

"¿Por qué te sometes a todo esto?", insiste.

—Porque tenéis las armas —dice Ringina rotundamente.

"¿De verdad se trata de las armas? Te lo aseguro, son una ventaja. Por otro lado, si consideras la gran diferencia numérica... del distrito al Capitolio...", reflexiona Plutarch.

Sí, superamos con creces a los Agentes de la Paz en 12. Pienso en las armas que podríamos conseguir. Piquetas, cuchillos, posiblemente algunos explosivos. Pero ¿frente a los rifles automáticos, los bombardeos aéreos, los gases y la multitud de perros del Capitolio?

"No creo que nos sometamos", digo.

—Está implícito. Aceptas las condiciones del Capitolio.

—¡Porque no queremos acabar muertos! —espeto—. ¿De verdad no lo ves?

“No, lo veo. Veo los ahorcamientos, los fusilamientos, la hambruna y los Juegos del Hambre. Lo veo”, dice Plutarch. “Y, sin embargo, sigo sin creer que el miedo que inspiran justifique este acuerdo al que todos nos hemos unido. ¿Y tú?” Lo miramos fijamente. No se burla de nosotros, sino que pregunta con sinceridad. “¿Por qué lo aceptan? ¿Por qué yo sí? Y, de hecho, ¿por qué siempre lo ha aceptado la gente?”. Al no responder, se encoge de hombros. “Bueno, es algo en lo que pensar”.

—Te toca, Haymitch. —Hersilia me ofrece un cuchillo. El cual podría (a) lanzar o (b) clavar en el corazón de un agente de la paz, asegurando mi muerte inmediata. Estoy un poco tambaleante, pero aún así he dado en el blanco.

Plutarch me espera al final de la fila. Intento ignorarlo, pero no para de ladrar. «¡Qué espectáculo diste anoche!».

"Sí, bueno, apuesto a que lo convertiste en un cumplido para el presidente".

No hace falta. La transmisión pública terminó cuando explotó ese petardo. La cobertura de Capitol News presenta la ceremonia de apertura como impecable.

"Dudo que quienes se toman en serio Capitol News se preocupen mucho por eso", digo. "No les importa lo que nos pase a los tributos, vivos o muertos". Me pregunto qué hicieron con el cuerpo de Louella. Espero que lo hayan enviado a casa de los McCoy. Su parcela familiar está justo al lado de la nuestra, así que Louella y yo nos reuniremos pronto.

Empiezo a darme la vuelta, pero Plutarch me pone una mano en el brazo. «Siento lo de Louella, Haymitch. Era una persona de peso. Lo vi enseguida».

¿De verdad me está dando el pésame? "¿Por qué me sigues dando la lata?", le espeto. "Hay un gimnasio lleno de gente con ganas de verte. ¿Por qué no te esparces un poco?"

—Me han asignado cubrir a Doce. —Levanta las manos y retrocede. Pero intentaré darte algo de espacio.

Molesta por su indagación, aparto a Maysilee y Wyatt. "Escuchen, Si nos unimos a la alianza de Ampert, esta gente de Seven estará en nuestro equipo. Ahora te voy a presentar a Ringina, que está allí. —Miro fijamente a Maysilee—. Tienes que ser amable. No comentes nada sobre su pelo, no...

“Comenta sobre sus uñas, no comentes cómo le queda el color marrón, no pidas examinar su prendedor porque eres una autoridad en joyería”.

Maysilee sorbe. "Me gusta su pelo".

Y, Wyatt, no te hagas el raro. No empieces a hablar de las probabilidades de que mueran.

“¿Puedo hacer las muertes de otras personas?”

—¡No! Todavía no. Quizás nunca. ¡Da miedo! Si tienes que apostar por las probabilidades, hacer regalos o conseguir patrocinadores o algo así —digo—. Olvídate de ser balas sueltas. Necesitamos parecer personas que quisieras tener como aliados. Como personas que desearías que estuvieran a tu lado en un accidente minero. Firmes. Inteligentes. Confiable."

Ampert, brillando en azul eléctrico, corre, balanceando un lazo de cuerda negra sobre su cabeza. "¡Oye, Haymitch! El Distrito Diez está aquí. Son los de color carmesí. Los conocí haciendo nudos. Uno de los chicos, Buck, me hizo este lazo. Estoy pensando en convertirlo en una especie de ficha, ya que no traje ninguna". Se enrolla la cuerda en tiras sueltas alrededor de la mano, se la pasa por la cabeza y baja la voz. "Así podré desenrollarla y usarla en la arena".

Los labios de Maysilee se contraen. "Bueno, no puedes usarlo así. No es lo que... Ni siquiera un poco ornamental. Pareces una comadreja atrapada en una malla de alambre.

“¿De acuerdo?” Ampert no parece ofendido, pero me mira con curiosidad.

—¿De qué acabamos de hablar? —le pregunto a Maysilee.

Ella me ignora y, sin invitación, desenrolla el cordón del cuello de Ampert.

Soy Maysilee, de mi tierra. Busco aliarme contigo.

Maysilee examina el cordón, comprobando su flexibilidad y retorciéndolo entre los dedos. "Podrías hacer un collar trenzado. Es de una sola hebra. Se vería algo así. —Saca uno de sus collares, una elaborada pieza trenzada negra. Lleva incrustado un pequeño medallón brillante con una flor grabada—. Sin flor, obviamente.

—De acuerdo —dice Ampert—. ¿Puedes hacerme uno?

“Supongo que podría, pero no tengo cinta, así que tendrás que sujetarla mientras trabajo”, dice.

“Lo sostendré”, responde.

“Y no hay nada para engancharlo, así que tendríamos que atarlo, lo cual nunca es mi primera opción”.

Ampert mete la mano en el bolsillo y saca mi imperdible de anoche. "Lo tengo bajo control."

Ella lo considera. "De acuerdo. Solo ten cuidado si te lo quitas o se podría deshacer todo. Vamos". Se dirige a las gradas, sin siquiera comprobar si la sigue.

Mi padre quiere conocerte. Está en el puesto de la papa.
Ampert me lo dice y luego corre tras ella.

¿Su padre? ¿Una patata? Me asaltan las dudas de nuevo. ¿Qué estoy haciendo? ¿Ampert es solo un niño iluso que vive en un mundo de fantasía? Antes de comprometerme, necesito saberlo. Así que le presento a Wyatt a Ringina, cruzando los dedos para que actúe con normalidad, y me voy en busca de un hombre con una patata.

Tras dar una vuelta por los puestos abarrotados, efectivamente, encuentro uno. Un hombre pequeño de pelo negro, de espaldas a mí, se apoya en un mostrador donde hay una patata solitaria, sin que nadie se dé cuenta de su habilidad. Jugueteo con una venda en el puesto de primeros auxilios de al lado mientras lo examino. Al girarse, me fijo en las gafas de montura metálica. Aunque se parece mucho a Ampert, no es por eso que me resulta familiar. Es Beetee, un vencedor del Distrito 3.

Un miedo frío me invade a medida que las piezas del rompecabezas encajan. Ampert no es ni un lunático ni un mentiroso. Su padre lo acompañó al Capitolio porque es un vencedor. Y, por lo tanto, un mentor, asignado para guiar a su propio hijo hasta su muerte en los Quincuagésimos Juegos del Hambre.

No tengo idea de por qué eligieron a Beetee para que atendiera un puesto con una papa. Porque se supone que es una especie de genio tecnológico. La verdadera pregunta es: ¿Cómo llegó Ampert aquí con él? Dos tributos de una misma familia... ¿Son simplemente la familia más desafortunada de Panem?

Renuncio a mi disimulo y me acerco a él. "¿Eres el padre de Ampert?"

—Lo soy. Y seguro que te preguntas por qué estoy aquí, Haymitch.
Beetee se quita las gafas y las limpia con la camisa. "Es porque me están castigando por idear un plan para sabotear el sistema de comunicación del Capitolio. Soy demasiado valioso para matarlo, pero mi hijo es desechable".

Eso prácticamente responde a mi pregunta. "Es terrible. Lo siento mucho.
“Es un gran niño.”

"Lo es." Los ojos de Beetee encuentran a Ampert, sentado frente a Maysilee en las gradas, charlando mientras teje la cuerda formando patrones.

“¿Y te hicieron ser su mentor?”, pregunto.

Es parte del castigo. Presenciar lo que seguramente serán las últimas horas de la vida de mi hijo. Incluso me dieron una cabina en la capacitación, a la que los mentores no suelen asistir, para que no me perdiera ni un minuto. Si no estuviera aquí para presenciarlo, no tendría sentido.

No se me ocurre nada que decirle para consolarlo, pero lo intento. «No es tu culpa».

Pero lo es. Totalmente. Me arriesgué. No sospeché que me habían descubierto hasta la cosecha. El momento estaba calculado. De haberlo sabido, podría haberme suicidado, y Ampert estaría a salvo en casa. Así es como funciona Snow. —Baja la cabeza, apoyando las yemas de los dedos en el mostrador de madera para estabilizarse. Espero a que se desmorone, pero solo dice—: ¿Te gustaría aprender a convertir una patata en una batería? La luz puede ser importante en la arena.

En realidad no, Beetee, creo. Lo que realmente me gustaría hacer es huir de... El pozo de fuego furioso que es tu vida. Pero eso parece cobarde. Como lo que la gente de aquí probablemente les esté haciendo a mamá y a Sid ahora mismo. Así que digo: "De acuerdo. ¿Habrá papas en la arena?"

—No lo sé. Sospecho que esta asignación pretendía menospreciarme, pero no es así. Puede que ese sea su propósito. Pero si no encuentras una patata, otras cosas, como un limón, por ejemplo, también podrían funcionar. Simplemente no comas nada después de que se haya usado como batería. —Saca una pequeña bandeja con paquetitos de plástico. Cada uno contiene un par de clavos, un par de monedas de cobre, mini bobinas de alambre y dos bombillas diminutas—. Dos patatas darían más energía.

“Supongo que si puedo encontrar una papa, tengo una buena posibilidad de encontrar dos”.

Si no, podrías intentar cortar una por la mitad. Saca una segunda papa y la desliza frente a mí, luego me ofrece algo que parece un lápiz con una pequeña cuchilla en la punta. "Por ahora usaremos ambas. Sigue la explicación".

Beetee abre un paquete y vierte el contenido sobre el mostrador. Su Levanto la vista un instante. Un agente de la paz me acecha. El fino cuchillo tiembla en mi mano. Aquí estoy de nuevo. Armado y con acceso. “Bueno, es algo en lo que pensar… ”

“Ahora bien, esta batería está hecha de cobre, zinc y el ácido fosfórico del jugo de papa, que es una solución conductora de electricidad. La hace...

Es posible que los iones viajen entre los dos metales. Nuestro objetivo es crear un circuito e iluminar esta bombilla.

Ya me perdió, pero asiento como si lo que digo tuviera sentido.

“Primero, necesitamos un espacio para la moneda”. Beetee corta una ranura del tamaño de una moneda en El lado de su papa y yo lo copio. "Luego envolvemos una de las monedas de cobre en alambre y la insertamos, dejando la cola larga afuera".

Hundo mi moneda envuelta en alambre en mi patata. "¿Significa esto que estará oscuro en la arena?"

—Oh, no conozco bien la arena. Dicen que si hierves la papa, puedes aumentar tu rendimiento, así que es algo a tener en cuenta.

“Pero si pudiese hervir una patata, ya habría conseguido hacer fuego. Entonces . . ."

Una sonrisa se dibuja en sus labios. "Así que habrías conseguido una luz alternativa". fuente, y todo este ejercicio de la papa sería una pérdida de tiempo”.

—No quise decir eso. Lo siento.

No tienes que disculparte por ser astuto. Me alegra que estés prestando atención.

Siento que el Agente de la Paz avanza. "Wiress dijo que habría pistas sobre la arena en el entrenamiento".

“Bueno, yo la escucharía. Como su mentor, sé lo lista que es.” Levanta un clavo. “Esto está galvanizado. Recubierto de zinc. No dejes que toque la moneda. No es necesario que sean una moneda y un clavo. Lo que necesitas es cobre y zinc. Tiras de metal funcionan igual de bien. Quizás puedas encontrar algunas en la arena, si te metes bajo el decorado.” Clava el clavo en la patata, a pocos centímetros de la moneda. Yo hago lo mismo.

“También dice que cada estadio es simplemente una máquina”.

“Sí, todas son máquinas de algún tipo”.

Recuerdo nuestra conversación en la cocina, cuando dije que quería ser más astuto que la máquina y dejar al Capitolio en ridículo. Ahora me parece un gesto vacío. Wiress se pasó los Juegos enteros haciendo eso, mucho mejor que yo, ¿y qué conseguimos con eso? Además, cualquier pequeña cosa que pudiera lograr, sería demasiado fácil de mantener fuera de cámara. El verdadero golpe sería... "Entonces, si es una máquina, se puede romper, ¿no?"

Beetee mira a Ampert. "Sí, en teoría. La práctica siempre es un poco más complicada." Ahora vamos a conectar nuestras patatas”. Él sujeta el cable de su moneda a mi clavo y une un tercer cable a su clavo.

De repente, recuerdo un clip de Beetee's Games. De alguna manera... Recogió piezas de su arena y electrocutó a todos sus competidores restantes. Me doy cuenta de que si de verdad quiero destruir la máquina, necesitaré a este hombre que una vez no solo superó en inteligencia, sino que se apoderó de su propia arena. Porque aunque soy lo suficientemente inteligente por naturaleza, sigo siendo sólo un chico de montaña con poca educación, que no tenía idea de que se podía convertir una papa en una batería.

"¿Cómo, Beetee? ¿Cómo puedo romperlo?", digo en voz baja. "No lo sé". “No sé nada sobre máquinas”.

"Estoy seguro de que lo haces sin darte cuenta. Un tornillo es una máquina simple. Un Rueda y eje. Una palanca. ¿Conoces una bomba de agua?

"Demasiado familiar."

"Es una palanca. Ayuda a crear un vacío parcial y se extrae agua. hacia arriba. Algunas máquinas requieren más conocimientos técnicos que otras.

Sé cómo funciona el licor blanco. ¿Eso cuenta?

Esbozo una leve sonrisa. "No veo por qué no". Beetee toma el alambre de mi moneda y el de su uña y los conecta a uno de los alambres que sobresalen de la base de una bombilla diminuta. "Y aquí vamos". Emite un tenue resplandor.

A mamá le encantaría esto. Piensa en cuánto dinero podríamos ahorrar en velas. Pero esto no destruirá una arena.

“¿Qué lo rompería, Beetee?” presiono.

Beetee se inclina, se levanta las gafas y mira por debajo mientras examina la batería. "¿El circuito? Bueno, solo necesitas desconectar una pieza —digamos, quitar un cable — y la batería se descarga por completo". Me doy cuenta de que hay otra Agente de la Paz detrás de mí, y las palabras de Beetee son para su propio beneficio. "Recuerda, estamos convirtiendo energía química en energía eléctrica para iluminar la bombilla. Debes mantener la trayectoria circular intacta".

La Agente de la Paz se acerca, su nariz a centímetros de la batería, y su interés atrae a un cuarteto de tributos con trajes color melocotón. Distrito 8. Mis aliados no oficiales, si las cosas salen bien.

“¿Podemos probar eso?”, pregunta uno.

"Claro", dice Beetee. "Bueno, gracias por pasarte, Haymitch. Vuelve si quieres practicar. Y feliz decimosexto cumpleaños atrasado". Supongo que Ampert se lo dijo. Me tiende la mano para estrecharla. Qué curioso. Me cosecharon el día que naciste.

Al tomarle la mano, siento algo, lo agarro y lo escondo en mi bolsillo. "Gracias, señor", digo antes de alejarme, palpando con los dedos.

Paquete de plástico, lleno de monedas y clavos. Un regalito de cumpleaños de Beetee. Si encuentro la manera de introducirlo a escondidas en la arena, convencer a la gente de que lo he rescatado —las monedas pueden ser complicadas, pero quizá pueda encontrar algo más de cobre — y encuentro una patata, tendré la mitad del camino para conseguir una bombilla muy tenue. Estoy bastante seguro de que mi pedernal es una ruta más rápida hacia la luz, pero posiblemente esos niños del 8 podrían usarlo.

En las gradas, Maysilee da los últimos toques a un collar trenzado con maestría. Sin duda, podría pasar por el recuerdo de cualquiera. Lo levanta para que lo observe.

Ampert lo acaricia con admiración. «Es precioso. Y perfectamente simétrico. No me lo puedo creer. ¡Qué ingenioso eres!».

“Y tienes buen gusto”, dice ella, pasándoselo por la cabeza.

“Desearía que fueras mi hermana”, dice simplemente.

Una expresión extraña cruza su rostro. Seguro que nunca había oído esas palabras. Espero un comentario mordaz, pero solo dice: «Seré tu hermana».

—¡Genial! ¡Voy a enseñárselo a mi padre! Ampert la abraza, ella le devuelve el abrazo con rigidez y sale corriendo.

Frunce el ceño. "¿Su padre?"

—De verdad que es su padre —le digo—. ¿Recuerdas a Beetee, el vencedor del Distrito Tres? Se pasó de la raya. Lo están castigando convirtiéndolo en mentor de Ampert.

Ese es un tipo especial de crueldad. ¿Te gustaría que tu familia estuviera aquí?

“No puedo pensar en nada peor.”

Un Vigilante anuncia el almuerzo y nos dirige de vuelta a nuestras gradas asignadas, donde un Agente de la Paz entrega cuatro cajas. Todavía estoy lleno del desayuno, me duele la tripa por el ataque de Panache, y ver la lonchera de Louella sin reclamar me quita el apetito.

Un desfile de uniformes azules, marrones, melocotón y rojos se dirige al pie de nuestras gradas. Clasifico el 3, el 7, el 8 y el 10.

“¿Podemos acompañarte?” pregunta Ampert.

"Claro", digo. Si van a ser nuestros aliados, sería bueno que nos uniéramos un poco. Se suben a nuestro lado y todos comparten sus nombres, la mayoría de los cuales olvido al instante. Los niños del 10 están magullados y llenos de costras por el desastre del carro, pero parecen bastante resistentes.

A partir de la siguiente sección, el Distrito 11 finge ignorarnos, pero como todos se han quedado en silencio, supongo que están escuchando a escondidas. Intentando averiguar qué tipo...

de aliados que haríamos.

—Ampert, este es tu programa —le digo—. ¿Por qué no nos cuentas qué tienes en mente?

Me gusta cómo, aunque solo tiene doce años, se lanza de lleno. "Es así. Una cantidad desproporcionada de veces, los profesionales ganan. Pero solo representan una cuarta parte de los tributos. Nosotros somos tres veces más numerosos. Así que la idea es reunirnos y, para variar, cazarlos en lugar de dejar que nos cacen a nosotros".

“¿Crees que podemos hacer eso?”, pregunta una niña del número 10.

“¿Por qué no, Lannie?” responde Ampert.

¿Por qué no? Pienso en cómo los distritos superan en número al Capitolio por mucho más de tres a uno.

"No tenemos por qué dejarnos engañar por su juego mental, de que de alguna manera siempre nos vencerán", declara Ampert. "Todos actúan como si la suerte no estuviera a nuestro favor, ¡pero estoy seguro de que podemos vencerla!"

Al oír la palabra "probabilidades", Wyatt pareció despertar. "Bueno, tendríamos que tener en cuenta su estatura, entrenamiento, temperamento y el don de los patrocinadores. Pero incluso así, si somos suficientes..." Su mirada se pierde en la distancia.

“Sí, esto es normal para él”, le digo al grupo. “Está trabajando en el probabilidades de los doce Carreras contra el resto de nosotros”. Todos esperan respetuosamente.

“Sí, se puede. Podríamos hacerlo. Aún no es una probabilidad, pero es una posibilidad sólida”, informa Wyatt. “Sobre todo si logramos que los nueve distritos estén de acuerdo”.

—Si matamos a todos los profesionales —pregunta Ringina—, ¿qué haremos entonces el resto de nosotros?

—Tengan otra reunión —dice Maysilee—. Al menos esta alianza nos da algo que hacer además de ponernos histéricas.

“En este momento no tenemos nueve distritos”, nos recuerda Wyatt. “Sólo cinco.”

“He invitado a los demás, pero no todos quieren unirse”, dice Ampert.
Nuestra atención se dirige a las gradas que se extienden por el gimnasio. Al fondo, los Profesionales nos imitan, reunidos para almorzar. Verde moco mezclado con el morado del azul profundo del 2 y 4. Los Distritos 11, 9, 6 y 5 permanecen independientes. Observamos cómo algunos miembros de los Profesionales tiran sus loncheras vacías al suelo del gimnasio y luego caminan hacia donde se sienta el Distrito 6 y...

Roba un par de almuerzos de los niños. Con o sin juegos, si tienes un hueso decente en el cuerpo, odias a los abusadores.

El Distrito 6 está compuesto por cuatro niños enclenques cuyas extremidades desvencijadas sugieren que nunca han visto la luz del sol. Víctimas del episodio del carro de anoche, están vendados con tanta gasa que podrían ahogar a un caballo. Uno tiene un pie torcido, y recuerdo a otro desplomándose en el suelo de la ducha, jadeando por el insecticida. Estoy tentado a descartarlos por completo: ¿qué podrían aportar a la alianza excepto necesidad? Pero me fijo en el color de sus atuendos. Color paloma. Parece una señal.

“¿Seis dijo que no?”, le pregunto a Ampert.

“Dijeron que quieren permanecer neutrales para que los profesionales no los ataquen”.

"Ya veremos cómo funciona esto", digo.

Una niña delgadísima, vestida con el color de Lenore Dove, se desploma en las gradas, sollozando. Agarro mi lonchera intacta, cojo la de Louella y bajo por las gradas. La niña llorosa retrocede al acercarme, y le ofrezco el almuerzo de Louella. "Toma. Nos sobraron un par". Duda, pero luego toma la caja con mano temblorosa. El niño, que jadeaba, acepta la otra. "¿Se las arreglan después del accidente?"

La chica asiente. «Sentimos que nuestro carro lastimara a tu amigo».

Es frágil, pero considerada. "No es tu culpa. Nunca pensé ni por un segundo que... “en ese momento era.”

“Gracias por no culparnos”, dice ella.

"¿Te culpo? Parece que estamos todos metidos en esto", digo. "Sabes, estamos formando una buena alianza. Entiendo que intentas mantenerte neutral, pero en realidad eso te convierte en blanco de todos".

De todos modos, la invitación sigue siendo válida”.

Para cuando regreso con mi grupo, cuatro palomas rotas me persiguen. Se posan en los asientos y susurran sus nombres: Wellie, la niña que llora; Miles, el niño asmático; Atread y Velo, los niños que quedan. Luego se lanzan a sus almuerzos.

“Seis son seis”, dice Wyatt.

—Necesitamos un nombre —dice Ringina—. Si ellos son los Profesionales, ¿quiénes somos nosotros?

La gente aporta ideas para nombres. Ahora que somos aliados, el Distrito 12 ofrece Cañones Sueltos, el 10 propone Caballos Oscuros y 7 voluntarios, Invasores.

"No", dice Wellie con intensidad. "Todo eso suena como si estuviéramos tratando de ser... Duros. Pero no somos duros comparados con los Carreras. Lo que somos es inexpertos, no estamos entrenados desde que nacimos para ganar los Juegos.

"¿Es ese un buen argumento de venta?", pregunta Lannie.

"En cierto modo", dice Ampert. "Por un lado, significa que no hemos gastado "Toda nuestra vida hemos aceptado los Juegos como algo a lo que aspiramos".

"No somos colaboradores", dice Ringina.

"Claro. Pero lucharemos si es necesario", dice Ampert. "Necesitamos un buen Nombre para quienes están empezando algo difícil. Un nombre de distrito.

"Como Neddie Newcomer", digo sin dudarlo. Los demás se ríen.

No, es algo real. En las minas, si acabas de empezar, te llaman Neddie el Recién Llegado. Mi padre me llamaba así cada vez que me enseñaba algo nuevo. Como: «Vamos, Neddie el Recién Llegado, aprendamos a atarnos las botas».

"Me gusta", dice Wellie, mientras una sonrisa transforma su rostro surcado de lágrimas. "Somos los recién llegados".

Ringina lo piensa y sonríe. "Y orgullosa de ello".

Todo se siente mejor después de comer. No es que no tenga que temer a la mitad de los tributos, sino que no tengo que pensar en matarlos. Esto último es mucho peor. Ahora puedo unirme a mis aliados en las casetas y saber que me respaldan mientras aprendemos a hacer trampas, lanzar hachas y curar una pierna rota.

Los cuatro tributos del 6 se me pegan como lapa. Mi propia bandada color paloma. Espero que no piensen que puedo protegerlos cuando lleguemos a la arena, porque no puedo.

Wyatt parece haber encontrado a su gente. Los colaboradores de Ampert de 3 están fascinados con su sistema de probabilidades, y parece feliz de compartirlo con ellos. Supongo que los fanáticos de los números se encuentran.

Es Maysilee quien me sorprende. En casa, ella no es popular, es... Conocida. No la respetan, la temen. No la respetan, sino que la evitan. Aquí, siguiendo el ejemplo de Ampert, los niños le traen sus baratijas del distrito y le piden que las haga especiales, y ella acepta. La niña debe saber cincuenta maneras de trenzar, torcer y enrollar un cordón para convertirlo en una pieza de gala. Realza sus humildes ofrendas de casa con sus elegantes diseños. El orgullo del distrito es profundo. Del Distrito 6, que cubre el transporte, Wellie tiene un viejo timbre de bicicleta, Miles un silbato de tren de hojalata. El Distrito 10, amante de la ganadería, trajo herraduras; los leñadores del Distrito 7, baratijas de madera tallada. Las niñas del Distrito 8 tienen muñecas con trajes bellamente cosidos. Un niño del Distrito 3 tiene un pomo de puerta, pero yo...

No sé cómo eso refleja la tecnología. Sea lo que sea que le regalen, Maysilee le da dignidad a sus fichas, y aunque todavía ofrece bastantes consejos de moda no solicitados (dos chicas cambian de peinado y un chico promete dejar de morderse las uñas), nuestros aliados la adoran.

Al final del entrenamiento, el Distrito 11 no ha dicho que sí, pero tampoco que no. Si están dentro, ojalá lo dijeran. Nos vendría bien más fuerza. Vi a Hull, el que pateó a Panache en la ducha, lanzar una horca y decapitar a un muñeco. ¿Por qué fingir que no estamos aquí para eso?

Todos los recién llegados nos mantenemos un poco más erguidos al regresar a nuestras camionetas. Incluso encerrados en la oscuridad, Maysilee, Wyatt y yo seguimos haciendo planes, compartiendo información sobre nuestros aliados y trabajando en una estrategia. En un abrir y cerrar de ojos, la camioneta se detiene.

“Eso fue rápido”, dice Maysilee.

La puerta se abre y un agente de la paz me hace un gesto para que salga. Wyatt intenta seguirlo, pero el agente de la paz levanta una mano. "No, solo Abernathy".

Esto no es nada bueno. Salgo de la furgoneta frente a un edificio de mármol blanco, mucho más imponente que nuestro apartamento homenaje. Se extiende a lo largo de la manzana, una sola estructura a la que se accede por un par de enormes puertas de madera con incrustaciones de estrellas doradas. Veo fugazmente el ceño fruncido de Wyatt cuando la puerta se cierra de golpe y la furgoneta se aleja a toda velocidad. ¿Qué pasa? ¿Dónde estoy?

Dos hombres con uniformes violetas esperan en silencio a la entrada. Como si respondieran a una señal inaudible, abren las puertas de golpe y aparece Plutarch Heavensbee. Se acerca a mí con el rostro indescifrable.

Hola, Haymitch. Me temo que ha habido un cambio de horario de última hora.

“¿Sólo para mí?”

Solo para ti. Parece que el presidente dudó de tu... actuación.

Louella bajo el balcón. Nieve arriba. Mientras yo aplaudía para que todo el Capitolio lo viera.

Plutarco no necesita dar más explicaciones. Aquí es donde pago por pintar mi póster.



Un frágil conjunto de músculos y huesos, unos pocos litros de sangre, envueltos en un fino envoltorio de piel. Eso es todo lo que soy. Al cruzar las puertas de esta fortaleza de mármol, nunca me he sentido más frágil.

Mis ojos recorren las paredes hasta el alto techo sobre la entrada. No Aquí hay caniches o naranjas. Solo más mármol y enormes urnas llenas de ramos de flores del tamaño de arbustos.

Una sirvienta con delantal almidonado pasa un plumero sobre una estatua desnuda. Me mira fijamente, con los labios entreabiertos en señal de lástima. Le falta la lengua. Es una Avox, una de las prisioneras mutiladas obligadas a servir al Capitolio en silencio de por vida. ¿Me cortarán la lengua? Pensarlo me reseca la boca. Morir bajo la espada de Panache ahora parece una merced.

“Por aquí”, dice Plutarco.

La alfombra tiene la suavidad de un lecho de musgo y absorbe mis pasos como si ya me hubiera ido y no pudiera hacer ningún sonido. Uno de los fantasmas que habitan las canciones de Lenore Dove. Una vez me contó que los Agentes de la Paz la arrestaron en casa y lo asustada que estaba al principio.
Entonces recordó que había leído que a veces lo único que puedes hacer es...

El control es tu actitud ante una situación. «Como si pudiera decidir si tenía miedo o no, pasara lo que pasara. O sea, seguía teniendo miedo, pero me ayudaba tener esa sensación para meditar».

Intento masticarlo, pero hay demasiada adrenalina fluyendo a través de mí.
Mis venas. Ayúdame, Lenore Dove, pienso. Pero no puede. Nadie puede.

Plutarco me conduce por un largo pasillo arqueado, flanqueado por pinturas a tamaño natural de personas altivas con ropas elegantes y antiguas. Cada una sostiene un objeto —una balanza, un arpa, una copa con incrustaciones de rubíes— que parece definirlas.

Plutarch hace un gesto de indiferencia. «Les presento a las Abejas Celestiales», dice.

Espera... ¿Las Abejas Celestiales? ¿Es esta su familia? ¿Y podría ser esta su casa?

No faltan las Abejas Celestiales; nos vigilan a través de varios pasillos, haciendo alarde de sus posesiones emblemáticas: una rama frondosa, un pájaro blanco brillante, una espada, ¿eso es una pata de pavo? Rebosantes de riqueza, cada una de ellas. Pasamos por puertas, algunas herméticamente cerradas, otras abiertas de par en par para revelar habitaciones llenas de elegantes muebles y centelleantes lámparas de cristal. Salvo algún que otro Avox merodeando entre las sombras, está desierto.

Pienso en cuántas personas dedicaron su vida a construir este lugar, cuántas murieron antes de terminarlo, para que las Abejas Celestiales tuvieran un lugar donde colgar sus cuadros. Sus cuadros presumidos, satisfechos y ridículos.
Bueno, la broma es para las Abejas Celestiales. Ahora también están muertas.

Finalmente llegamos a una habitación donde un anciano con barba blanca, sosteniendo un libro abierto, sonríe desde su retrato sobre la chimenea.

"Trajano Heavensbee", dice Plutarco. "Soy su tatarabuelo, tatarabuelo... nunca recuerdo cuántos tatarabuelos. En fin, fue uno de mis abuelos.
El único que realmente me ha sido útil. Esta era su biblioteca. Es un buen lugar para hablar.

Hablar no es una tortura, así que me tranquilizo un poco. Las paredes se enfocan. No están cubiertas de instrumentos de dolor, sino de imponentes estanterías de libros. Miles y miles de volúmenes, del suelo al techo. En la esquina, una escalera dorada sube en espiral por una columna de mármol blanco y conduce a un balcón que rodea la habitación. Un águila dorada se posa en la barandilla de lo alto de la escalera.

Esta habitación es el sueño de Lenore Dove hecho realidad. Un mundo de palabras para...
Cada libro es tan valioso como una persona, dice, ya que preserva los pensamientos y sentimientos de alguien mucho después de que se haya ido.

Covey tiene una colección de ellos: objetos antiguos con encuadernaciones de cuero agrietado y papel tan delicado como las alas de una polilla. El tesoro familiar.

Aunque la mayoría aprendemos las letras en la escuela, no hay muchos libros en el 12. A veces aparece alguno en el Quemador, y si tengo algo para intercambiar, lo agarro para guardarlo para el cumpleaños de Lenore Dove, sin importar el tema, ya que son muy difíciles de conseguir. Una vez hubo una guía de bolsillo sobre la cría de aves de corral, y aunque hablaba principalmente de pollos y ella es una criadora de gansos, le encantó. En otra ocasión, encontré una colección de mapas de mucho antes de los Días Oscuros, bastante inútiles ahora. Pero el año pasado encontré un pequeño volumen de poemas de personas que ya no estaban. Algunos de ellos se convirtieron en canciones.

Recuerdo la alegría en el rostro de Lenore Dove cuando le di la poesía, Los besos que siguieron, y se sienten más fuertes. No pueden destruir lo que realmente asuntos.

“¿Lees, Haymitch?”, pregunta Plutarco.

"Yo puedo leer."

—No, me refiero a: ¿te gusta leer?

“Depende de qué.”

—Yo también —dice Plutarch—. Leer, en general, no es un pasatiempo popular en el Capitolio. Es una pena. Todo lo que necesitas saber sobre la gente está aquí, en esta habitación. —Gira un pomo con forma de cabeza de cabra en lo que supuse que era un escritorio empotrado en las estanterías. La parte superior se parte en dos y una bandeja llena de botellas relucientes se alza en su lugar. Plutarch se sirve un vaso de líquido ámbar—. ¿Puedo ofrecerte algo?

—No bebo. Sin embargo, la curiosidad profesional me vence —después de todo, soy contrabandista— y me acerco a examinar la bebida. Lo que llamamos licor blanco es cristalino, pero su bar presume de todos los colores del arcoíris. No sé si han sido teñidos, añejados o mezclados con otras cosas, como hierbas. Es todo licor blanco, solo que con un toque especial. Las botellas tienen pequeñas placas plateadas con el nombre en cadenas. Vodka. Rye. Coñac.

Entonces veo un nombre que reconozco, aunque nunca había visto ese material. Levanto la botella y dejo que la luz baile sobre sus profundidades rosadas.

“Se llama nepente”, dice Plutarco. “Probablemente no hayas oído hablar de él. él."

Te equivocas, Plutarco. No solo lo he oído, sino que lo sé por el poema que le dio nombre a mi amada. Estoy harta de que me traten con condescendencia.

Así que decido ponerlo en su lugar. "¿Te refieres a algo como 'Bebe, bebe este tipo de nepenthe...' ?"

Plutarco arquea las cejas con sorpresa. Completa el verso. «... ¡y olvida a esta Leonor perdida!». Ahora estoy sorprendido

y un poco inquieto. Supongo que, con todos estos libros,
Su poema podría estar aquí. Pero que no solo lo haya leído, sino que lo haya memorizado, me pone nerviosa. No me gusta que su nombre esté en sus labios.

“Por supuesto, no está claro en el poema si el nepente es el licor o la droga añadida al licor”, continúa.

Recuerdo haber tenido esta misma conversación con Lenore Dove. Ella dijo que «quaff» significa beber, generalmente algo con alcohol. Y el tipo que cuenta la historia en la canción intenta dejar de pensar en cómo perdió a su verdadero amor.

“Creo que lo importante es que te hace olvidar cosas terribles”, dije.

decir.

—Exactamente. Estoy seguro de que esto es solo una mala imitación. Alcohol de grano coloreado con bayas. Antiguamente, contenía morfina, pero era tan adictivo que lo prohibieron. ¿Puedo preguntar cómo conoces ese poema, Haymitch?

“Todo el mundo lo sabe en el Doce.” Es una gran mentira, pero quiero que piense que todos lo aprendimos en un libro, como él.

¿En serio? Ah. Bueno, tengo algo que te interesará ver. Está en el invernadero.

Claro, el invernadero. Sea lo que sea. Me lleva por una puerta lateral.
Por un pasillo estrecho, se llega a una habitación cuyo techo abovedado enmarca un trozo del cielo del atardecer. El cristal se curva para formar también las paredes, revelando un jardín de flores y árboles brillantes en el exterior. Parece excesivo, ya que la habitación ya está llena de plantas que brillan en el aire húmedo.
Los pájaros vuelan libremente entre las vigas del techo, piando a todo pulmón. Mesitas y sillas cubiertas de volutas rodean una fuente que salpica agua en un charco. Una mesa sostiene un teléfono con forma de cisne dormido, cuya cabeza y cuello curvo forman el auricular. Algo zumba cerca de mi oído y lo ahuyento de un manotazo.

Es como si hubieran intentado meter todo lo de afuera dentro. ¿Por qué? ¿Abrir una puerta y atravesarla es demasiado complicado? Los tontos y su dinero se separan pronto, decía mamá.

—Ven, mira esto. —Plutarch me indica una planta que cuelga de una viga en una cesta cerca del teléfono cisne. De las hojas largas y brillantes cuelgan vainas rosadas, cada una con lo que parece una pequeña tapa.
Un pequeño charco de líquido se ha acumulado en el fondo de cada vaina. Mientras inhalo el olor ligeramente dulce y ligeramente podrido, Plutarch señala una. «Desprenden un néctar. A los insectos les encanta. Pero la superficie es resbaladiza, y caen en la vaina y no pueden salir. Se ahogan y son consumidos por la planta».

"Creo que me estoy perdiendo algo."

Golpea una placa grabada en el lateral de la olla. Alguien en...
Este lugar debe tener un trabajo de tiempo completo etiquetando cosas. Es .
bueno pensarlo.

"Bueno", concluyo, "esa es una forma de ahogar tus penas".

Plutarch se ríe entre dientes. "Eres la primera persona que ha pillado el chiste".

Ahí va de nuevo. Intentando hacerme sentir humana.

"¿Por qué estoy aquí, Plutarco?", pregunto.

Antes de que pueda responder, alguien más interviene: "Para mí".

Al principio no reconozco la voz porque su suavidad se ha convertido en un gruñido áspero. Me giro y veo al presidente Snow apoyado en la puerta, secándose la frente con un pañuelo. Una vez más, me desconcierta su presencia. El poder de su cargo. El historial de su crueldad. La maldad en carne y hueso. ¿Fue mi crimen tan grave como para requerir una reunión personal? Sobre todo cuando, observándolo con más atención, se ve claramente mal. Sudando, sin aliento y blanco como una sábana. Su porte majestuoso ha desaparecido mientras se encorva sobre su vientre. Por una vez, a pesar de sus tratamientos cosméticos, aparenta cincuenta y ocho años.

"Oh, señor presidente", dice Plutarch. "¿Se siente bien? Es el
—Calor. Vamos a buscarte un asiento. —Se acerca rápidamente y acomoda una silla junto a la fuente—. Quería que usaras la biblioteca. Ahí dentro hace más fresco. ¿Lo prefieres?

El presidente parece demasiado preocupado para responder. Da pasos irregulares hacia la fuente y todo su cuerpo se paraliza por un instante. La sangre le gotea de la comisura de la boca sobre la pechera de su camisa blanca mientras se deja caer en la silla.

"¿Puedo traerte algo? ¿Quizás una bolsa de hielo?" pregunta Plutarch. "Hay
Un tocador justo al otro lado... —Snow se inclina hacia adelante y vomita un desastre en la fuente—. Ah, vale.

Me alegro de no tener que limpiarlo.

El sudor corre por el rostro ceroso de Snow. Pero no hay vergüenza. Ni una disculpa. No se esfuerza por disimular este momento de debilidad. Es casi como si quisiera que lo viéramos. Probablemente muera pronto. ¿Será para beneficio de Plutarch?

El presidente se desploma en la silla, jadeando. «Hace mucho calor».

—Bien, te llevaremos de vuelta a la biblioteca. —Plutarch levanta al presidente y le pone el hombro bajo una axila—. Haymitch. —No me lo piden, me lo ordenan. Aseguro el otro lado de Snow, conteniendo la respiración para no inhalar el repugnante olor a vómito y perfume floral que emana de él. El contacto físico con él en este estado me hace un poco más valiente.

Es solo un hombre, tan mortal como todos nosotros. Por lo que sé, está a punto de morir.

Plutarco y yo llevamos al presidente de vuelta a la biblioteca, donde lo depositamos en un sofá bordado.

"Necesita un médico, señor presidente", aconseja Plutarco.

—No, doctor —grazna Snow, agarrando el brazo de Plutarch—. Leche.

¿Leche? Haymitch, revisa el bar. Guardamos un poco para el ponche con leche. El refrigerador está a la derecha.

Me tomo mi tiempo, haciendo de cerdito confundido del distrito que no distingue la izquierda de la derecha y, aunque lo ha descubierto, no consigue abrir la puerta de paneles que oculta el refrigerador. Cuando por fin lo abro, veo la leche en una jarra de porcelana blanca diminuta. Una escalera dorada rodea el cilindro y un águila se posa en la tapa. Una réplica de los escalones en la esquina de la biblioteca.

Miro alrededor de la puerta del refrigerador mientras Snow entra en un ataque de tos mientras Plutarch se cierne sobre él.

Esta es probablemente la mejor oportunidad que tendré para luchar contra... Nieve directamente. Brindo por ti, Louella. Abro la tapa del águila, bebo la leche y me limpio el bigote del labio. Luego cierro la puerta, extendiendo la jarra con impotencia. "Está vacía".

Los ojos de Plutarco se abren con incredulidad; sabe perfectamente lo que he hecho. Espero a que me delate. En cambio, murmura exasperado: "¡Esos sirvientes!" y desaparece por la puerta, gritando que le traigan más leche. Como dije, impredecible como un rayo.

Me quedo solo con Snow, que tiene arcadas. Da miedo verlo morir. Da aún más miedo que pueda resistirme a ayudarlo. Antes de la cosecha, apuesto a que...

Habría estado justo ahí. La muerte de Louella me cambió. Quizás termine siendo un vencedor después de todo.

Snow se atraganta, vacía un cuenco de cristal de peras enceradas sobre la mesa y vomita una nueva ola, más negruzca que sanguinolenta, dentro. Me pregunto qué pensará el viejo Trajan Heavensbee de eso. Sigue sonriendo, Trajan; después de todo, es el presidente. La respiración de Snow se calma. Eliminar esa última dosis parece haber mejorado su estado. Observa la habitación, el retrato, a mí. Se limpia la boca con el pañuelo y se lo guarda en el bolsillo.

"A veces el remedio es peor que la enfermedad", reflexiona.

"¿Qué enfermedad?"

Incompetencia. No puedes ignorarla, o se propaga.

Plutarco regresa con una segunda jarra de leche. «Había un poco en la sala de billar».

Snow bebe la leche a grandes tragos y extiende la jarra vacía. «Otra. Y pan».

Plutarco mira el cuenco apestoso. "¿Está seguro, señor presidente?"
A veces, cuando hay enfermedades estomacales, lo mejor es…

No es una enfermedad. Es una intoxicación alimentaria. Unas ostras en mal estado.
Pero me ha ido mucho mejor que a Incitatus Loomy.

"¿El maestro de ceremonias?", pregunta Plutarco, con una expresión extraña en su rostro.

"¿De verdad?" Snow le entrega el cuenco. "Trae lo que te pedí".

Cuando Plutarco se va, Nieve examina la pared de libros que tiene delante.
Míralos a todos. Supervivientes. Durante los Días Oscuros, la gente quemaba libros para sobrevivir. Nosotros sí. Pero no las Abejas Celestiales. Seguían siendo inmensamente ricos, incluso cuando las mejores familias se veían reducidas a la miseria. —Saca una botellita del bolsillo, la descorcha y se traga el contenido, estremeciéndose al reposar—. Mi compañero de clase, Hilario, era uno de ellos. Un quejica inútil. —Se seca los labios hinchados con el puño—. Al menos Plutarco viene bien de vez en cuando, ¿no crees?

¿Plutarco me es útil? ¿Qué sabe Snow?

—Creo que cree que se cazan más moscas con miel que con vinagre —respondo.

Snow resopla. «Ah, los aforismos hogareños del Distrito Doce siguen vivos y coleando».

No sé qué es un aforismo, ¿una especie de dicho? Lenore Dove lo sabría. Pero me doy cuenta de que mi forma de hablar está siendo objeto de burla.

Aunque no sé exactamente qué quiere decir.

"Me sorprendería que hubiera habido muchos cambios allí", continúa. "Nada más que polvo de carbón y mineros empapados en licor podrido del Hob. Todos esperando ser absorbidos por ese espantoso desierto".

Su insulto me perturba menos que su familiaridad con el Distrito 12. Mineros empapados en licor de mala calidad del Quemador... así somos nosotros, sí. Los peores de nosotros, al menos.

"Ven a sentarte donde pueda verte".

De nuevo, no es una invitación, es una orden. Puse la jarra de leche junto a la Nepenthe en la barra y da la vuelta para sentarse en un sofá frente al presidente. El cojín bordado a su lado tiene la misma imagen de la escalera dorada que la jarra. A juego, como diría Maysilee.

La mirada de Snow se centra en el pedernal, como anoche. "Qué collar tan llamativo".

Golpeador... golpeador de pedernal... tal vez haya reconocido su verdadero propósito y hará que lo prohíban en la arena.

Extiende la mano. "¿Puedo echar un vistazo?"

Podría ignorar a Maysilee, pero no al presidente. Desato el nudo en el cordón de cuero, aprieta bien el pedernal en caso de que esto sea un adiós y pásalo.

Snow frota sus pulgares sobre las cabezas de pájaro y serpiente. "Hay una bonita par." Le da la vuelta. "Y una inscripción."

¿Una inscripción? Debí de pasarla por alto en el torbellino del día de la cosecha. Sin pedir permiso, saca unas gafas del bolsillo del pecho e inclina el dedo para que refleje la luz. "Ah, qué dulce. De LD".

¿Quién podría ser?

Mentir para ocultarla no servirá de nada. Aunque no lo hayan dicho al público. País, apuesto a que le mostraron a Snow lo que pasó durante la cosecha. Yo intentando salvar a una chica de los Agentes de la Paz. Su reacción a mi cosecha. Doce es un distrito pequeño. Si se lo propone, encontrará a mi novia.

"Lenore", digo.

—¿Pero Lenore qué? No, no, no me lo digas. Déjame adivinar. D . . . D . . . Esa es una pregunta difícil. Ninguno de los sospechosos habituales, pero rara vez lo son. Se me ocurren muchos precedidos de profundo u oscuro. Azul intenso. Verde oscuro. Pero no es así como funcionan. ¿Quizás algo de la naturaleza? Como ámbar o marfil.

¿Narciso... diente de león... diamante? No, ese no es ningún color, la verdad. Bueno, estoy perplejo. ¿Lenore qué?

Se me ha agriado la leche en el estómago con sus reflexiones y lo que revelan. Sabe que Lenore Dove es Covey; solo que así llaman a sus hijos. El primer nombre es de una balada, el segundo de un color. Amber e Ivory son apellidos de familia. ¿Cómo ha descubierto este oscuro dato sobre un grupo de músicos en el destartalado distrito 12? ¿Informantes del Capitolio?

"Paloma", le digo.

¡Paloma! —Se da una palmada en la frente—. Paloma. Aunque siempre he oído hablar del «color de paloma». Es un poco engañoso. Pero ¿quién podría resistirse cuando se consigue tanto el color como el ave? Y sabemos lo que sienten por sus aves.

Me devuelve el delantero. En el reverso, en minúscula, están las palabras que me perdí. Para H. Te amo con fuego. LD

¿Sabes mucho sobre palomas, Haymitch?

"Son pacíficos."

—Si lo son, son raros. Todas las aves que he visto son feroces. —Un hililllo de saliva sanguinolenta se escapa de la boca de Snow—. Apuesto a que sé un par de cosas sobre tu paloma.

"¿Cómo qué?"

Es un deleite mirarla, se mece con sus brillantes colores y canta como un sinsajo. La amas. Y, ay, cómo parece que ella te ama.
Excepto que a veces te lo preguntas, porque sus planes no te incluyen en absoluto".

No exactamente, pero casi. Pienso en su mirada lúgubre cuando habla del camino, la vida de la Bandada y una libertad que no tiene nada que ver conmigo. Peor aún, pienso en Clay Chance y el fuego bajo la siega, y en cómo hay una parte de ella que se niega a compartir conmigo.
Ella diría que era para mantenerme a salvo, pero tal vez simplemente no confía en mí y en sus secretos.

"Ella me ama", insisto.

"Sin duda lo dice. Pero créeme, románticamente hablando, eres...
"Esquivando una bala con estos Juegos".

"¿Entonces debería agradecerte?"

Snow se ríe. «Deberías. Aunque quizás no para eso».

¿Para qué? Me estás enviando a la muerte en los Juegos.

"Sí, tu comportamiento lo ha garantizado".

Ahí está, por si aún me quedaba alguna esperanza. Directamente de la fuente. Con o sin aliados, soy un muerto viviente.

"En el lado bueno", continúa, "contigo fuera de escena, Lenore Dove y tu familia deberían ser libres de disfrutar de una vida larga y feliz".

Aunque su seguridad es mi mayor preocupación, su recordatorio de que su futuro no me incluirá es, como diría Maysilee, "un tipo especial de crueldad".

Snow se seca la saliva con el puño de la camisa. «Pero hay muchas maneras de morir en la arena. Podrías ser apuñalado, estrangulado o morir de sed. La muerte por un perro callejero suele ser la más memorable. Tenemos algunas bellezas este año. Programables para servir a tributos individuales. Y mucho más aterradoras que las comadrejas».

Entonces lo vio. Nuestra sesión de homenaje en la cocina, donde revelamos nuestros últimos deseos. «No tengo voz ni voto en eso».

—No, pero yo sí. Y orquestaré tu muerte basándome en tu comportamiento de ahora en adelante. Tú decides qué quieres que vean Lenore Dove, tu madre y ese querido hermanito tuyo. Puedes morir limpia y justamente, o podemos inaugurar los Juegos con la muerte más lenta y agonizante que jamás haya sufrido un tributo. Y sí, deberías agradecerme que te haya dado la opción.

Me encuentro con esos ojos azul pálido. "Supongo que me tienes".

No te sientas tan mal. Estás en buena compañía. Sabes, mi familia tiene su propio aforismo.

"¿Qué es eso?"

—La nieve cae encima. —Sin apartar la mirada de mí, grita—: ¡Se acabó el escondite! ¡Ya puedes unirte a nosotros!

¿A quién invoca? ¿A mis torturadores, traídos para reforzar su amenaza?

—Bueno, creo que ya no habrá más paseos en carro sin autorización. Nada de burlarse de mí, ni delante ni detrás de la cámara —continúa—. Y tengo un regalo de cumpleaños atrasado para ti. Quiero que lo trates con la gratitud que merece. —Inclina la cabeza hacia el invernadero.

De pie en la puerta está Louella McCoy.



PART II

"THE RASCAL"



Mi corazón da un vuelco y luego se hunde como una piedra. Siento el cráneo aplastado de Louella. Derramándose sangre caliente en mi mano. Veo su mirada vacía. Estaba muerta, de una forma que desafiaba el retorno. Entonces, ¿quién es esta chica en la puerta?

Se parece mucho a Louella. Tiene el mismo tamaño y la misma altura. Cara en forma de corazón, grandes ojos grises, largas trenzas oscuras. Tiene las uñas mordidas y una cicatriz en la frente que coincide con la que la verdadera Louella se hizo al caerse de nuestra cisterna. Lleva el uniforme de entrenamiento del Distrito 12, como si se hubiera vestido en el apartamento con nosotros esta mañana. El collar de cuentas de flores moradas y amarillas de Maysilee le cuelga sobre el cuello. Cumple todos los requisitos.

Pero esta no es Louella. De la misma manera que instintivamente sabes que...
Las peras enceradas en la mesa carecen de jugo, a esta chica le falta la esencia de Louella.

“Pase. Ya conoce a Haymitch”, dice el presidente.

La falsa Louella se acerca al final de la mesa. «Hola, Haymitch».

El acento está apenas un poco apagado, pero el saludo lo delata claramente.
Louella es una chica que dice "¿Qué tal?" o "¿Cómo estás?". Sus pómulos también se ven raros. Como si le hubieran inyectado algo en la cara para darle más volumen. La mayoría

Lo mejor de todo es que no me mira a los ojos, algo que mi novia nunca dejaba de hacer.

"¿Quién eres?" le pregunto.

Mira fijamente el revoltijo de peras sobre la mesa, con la mirada perdida. "Me llamo Louella McCoy. Soy del Distrito Doce".

—No lo eres —le digo, y luego me dirijo a Snow—. No lo es. Cualquiera puede verlo.

Lo dudo. Su familia, quizá algunos amigos cercanos. Nadie más allá del público borracho del desfile presenció el accidente. Creerán que es Louella. Sobre todo porque estarás a su lado, ayudándola, como el buen aliado que eres. La pareja perfecta en lo que estoy decidido a convertir en un Vasallaje de los Veinticinco perfecto.

Ahora lo entiendo. A quienes vieron el accidente en persona se les dirá... Louella se recuperó. Incitatus Loomy, el maestro de ceremonias, fue asesinado por su incompetencia. Snow, envenenado por un plato de ostras, sobrevivió. Y nos toca a mí y a la falsa Louella cubrir la peor baja de la noche.

Plutarco entra corriendo en la habitación con un vaso de leche y un plato de panecillos. Se detiene en seco al ver a Louella. "¿Esa es…?"

—Louella McCoy —dice Snow—. Ah, mi pan. —Dale un buen mordisco a un panecillo y gruñe en señal de aprobación—. Fresco. Creo que ya terminamos, si quieres devolver a nuestros tributos a sus alojamientos. Louella, te presento a Plutarch.

Hola, Plutarco.

"Hola." Él no puede dejar de mirarla.

"Es una buena doble de cuerpo. Tuvimos suerte", dice Snow.

—Sí, señor presidente. Claro que sí. Por aquí, niños. La falsa Louella y yo seguimos a Plutarch por unos pasillos de ancestros antes de que vuelva a hablar. No sabía nada de esto. Solo dijo que quería hablar contigo.

—Bien —digo—. ¿Quién es ella?

"Mejor suposición... hijo de traidores. Podría ser del distrito o del Capitolio. Puede que ni ella misma lo sepa. Sin duda la han programado. Probablemente también la drogó".

La falsa Louella interviene. «Hola, Plutarch. Me llamo Louella McCoy. Soy del Distrito Doce».

"Entonces, la va a enviar, quienquiera que sea, y la va a matar en el... ¿Juegos?, pregunto.

—Ese parece ser el plan actual —admite Plutarch—. No lo apruebo.

"Eres mi héroe. Espero ser como tú cuando crezca. Oh, espera un momento. “Por un momento, eso no sucederá”.

Una camioneta de los Agentes de la Paz está parada en la entrada. Me subo antes de que puedan... Espósame. La falsa Louella se mete en la furgoneta y se sienta en el suelo. «Hola, Haymitch. Me llamo Louella McCoy. Soy del Distrito Doce».

"Los va a dejar boquiabiertos en la entrevista", le digo a Plutarch, y luego cierro la puerta de golpe.

Durante todo el camino de regreso, en la oscuridad, temo que me toque. La odio, y odio lo que su presencia me exigirá, aunque sé que nada de esto es culpa suya.

De vuelta en el apartamento, Maysilee, Wyatt y nuestros mentores esperan mi regreso en la sala. Cuando entro con la Falsa Louella, todos se quedan boquiabiertos.

Los señalo. «Ellos son Maysilee y Wyatt. Y esos son nuestros mentores, Mags y Wiress».

La falsa Louella se fija en las puntas de sus botas. «Hola, Maysilee, Wyatt, Mags y Wiress».

—Pero no pudieron... —empieza Wyatt—. ¿Quién eres?

Me llamo Louella McCoy. Soy del Distrito Doce.

Después de una larga pausa, Maysilee dice: "Eso no es dormir en mi habitación".

Mags la manda callar. "¿De dónde salió?"

“El presidente Snow nos presentó en la biblioteca de Plutarch Heavensbee. Ella es La drogaron, la programaron o algo así. Se supone que debemos fingir que es real ante las cámaras. No tengo ni idea de quién es.

"Es un malvavisco rancio", dice Maysilee. "Deberíamos venderla".

Mags toca el hombro de la Falsa Louella. "¿Tienes hambre?" La chica se encoge y la mira confundida. "Comamos todos".

Nos reunimos alrededor de la mesa en la cocina, donde Wiress sirve guiso en nuestros tazones. Mags pone una cuchara en la mano de la Falsa Louella. La agarra con el puño, rodea el tazón con el brazo para protegerla y empieza a servir el guiso mientras emite pequeños gemidos.

"La han dejado morir de hambre", dice Wiress. "Entre otras cosas".

Tiene razón. Mientras que las muñecas de Louella eran delgadas, las de la Falsa Louella tienden a ser huesudas. Con razón tuvieron que rellenarle la cara. La ira irracional que sentía hacia esta chica se disuelve en lástima cuando levanta su cuenco para lamerlo hasta dejarlo limpio como un perro.

"¿Quieres más? Tenemos de sobra", dice Mags.

"¿Pan?" Wiress le ofrece la cesta de panecillos surtidos.

La falsa Louella observa fascinada la ofrenda, y luego sus dedos se cierran sobre un panecillo oscuro en forma de medialuna, salpicado de semillas. Se lo acerca a la nariz e inhala el aroma, respirando entrecortadamente.

Wiress y Mags intercambian una mirada. "¿Eres del Distrito Once,
—¿Niña? —dice Mags en voz baja. La falsa Louella empieza a llorar, apretándose el panecillo contra los labios y tocándose la oreja—. Tranquila, pequeña. Ven conmigo. —La rodea con el brazo y la saca de la cocina.

"Quienquiera que sea, supongo que ahora es nuestra", dice Wyatt.

Me sorprende oír algo tan generoso de una corredora de apuestas, pero todos lo sentimos. No podemos seguir lastimando a la Falsa Louella.
Supongo que haré lo mejor que pueda para cuidarla, solo piensa en ella como otra paloma del Distrito 6.

—Tienes razón —digo—. Pero no puedo llamarla Louella.

"Algo demasiado diferente podría confundirla aún más", advierte Wiress.

"¿Qué te parece Lou Lou?", sugiere Maysilee. "Tenía un canario de mascota que se llamaba así".

Sé esto sobre Maysilee porque Lenore Dove se enteró.
Y me enfurecía que alguien enjaulara a un pájaro, sobre todo a un pájaro cantor. Pero eso no parece motivo para rechazar el nombre. "Creo que puedo con eso", dije. Louella McCoy definitivamente no era una Lou Lou.

Mags regresa, preocupada. "La acosté. Hay algún tipo de dispositivo..."
Estaba pegado a su pecho, inyectando una droga, creo. Tenía miedo de quitárselo.
Podría matarla. Ya he visto algo parecido antes.

"¿Por qué preguntaste si ella era de Eleven?" dice Maysilee.

El panecillo que ella eligió. Con las semillas. Es suyo.

La llegada de Lou Lou ha arrasado con el impulso que nos dio unirnos a los Recién Llegados. Hace un par de horas teníamos un rumbo claro, pero el regalo de Snow nos ha recordado nuestra fragilidad y la inutilidad de oponernos a él. No recuerdo cuál era nuestro débil plan ni por qué importaba. Cenamos en silencio, cada uno absorto en sus propios pensamientos lúgubres.

Deprimente. Lenore Dove me enseñó esa palabra. Está en la primera línea de su canción. Lo que no daría por verla una vez más.

Hubo un momento, cuando Snow dijo que tenía un regalo para mí, que pensé que se refería a Lenore Dove. Por cómo hablaba del percutor de sílex y de la bandada. Me alegro de que no fuera así. Está mucho más segura en ese "desierto espantoso" alrededor de los 12.

Mags y Wiress intentan que volvamos al buen camino. Después de cenar, nos reunimos en la sala y hablamos de nuestro día. Mags parece contenta con la alianza y nos anima a seguir adelante. Me siento mejor al unirme a Wyatt y Maysilee. Wyatt es más honorable de lo que debería ser, dada su familia, y Maysilee ganó muchos puntos ayudando a los demás tributos con sus fichas.

Wiress pregunta si hay alguna pista sobre la arena que pudiéramos haber recogido durante el entrenamiento.

“Lonas”, dice Wyatt, sin perder el ritmo.

“¿Como… láminas de plástico?”, pregunto.

Sí. ¿Viste el puesto de aquella señora? Solo te mostró diferentes cosas que hacer con una lona: hacer un poncho, recolectar agua de lluvia y convertirla en una mochila. Me hizo pensar que iba a llover. Porque en las minas, las usamos para mantener las cosas secas.

"Creo que estás en lo cierto", dice Wiress. "¿Y tú, Maysilee?"

"No llegué a muchos puestos. Estaba demasiado ocupado haciendo fichas. Tratando de Complementan la ropa de la gente. ¿Pero sabes que todos vestimos de diferentes colores? Son los mismos colores que vestíamos anoche en las carrozas.
Rojo para Diez, melocotón para Ocho. Y si terminan vistiéndonos así en la arena, lo cual podrían hacer para que el público nos distinga, entonces ir de negro podría ser una gran ventaja. Sobre todo de noche. Quizás podamos movernos para recoger comida o lo que sea, mientras que otros distritos tienen que esconderse.

—Muy bien también —dice Wiress—. Haymitch, ¿notaste algo?

Bueno, ahora mismo me estoy dando cuenta de lo bien que Wyatt y Maysilee se fijan en las cosas. Necesito prestar más atención. Pero hay esto. —Les cuento lo de Beetee y la patata, evadiendo la parte científica—. Lo único que deduzco es que podría estar oscuro y que las verduras de raíz podrían venir bien.

“Si está húmedo, como piensa Wyatt, entonces puede que no haya madera seca y “Hacer fuego para iluminar no será una opción, así que tendremos que recurrir a las patatas”, dice Maysilee.

Wyatt lo considera. "O tal vez tengamos que buscar comida".

"Es una conexión interesante", dice Mags.

Se encoge de hombros. "No es gran cosa. Me gano la vida cavando".

A la hora de dormir, nos quedamos afuera de la habitación de las niñas, mirando a Lou Lou dormir, sin saber qué hacer.

—Puedo tomar tu cama —le digo a Maysilee.

—No —dice ella—. No pasa nada.

"Podríamos ir a dormir a tu piso", ofrece Wyatt. "Probablemente esté más cerca de cómo será el estadio".

Así que eso es lo que hacemos. Mags nos ayuda a Wyatt y a mí a cargar la ropa de cama. y algunos cojines de sofá y hacemos palets en el suelo.

“¿Crees que deberíamos practicar la vigilancia?”, pregunta Maysilee. Cuando estemos todos listos para apagar las luces.

—Buena idea. Yo voy primero. —Me acomodo con las piernas cruzadas y una manta sobre el regazo.

Mags visita a Lou Lou una última vez, nos desea buenas noches y apaga las luces mientras cierra la puerta detrás de ella.

Después de un rato, Wyatt se queda dormido y enciende la motosierra. Maysilee's Tan enterrada en sus sábanas que no puedo distinguir su estado. Me duelen las costillas y me recuesto en la cama de Lou Lou, estirando los brazos y dejando que el colchón aguante su peso.

Lou Lou se mueve nerviosamente y la oigo murmurar algo, pero no puedo... Entiendo las palabras. No quiero saberlo. No será bueno. Cansada, empiezo a dormitar, pero me sobresalto al sentir sus deditos helados aferrándose a los míos. Mientras dormía, Lou Lou se giró de lado. Se aferra a mi mano con todas sus fuerzas, con el pulso acelerado como el de un pajarito.

Recuerdo la mano de Louella tomando la mía en el tren y resisto el impulso de apartarme. "No pasa nada, Lou Lou", susurro, dándole una palmadita en el costado. "Aquí nadie te hará daño".

Podría intentar cantarle una canción de cuna para calmarla, pero no quiero despertar a los demás. De todas formas, no soy muy buena cantante, y se supone que debería estar practicando para vigilar la arena. Pienso en cómo me canta a veces Lenore Dove. Solo por ella, cierro mis ojos por un momento y dejo que su voz me encuentre. . . .

Mientras asentía, casi dormitando, de repente se oyó un golpeteo,
Como si alguien golpeara suavemente, golpeara la puerta de mi habitación.
“Es algún visitante”, murmuré, “llamando a la puerta de mi habitación.

"Sólo esto y nada más."

Me despierto de golpe. ¿Fue un golpecito? ¿O lo soñé?

La franja de luz debajo de la puerta, los números del reloj de la mesita de noche, Incluso la luz verde parpadeante del dispositivo en la pared —¿una cámara? ¿Un detector de humo? ¿Un controlador de temperatura?— ha desaparecido. Solo el tenue resplandor de las luces del Capitolio a través de las persianas mantiene la oscuridad a raya. El zumbido del apartamento se ha acallado; ni el ronroneo de las máquinas ni las suaves corrientes rompen el silencio. A lo lejos, un coche toca la bocina. Luego, nada. Bajo mi manta, sudo. El aire cálido y estancado huele a cisterna y a cena rancia.

Y definitivamente alguien está llamando a la puerta de mi habitación. Suavemente. Oigo el giro del pomo, el roce de la madera contra la alfombra.

Una figura aparece por la puerta, sosteniendo algo que emana un fino haz de luz. Son un par de patatas hervidas, conectadas a una bombilla del tamaño de un guisante. Beetee se lleva un dedo a los labios y luego inclina la cabeza para que lo siga. Con cuidado de no despertar a nadie, separo la mano de Lou Lou y salgo del dormitorio. Alejándonos de la puerta, Beetee y yo hablamos en voz baja.

¿Qué haces aquí?, pregunto.

A Beetee le falta un poco el aliento. "Subí las escaleras del tercer piso. Wiress dejó sin electricidad al edificio. Las cámaras de vigilancia no funcionan. Calcula que nos quedan unos diez minutos. ¿En serio vas a destrozar la arena?"

¡Sí! Solo dime qué tengo que hacer. ¿Qué estropea una máquina?

El tiempo, por lo general. Con él viene la fatiga, el desgaste, la erosión, el deslizamiento. Pero no tenemos el lujo del tiempo, por lo que necesitaremos un enfoque diferente. Viste el estadio de Wiress el año pasado. ¿Te preguntaste cómo lo gestionaban?

Del Capitolio, ¿verdad? Muestran la sala de control durante los Juegos...

Sí, muestran las órdenes emitidas, y algunas se pueden activar remotamente. Pero hoy en día, también hay un nivel de Vigilante en la arena para ejecutar ciertas órdenes. Un piso subterráneo completo, apodado Sub-A, que nunca muestran al público. Esto destruye la ilusión de que la arena se controla a distancia. En Sub-A se encargan de tareas manuales, como liberar a los perros o preparar un festín. Te lanzarán desde allí en unos días. Pero todo eso es secundario a la realidad.

La tarea de gestionar el sistema informático in situ, esencial para el funcionamiento de los Juegos. Ese es el objetivo de nuestro equipo. El cerebro del estadio.

Toda mi vida he visto los Juegos sin siquiera cuestionarme cómo funcionaban las arenas. No sé qué creía que significaba destruir la arena: ¿cortar un cable o algo con un hacha? En fin, no se trataba de una computadora subterránea que, aunque pudiera alcanzar, no sabría cómo romper... a menos que pudiera usar la mencionada hacha.

Pero Beetee mencionó un equipo. Quizás yo pueda ser la fuerza, y Ampert, el freno.

"¿Entonces vamos a intentar encontrar esta computadora y desconectarla? Ingresar ¿Malas órdenes?"

Beetee niega con la cabeza. «Sería prácticamente imposible para cualquiera de ustedes alcanzarlo. La computadora está en una zona restringida con sistemas de seguridad de alta tecnología. Pero el cerebro no puede funcionar a menos que otras partes del cuerpo estén sanas. Como este edificio esta noche. Cuando se corta la electricidad, el lugar se queda sin electricidad».

"¿Vamos a dejar sin electricidad?"

—Oh, no, Haymitch. Incluso si lo hacemos, tienen una enorme generador de respaldo en el extremo superior, justo afuera de la arena".

"¿Y entonces qué?"

"Lo vamos a ahogar".



"¿Ahogarlo?" Supongo que Wyatt tenía razón sobre que la arena estaba mojada. "¿Cómo?"

La arena tiene la capacidad de inundarse. Crear el ecosistema del tributo requiere electricidad, plomería, calefacción, aire acondicionado, ventilación; todo lo que una casa tendría, dice Beetee.

—En mi casa no hay ni la mitad de esas cosas. ¿La tuya sí? —pregunto.

"Ahora vivo en Victor's Village, así que sí, así es".

También tenemos una Aldea de los Vencedores en el 12. Una docena de casas elegantes en las que puedes vivir el resto de tu vida si ganas los Juegos. Burdock y yo solíamos ir a escondidas allí y echar un vistazo por las ventanas en las noches de verano. A la luz de la luna, podíamos ver lo suficiente como para saber que tenían muebles, lámparas colgantes y bañeras como las de aquí. Sin embargo, la aldea se construyó después de nuestro único vencedor, así que nadie ha vivido allí.

Beetee continúa: "Mi punto es que, al menos durante unas semanas, la arena Tiene que ser capaz de sostener a los tributos y las piezas del escenario. No he visto el plano de la arena, pero hace más de un año me pidieron que revisara el diseño Sub-A. En la parte norte de la arena, hay un...

Un enorme depósito de agua situado justo debajo de la superficie. Las arenas pueden requerir mucha agua para mantener lagos, generar tormentas y extinguir incendios. Este depósito parece especialmente grande.

"Entonces, si la computadora es el cerebro, esto sería la vejiga", digo.

Se ríe un poco. «Sí. Exactamente. Y una vez que la vejiga se rompe, inundará el cerebro, dejándolo inoperable».

Mi cerebro también empieza a inundarse. "Pero... si no puedo llegar al cerebro, ¿cómo llegaré a la vejiga?"

Por toda la arena hay escotillas que conectan la superficie con los pasillos de servicios públicos inferiores. Entrarás por una de ellas. Los Vigilantes usan estas escotillas para introducir elementos en la arena. Accederás a los pasillos de servicios públicos mediante un portal mutt.

"Un portal para perros", repito.

Sí. Los planos mostraban docenas de estos. Debe ser un programa con muchos perros.

Intento no pensar en las comadrejas. "Bueno, entonces encuentro un portal para perros callejeros, bajo al pasillo de servicio..."

"Ubica el tanque y hazle un agujero, liberando el agua. Gravedad Debería encargarse del resto. Naturalmente, inundará el Sub-A.

Me siento abrumado. "Bueno, espera. Esto es mucho. ¿Cómo se supone que...?" ¿Para hacer un agujero en el tanque? ¿Me vas a enviar ahí con explosivos?

"No serás solo tú. Tendrás a Ampert". Ante la mención de su Cuando pronuncia el nombre de su hijo, su voz se entrecorta y un espasmo de dolor le cruza el rostro.

—Este plan suena... bastante peligroso —aventuro—. Quizá pueda hacerlo sin él.

Por primera vez, su agonía rompe su control. "Ellos cosecharon ¡Que lo mate, Haymitch! ¡Que me castigue! No se me ocurre ningún escenario realista en el que no muera. Solo espero que su muerte sea rápida y no en vano.

Sé que tiene razón. Incluso sin este plan descabellado para destrozar la arena, Ampert está condenado a muerte, como yo. Si los Profesionales no lo eliminan, lo harán los Vigilantes. «Lo siento mucho. Intentaré cuidarlo ahí dentro».

"No dejes que sufra", susurra Beetee.

"Haré lo mejor que pueda", prometo.

"Eso es un gran consuelo para mí. Gracias." Se limpia las gafas y Los vuelve a colocar firmemente en su lugar. "Entonces, ¿sabes usar explosivos?"

Curiosamente, sí, un poco. Tenemos clases de producción de carbón. Aburrido como... Normalmente polvo. Pero como somos los futuros mineros de Panem, nos muestran cómo se extrae el carbón, lo que puede implicar colocar explosivos en un agujero en la roca, insertar un detonador con una mecha y encenderlo. Practicamos con material falso. Inerte, lo llaman. El material real puede matarte.

—Sé lo básico —digo—. Para las minas de carbón. Pero ¿dónde voy a conseguir la mecha y...?

Estamos trabajando en eso ahora. Cómo pasar los materiales de contrabando por la seguridad. Pero a diferencia de los componentes usados en sus minas, que como seguramente saben pueden ser mortales, los he diseñado específicamente para que sean seguros, tanto química como estructuralmente. No pueden ser detonados accidentalmente por ustedes ni por ninguna otra cosa. Para detonarlos, tendrán que ensamblar la bomba correctamente y encender la mecha.

Eso me tranquiliza un poco. No necesito que me explote un detonador antes de que llegue el momento de hacer un agujero en el tanque. Mis dedos encuentran mi percutor de pedernal. La voz de Lenore Dove llega desde la pradera. "Solo que no necesitas pedernal. Cualquier roca brillante decente, como el cuarzo, servirá".

"¿Crees que habrá rocas ahí? ¿Sílex o cuarzo?", pregunto.

—Es posible. Puedo intentar averiguarlo. ¿Por qué?

—Si los hay, puedo con ese último. —Levanto la barbilla y muestro mi don—. Un pedernal.

Beetee parece impresionado. "Muy listo. Nunca subestimes a Doce, como siempre digo".

"¿En serio?" Sería bueno que alguien dijera algo aprobatorio sobre nosotros, para variar.

—Sí. No piensan como nosotros. Han sabido mantenerse a flote, a pesar del Capitolio.

“Creen que somos animales, así que eso ayuda”.

Wiress aparece, sobresaltándonos. «Será mejor que terminen. Acaba de llegar un equipo de reparación. Podría ser en cualquier momento».

—Habrá más. No le digas a nadie lo que hemos hablado. Beetee desaparece en la oscuridad.

—Mejor vete a la cama —me ordena Wiress.

Vuelvo a mi reloj en el dormitorio. Después de unos minutos, la luz regresa con una ráfaga de aire frío y una constelación de luces. Un revoltijo de instrucciones de Beetee llena mi cerebro. ¿Qué acabo de aceptar? Mutt

portal . . . vejiga . . . explosivos . . . ¿Cómo demonios voy a lograrlo? La duda me consume. Probablemente debería ser yo quien encienda el fuego y Ampert quien coloque los explosivos. ¿Pero tendrá la fuerza física para atravesar el portal y escalar? ¿Y si lo logro? ¿Y si destrozo la arena?

Cómo le encantaría a Lenore Dove saber que vencí al Capitolio y detuve los Juegos, al menos por este año. Hay gloria en eso. Dignidad.
¿Y si lo hiciera con su pedernal? Sería como si lo hubiéramos hecho juntos. Pintar un cartel que nadie pudiera ignorar. Burlar al Capitolio y obligar a sus ciudadanos a vernos como algo más que animales sin mente.

"¿Haymitch?", pregunta Maysilee. "Me encargo yo ahora".

—Vale, gracias. —No parece somnolienta. O se despertó sobresaltada o nunca ha dormido.

"¿Está todo bien?", pregunta ella.

Me pregunto si me vio salir e intentó escuchar mi conversación con Beetee, pero no puedo hablar de ello. Cuanta menos gente sepa de la trama, mejor, y aunque me cae mejor en el Capitolio que en el 12, no somos precisamente confidentes.

"Bueno, hubo un corte de luz, pero parece que lo solucionaron", dije.
Dile: "Buenas noches". Me acurruco entre mis mantas y finjo quedarme dormida hasta que realmente lo hago.

Por la mañana, me siento tentado a compartir el plan de Beetee con los demás. No me parece honesto no hacerlo. Lou Lou es una distracción suficiente como para evitar que lo suelte. Decidimos que la forma más sencilla de arreglar su apariencia es fingir que, aunque el Capitolio logró curar milagrosamente a Louella, ya no está bien de la cabeza. Confiamos en que ninguno de los otros tributos haya pasado suficiente tiempo con ella como para distinguir la diferencia entre nuestra verdadera Louella y su doble.

Lou Lou ha pasado de desviar la mirada a observarnos constantemente, como si... Intenta armar un rompecabezas. Se tira mucho de la oreja, lo que me hace preguntarme si le duele, porque eso es lo que solía hacer Sid cuando le dolía el oído. Cuando va al baño, Wiress dice: «Creo que tiene un implante auditivo. Probablemente un transmisor bidireccional».

"¿Por qué?" pregunta Wyatt.

Para que puedan decirle qué decir. Dirigir su comportamiento.

"Escucha lo que ella oye", dice Mags.

No tiene por qué explicarle las consecuencias. No se lo digas a Lou. Lou tiene secretos. Pero eso tiene su lado oscuro. Podemos sacar ventaja contándole mentiras. Durante los Días Oscuros, el Capitolio nos espió con charlajos, perros callejeros que parecían pájaros normales, pero que podían grabar las conversaciones de los rebeldes y reproducirlas palabra por palabra. Lo descubrimos y les dimos información falsa. El Capitolio liberó a los charlajos al final de la guerra, pensando que morirían, lo cual hicieron, pero no antes de que engendraran una nueva especie al aparearse con sinsontes hembra, creando así los preciosos sinsajos de Lenore Dove. Ahora supongo que Lou Lou es nuestra pequeña charlaja.

Cuando nos unimos a los otros recién llegados en el gimnasio, Lou Lou dibuja algunos Miradas inquisitivas, pero parecen creer que es nuestra chica, solo que con daño cerebral. Después de todo, ninguno conocía a Louella ni la había visto más que de pasada.

"Tengan cuidado con lo que dicen cerca de ella", les advierte Maysilee. "No es ella misma y podría contárselo a cualquiera".

Cuando terminamos para practicar, Wyatt acepta llevarla. Lo cual es útil, ya que no necesito un charlajo ahora mismo.

Ampert me llama la atención y nos despedimos del resto del grupo. No sé cuánto le habrá contado Beetee sobre el plan de la arena. Pero antes de que pueda abordar el tema, dice: «Mi padre dice que necesitamos que Nueve se una a nuestra alianza».

Vemos a los tributos vestidos de amarillo cerca del puesto de construcción de refugios. ¿Alguna razón específica? Digo, Cinco y Once aún no se han comprometido, y se ven mucho más fuertes.

Solo dijo que eran esenciales. Lo intenté el primer día, pero me ignoraron. Me pregunto si pensarán que soy presumida.

¿Tú? ¿Por qué pensarían eso?

"Porque soy de Tres. Porque sé de tecnología, quizá. Nueve está mucho en el campo. No creo que vayan mucho a la escuela por allí, y todo el mundo sabe que nosotros sí. Nos llaman intelectuales.

"El cabeza hueca no es tan malo."

"No es un cumplido. De todas formas, no pude llegar a ningún lado con ellos. “No son grandes conversadores”.

Como mi padre, creo. Era muy inteligente, pero no sentía la necesidad de compartir cada pensamiento que le rondaba por la cabeza. Tampoco confiaba mucho en quienes sí lo hacían. Muchos mineros son así.

"Lo intentaré", le digo a Ampert. "¿Por qué no lo intentas otra vez con Eleven?"

A mitad de camino a la cabina, Maysilee me intercepta. "¿Qué pasa?"

Esto podría significar varias cosas, sobre todo si estuvo escuchando a escondidas anoche. Decidí ir directo al grano. «Solo voy a por Nueve».

"¿Necesitan ayuda con sus fichas?"

Nos giramos para evaluar su situación simbólica. Cada uno lleva un collar de hierba trenzada con un girasol del tamaño de un puño colgando.

Maysilee responde a su propia pregunta. "Oh, Dios mío, sí. Son horribles. Pero hay que reconocerles el mérito por intentarlo, pobrecitas. Supongo que solo pudieron conseguir arcilla de masa salada".

Conozco el tema. Una vez, en casa de Burdock, su madre mezcló harina blanca, sal y agua para hacer masa, y todos los niños hicimos animalitos, estrellas y cosas así. Demasiado derroche para mi familia, pero los Everdeen podían permitírselo porque eran cazadores y tenían un poco más de dinero disponible. Pero nada que ver con los Donner.

"Sí", dije, "supongo que se quedaron sin oro".

Maysilee empieza por el 9, pero me interpongo. "Para. Los necesitamos, Maysilee. Y no puedo arriesgarme a que los insultes cuando crees que estás ayudando. En fin, sus fichas no están tan mal. Solo un poco..." Me cuesta describir las flores amarillas, grumosas y demasiado brillantes.

Llamativo. Tosco. De mala calidad.

—Sí. Y por eso voy solo.

Se encoge de hombros y se aleja, pero no muy lejos. Solo a un puesto cercano de preparación de comida. Desollando ardillas, haciendo pan en las brasas de la fogata, asando cosas en un palo. Como si fuéramos todos a una barbacoa.

Llego al puesto del refugio a tiempo para participar en una sesión con los cuatro tributos del Distrito 9. No puedo evitar pensar en lo que dijo Mags, que probablemente nos mudaremos. Pero quizás pueda improvisar algo rápido con la lluvia.

Aunque este stand no está dedicado exclusivamente a las lonas, sin duda se destacan. Puedes construir un refugio atando una entre los árboles. O atando una cuerda entre los árboles, cubriéndola con la lona y anclando tu tienda de campaña con piedras. O encontrando un árbol caído, apoyando ramas contra él y cubriéndolo con la lona. O construyendo una estructura en forma de A con ramas y lanzando la lona.

¿Dos lonas? Usa una para el suelo. Si no hay lonas en la arena, habrá tributos muy decepcionados.

Otros consejos incluyen usar su arma, preferiblemente un hacha o un cuchillo, para cortar maleza y ramas, y encontrar una superficie plana para construir de modo que si llueve, el agua de escorrentía no lo empape.

Se supone que trabajamos solos, así que cada uno toma una lona y nos ponemos manos a la obra. Media docena de postes verticales y una gruesa columna en el suelo hacen las veces de árboles. Armo una tienda de campaña atando una cuerda entre troncos y colocando una lona encima, mientras observo en silencio al Distrito 9. Sus rostros aún se recuperan de la última quemadura solar de casa. Sus manos callosas y hábiles. Sus brazos delgados y musculosos. Su silenciosa eficiencia. Incluso sin la orden de Beetee, veo que serían buenos aliados.

Justo cuando me estoy uniendo a un par de ellos en la pila de rocas, ¿quién se acerca tranquilamente? Pero Panache. Está muy engreído, agarra una lona y unos palos —como si hubiera estado en la clase— y se apodera del bosque falso. La instructora frunce el ceño, porque automáticamente también lo odia, y puedo sentir cómo el Distrito 9 se transforma, así que no lo ven directamente.

Lo ignoro, llevo mis piedras a mi sitio y empiezo a fijar los bordes de la lona al suelo. Panache señala al más grande del 9, ya que, por supuesto, cree que será su líder, y lo acorrala contra el tronco caído. "Hemos estado pensando en dejarlos unirse a la manada de los Profesionales".

El rostro del chico no muestra emoción alguna. "No."

No es un “No, gracias” ni un “No por ahora, pero lo hablaremos”. Solo un plano, “No” rotundo. Luego vuelve a colocar ramas contra el tronco.

Esto no le cae bien a Panache, que claramente cree que le han ofrecido... La luna. "¿No?" Da un paso amenazador hacia el tipo, entonces ve a un agente de la paz, con la mano en su taser, y se detiene. "¿Qué miras?", le pregunta a la niña más pequeña del 9, que no lo mira, solo está haciendo una cama con agujas de pino. Ella se niega a mirarlo a los ojos, lo que lo saca de quicio. Él espeta: "Bien. ¡Entonces te mataremos primero!". Avanzando, arranca su girasol de su trenza de hierba y lo lanza al suelo. La ficha se rompe en una docena de pedazos. Panache se lanza contra la multitud antes de que el agente de la paz pueda responder.

Un pequeño grito de dolor escapa de los labios de la niña mientras se agacha sobre los pedazos. El girasol importaba, creo, incluso más que ser su último puñado de hogar. Apuesto a que alguien cercano lo hizo. ¿Su mamá o papá? ¿Su hermana o hermano? Alguien a quien ama. Lo hicieron para protegerla y recordarle...

Qué preciada es, para darle algo a lo que aferrarse al final, si ocurriera lo impensable y su nombre fuera mencionado en la cosecha. Y ahora son trozos de masa de harina salada salpicados de pintura amarilla. Los demás tributos de 9 la rodean, observando los escombros mientras lágrimas silenciosas resbalan por sus mejillas.

No sé qué hacer. Ojalá pudiera consolar a la niña, pero ni siquiera sé su nombre. Y apenas puedo moverme ahora, aunque Beetee dice que 9 es esencial. Me estoy devanando los sesos cuando de repente aparece Maysilee, arrodillada frente a la niña, mezclando una sustancia pegajosa blanca en una hoja con una ramita. No pide permiso, simplemente acomoda con cuidado los pedazos rotos dejándolos en su forma original, luego empieza a untar la sustancia pegajosa en los bordes y a pegar el girasol de nuevo. Y 9 se queda ahí parada, sin palabras, dejándola actuar.

Veo un trocito amarillo junto a mi bota y lo recupero, luego cruzo la calle para añadirlo al rompecabezas del girasol. Me agacho junto a Maysilee y le pregunto: "¿Qué es eso?".

Es pegamento. Lo hice con harina, agua y sal del puesto de comida.
—Es lo mejor que pude hacer —se dirige a la chica—. Después de que esté reparado, tendrás que tener mucho cuidado, ya que no pude calentarlo. Quizás tu mentor pueda encontrarte un buen pegamento en los aposentos, pero por ahora esto debería aguantar.

La niña se seca las lágrimas y asiente. Dada la falta de comunicación, lo interpreto como una oportunidad. "¿Es un girasol?". Asiente de nuevo. "Me encantan. Mi madre intenta cultivarlos en el jardín todos los años. Supongo que los tuyos son mejores, con todo el sol que tienes en Nueve".

Hay una pausa lo suficientemente larga como para hacerme pensar que he fracasado, cuando ella ofrece en voz baja: "Tenemos grandes campos de ellos".

"¿Sí? Seguro que es una bonita vista". Me quedo un minuto como si estuviera contemplando Eso. "¿Mi novia de casa? Canta una canción sobre girasoles. Una canción antigua". Como los cuatro tributos parecen interesados, lo intento, aunque es un poco raro.

¡Ah, Girasol!, cansado del tiempo, que
cuentas los pasos del Sol, buscando ese
dulce clima dorado donde el viaje del viajero
concluye.

Bueno, quizá demasiado raro. Maysilee tiene los labios apretados, como si intentara no reírse. El resto del grupo no dice nada. Ampert tiene razón, estos Niners no son muy habladores. Continúo. "Bueno, suena mejor cuando ella lo canta". La chica se ríe un poco, pero no con mala intención. "Yo soy Haymitch, por cierto. Y ella es Maysilee".

—Kerna. Estás con Ampert.

"Oh, sí", digo, como si fuera lo último que me pasara por la cabeza. "Un Un grupo de nosotros formamos equipo. Nos llamamos los Recién Llegados. No les vuelvo a invitar. Que vengan a nosotros.

"Él también nos lo pidió", dice Kerna. "Les dijimos que no queríamos".

“Al principio dije lo mismo, luego pensé: muchas manos hacen el trabajo más liviano”. Bueno, gracias por ese aforismo hogareño, abuela. Me preocupa que suene idiota dadas las circunstancias, pero todos lo piensan.

"Listo", dice Maysilee, colocando la última pieza en su lugar. Se ve bien. Nuevo. Vuelve a anudar la trenza de hierba y la coloca con cuidado alrededor del cuello de Kerna. "Recuerda, a ver si pueden conseguirte pegamento de verdad en el apartamento para reforzarlo".

“Gracias, Maysilee”, dice Kerna.

El instructor nos dice que tenemos que hacer espacio para un nuevo grupo. De todas formas, se nos está acabando la conversación. Sé que si lo están reconsiderando, tendrán que hablarlo antes de aceptar.

Maysilee y yo nos unimos al Distrito 11 en el puesto de nudos, donde me debato con mi nudo llano mientras ella replica todo lo que le enseñan a la primera, incluso las trampas. "Ahora solo estás presumiendo", le digo.

Pone los ojos en blanco. "Sí, seguro que los profesionales tiemblan de miedo con mi ballestrinque. Vamos a lanzar hachas".

A la hora del almuerzo, sin decir ni una palabra más, los cuatro pollitos del Distrito 9 se sientan entre nosotros. Ampert también ha traído a 11. Ya somos ocho distritos fuertes. Al fondo de las gradas, el Distrito 5, vestido de naranja, se ha aliado con los Profesionales. La línea está trazada. Tienen más luchadores entrenados, pero los superamos en número dos a uno. Wyatt apenas puede contenerse mientras calcula las probabilidades. Los Vigilantes están entusiasmados con este nuevo acontecimiento, señalándonos, en plena conferencia, considerando las alianzas duales en los Juegos.

Cuando terminamos nuestros sándwiches, el Distrito 12 se reúne en la sección de comestibles, que parece estar repleta de hongos venenosos. Lou Lou se los mete en la boca una y otra vez, desconcertando al entrenador.

"No sé qué hará en su sesión privada con los Vigilantes", dice Wyatt. "Pero supongo que no esperarán gran cosa. Yo tampoco estoy seguro de lo que haré".

"Eres un experto en los Juegos, con tus cálculos de probabilidades y todo eso. Podrías hablar de eso —sugiere Maysilee—. Es más impresionante que todo lo que tengo.

"Deberías enseñarles todo lo que se puede hacer con un trozo de cuerda", le digo. "Lo subestimas porque es fácil para ti, pero a mí me parece bastante impresionante".

—Mmm, es una idea. Al menos me haría único. ¿Qué vas a hacer, Haymitch? ¿Lanzar cuchillos?

—Podría, supongo. O hachas.

Todos regresan a sus respectivos vestuarios mientras los Vigilantes comienzan las sesiones privadas. Esta será nuestra última oportunidad de influir en la calificación que nos dan para el público general. Una gran presencia de Agentes de la Paz monitorea la tensión entre los Profesionales y los Recién Llegados, pero debo decir que me siento mucho más seguro con mi alianza que en la ducha.

Por suerte me toca ir último, porque no tengo ni idea de cómo lidiar con los Vigilantes. Seguro que tienen imágenes de lo que pasó en la cosecha. Yo "atacando" al Pacificador y siendo castigado con un viaje a los Juegos. Y presenciaron en directo mi acto subversivo en la ceremonia inaugural. No sé si saben del ultimátum del presidente Snow en la biblioteca de Plutarch. He evitado pensar en ese encuentro y en cómo me amenazó con una muerte lenta y agonizante para que mis seres queridos la presenciaran en la inauguración de los Juegos. No pienso hacer nada más para desafiarlo antes de que comiencen los Juegos, ahora que formo parte del complot para desmantelar la máquina, y solo puedo esperar que eso me mantenga con vida lo suficiente para llevar a cabo mi parte del plan.

Entonces, ¿qué puedo mostrarles a los Vigilantes para asegurarles que ahora soy inofensivo para el Capitolio? Un cambio drástico a ser un tributo obediente será difícil de convencer. Otro problema es Lou Lou. Deben saber que sé que es una impostora. Sobre todo porque Louella me importaba lo suficiente como para llevar su cuerpo sin vida al presidente.

Tal vez ella sea la clave. Tal vez pueda decir que Louella fue lo único que... Me preocupé por proteger en los Juegos y ahora estoy solo por mí mismo... que estoy usando la alianza para un propósito y solo un propósito... que estoy

Decidido a ganar estos Juegos y volver con la chica por la que lo arriesgué todo y la familia de la que me despedí con tanta emoción. Los convenceré de que quiero ser el primer tributo de 12 en vivir en la Aldea de los Vencedores. Solo soy un chico punk que intentó escapar de los Agentes de la Paz, se enfrentó a Snow y escupió al público por si acaso. Un tipo que solo piensa en sí mismo. Esta es la única forma en que podría venderme a los Vigilantes sin despertar sospechas sobre mis mayores ambiciones. Presentarme como un alborotador egoísta, decidido a volver a casa y vivir su vida como un vencedor rico y famoso.

El gimnasio está desierto cuando salgo; mis pasos resuenan en las paredes, salvo por las ordenadas filas de Vigilantes en sus gradas. La Vigilante Principal, Faustina Gripper, una mujer bajita y robusta con rizos cortos de color plata y oro metálico, se distingue por el cuello de piel púrpura de su túnica blanca como la nieve. Me evalúa y luego me ordena: «Háblanos de ti».

Ladeo la cabeza, la miro fijamente a los ojos y le digo: «Soy Haymitch Abernathy, del Distrito Doce. No debería estar aquí. Me segaron ilegalmente, pero a nadie le importa. Mi vecina, Louella McCoy, era la única persona aquí que me importaba, pero la mataste y trajiste a una doble. Así que, en cierto modo, eso me da la libertad de ganar estos Juegos».

"¿Y qué te hace pensar que puedes hacer eso? No nos hemos dado cuenta de eso. “Tienes alguna habilidad excepcional”, dice el Jefe Vigilante.

"¿En serio?", sonrío con suficiencia. "Porque desde mi punto de vista, parece que he reunido a treinta y una personas que prometieron defenderme. Pero quizá esa estrategia sea demasiado sutil para ti".

Aprieta la boca. "¿Y estás dispuesta a dejarlos morir?"

—¿Por qué no, señora? Sí que lo es.

Me descartan. Espero haber sido antipático, pero me concentré en ganar los Juegos. Si logro una puntuación media, quizás aún pueda conseguir algunos patrocinadores.

Al salir, los agentes de la paz recogen mi ficha para inspeccionarla. Paso los dedos por la inscripción y presiono mis labios contra el pájaro antes de colocarlo en una pequeña cesta marcada con mi nombre. Me mata tener que dejarlo ir, sabiendo que podrían etiquetarlo como injusto y deshacerse de él. Y además de la angustia, perderlo significa que tendré que encontrar otra manera de encender fuego para llevar a cabo el plan de Beetee. Por otro lado, es el Capitolio, y

Quizás solo vean un bonito collar. De cualquier manera, mi cuello se siente desnudo sin él.

Ninguno de nosotros habló mucho durante el viaje en furgoneta a casa. Después de cenar pollo asado y puré de papas, nos reunimos alrededor del televisor en la sala para un anuncio especial de nuestras puntuaciones individuales. En una escala del uno al doce, los Profesionales suelen estar entre el ocho y el once. Con la excepción del Distrito 11, que aporta un número similar, los Recién Llegados suelen obtener entre el cuatro y el siete. Nos anuncian últimos. Maysilee y Wyatt obtienen un seis cada uno, Lou Lou un tres.

¿Y yo? Me llevo uno.



No recuerdo que nadie haya conseguido un uno antes. Nunca. De hecho, me cuesta recordar un dos. Incluso los tres son raros y se reservan para tiros muy largos como Lou Lou. ¿Cómo interpretará esto el público? ¿Que soy débil? ¿Que no tengo amigos? ¿Que soy un cobarde? Lo mires como lo mires, no conseguiré patrocinadores. Voy a estar completamente solo en la arena en cuanto a suministros.

“Debes haber llegado hasta ellos”, dice Maysilee con satisfacción. Entre la cosecha, Louella y los escupitajos a la multitud, captaste su atención.

—Bueno, esa es una interpretación alegre —respondo.

“Quizás tenga razón”, dice Mags. “Como mínimo, es distintivo. La gente estará comentando sobre ello. Con cuarenta y ocho tributos, el simple hecho de ser reconocido es un plus.

Wyatt niega con la cabeza. "Ni siquiera sé cómo calcular eso para tus probabilidades. ¿Qué hiciste?"

Buena pregunta. "Supongo... no con tantas palabras, pero..." “Los acusé de asesinarnos”.

—¡Sí! —dice Lou Lou, con la mirada clavada en mí. Luego hace una mueca. Y le acaricia la oreja. Se oye un tono débil pero penetrante que debe ser ensordecedor en su cabeza. Cuando se calma, las lágrimas brotan de sus ojos y jadea. Wyatt se presiona un dedo contra los labios y luego la abraza con fuerza.

Vuelvo a la primera guardia antes de acostarme, con la mente llena de estrategia. Los Vigilantes, sin duda bajo la dirección de Snow, me han convertido en un ejemplo, y ese disgusto podría seguirme hasta la arena. Puede que me haya condenado a una muerte sangrienta al principio. Busco consuelo en mi percutor de pedernal, pero solo encuentro piel desnuda. Ni siquiera pudieron dejarme esa última muestra del amor de Lenore Dove. ¿Qué pensó cuando anunciaron mi puntuación esta noche? Como no pudo presenciar toda mi imprudencia, probablemente se culpa a sí misma de que me hayan llamado la atención en la cosecha. Pero ¿cómo sabrá que solo fue una pequeña gota en mi mar de errores?

Siento que ahora represento un gran riesgo para el plan de desmantelar la arena, pero estoy seguro de que Beetee ya lo ha descubierto. Me quedo despierto durante tres guardias, pensando que podría volver a visitarme. Finalmente, mis párpados se vuelven tan pesados que despierto a Wyatt para que tome el control.

Nuestros mentores nos dejaron dormir hasta tarde, y me siento mejor cuando encuentro mi preciado collar esperándome en la mesa de la cocina. Nuestras cuatro fichas se han recogido, y las tomamos con ansias.

"¿Puedo ver el tuyo ya? ¿Ya que está apagado?", me pregunta Maysilee.

¿Qué puedo decir? ¿No, porque mi novia te odia? Se supone que ahora debemos actuar como aliados, y supongo que Lenore Dove nunca lo sabrá, así que le entrego mi ficha.

Maysilee lo estudia meticulosamente, revisando cada fragmento del grabado y leyendo la inscripción, que no escapa a su atención como sí pasó a la mía.
"Bueno, los Covey tienen buen ojo para la belleza, eso es seguro".

—Escuché que tienes uno de los pines de Tam Amber —le digo.

Arruga la nariz. "Ah, eso. Está bien hecho, pero no me importa mucho".
para los sinsajos. Hay algo antinatural en un pájaro mestizo.

Nunca lo había pensado así. «Algunos creen que eso es una victoria en sí mismo. La forma en que escaparon del Capitolio y sobrevivieron».

"¿De verdad?", dice Maysilee. "Bueno, si escapo del Capitolio y sobrevivo,
Tal vez le daré una segunda oportunidad a ese pin”.

"Si no lo haces, estoy segura de que Lenore Dove estará encantada de quitártelo de encima", le digo.

—Lenore Dove... —Maysilee me dedica una sonrisa cómplice—. No le gusto, tu novia. Y no es por ningún motivo.

“¿Crees que eres tan malo?”, pregunto inocentemente.

Maysilee se ríe. «En parte, quizá. Pero sobre todo porque conozco su secreto y odia estar a mi merced».

¿Su secreto? "¿Qué significa eso?"

"¿Significa que por qué tiene las uñas pintadas de naranja cuando aparece a tocar en la fiesta de cumpleaños del alcalde?" Me devuelve la ficha. "Pregúntaselo cuando llegues a casa".

Miro el collar confundida. Hay naranja en algunas plumas. Probablemente solo estaba ayudando a Tam Amber. O quizá intentó pintarlas para que combinaran con su lápiz labial. Supongo que Maysilee bromeó sobre las uñas feas de Lenore Dove. ¿Pero por qué es un secreto que la pondría a merced de Maysilee? El esmalte de uñas es caro. ¿Está Maysilee insinuando que Lenore Dove lo robó?

“Dimelo ahora”, le digo.

—Te lo dije, es un secreto. Esos deben ser respetados. —Maysilee ordena cuidadosamente sus collares —al parecer, los Vigilantes consideraban su colección como un objeto único— y cuelga las flores moradas y amarillas alrededor del cuello de Lou Lou—. A menos, claro, que tengas una para intercambiar. Entonces tendríamos algo de qué hablar.

"Cosas de chicas", comenta Wyatt mientras se pone su ficha. "Nunca tienen sentido".

—Dijiste un bocado —coincido. La moneda que Maysilee tejió en el cordón de Wyatt me distrae. La diseñó para que sea fácil meterla y sacarla del tejido porque pasarla entre sus dedos ayuda a Wyatt a pensar.

Oye, ¿de qué está hecha esa moneda? ¿De níquel? —pregunto.

“Zinc, creo”, dice Wyatt.

—Batería de patata —le recuerdo—. Cuidado con el cobre.

Maysilee saca el medallón de flores del expositor que lleva en el cuello. "Ya estoy en ello."

—Claro que sí, señorita Donner —digo—. Si los Vigilantes los limpiaron, quizá esperan que los use.

En ese momento, Drusilla aparece y nos llama a la sala de estar para que ella... Puede ayudarnos con la preparación de la entrevista. Tras los fiascos de la cosecha y los carros, está pasando apuros. Nuestros números de entrenamiento tampoco la favorecen. Este es su último gran evento para el Vasallaje y necesita que salga bien.

Oigan, siempre hay idiotas compasivos que les envían provisiones a perdedores como ustedes, si encuentran la manera de conectar con ustedes. El único conocido ahora mismo es Haymitch, porque la gente intenta averiguar por qué su puntuación es tan pésima. También llamó la atención por su pésimo comportamiento con el público del desfile. Pero los demás son prácticamente inexistentes. Esta entrevista será su última oportunidad de causar una buena impresión antes de que comiencen los Juegos. Cualquier cosa que los haga destacar es un punto a favor. Hagan que me acuerde de ustedes. Entonces, ¿quiénes son? ¿Por qué querría apostar por ustedes? ¿Qué venden?

Con una audiencia de Drusilla, Mags, Wiress y nosotros mismos, aclaramos una Espacio e intenta simular nuestras próximas entrevistas. Drusilla interpreta a Caesar Flickerman, el presentador del evento, con su charlatanería. Pierde la paciencia con Lou Lou casi al instante, ya que la niña no puede hacer mucho más que repetir: «Me llamo Louella McCoy. Soy del Distrito Doce».

"Eso es horrible", dice Drusilla. "Flickerman te va a comer vivo. ¿Qué te pasa? ¡Reacciona!". Sacudió a Lou Lou por los hombros.

El contacto despierta algo en Lou Lou, quien empieza a gritar: "¡Nos están asesinando! ¡Nos están asesinando!".

Drusilla jadea y levanta la mano para abofetear a Lou Lou, pero el resto de nosotros intervenimos y Mags lleva a Lou Lou al dormitorio.

—Esa no es Louella McCoy —le dice Maysilee a Drusilla—. Está muerta. Esa es una doble. Una niñita a la que el Capitolio torturó hasta que ni siquiera recuerda su verdadero nombre. Pero hasta ella ve lo obvio. Nos estás asesinando.

Drusilla busca refuerzos, pero los Agentes de la Paz siguen abajo y Wiress no da ninguno. Así que solo quedamos ella y nosotros, los cerditos del distrito, incluyendo a Maysilee, quien responde con un golpe. Se recompone. "Eso no es mi departamento. Tus entrevistas sí". Señala a Wyatt. "Te toca".

Después de intercambiar palabras amables, ella le pregunta a Wyatt qué lo hace especial.

“Soy un corredor de apuestas”, dice sin dudarlo.

¿Un apostador? ¿Qué es eso?

"Establecí las probabilidades para los eventos de apuestas en el Doce. Doy probabilidades en ¿Quién ganará los Juegos del Hambre?

“¿En serio?” pregunta Drusilla escépticamente.

"Sí."

“Entonces, ¿a quién recomiendas que apueste nuestra audiencia?”

Wyatt respira hondo y recita sus proyecciones. "Bueno, es tentador ir a por lo más fácil. Las probabilidades siempre son buenas para la mayoría de los Profesionales. Como Panache del Distrito Uno, el tributo más grande, entrenado y con la puntuación más alta, le daría una probabilidad de once a cinco, lo que significa que tiene un treinta y uno coma dos cinco por ciento de posibilidades de ganar. O Maritte del Distrito Cuatro, obviamente es una contendiente, con su físico y un once de los Vigilantes, probablemente un indicio de que es excepcional con un tridente.

Yo diría seis a uno, o un catorce punto dos nueve por ciento".

—Mmm. Matemáticas sofisticadas, pero nada nuevo —dice Drusilla. "Todo el mundo sabe que las Carreras son una buena apuesta".

"Obviamente", responde Wyatt. "Pero ¿qué ha hecho de estos Juegos una novedad? Es que los cuarenta y ocho tributos se han unido en alianzas antes del comienzo. Nunca había sucedido algo así. Los Profesionales son poderosos, sí, pero los Recién Llegados los superan en número dos a uno. Si tuviera que apostar, claro, me fijaría en los Profesionales, pero si las alianzas realmente se mantienen, si los tributos se defienden a muerte, cualquiera tiene una oportunidad. Y si no temes arriesgarte, es mejor invertir en un Recién Llegado menos conocido, porque las probabilidades no están a su favor, así que al final te saldrá más rentable.

"Dame un nombre", dice Drusilla.

"Haymitch Abernathy", dice Wyatt.

"Marcó un uno."

"Exactamente. Sin discapacidades aparentes. Está en buena forma física y su "Su comportamiento sugiere una audacia que perturba a los Vigilantes".

Desconcertado, interrumpo: "No tienes que hacer eso, Wyatt".

—No estoy haciendo nada, Haymitch. Esta es mi evaluación honesta de tus posibilidades. Maysilee tampoco es una mala apuesta.

"¿Y tú qué?", pregunta Drusilla.

"Oh, yo no apostaría por mí", admite Wyatt. "Simplemente..."

—¡No! —interrumpe Wiress—. No te subestimes, Wyatt. Ningún otro... El tributo puede hacer lo que tú acabas de hacer. Destaca la importancia de la inteligencia. Hazme referencia. Digamos que Wiress ganó los Juegos el año pasado sin derramar una gota de sangre. El cerebro importa.

Wyatt lo piensa un momento y luego se vuelve hacia Drusilla. "La cuestión es la siguiente. En cualquier momento de los Juegos del Hambre, sabré las probabilidades de todos, cómo se comparan entre sí y qué probabilidades hay de que...

Recibir regalos. Debería evitar que cometa muchos errores estúpidos. Esa es mi ventaja. Depende de ti si eres lo suficientemente inteligente como para verlo.

"Bien", dice Wiress. "Sí. Posiciónate como la opción inteligente para los apostadores. Quienes se enorgullecen de ser inteligentes responderán a eso".

Cuando es el turno de Maysilee, ella y Drusilla se miran fijamente, pero se abstienen de intercambiar golpes.

—Entonces, señorita Donner, ¿qué opina del Capitolio?

"No puedo creer que la gente con tanto dinero tenga tan mal gusto. ¿Aquí estás con montañas de dinero, y aquí es donde terminaste?" Le echa un vistazo al atuendo de Drusilla —un mono de rayas rojas y blancas con un gorro a juego—. "Pareces recién salida del mostrador de dulces de casa. Eres una pesadilla de menta".

Drusilla se lleva la mano al cuello. «No vas a hacerte amiga de nadie con este enfoque, pequeña arpía».

¿Quién dijo que quería amigos? Estoy aquí para que la gente me recuerde, ¿Recuerdas? No eres solo tú, son todos los que vi en la carroza. Colores chillones, líneas poco favorecedoras. Y hay algunas elecciones de moda de las que se van a arrepentir. No entiendo por qué querrías parecerte a un animal de granja, pero espero que esos cuernos de cabra sean extraíbles. ¿Y a la mujer con diamantes implantados en los dientes? La gente envejece, no hay que avergonzarse, pero creo que esas piedras van a hacer que comer sea un suplicio cuando se le retraigan las encías.

—Entonces, ¿deberíamos emular qué? ¿El Distrito Doce? —balbucea Drusilla.

¡Cielos, no! Difícilmente se puede esperar que la gente sin un centavo se vista bien. Aunque no hay un solo minero en Doce que no tenga mejor físico que la gente que vi en esa multitud. Ni todas las cirugías del mundo cambiarán eso.

"Qué -?"

Y todo el dinero del mundo no comprará el buen gusto. Claramente. Algunos "La gente de Doce tiene mucho más de lo que estoy presenciando aquí".

"¿Has terminado?" dice Drusilla.

"La verdad es que apenas he calentado."

"Sentarse."

Wiress concluye: "Es una estrategia arriesgada, pero sí, te recordarán".

Mags regresa con un pañuelo manchado de sangre. «Se ha quedado dormida. No sé qué le tienen en la oreja, pero está empezando a sangrar».

Drusilla la despide con un gesto. "Otra vez, no es mi departamento. Te toca a ti, Abernanny. Así que Doce tiene un lunático, una computadora y una arpía. ¿Qué eres tú?"

—Malas noticias, al parecer —digo—. Si no, ¿cómo conseguí uno en el entrenamiento?

Mags me entrena. "Sí, eso es bueno, resáltalo inmediatamente. Propio él."

—Bueno, ¿cómo lo hiciste? —pregunta Drusilla.

Me lo gané. No les caigo bien a los Vigilantes. Probablemente empezó cuando me metí con un Agente de la Paz durante la cosecha.

—¡No puedes decir eso! —protesta Drusilla—. ¡Arruinarás el brillante trabajo que hice encubriendo el motín!

¿Qué disturbio? Woodbine huyó y tu gente le disparó.

¡Reconozco un alboroto cuando lo veo! No importa. Está prohibido. De todas formas, no te hará ganar puntos con el público. Responderán a un chico malo, no a un rebelde. Hay que ser travieso, no peligroso. Por ejemplo, el invierno pasado, una universitaria tiñó todas las fuentes de rosa cuando hubo escasez de crema facial. ¡Qué atrevido! ¡A todos les encantó!

Siento que en realidad intenta ayudar, pero... "Sí, vale. Pero voy a Los Juegos del Hambre. No creo que una declaración sobre crema facial sea suficiente. ¿Puedo hablar de escupirle a la multitud?"

¡Para nada! ¿Qué hará la gente con eso?

“Bueno, si no puedo cosechar ni escupir, ¿de qué se supone que debo hablar?”

Drusilla piensa un momento. "Debes ser misterioso. Alude a radical Comportamiento sin ser específico. Quienes presenciaron la ceremonia de apertura ya estaban cotilleando. Que el público use su imaginación.

“Travieso, no peligroso”, repito.

—Eso es. Sé un pillo. Un pillo encantador y travieso.

Una granuja. Así llamaba Mamá a una ardilla que se colaba en el porche para robarle las nueces que estaba pelando. Justo delante de sus narices. Atrevida como un tronco, pero también graciosa. "Bueno, puedo intentarlo".

Pero no tengo oportunidad, porque en ese mismo momento Proserpina y Vito irrumpen en el apartamento en un estado de agitación.

"Soy Magno. Fuimos a su apartamento a ver el vestuario para la entrevista. “Así podremos planificar el maquillaje y el peinado de esta noche”, comienza Proserpina.

"Se nos permite hacerlo. De hecho, es obligatorio en nuestro programa de estudios. Así que... “No es que estemos haciendo de las suyas ni nada por el estilo”, interviene Vitus.

“Y la puerta de su apartamento estaba abierta de par en par y él se tambaleaba, estaba enfermo...”

“Está vomitando por todas partes y hablando como un loco y—”

"¡Creemos que los rumores sobre el veneno de sapo podrían ser ciertos!" Proserpina se tapa la boca con las manos como si hubiera dejado salir a un gato monstruoso de la bolsa.

"¿Rumores?", despotrica Drusilla. "Ese hombre ha estado lamiendo sapos desde la guerra. No puedo creer que incluso él se arriesgara durante los Juegos. ¡Oh, qué digo! ¡Claro que puedo! ¡Aunque solo sea para terminar mi carrera!"

“¿Por qué lamería sapos?”, pregunta Wyatt.

¡Porque es un monstruo reptil! Y hará lo que sea para acabar conmigo.

"Dicen que algunos tipos te hacen alucinar o algo así. Si no te matan", explica Vitus. "Hay gente que lo hace por diversión, pero qué asco".

“¡Voy a presentar una queja formal ante los Vigilantes!” Drusilla agarra su bolso y sale furiosa, poniendo fin de manera efectiva a mi práctica de entrevista.

“¿Tendrán ustedes dos alguna prenda negra que puedan usar?” Wiress pregunta a nuestro equipo de preparación.

"¿Nosotros?", pregunta Vitus con incredulidad. "¡No vestimos de negro!"

"¡Es demasiado deprimente!" Proserpina rompe a llorar, sus mechones de pelo magenta se mecen al viento. "Necesito llamar a mi hermana". Se deja caer en una silla junto a una mesa con un teléfono naranja quemado, pulsa unos botones y empieza a gemir en el auricular: "¡Voy a suspender! ¡Voy a suspender!"

Mags nos reúne al resto de nosotros, incluido Vitus, en la cocina para comer tazones de helado de fresa.

Después de unos minutos, Proserpina se une a nosotros. "Mi hermana dice que no es culpa nuestra y que simplemente nos preparemos lo mejor posible". Sorbe una cucharada grande de helado, mientras un último hilo de lágrimas resbala por sus mejillas sonrojadas. "Dice que si intentan suspendernos, podemos apelar a la Junta Universitaria. Mi hermana conoce a todos en la Junta Universitaria porque antes era la planificadora social estudiantil y tenía que conseguir que todo fuera aprobado".

“Su hermana es increíble”, dice Vitus.

"Sí que lo es", dice Proserpina. "Fue presidenta de las Secciones de las Cohortes del Capitolio. Y básicamente creó las Saturnales de Primavera en su primer año".

"Es la mejor fiesta del año", nos dice Vitus. "Mucho mejor que esa vieja y trillada aventura".

—Mucho mejor —repite Proserpina—. En fin, cree que vamos a estar bien. Como dice ella, una actitud positiva es el noventa y siete por ciento de la batalla.

Es tan asombrosamente egocéntrico, frente a nuestra inminente muertes, que ni siquiera sé cómo responder.

Maysilee, por otro lado, no se inmuta. "Intentaré tenerlo en cuenta en la arena. ¿Más helado?"

Mags me llama la atención, su sonrisa apenas puede ser reprimida.

Proserpina simplemente extiende su tazón, ajena a todo. "De verdad creo que te ayudará".

Llegan los equipos de preparación de Maysilee, Lou Lou y Wyatt y nos turnamos. En los baños y dormitorios, mientras me acicalan. Intento negociar unos minutos extra flotando en la bañera para ver si puedo parecer un pillo, pero solo pienso en robar nueces. Tengo el mal presentimiento de que voy a parecer molesto.

Ya que no están tratando de contrarrestar los insecticidas del gimnasio. En la ducha, los equipos de preparación obtienen mejores resultados con menos esfuerzo, pero no pueden compensar nuestra ropa. Nos dieron algunos cambios de calcetines y ropa interior, pero aparte de eso, llevamos tres días seguidos con la ropa de entrenamiento puesta. La de Lou Lou está arrugadísima por haber dormido la siesta con ella puesta; Wyatt derramó puré de papas sobre la suya y al rasparla se veía aún peor; y tengo un desgarro en el hombro de cuando Panache me atacó. Incluso Maysilee, que parece la menos arrugada, tiene una mancha de su pegamento casero por trabajar con fichas. Además, la tela barata retiene el olor a sudor de miedo que hemos estado emitiendo, y eso es desmoralizante aunque las cámaras no lo detecten.

Intento mantener una actitud positiva, ya que eso representa el noventa y siete por ciento de la batalla, recordándome que al menos tenemos ropa negra que nos queda bien y tenemos nuestras fichas. Pero la verdad es innegable. Parecemos lo que somos: descuidados, inútiles, inútiles, improbables, del Distrito 12. ¿Quién va a patrocinar eso?

Además de esto, tenemos ocho miembros del equipo de preparación, la mitad de ellos en Lágrimas, totalmente preocupada por cómo esto afectará sus calificaciones y, en consecuencia, sus futuras perspectivas laborales. Drusilla regresa, enfadada porque no pudo presentar una queja hasta después de los Juegos. Como último recurso, fue a ver si podía despertar a Magno, pero no abrió la puerta y cree que podría estar muerto, que es lo único que la mantiene en pie.

Excepto tal vez esa botella de ron de un cuarto de galón que está bebiendo en la cocina. Wiress y Mags intentan centrar nuestras mentes en las entrevistas, pero el alboroto general lo hace imposible.

El ruido ahoga el sonido del ascensor que llega, por lo que parece...

Aparece de la nada. Una joven de cabello lavanda, un vestido color uva y medias verdes a cuadros. Con cuatro sombreros negros apilados sobre la cabeza y bolsas de ropa sobre los brazos, empuja un carrito de zapatos de punta hasta el centro de la sala y anuncia: "¿Quién está listo para un gran, gran, gran día?".



—¡Effie! —grita Proserpina, arrojándose a los brazos del recién llegado.

Effie le da una palmadita en la espalda. "Bueno, no voy a dejar que mi hermanita, o ¡Sus amigos! — ¡fracasaron porque algún holgazán no hizo su trabajo!

Todos los equipos de preparación estallan en vítores o lágrimas o ambas cosas mientras se agolpan. A su alrededor. Acepta la adulación, pero luego se pone seria. «Escuchen, todos. Aquí está sucediendo algo más grande que ustedes y yo. Como todos sabemos, los Juegos del Hambre son una ceremonia sagrada de conmemoración de los Días Oscuros. Mucha gente perdió la vida para garantizar la paz y la prosperidad de nuestra nación. Y esta es nuestra oportunidad —no, es nuestro deber— de honrarlos».

Bueno, se ha tragado el anzuelo de la propaganda del Capitolio y se ha llevado la cuerda y el plomo, pero al menos nos ha traído un buen calzado. Empieza a abrir las cremalleras de las bolsas. "Cuando llamaste, Prosie, al principio no sabía qué hacer, y luego pensé: ¡Tía abuela Mesalina!"

—¡Tía abuela Mesalina! —exclama Proserpina—. ¡Nunca tira nada!

“Mucho es muy antiguo, pero por suerte todos los estilos de la época de la guerra han vuelto a estar de moda”, explica Effie. Levanta un vestido negro de encaje con guantes a juego. “Y hay muchísimo negro porque hubo muchísimos funerales”.

—¡Eres brillante, Effie, Trinket! —balbucea Vitus.

“Confieso que tuve un momento”, dice Effie. “No se preocupen, chicos, El tío abuelo Silius tampoco se quedaba atrás en cuanto a hilos se refiere.

Ciertamente no lo era, y mejor aún, parecía tener más o menos la misma talla que Wyatt y yo, con algunos ajustes. Buscamos un esmoquin para Wyatt y un traje de tres piezas con un chaleco elegante bordado con copas de cóctel para mí. Justo lo que necesitaba un granuja. O un contrabandista. Para cuando le puse unos zapatos amplios de charol y gemelos de ocho bolas a mi camisa de seda blanca, me veía impecable.

“La ropa hace al hombre”, dice Effie con satisfacción, dándome una Una palmadita de aprobación en el hombro. Al menos las Baratijas no son malas, solo despistadas, lo que supone una gran mejora respecto a Drusilla y Magno. Las chicas también están sensacionales, con Lou Lou con el vestido negro de encaje, hábilmente recogido para que le quede bien, y Maysilee con un vestido de terciopelo con hombros descubiertos, una boa y guantes negros de encaje. Sé que nos están preparando para la masacre, pero al menos ahora podríamos tener patrocinadores.

¿Quién iba a creer que eran del Distrito Doce? Fue muy agradable. de tu tía abuela para que te preste todo”, dice Vitus.

—Bueno, nos debe una después de toda la deshonra que le causó a Trinket. Nos tardaremos años en recuperarnos —dice Effie, frunciendo el ceño—. Si solo la mitad de las historias son ciertas...

Vitus la abraza para consolarla y dice: «No se elige a los antepasados». Luego, su voz se reduce a un susurro avergonzado. «Mi abuelo era simpatizante de los rebeldes».

—Ganaste —concede Effie—. ¡Pero mírate ahora!

Cuando Drusilla sale de la cocina, se queda mirando nuestra ropa. "¿Qué ha pasado aquí?"

—¡Mi hermana! —sonríe Proserpina, empujando a Effie hacia adelante.

“Oh, fue un privilegio vestirlos para Panem”, dice Effie con modestia.

El rostro de Drusilla se transforma en una serie de expresiones: confusión, alivio, admiración, y finalmente la amargura triunfa. "Esto no se le puede atribuir a Magno. Tú." Agarra a Effie del brazo. "Vienes con nosotros, y les digo a todos que eres responsable."

“Pero… ni siquiera tengo un pase para backstage”, objeta Effie.

—Eso al menos lo puedo remediar. —Drusilla nos hace un gesto para que nos dirijamos hacia la puerta. “Vamos, intentemos llegar al menos a un evento a tiempo”.

Proserpina le pone una caja de maquillaje en las manos a Effie. "¡Retoques!"

"Me encargo", promete Effie. "¡Para todos!" Mira preocupada a Lou Lou, que le enseña los dientes. "Quizás un tono de lápiz labial más claro para ti".

“Y baja el tono del rubor”, dice Maysilee.

"Exactamente", asiente Effie. Por un momento, son solo dos chicas con la misión de embellecer el mundo. Effie le muestra una polvera para que le dé su opinión. “¿Estoy pensando quizás en un melocotón?”

“Mucho mejor.”

“Espera.” Effie se acerca y saca una pluma rota de La boa de Maysilee. "Ahí. Eres perfecto".

"¿Está bien mi rímel?"

—Sí, pero veo que sería un problema con esas pestañas tan largas que tienes. Effie rebusca en la caja de maquillaje y le da una almohadilla. "Toma esto por si se corre".

Drusilla comienza a llevar a Effie al ascensor, enviando la caja de maquillaje a El suelo se agrieta y los tubos de color ruedan por la alfombra naranja quemada. Me inclino y los recojo, devolviéndoselos a Effie, que parece algo sorprendida.

—Gracias, Haymitch —dice—. Fue muy considerado, sobre todo dadas tus circunstancias.

“Bueno, gracias por traernos algo de ropa elegante”.

—Merecen estar hermosas esta noche —responde Effie—. Y creo que todas están siendo muy valientes.

No tenemos muchas opciones, pero es bueno que alguien nos reconozca. él.

En la camioneta, inspirado por el gusto por la moda del tío abuelo Silius, decido redoblar la apuesta con el contrabando. Imagino que elaborar alcohol ilegal entra en la categoría de lo que el Capitolio consideraría una mala conducta, no peligroso. A juzgar por el público de la ceremonia inaugural, la mayoría de esta gente bebe como un pez, así que debería haber bastante compasión por un chico que se sale de la ley para mantener a su distrito en la cárcel. En fin, es la mejor historia de pillería que se me ocurre, y está basada en la verdad. Sin embargo, no quiero meter a Hattie en problemas, así que decido fingir que es algo que hago por mi cuenta.

Estoy empezando a preocuparme por el plan de destruir la arena, dado que todavía no sé el cronograma ni cómo se introducirán de contrabando los explosivos. A Mags y Wiress se les permitió acompañar a Drusilla, por lo que Beetee también debería estar con sus tributos esta noche.

Las entrevistas se televisan desde un auditorio con capacidad para dos mil personas. Drusilla nos dice que no habrá retrasos, ya que no hay riesgo de una sublevación en el público del Capitolio, así que no se equivoquen y esperen que nos cubra. ¡Qué rico! Después de obtener la alineación oficial, se escabulle para hablar con Caesar Flickerman, para que sepa cómo abordar nuestras entrevistas. Mientras se aleja, murmura: «¡Musaraña, calculadora, lunática, sinvergüenza!».

Nos llevan a una sala de espera tras bambalinas llamada la sala verde, aunque está pintada de blanco. Ya está llena de mentores, acompañantes y estilistas que rondan a sus tributos, todos elegantes y vestidos con elegantes trajes de noche del color distintivo de sus distritos. Incluso el Distrito 1, que lució vestidos de gala y trajes para el desfile, ha mejorado su imagen, y sus conjuntos verde moco con colas ondulantes y faldones emplumados requieren el triple de espacio que cualquier otro distrito.

Effie los mira con ojo crítico y susurra: "¡Menos mal que tu color es el negro! ¿Te imaginas intentar vestir a todos de peridoto? ¡Fue una moda pasajera!".

Honestamente, el 12 parece mucho más elegante y, de alguna manera, potencialmente...
Más letal. Quizás estoy proyectando. Mi chaqueta y chaleco tienen compartimentos ocultos, y mi cinturón, unas trabillas extra que Effie me dijo que eran para armas decorativas. Mmm, decorativas. Y Effie descartó rápidamente la primera camisa que me probé por algo que parecía sospechosamente una mancha de sangre que no había salido en el lavado. No puedo evitar preguntarme si lo que la tía abuela Mesalina y su esposo hicieron para deshonrar a la familia estaba relacionado con unos cuerpos sin vida. Me hace sentir un poco más peligroso, metiéndome en sus pieles esta noche.

Beetee me llama la atención desde un grupo de azul eléctrico y me hace un gesto rápido hacia el bufé. Drusilla está ocupada asegurándose de que todos sepan que Effie nos lavó la ropa, así que puedo fingir sed y dirigirme directamente al ponche. La mesa está repleta de exquisiteces, como zapatos de tacón altos de caramelo, caviar en conchas y cerditos en miniatura hechos con ensalada de jamón. No reconozco la mitad de la comida, pero sigo el ejemplo de una señora y unto una cucharada de queso de cabra en un cuadrado de turrón de cacahuete. Sorprendentemente bueno.

Me estoy sirviendo un ponche cuando Beetee se acerca sigilosamente a mí. Coge unas pinzas plateadas grandes y empieza a elegir con meticulosidad verduritas de un arreglo con forma de ramo de flores. Es ridículo.

“¿Esos funcionan mejor que tus dedos?”, pregunto.

“Estoy tratando de no llamar la atención”, dice en voz baja.

Miro a mi alrededor y veo que varios Agentes de la Paz nos tienen vigilados. Un par empieza a acercarse cuando hay un alboroto en la puerta. Magno Stift entra a la habitación a trompicones, sosteniendo una jaula de reptiles sobre su cabeza y gritando: "¡Llegaron los fiesteros!".

Mientras los Agentes de la Paz se dirigen hacia mi estilista, Beetee arranca un rábano diminuto y habla rápidamente en voz baja. «Vayan al norte. Ampert hará lo mismo después de conseguir el explosivo. Hagan todo lo posible por encontrar un portal para perros rastreando a los perros que regresan tras un ataque. Después de que Ampert y tú se reúnan, tomen uno para acceder al Sub-A, donde se encuentra el tanque. Hemos reemplazado el cable negro de la ficha de Ampert por una mecha; el detonador está oculto en el tejido».

Le doy un buen trago a mi ponche, observando la ficha de Ampert sobre el borde del vaso. Es idéntica a la que hizo Maysilee, sin rastro del detonador en el cordón trenzado. Beetee no dice de dónde salió, pero los rebeldes deben tener a alguien dentro que la pasó a escondidas por seguridad y la cambió por la original.

“Los cuatro girasoles del Distrito Nueve ahora están compuestos de explosivos”, añade.

Pero sus girasoles están duros. Kerna está destrozada en el suelo.

Sí. Están recubiertos de goma laca. Mójalos con agua y frótalos entre las palmas de las manos. La fricción ayudará a disolver la goma laca y dejará el explosivo maleable.

“¿Nueve sabe el plan?”, pregunto.

"No lo hacen. Ampert les sacará uno de entre sus personas". De un Se refiere a un cadáver. Probablemente en la masacre. "O más si puede conseguirlos. Nunca está de más tener uno de repuesto. Y si Ampert no aparece..." —La voz de Beetee se quiebra un poco al final. Ambos sabemos por qué Ampert podría no poder contactarme. Por un momento, examina un tomate del tamaño de un guisante bajo sus gafas—. "También hemos reemplazado el..."

Un revoloteo de gasa junto a mi codo me alerta de la llegada de las cuatro palomas del Distrito 6, que brillan con sus elegantes atuendos grises iridiscentes. Beetee se mueve.

hasta convertirse en una pirámide de albóndigas sin más aclaraciones, ni un adiós, ni un buena suerte.

Wellie susurra: “Ampert dice que cuando lleguemos a la arena, estaremos “Se supone que nos uniremos lo antes posible”.

¿Es intencional? Probablemente. Si Ampert se une a los demás, tendrá acceso a los tributos de 9 cuando mueran. Mientras tanto, tengo mi propia misión, que no implica proteger a este rebaño.

“Eso suena como un buen plan”, coincido.

"Dice que tal vez algunos de ustedes, los tributos más grandes, puedan tomar armas primero". Wellie me lo dice.

"Lo intentaré." Pero no podré cuidarlos en la arena; tendré que dedicar mis habilidades a volar el tanque o morir en el intento. "Escucha, voy a ser un completo imbécil en mi entrevista. Es algo que mi equipo preparó, pero nunca te haré daño, ¿de acuerdo? Ni a ninguno de los recién llegados. Te lo prometo."

“Lo sabemos”, dice Wellie con los ojos llenos de confianza.

Demasiada confianza. Necesito distanciarme de ellos por el bien de todos.

—Hay otra cosa, sin embargo —digo—. Ya vieron mi puntuación: solo saqué un uno. Puede que los Vigilantes me tengan en la mira. Es peligroso para cualquiera de ustedes estar cerca de mí. Así que estoy pensando en ir solo.

A Wellie se le desmorona el rostro. "Pero nos tienen en la mira a todos. Te necesitamos".

No lo saben si estoy atrayendo jaurías de perros o si me persiguen hasta los Profesionales. No lo saben. Y todos tienen que entenderlo. Díganselo a los demás, ¿de acuerdo?

Al otro lado de la habitación, Magno, con la mirada vidriosa, se ha arrinconado en un rincón, pero ha conseguido liberar espacio sacando una serpiente de dos metros de la jaula y agitándola. "¿Dónde están mis tributos? ¡Tengo que vestirlos!"

La gente grita, y los Agentes de la Paz se reúnen para deliberar sobre su plan para someterlo. Drusilla, rebosante de alegría, grita: "¡Acabad con él! ¡Acabad con él!".

Pero antes de que los agentes de la paz, con las pistolas Taser en la mano, puedan hacer el trabajo, Lou Lou se acerca, extiende las manos hacia la serpiente y dice: "Mía".

Magno sonríe, evita sus manos, le coloca la serpiente sobre los hombros y luego le enrolla la cola alrededor del cuello. "Llévala así".

Lou Lou entrelaza su brazo con el cuello de la serpiente, de modo que su cabeza descansa sobre el dorso de su mano y la sostiene. Magno se inclina y besa a la serpiente.

En la boca. Es la viva imagen de la locura, esta niña dañada y nuestro estilista depravado y drogado. Wyatt va a recogerla, rodeándola con un brazo para guiarla de vuelta con la tripulación del Distrito 12. La serpiente parece haberle dado a Lou Lou una sensación de poder, y ella pasa junto a tributos tres veces más grandes que ella, blandiendo la serpiente y siseando.

Me reincorporo a mi distrito justo cuando el televisor al final de la sala verde cobra vida. En la pantalla, una mano invisible escribe un gran número 50 sobre una toma del escenario del auditorio mientras una voz resonante anuncia: «Damas y caballeros, bienvenidos a la Noche de Entrevistas de los Quincuagésimos Juegos del Hambre». “¡Y aquí está el anfitrión favorito de todos, César Flickerman!”

César desciende del techo encaramado en una luna creciente, estrellas Disparando detrás de él. Es un joven con un traje azul tan oscuro que es casi negro, con pequeñas bombillas incrustadas que lo hacen centellear. El traje nunca cambia, pero cada año se tiñe el pelo de un color diferente, esta noche de un verde intenso como el de un bosque de pinos, y se pinta los párpados y los labios del mismo color. Quizás se podría argumentar a favor del cabello y los ojos, pero los labios verdes sugieren a un hombre en proceso de descomposición. Simplemente luce macabro. El brillo de sus dientes blanquísimos al dedicarle al público una sonrisa cómplice solo recuerda que tiene una calavera debajo de toda esa porquería. Mientras se baja hábilmente de la luna, abre los brazos y dice: "¡Hola, Panem! ¿Empezamos la fiesta?". El público ruge en señal de aprobación.

Aquí, en la sala verde, una joven Vigilante alinea los Distritos 1 y 2, leyendo su orden de aparición. Salen tras ella para esperar entre bastidores.

En pantalla, César inicia una breve retrospectiva de los otros cuarenta y nueve Juegos, comenzando con la versión sencilla de los primeros años inmediatamente después de la guerra, cuando los tributos fueron arrojados a un viejo estadio bombardeado con armas y poco más. Observo con atención cuando habla de los Décimos Juegos como un punto de inflexión, ya que ese fue el año en que el Distrito 12 tuvo un vencedor, pero solo muestran la introducción de las apuestas, los patrocinadores y los destartalados drones que lanzaban comida y agua a los tributos.

A partir de este punto, los Juegos evolucionaron del puro castigo al entretenimiento sin complejos. El recinto deportivo original fue abandonado cuando los Vigilantes comenzaron a utilizar escenarios existentes en la naturaleza, pueblos bombardeados y similares, introduciendo una variedad de perros y armas.

Los Vigésimo Quintos Juegos, el primer Vasallaje de los Veinticinco, resultaron particularmente atroces, ya que los distritos se vieron obligados a elegir a sus propios tributos en lugar de depender de la cosecha. Otro Flickerman llamado Lucky presentó la ocasión, con comentarios de una reliquia de una mujer llamada Gaul, a quien se le atribuye la frase "Que la suerte esté SIEMPRE de tu lado" para el aniversario. Esa frase se ha popularizado como una forma de desearle buena suerte a alguien, pero si lo piensas, es un gesto sádico para un tributo, dado que sobrevivir es imposible para veintitrés de los veinticuatro niños.

Para este primer Vasallaje, los Vigilantes hicieron que los tributos inauguraran la sección del Capitolio recorriendo las calles en carros con trajes típicos del distrito. En lugar de explorar una ubicación para los Juegos, construyeron una arena de un solo uso. Además, la Cornucopia hizo su primera aparición, cargada con armas y suministros, desatando una masacre al sonar el gong inicial.

Durante los últimos veinticuatro años, han presentado una arena completamente nueva cada año, basada en un entorno o temática diferente, desde un desierto hasta un paisaje gélido, pasando por el rompecabezas reflectante de Wiress, al que llamaron el Nido de los Espejos. César adelanta al público la segunda arena del Vasallaje de los Veinticinco. Ha oído un rumor: deja en ridículo a todos los estadios anteriores. ¿Se lo imaginan? No, no pueden. ¿Será fabuloso? Sí, lo será.

Me siento mal del estómago y me alegro de no tener que ir primero. También estoy Me alegra que el Distrito 1 lo haga. Cuando César presenta a Silka, ella sube al escenario a grandes zancadas, arrastrando una cola verde mocosa de cuatro metros y medio.

"Uf. Igualito a un caracol", comenta Maysilee en voz alta, recibiendo una ronda de Risas nerviosas en la sala verde. Lo que todos piensan es que Silka mide más de 1.80 metros sin tacones y puede clavarle un hachazo en el corazón a un muñeco a 4.5 metros. Y eso no es algo que se pueda tomar a risa.

Como somos tantos este año, estamos limitados a entrevistas de dos minutos y después de cada cuatro distritos habrá una especie de descanso que César llama "limpiador de paladar".

Silka no pierde el tiempo en presumir de su tamaño, su fuerza, su manejo del hacha y su puntuación de diez. Ni siquiera se molesta en mencionar su alianza con los Profesionales, y cuando César los menciona, simplemente dice: «Claro, ayuda tener a alguien que despeje el campo».

Panache se pavonea en el escenario y se detiene tres veces para posar. y flexionar sus músculos para el público.

"¡Genial del Distrito Uno!", brama César. Luego le pregunta: "Entonces, Genial, además de tus evidentes virtudes, ¿por qué debería apoyarte nuestro público?"

“¡Porque soy el más grande, el más corpulento y el mejor!” Panache adopta otra pose.

“¡Dios mío, parece que deberíamos hacerte una barbacoa!”, bromea César.

—Así es. Soy todo carne, hombrecito —dice Panache, dándole a César una palmadita condescendiente en la cabeza.

Es tan fácil odiarlo. Se puede ver el corte aterrizando con César, Pero vive para estas cosas. "¿Incluso tu cerebro?", pregunta con asombro.

El público ríe disimuladamente. La confusión se dibuja en el rostro de Panache, luego la ira ante la burla. "¡No es mi cerebro! Obviamente, es... algo gris".

César asiente, serio, como si lo asimilara, mientras el público se parte de risa. El estilo empieza a arder y recuerdo la ventana del tren, que solo era un inocente espectador. Por un momento pienso que podría destruir a César, pero se contiene y simplemente le grita al público: "¿Qué importa?".

"¿Materia?", balbucea César. "¡Creo que la materia cerebral... importa bastante!"

Los ciudadanos del Capitolio se descontrolan, y yo también, hasta que recuerdo que la broma no es solo para Panache. Es para todos nosotros, estúpidos cerditos del distrito con garras. Animales para su entretenimiento. Presumibles para su placer. Demasiado tontos para merecer vivir.

César tranquiliza al público e intenta retomar la entrevista. "Todo por diversión, Garbo, todo por diversión. Personalmente, reprobé biología. Así que, dinos, ¿cuál es tu arma preferida?"

“Mis puños”, dice Panache, sosteniendo uno justo frente a la nariz de César.

César da un delicado paso atrás, gira la cabeza hacia el público y susurra en tono escénico: "También carnoso".

Entonces se acabó todo para Panache. Muestran imágenes de gente abrumada por la hilaridad, con lágrimas en los ojos, jadeando. César finge que intenta continuar con sus preguntas y retrocede de un salto cada vez que Panache lo mira, haciendo muecas de terror ante las cámaras. No soporto a Panache, pero es injusto. Una campana anuncia que se le acabó el tiempo, y no le queda más remedio que abandonar el escenario, furioso y humillado.

El resto de los tributos de los Distritos 1 y 2 parecen darse cuenta de que también corren el peligro de ser clasificados como bestias estúpidas, por lo que hacen un esfuerzo para

Destacan su destreza con las armas y las ventajas del paquete Carrera. Pero Estilo ha causado estragos, y cualquier intento de presumir de fuerza viene acompañado de una mirada cómica de César que hace gracia al público. Recuerdo que mi padre decía: «Si consigues que la gente se ría de alguien, lo haces parecer débil». Se refería a los matones del Capitolio, pero parece que aquí también es cierto.

Hasta este momento, no se ha hecho mención de los Recién Llegados, pero Dio inicia las entrevistas del Distrito 3 con noticias de nuestra alianza, presentando generosamente a todo el equipo por su nombre, a cada uno de nosotros, y promocionando nuestras habilidades. Ampert continúa con su teoría de que los tributos anteriores sufrieron un lavado de cerebro, la desproporcionada cantidad de victorias de los Profesionales y cómo solo se necesitarán números para lograr un resultado diferente. Ni siquiera menciona sus propias cualidades, pero no le hace falta, porque es claramente tan ingenioso que César lo comenta con aprobación. De hecho, todo el Distrito 3 se presenta como inteligente, colaborador y sereno, en marcado contraste con los Profesionales, y reciben muchos aplausos.

El Distrito 4 llegó preparado para demostrar sus habilidades con el tridente y la red, no para elaborar estrategias contra los Recién Llegados. Titubean ante el interrogatorio de César. "¿Esos chicos parecen muy listos, no crees?" "¿Qué más crees que tienen bajo la manga?" "¿Y qué hay de sus números?" "¿Qué planes han discutido los Profesionales para contrarrestar a los Recién Llegados?"

Con el primer limpiador de paladar, el Capitolio está lleno de rumores. Recién llegados. Mientras el público disfruta de lo mejor de la moda durante los Juegos, el Distrito 5 convoca una reunión de emergencia en la sala verde. Como único distrito profesional que queda, esta será la última oportunidad de su alianza para presentar su caso contra los Recién Llegados. El resto de la velada nos pertenece.

El Distrito 9, a pesar de su compromiso con los Recién Llegados, tiende a ser exclusivo. Tímido, quizás, o simplemente poco sociable. Me acerco a saludarlos, lo que también me da la oportunidad de examinar disimuladamente sus fichas de girasol. Veo que las réplicas han sido abordadas con la misma seriedad que la ficha de Ampert. Las pequeñas grietas en la flor de Kerna parecen tan convincentes que me preocupa que no la hayan reemplazado. No quiero tomarme la molestia de llegar a ese tanque solo para que me pillen intentando detonar un trozo de masa de harina salada. Pero o confío en Beetee o no. Sin duda, se está arriesgando al confiar en mí.

Tras la pausa, el Distrito 5 se esfuerza por destacar nuestras deficiencias. Se centran en nuestro tamaño y nuestra falta de entrenamiento, pero carecen de un plan cohesivo para eliminarnos, probablemente porque la presunción de los Profesionales lo hizo parecer innecesario, y terminan contradiciéndose. ¿Permanecerán en la misma manada o se separarán? ¿Compartirán comida y agua? ¿Quién es el líder de los Profesionales y lo seguirán? Preguntas básicas que, claramente, nunca se discuten. Y cuando no están seguros de las respuestas, la tentación de promocionarse triunfa.

Estoy un poco preocupada porque mis palomas son las siguientes, nadando en volantes de gasa, pero una vez que Wellie se acerca al micrófono de César, son puros recién llegados por el resto de la noche. Su diminuto tamaño pasa a segundo plano mientras responde con seguridad las mismas preguntas que hicieron tropezar al Distrito 5 sin dudarlo: "Siempre seremos una manada,

como ustedes dicen. Pero nos dividiremos como necesario para derrotar a los Carreras".

—Oh, vamos a compartir nuestras provisiones. Es lógico.

No tenemos un solo líder. Los Recién Llegados están más comprometidos con la alianza, lo cual es mejor, ¿sabes?, porque perderemos hijos. Pero Ampert tuvo la idea y nos unió a todos, y todos hemos jurado seguir su plan y protegernos mutuamente hasta el final.

No sé, quizá Ampert me omitió de la estrategia de entrevista porque sabía que estaría ocupado con el sabotaje, pero los Novatos tienen todo bajo control. Nadie habla demasiado de sí mismos; enfatizan el poder del grupo y las ventajas que los Novatos aprovecharán en la arena. Cómo ser pequeños puede ser una ventaja para trepar árboles, esconderse o necesitar menos comida; cómo confiar en tus compañeros significa dormir mejor (y así los Profesionales no dormirán) y cómo la inteligencia, que tenemos de sobra, es útil para todo, desde la estrategia hasta la construcción y la captura de comida. En los breves momentos en que presentan sus habilidades personales, hablan de cómo las usarán para ayudarse mutuamente.

Quizás perdamos, pero seguro que haremos que mucha gente en casa se sienta orgullosa.

Incluso con la interrupción del segundo limpiador de paladar, un aterrador Reseña de los perros más letales en la historia de los Juegos, los recién llegados siguen construyendo nuestro caso y antes de que te des cuenta, el Distrito 12 está en juego.

Por muy admirables que sean los recién llegados, creo que hemos empezado a desgastarnos. Sobre César. El altruismo y la determinación silenciosa no son precisamente para divertirse. Así que, tras una rápida confirmación de nuestro compromiso con los recién llegados, está más que listo para empezar con la salsa del Distrito 12.

César incita a Maysilee, quien provoca muchas risas al acribillar a la sección media de la primera fila por su mal gusto. A un hombre vestido con un traje hecho con billetes de cien dólares, le dice: «Qué tierno. Esta noche te pusiste a todos tus amigos». A una señora con orejas de gato implantadas quirúrgicamente. "¿Y ese bolso es para tu polvo antipulgas?"

Wyatt desgrana probabilidades complicadas que un Vigilante con calculadora confirma. Cuando calcula correctamente la cantidad de dinero que se necesitaría para enviar un faisán disecado a un tributo dos semanas después de los Juegos, dada la creciente inflación del 38% diario, deja atónito a César. "¡Yo tampoco era muy bueno en aritmética!", exclama. "No sé si tienes las probabilidades a tu favor en la arena, Wyatt, pero si ganas, ¡nos vamos al casino!"

Lou Lou causa sensación, blandiendo su serpiente, enseñando los dientes al público. Como de costumbre, dice su nombre y distrito, pero luego recurre a silbarle a César cuando este le hace una pregunta. Cuando el público ríe disimuladamente, se agacha y le ofrece la serpiente, provocando que algunos retrocedan en broma y que los más atrevidos acaricien su cuerpo fibroso. Los está conquistando, hasta que, por primera vez esa noche, quizá inspirado por su ferocidad, César pregunta: «Ahora, Louella, ¿qué harán los Recién Llegados si matan a todos los Profesionales? ¿Qué pasará con ustedes entonces, chicos?».

Como si fuera una señal, la serpiente silba en el rostro enjoyado de una mujer y Lou Lou gruñe: «¡Nos matarás! ¡Nos matarás!».

Si la visión de esta extraña niñita envuelta en una serpiente les divirtió, Su ataque al Capitolio no lo logra. Se oyen jadeos y gritos de desaprobación entre el público, pero ella persiste.

¡Nos vas a matar! ¡Nos vas a matar! Su voz se hace cada vez más aguda y el efecto es escalofriante. ¡Nos vas a matar!

La fachada de diversión se desvanece. Empieza a arrastrarse por el borde del escenario, señalando a los que tienen entradas en primera fila y gritando: "¡Tú!... ¡Tú!... ¡Tú!... ¡Tú!...

Incluso la famosa calma de César se desvanece mientras baila tras ella, intentando recuperar la magia. "Está bien, Louella... ¡Louella! Es una lástima, pero...

Los juegos solo pueden tener un ganador. ¡Louella! ¡Qué decidida está! ¡Una ayudita, por favor!

A mitad de la acusación, Lou Lou se queda callada. Pone los ojos en blanco y se desploma en el suelo.

"¡Se ha desmayado del esfuerzo, y justo a tiempo!", exclama César. Estoy seguro de que los Vigilantes tuvieron algo que ver, probablemente drogándola a través de la bomba. Dejaron que Wyatt volviera para sacarla del escenario, mientras César me presentaba inmediatamente. "¡Y ahora, nuestro último homenaje de la noche, Haymitch Abernathy del Distrito Doce!"

Me tomo mi tiempo para cruzar el escenario, porque no creo que un tipo con copas de cóctel en el chaleco se apresure. César, en modo recuperación, interviene de inmediato. "Bueno, Haymitch, ¿qué te parece que los Juegos tengan un cien por cien más de competidores de lo habitual?"

Esta es la primera vez que me oirán hablar, y quiero dejar una huella imborrable. Pero de repente, ya no pienso en el tío abuelo Silius, sino en Woodbine Chance, quien debería haber estado aquí en mi lugar. Siempre andaba metido en problemas, pero la gente lo apreciaba.

Sobre todo las chicas. Demasiado jóvenes para ser consideradas un verdadero peligro, pero sin duda unas sinvergüenzas.

Me encojo de hombros y dejo que se me escape un poco de esa actitud de Chance. "No veo que importe mucho. Seguirán siendo tan estúpidos como siempre, así que supongo que las probabilidades serán más o menos las mismas".

Una risa apreciativa recorre el público.

Les dedico una media sonrisa. "Me refiero a los profesionales, claro".

“Bueno, no es de conocimiento público, pero escuché que has tenido algunos problemas...
—¿Con uno de los profesionales? ¿Genial, quizá? —pregunta César.

Le respondo con: "Escuché que tú también lo hiciste". César se ríe junto con el Público. "Sí, no me llevo bien con ninguno de los profesionales. Pero los recién llegados son muy inteligentes y están completamente seguros conmigo".

"Bueno, a juzgar por tu puntuación en los Vigilantes, todos están a salvo contigo", observa César, provocando una exclamación de admiración del público. "¿He oído que tienes a uno en entrenamiento?"

—¡No es tan fácil! —le digo—. Considero eso una medalla de honor. O sea, tengo treinta y un aliados jurados, un cuerpo duro como una roca y un cerebro cinco veces más inteligente que el de cualquier profesional. ¿Sabes qué más tengo? Agallas. Porque, claramente...

¡No tengo miedo de enfadar a los Vigilantes!

Abro los brazos al público y camino por el escenario mientras me aclaman en señal de apoyo. "¡Un diez! ¿Un diez? ¡Un diez! ¡Cualquiera puede conseguir un diez!"
Hay que ser un problema especial para conseguir uno, ¿verdad? —Vivas de afirmación—. Ya veo que algunos saben a qué me refiero. —Señalo a un hombre en la segunda fila que lleva un cubo de cristal con abejas vivas en la cabeza.
“Este caballero de aquí, por ejemplo.” Asiente vigorosamente. “¿Y tú, cariño?” Me inclino sobre la señora de las orejas de gato. Se cubre la cara con regocijo y vergüenza. “Claro, has estado ahí.”

“Bueno, hagamos una lista de todas las personas a las que has enojado”, dice César.
“Está Panache... y los otros Profesionales... y los Creadores del Juego.
Eso es solo en los pocos días que llevas en el Capitolio. ¿Hay alguien en casa?

“Bueno, ahí están los Agentes de la Paz”. El público se queda un poco en silencio. “Pueden
“Se enfadarían si no les entrego el licor blanco a tiempo”. Risa de asombro.

"¿Su licor blanco?" ¿Qué haces exactamente después de la escuela, Haymitch?

Tengo cuidado de mantener esto lo más alejado posible del alambique de Hattie. "Bueno, digamos que es mi tarea de ciencias. Resulta que puedo hacer licor de casi cualquier cosa, César. El Distrito Doce no puede presumir de mucho, pero tenemos el mejor brillo de Panem. ¡Y estoy bastante seguro de que el comandante de la base me apoyará en eso!"

“Pero… ¿no es eso ilegal?”

"¿De verdad?" Me vuelvo hacia un hombre con bigote que sostiene un...
Una copa de brandy. "Cabe pensar que el comandante lo habría mencionado."

Suena la campana y César me da una palmada en la espalda. "Este es un
¡Un auténtico sinvergüenza, damas y caballeros! ¡Haymitch Abernathy del Distrito Doce!
¡Que la suerte esté siempre a su favor!

La mitad del público se pone de pie para aplaudirme. Le guiño un ojo a la señora de las orejas de gato, para su deleite, y salgo del escenario. Estoy bastante seguro de que Drusilla le metió la etiqueta de bribón a César, pero aun así, siento que me lo he ganado.

Tras bambalinas, Mags y Wiress me esperan. Mags me abraza, Wires asiente rápidamente y dice: «Tienes patrocinadores».

Puedo oír a César terminando las cosas por la noche mientras nos reunimos con el el resto del equipo y corremos por los pasillos hacia nuestra salida. Creo que debemos estar

Regresamos al apartamento, pero cuando llegamos a nuestra camioneta, Plutarch está esperando.

Se dirige a Drusilla. "¡Buen trabajo! Sabes, estos niños nunca tuvieron un Una sesión de fotos como Dios manda. ¿Qué te parece si pasamos por mi casa y sacamos fotos de alta calidad, o incluso un poco de vídeo? Estaría bien tenerlas para cameos si aguantan. Y podría parecer que tú y yo no hacíamos nuestro trabajo sin ellas.

Drusilla lo considera. «Con tal de que no se mencione a Magno Stift».

"¿Magno quién?", pregunta Plutarco, y Drusilla se marcha furiosa a su casa privada. auto.

Effie dice en voz baja: "Algunos matrimonios nunca deberían haberse celebrado".

"¿Drusilla y Magno se casaron?", pregunto con incredulidad.

—Técnicamente, todavía lo son —dice Plutarch—. ¡Treinta años y contando! Dice que es un asunto de impuestos, pero ¿quién sabe? ¿Nos vamos?

Mags y Wiress no fueron invitadas, pero las demás aterrizamos en la biblioteca de Plutarch con Trajan Heavensbee vigilándonos. Todas parecen estar como en casa en el armario de las Baratijas. Effie nos retoca el maquillaje e incluso me pone una flor en la solapa de un arreglo en una réplica de la escalera dorada.

Plutarch sugiere llevarnos uno a uno al conservatorio para practicar para el vídeo. «El Distrito Doce ha pasado de ser un anónimo a ser un producto estrella entre los patrocinadores más audaces», dice con entusiasmo. «Es un gran avance. Pero intentemos que todos se sumen a la iniciativa». Voy primero con él, mientras Drusilla supervisa la sesión de fotos de Maysilee y Wyatt vigila a Lou Lou, que mira fascinada un candelabro mientras abraza a su serpiente.

Dejamos a los Guardianes de la Paz en la entrada, ya que Plutarch dijo que su equipo de seguridad privada sería suficiente, por lo que estamos tan desprotegidos como en mi anterior visita a la mansión.

Plutarch parece tener prisa, y yo prácticamente corro para seguirle el ritmo. "Estaba pensando, como dijiste, en la gente que piensa que somos demasiado arriesgados, y yo..."

Él me interrumpe. "Escucha, Haymitch, sé que no te gusto, y tú Ciertamente no confías en mí, pero debes saber que, a pesar de las apariencias, el deseo de libertad no se limita a los distritos. Y tu desgracia no...

No te doy derecho a asumirlo. Espero que después de esta noche lo consideres.

No tengo idea de qué está hablando. "¿Qué?"

El aire cálido del invernadero me da en la cara. Se acerca al teléfono cisne, levanta el auricular y dice: «Listo». Escucha un momento más y me lo pasa. «Alguien quiere hablar contigo».

Luego se aleja a una distancia discreta.

Ah, ahora lo entiendo. Presidente Snow. Me pasé en la entrevista y...

A punto de enterarme de mi sangrienta muerte. Y Plutarco, a quien le gusta considerarse un buen tipo, está molesto por haberme arrojado a los lobos otra vez.

Cifras. Con inquietud, me llevo el auricular al oído, me preparo y logro decir: "¿Sí?".

—¿Haymitch? ¿De verdad eres tú? —La voz entrecortada, áspera por las lágrimas recientes, me llega al corazón.

Leonor Dove.



Agarro el teléfono con los ojos cerrados. Estoy de vuelta en las montañas. La rodeo con mis brazos, con el aroma a madreselva en el pelo. Ella también lloraba entonces. No por nada que yo hiciera, sino porque habían ahorcado a un hombre esa mañana y nos obligaron a los demás a mirar. Pero allí estábamos, en lo alto de las colinas, con no uno, sino dos arcoíris arqueándose en el cielo. A veces llora porque las cosas son tan hermosas y seguimos arruinándolas. Porque el mundo no tiene por qué ser tan aterrador. Eso es culpa de la gente, no del mundo.

"¿Haymitch?"

Sí, soy yo. Estoy aquí. ¿Desde dónde llamas?

Estoy en la base de las Fuerzas de Paz. Me arrestaron.

Esto me devuelve de golpe al invernadero. No es madreselva lo que huelo, sino la tenue mezcla de rosas y carne en descomposición que emana de las nepenthes. Mis brazos no pueden protegerla, solo abrazar el aire vacío.

¿Te arrestaron? ¿Cuándo? ¿Por qué? ¿Es porque acabo de bromear sobre que los agentes de la paz compran licor blanco? ¿Se están desquitando de mi capricho con ella?

Anoche. Por tocar música. Supongo que me volví un poco loco cuando... Te lo di en el entrenamiento. Llevé mi caja de música al Edificio de Justicia. Todavía no habían desmontado el escenario, y canté algunas canciones.

No tiene que decirme qué canciones. «El Ganso y el Campo». «La Tienda del Capitolio». «El Árbol del Ahorcado». Todas las que tiene prohibido tocar en público. Clerk Carmine y Tam Amber deben estar como locos. Y comparto su exasperación y miedo. «Ay, Lenore Dove... ¿estás bien? ¿Te hicieron daño?»

No. Simplemente me atrajeron. Me importaba menos lo que tocaba, más cómo atraía a la gente. Todos están muy disgustados este año, tantos chicos. Necesitaban un lugar para estar juntos, para alzar la voz. A veces el dolor es demasiado fuerte para soportarlo solo.

Así que no era solo ella, cantando con todo su corazón frente al Palacio de Justicia. Una multitud se había reunido. Cantaban las canciones prohibidas. "¿Dijeron los cargos?"

Alterar la paz o algo así. Y ya sabes, "Si no hay paz, no hay nada".

Mi mente da vueltas. Alterar la paz no es sedición. Pueden echarte la culpa por emborracharte y romper unas botellas, algo que pasa constantemente en el Doce. No es que forme parte de una gran conspiración, así que, con suerte, no usarán métodos para obligarla a hablar. Simplemente considérala una adolescente emocional de dieciséis años cuyo novio fue segado. Quizás le quiten su caja de música por un tiempo o la mantengan encerrada hasta después de los Juegos del Hambre, cuando la situación se haya calmado. Espero que no la pongan en el cepo por la plaza, que es lo que amenazaron con hacer cuando tenía doce años. Pero eso fue hace cuatro años, y los Covey tienen algunos Agentes de la Paz entre sus fans, así que eso podría jugar a su favor. Mucho dependerá de lo alborotado que se pusiera el público y de cómo lo vea el comandante de la base. Desde luego, no le hice ningún favor alardear de haberle vendido licor blanco esta noche. Ahora puede que se sienta obligado a ser más duro con ella.

"¿Hubo peleas? ¿Se rompió algo?", pregunto.

—Oh, ¿y a quién le importa? Me dejan salir mañana por la mañana, pero tú vas a la arena. —Me siento aliviada. La dejan salir. Solo un tirón de orejas—. Nada de lo mío importa —continúa—. Y no quiero pasar nuestros últimos momentos hablando de lo que está roto. Excepto de mi corazón... ¿qué te parece?

Está enojada y probablemente al borde de las lágrimas otra vez. "Oh, Lenore Dove..." Soy
Siento mucho haberlo estropeado todo. Y yo también. Los agentes de la paz no la habrían atacado solo por intentar ayudar a la madre de Woodbine. Al menos, no como norma.

¿Tú? ¡Es completamente mi culpa que estés ahí! Y sé que soy el motivo por el que obtuviste esa puntuación. Casi te maté, y eso no es algo con lo que pueda vivir.

¿Y entonces hace lo que puede para que la maten? Ahora estoy furioso.
¡Esa es una mentira que tienes que dejar de repetirte! Si hubiera conservado la calma, podrías haberte hecho algunos moretones, pero ambos seguiríamos en el Doce.

"No, cariño, no fue así en absoluto. Me pasé de la raya, solo
Como siempre me advierten mis tíos. Perdí los estribos y empecé a gritar, y ahora tú... ¡Ay, Haymitch! No quiero estar en esta tierra
sin ti".

¿Así que ahora intentas que te ahorquen? Lo haces, y te juro que... que... —¿Qué? Estaré muerta y desaparecida, eso es todo, sin poder hacer nada. Pero me siento tan impotente ahora, tengo que intentar lo que sea para que cambie de opinión. No tengo ni idea de qué pasa cuando morimos, pero Lenore Dove cree que nada muere nunca, y que simplemente nos movemos de un mundo a otro como la Bandada de pueblos—. Como en una de tus canciones, mi fantasma perseguirá a tu fantasma y no le dará un momento de descanso.

"¿Lo prometes?" Suena un poco más esperanzada. "Porque si pudiera contar con eso, creo que podría soportarlo. Pero lo que no puedo soportar es... ¿y si nunca volvemos a estar juntos?"

“Siempre estaremos juntos”, digo con convicción. “No sé cómo, ni dónde, ni nada, pero lo siento en el corazón. Tú y yo nos encontraremos, tantas veces como sea necesario”.

"¿Crees?"

—Sí. Pero no si haces algo estúpido como dejar que te maten a propósito. Siento que eso podría arruinarlo todo. Sigue con vida, toca tus canciones, ama a tu gente, vive la mejor vida posible. Y yo estaré allí en la Pradera esperándote. Es una promesa. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —susurra—. Lo intentaré. Te lo devuelvo.

Plutarco hace un gesto con la mano para llamar mi atención y da un golpecito a su reloj. El tiempo se ha acabado.

“Lenore Dove, te amo con todo mi ser. Eso es para siempre.”

"Yo también te amo como a todo fuego. A ti y a nadie más. Igual que mis gansos, yo Compañero para toda la vida. Y más. Para siempre.

Necesito decirte, no, no pases tu vida doliéndome, ama a quien sea que quieras. Quiero. Solo que no soporto la idea ahora mismo. Que ella bese a alguien más. Pero intento ser noble, animarme a decir esas palabras, cuando la línea se corta sin previo aviso.

"¿Lenore Paloma?

Se ha ido. Para siempre, esta vez. Pero está a salvo. Devuelvo la cabeza de cisne a la cuna como si estuviera acostando a un niño dormido, lenta y suavemente. Adiós, mi amor.

Solo ahora me pregunto cómo ocurrió esta llamada. Nunca había oído hablar de un tributo que pudiera hablar con alguien en casa desde el Capitolio. Miro a Plutarch a los ojos. "¿Tú organizaste esa llamada?"

Se encoge de hombros. "Tengo un viejo amigo en el Doce".

"¿Por qué harías eso por mí?", pregunto, genuinamente perplejo. "Apuesto a que podrías meterte en un buen lío".

Sí, tienes razón. Si lo descubren, mi próxima comida probablemente será un gran plato de ostras envenenadas. Pero me arriesgué porque necesito que confíes en mí, Haymitch. Y lo que es más importante, necesito que confíes en la información que estoy a punto de darte.

Estoy completamente perdido. "¿Qué información?"

"Sobre cómo romper la arena".

Esto me detiene en seco. ¿Plutarco? ¿Plutarco sabe del plan de la arena? Tiene razón. Ahora no confío en él, ni en todo el plan olvidado. ¿Nos estaban grabando a Beetee y a mí durante el apagón, aunque las cámaras estuvieran apagadas? Sería muy fácil pinchar el lugar. ¿Había micrófonos en el ramo de verduras esta noche? Si es así, Plutarco podría estar trabajando para el Capitolio, intentando sacarme más información y matar a cualquiera que estuviera involucrado. Concertó la llamada con Lenore Dove para que confiara en él, para que le contara sus secretos.

"No tengo idea de qué estás hablando", le digo.

Bien. Qué inteligente. No confíes en mí. Solo escucha lo que tengo que decir y... "Cuando estés en la arena, comprueba si te resulta útil".

Levanto las manos, desconcertado. "¿Seguro que has dado con el hombre correcto?"

"Está bien, solo escucha. No tengo ninguna autorización de seguridad real, pero mi primo conoce a un aprendiz de Vigilantes, recién salido de la Universidad, que quiere dejar el programa y trabajar en televisión. Gasté una fortuna el otro...

La noche emborrachándolo. La información más útil que obtuve fue que el sol de la arena está sincronizado con el nuestro.

Lo miro desconcertada. "¿No es siempre así?"

A veces. Depende de la arena. Podrías tener varios soles o ninguno. La razón por la que esto será importante para ti es que, como el sol sale por el este, podrás determinar la dirección.

Beetee dijo que el tanque estaba en el norte. Si es cierto, es información esencial, pero me hago el indiferente. "Supongo que lo habría supuesto de todas formas".

Otra cosa: Hace un par de años, un comité de Vigilantes nos pidió visitar nuestro invernadero y jardines. Las Abejas Celestiales son conocidas por su colección de plantas con flores raras. Les di el recorrido y luego salí de la habitación para pedir té. Los escuché hablar sobre la apertura de las bermas.

“¿Bermas?”

"Así llama nuestra jardinera a esos montículos de tierra". Señala por la ventana donde unos globos colgantes iluminan un pequeño montículo cubierto de flores. "Planta arbustos y flores en ellos. Y si los Vigilantes planean abrirlos en la arena, entonces algo entrará, saldrá, o ambas cosas".

Perros callejeros. Intenta decirme que los portales para perros callejeros estarán ocultos por bermas de flores. Pero yo solo digo: «Me ha perdido por completo, señor».

—Claro que sí. Una última cosa. Desde la perspectiva del Capitolio, los Juegos son la mejor propaganda que tenemos. Ustedes, los tributos, son nuestras estrellas. Lo harán realidad. Pero solo si controlamos la narrativa. No nos lo permitan. —Plutarch me agarra por los hombros y me zarandea ligeramente—. Se acabó la sumisión implícita, Haymitch Abernathy. Vuela ese tanque de agua por los aires.
Todo el país te necesita”.

No puedo evitar pensar en la directiva de papá a Sarshee Whitcomb. Parece... Me gustaría dejar un montón de cosas en mi puerta. Arregladnos este desastre, o si no...

Effie entra corriendo por la puerta. "¿Señor Heavensbee? Ah, ahí está". Drusilla quiere que la ayudes con las fotos de Louella. La serpiente está robando protagonismo.

Plutarch se ríe entre dientes. "Nunca trabajes con niños ni animales, señorita". Baratija. Ven, Haymitch.

“Y quizá no me corresponde decirlo”, continúa Effie, “pero ella es... siendo terriblemente duro con Maysilee”.

“Bueno, Maysilee tiene dieciséis años y unos pómulos marcados, dos cosas que Drusilla nunca podrá lograr”.

—Lo sé, es triste. Pero le doy puntos por intentarlo. —Effie se lleva las manos a la cara—. Supongo que es hora de que yo también empiece a intentarlo.

"Oh, creo que aún tienes algunos años".

Todos mis amigos han empezado el mantenimiento. Es que odio las agujas.

Mientras Plutarch tranquiliza a Effie, los sigo de vuelta a la biblioteca, intentando comprender su postura. Si trabaja para el Capitolio, no creo haberle dado nada que pueda usar en nuestra contra ni haber admitido ninguna implicación. Pero si no es el lacayo de Snow, y sabe del complot, y está intentando ayudarnos... ¿qué busca?

Sus palabras de hace unos minutos resuenan: "Debes saber que, “A pesar de las apariencias, el deseo de libertad no se limita a los distritos”. ¿Estaba sugiriendo que, con toda su riqueza, privilegios y poder, carece de libertad? ¿Libertad para hacer qué? Quizás para no tener que vivir aterrorizado por el envenenamiento de sus ostras por parte de Snow, entre otras cosas.

Pienso en la vergüenza de Vito por su abuelo simpatizante de los rebeldes. Eso parece ser lo habitual aquí, pero ¿quién era su abuelo? Un ciudadano del Capitolio que se alineó con los distritos. Y alguien aquí debió ayudar a Beetee a cambiar las fichas. Es posible que Plutarch esté en el nivel. No lo sabré con certeza hasta que esté en la arena y vea bien esos terraplenes, si es que existen.

De vuelta en la biblioteca, Lou Lou sopla las velas e inhala con avidez el humo que emana de las mechas quemadas. El olor me transporta a casa por un instante, a las oscuras noches de invierno, tu última impresión al acurrucarte bajo las mantas. ¿Acaso el humo evoca el mismo recuerdo en Lou Lou? ¿Como el rollo con las semillas? ¿Algo profundo y antiguo, un hogar en el Distrito 11 donde la querían y la cuidaban? Wyatt la convence de posar para la cámara y luego yo poso para un par de fotos. Nos muestran los resultados, y las fotos son muchísimo mejores que las nuestras con los disfraces de mineros, encadenados en la parte trasera de la camioneta. De nuevo, como en la presentación de la cosecha, tenemos que agradecerle a Plutarch por eso.

Decide que puede dirigirnos a todos a la vez para la propuesta que se emitirá durante los Juegos, para no tener que repetirse. "Les pongo al día sobre lo que Haymitch y yo hemos estado hablando".

Sí, creo. Mejor ponme al día.

Empecemos por lo básico. La opinión pública se rige por las emociones. “La gente tiene una respuesta emocional a algo y luego idea un argumento de por qué tiene sentido lógico”, dice Plutarco.

"No me parece inteligente", dice Wyatt, con aspecto incómodo. Seguro que su mente calculadora está horrorizada por la idea.

"Oh, no dije que fuera inteligente, solo dije que era cierto. Haz que el público te identifique, y entenderán intelectualmente por qué eres el tributo adecuado para apoyar", explica Plutarch.

"Pero nos odian a todos", replicó Wyatt. "Nos ven matarnos entre nosotros para entretenernos".

Plutarco lo descarta con un gesto. "No lo ven así. Apoyando la “Los Juegos del Hambre son su deber patriótico”.

—Como sea. Todos somos sus enemigos —dice Maysilee.

Claro, pero tienen que apoyar a alguien. ¿Por qué no a ti? Los recién llegados han hecho un trabajo estupendo al posicionarse como dignos adversarios de los Profesionales esta noche. De hecho, creo que el público del Capitolio los encuentra mucho más atractivos, curiosamente, porque no intentan aparentar ser como ellos.

"Quieres decir, porque no parecemos lameculos del Capitolio", concluye Maysilee.

Exactamente. Últimamente ha habido mucha preocupación en el Capitolio por la posibilidad de que ciudadanos del distrito intenten entrar aquí. No es del todo infundado, sobre todo tratándose de gente de Uno y Dos que colabora estrechamente con nosotros. Lujo y militarismo, ya sabes. Hay gente nacida en el Capitolio asignada allí con familias mixtas que quieren traer aquí. Pero ustedes son, sin complejos, del distrito. Y cualquier forma de recalcar que los Profesionales se están dejando llevar por los Juegos e intentan ser más Capitolios que el propio Capitolio aumentará la desaprobación social hacia ellos.

De vez en cuando, una chica Seam se enamora de un agente de la paz y termina... Con un bebé, lo que también genera mucha desaprobación social en el Distrito 12. Pero nunca se habla de que el niño vaya al Capitolio. La mayoría simplemente son repudiados por el padre, quien luego es enviado a otro distrito.

“Llamarlos los Carreras todavía los hace parecer mejores.
—Que nosotras —dice Maysilee—. Tenemos que ponerles un apodo ridículo.

¡Insultos! ¡Excelente! —exclama Plutarco—. Barato, pero efectivo.

Pica, pica, Haymitchy. Sí. Barato, pero efectivo.

"Pero el apodo debería llamarlos estúpidos sin ser estúpido en sí mismo", continúa Plutarch. "Necesitamos un juego de palabras. Algo ingenioso, que rime o sea pegadizo. Pero no vulgar; esto es un programa para toda la familia".

Lanzamos palabras. Aduladores. Lameculos. Traidores. Pretendientes. Traidores. Aspirantes. Nada funciona del todo bien.

"Necesitamos una imagen que provenga de la vida real", dice Maysilee. "Eso es Por qué Neddie Newcomer se quedó con nosotros. Necesitamos algo que sea una copia pobre de otra cosa. Como ese edulcorante artificial que tenemos que usar en nuestros dulces cuando el azúcar real es demasiado caro. Pero peor.

"Leche en polvo", dice Wyatt.

"Cuero sintético", interviene Effie.

Pienso en la cerveza que venden en la tienda del Capitolio, líquida, agria y débil. El chiste es que ni un barril de eso emborracharía a tu abuela. "Casi cerveza", le digo.

Todos se ríen. El nombre en sí mismo es el chiste.

¡Oye, Carrera Cervecera Cercana! —dice Wyatt—. ¡Hasta rima!

"Creo que estamos en lo cierto", dice Plutarch. "Haymitch, ¿por qué no empiezas? Ya tienes el rollo del contrabandista. A la gente le encantó. Fue uno de los momentos más memorables de la noche".

Elaboramos una pequeña pieza donde Plutarco me pregunta sobre nuestros oponentes. Y yo respondo: «Bueno, allá en el Doce, donde conocemos nuestras bebidas» —me sacudo el polvo fingido de mi chaleco de copas de cóctel y continúo—, «simplemente las llamamos Carreras Cercanas a la Cerveza. Ya sabes, porque son pura espuma y nada de cerveza».

Jugamos con él y cambiamos «no beer» por «no kicker» para no repetir el primer «beer». Luego inventamos frases similares para variar.
Maysilee hace "Presumir y no presumir", ya que se trata de moda, y Wyatt se inventa un "Farole y nada de ases" de jugador. Lou Lou no está en condiciones de escribir su propia canción, estando acurrucada con la serpiente, así que decidimos usar el clásico "Ladrar y no morder". Wyatt la convence de decirlo, solo una vez, para la cámara. La serpiente enseña los dientes al "morder", así que es todo lo que necesitamos.

Plutarco parece genuinamente feliz, diciendo que podrá editar.
Los clips se unen para crear unas buenas propuestas. Suspira al mencionar las herramientas que fueron abolidas e incapacitadas en el pasado, aquellas consideradas destinadas a destruir a la humanidad debido a su capacidad de replicar cualquier escenario con cualquier persona. "¡Y en cuestión de segundos!" Chasquea los dedos para enfatizar su...

Velocidad. "Supongo que fue lo correcto, dada nuestra naturaleza. Casi nos exterminamos incluso sin ellos, así que imagínate. ¡Pero ay, las posibilidades!"

Sí, es increíble que estemos aquí. Dada nuestra naturaleza.

La serpiente de Lou Lou desaparece y estamos a punto de cazarla. Cuando Plutarch ve el reloj en la repisa y nos hace señas para que nos dirijamos a la puerta, dice: "No importa, no importa. Tenemos que llevarte a la cama. Mañana es el espectáculo". Mientras nos acompaña pasando por las Heavensbees, empieza a hablar de animar a todos a subirse al carro de nuevo, lo que, según él, se refiere a las ganas de unirse a algo popular, pero me recuerda a la Bandada de Covey dando vueltas en su carro, que era un carro de verdad.

Cuando llegamos a la camioneta que nos espera, Plutarch nos desea lo mejor a todos.

Todavía no sé qué pensar de él, pero quizá sí arriesgó su vida para regalarme unos últimos momentos inolvidables con Lenore Dove, y quizá, en la arena, su información resulte cierta. ¿Quién sabe si podría ayudarnos de alguna otra manera cuando comience el "espectáculo"? Una vez más, es mejor quedar bien con él.

Le ofrezco la mano. «Gracias por toda tu ayuda, Plutarch».

Satisfecho, lo acepta. "Bueno, soy despreciable en muchos sentidos, pero en esto estoy de tu lado".

Supongo que ya veremos.

De vuelta en el apartamento, Mags y Wiress tienen una gran cena esperándolos. Nosotros —carne asada con todos los acompañamientos—, pero no me cabe mucho en el estómago por culpa del nerviosismo. Nos felicitan por nuestras actuaciones y el maravilloso trabajo que hemos hecho con los recién llegados, aunque siento que la mayor parte del mérito es de otros. Al menos no lo he echado a perder.

Me siento bien hasta la hora de dormir, cuando Maysilee me dice: "¿Es verdad? ¿Que te vas por tu cuenta?

Al parecer, Wellie corrió la voz. "Tengo una, Maysilee. Me están buscando. Tú y Wyatt tienen muchas más posibilidades sin mí". No menciono a Lou Lou porque no creo que tenga ninguna posibilidad.

Wyatt asiente, considerando las probabilidades, sin duda. "Mi cabeza me dice que tienes razón, pero..."

“Confía en tu cabeza. Soy una mala apuesta para ti”. Me pregunto, si no fuera parte de la trama de la inundación, ¿sería tan desinteresado? ¿O me aferraría a la seguridad del grupo? No me hace feliz separarme de ellos. “Mira, ¿quién…?”

¿Sabe qué pasará ahí dentro? Puede que nos crucemos. Pero no puedo hacerte pagar por las decisiones que he tomado.

—De acuerdo —dice Maysilee—. Volvemos a donde estábamos en el tren. No nos queréis como aliados."

“No quiero a nadie”, aclaro.

Es solitario ser rebelde. Ojalá pudiera contárselo todo. Sobre el Trama. Sobre hablar con Lenore Dove. Sobre la advertencia de Snow y el sol naciente de Plutarch. Pero eso solo generaría preguntas y, en última instancia, causaría problemas, así que ahí lo dejo. No quiero a nadie.

Luces apagadas.

Lou Lou desaparece al instante y el resto de nosotros damos vueltas en la cama. Sigo soñando con Lenore Dove, y luego me despierto de golpe. La canción que lleva su nombre me resulta demasiado familiar. En ella, un hombre pierde al amor de su vida, Lenore, y se vuelve loco por extrañarla. Entonces, un cuervo enorme y viejo aparece en su casa y no se va, y cada vez que le pregunta algo, solo dice "Nunca más", lo que, como pueden imaginar, lo vuelve aún más loco.

“Dile a esta alma cargada de dolor si, en el lejano Aidenn, abrazará a
una doncella santa a quien los ángeles llaman Lenore; abrazará a una
doncella rara y radiante a quien los ángeles llaman Lenore”.
Dijo el cuervo: “Nunca más”.

Los ángeles, me dijo Lenore Dove, son humanos con alas que viven en un Un lugar llamado cielo. Algunos creen, dijo, que es un posible destino después de la muerte. Un mundo bueno al que puede ir la gente buena. Pero Lenore Dove es el ser alado que tengo en mente ahora mismo. Si hay algo después de la vida que estoy a punto de perder, ¿volveré a estar con ella? Como el chico de su canción, me encantaría saberlo. Pero el Cuervo no da la respuesta que ninguno de los dos quiere oír.



La noche parece interminable y demasiado corta. Estoy despierta, pero agotada, cuando Mags viene a despertarnos. Nos lavamos y nos ponemos nuestros viejos uniformes de entrenamiento, ya que no nos vestirán hasta que estemos en los corrales de la arena. Sé que Maysilee no está contenta conmigo por abandonar a los Recién Llegados. Como ofrenda de paz, le dejo en la mano el regalo de cumpleaños de Beetee, el paquete que convierte una patata en luz, mientras nos dirigimos a la cocina. Aunque ella no me reconoce, desaparece en su bolsillo.

Hay un gran desayuno caliente, pero Wyatt y yo solo podemos tragarlo. Unos bocados, se nos pega la comida en la garganta, y Maysilee solo quiere café. Lou Lou, en cambio, come una montaña de panqueques hasta la cabeza y puñados de tocino, confirmando que está demasiado mal para saber qué le depararán los próximos días. Es una bendición, supongo. Se ve tan indefensa sin su serpiente.

Wiress nos da consejos de último momento y luego parece apagarse. Mags nos abraza a cada uno y dice que, pase lo que pase, hemos sido extraordinarios. Sabe que al menos tres de nosotros no volveremos. ¿Qué más puede decir?

Se acabó toda pretensión. Nos impulsan hacia adelante, cada vez más rápido, Al inevitable momento en que suena el gong. Toda la preparación del homenaje — el vestuario, el entrenamiento, las entrevistas— fue solo una distracción de la verdadera agenda. Hoy algunos de nosotros moriremos.

Drusilla se deja caer por el apartamento para completar su última escolta oficial, tras asegurarse de que nos registran y nos suben a la furgoneta. No sé dónde guardó Maysilee el paquete, pero sale limpia. Una vez encadenados, una mujer con bata blanca y un juego de jeringas nos inyecta algo en cada antebrazo. No hace falta que nos diga que es nuestro rastreador, un dispositivo electrónico que permite a los Vigilantes encontrarnos en la arena.

"¿Qué pasa si ganamos? ¿Lo eliminan?", pregunta Wyatt.

“Los recogemos todos de los tributos, vivos o muertos”, dice la mujer. “Son reutilizables. Claro, este año necesitamos veinticuatro más”.

Gracias por recordárnoslo.

Drusilla está de pie en la parte trasera de la camioneta. "Muy bien, chicos", dice. “Trata de no avergonzarme.”

Maysilee se recompone una última vez. «Como si necesitaras nuestra ayuda».

Drusilla cierra la puerta de golpe.

Nos llevan a una especie de pista donde nos esperan media docena de aerodeslizadores. Nos suben a un compartimento sin ventanas y nos abrochan los cinturones en nuestros asientos frente al Distrito 11. Parecen tan aterrorizados como nosotros. Solo Lou Lou parece impasible. Ve el recuerdo que lleva una de las chicas, Chicory —una flor tejida con hierba— y se fija en él. Entonces empieza a hacer pequeños gestos con las manos mientras canta con voz entrecortada:

Flor ahí a mis pies Creciendo entre
el maíz La cosechadora está aquí, así
que agacha la cabeza Agacha la cabeza
Agacha la cabeza La
cosechadora está
aquí, así que agacha la cabeza Para ver otra
mañana.

Chicory reacciona sorprendida. Se dirige al resto de nosotros, ya que el estado mental de Lou Lou le impide responder. "¿Cómo sabe esa canción?
¿Lo cantas en Doce?

Como una autoridad en canciones en 12 en virtud del tiempo dedicado
Con Lenore Dove, muevo la cabeza.

“Esa es una canción de cosecha para niños”, continúa Chicory. “Esa es nuestra canción”. Mira el rostro de Lou Lou, intercambia una mirada con sus 11 tributos y luego canta:

Sinsajo en la rama

Lou Lou se apodera de la canción de inmediato.

Anidando en este manzano Es
tiempo de cosechar, así que
vuela,
vuela,
vuela, vuela. Es tiempo de
cosechar, así que vuela, vuela conmigo.

“¿Cómo lo explicas entonces?” nos pregunta Chicory.

"No lo somos", dice Maysilee. "No es nuestra. La nuestra está muerta y es la sustituta que nos enviaron. Probablemente sea de Once. Nuestros mentores lo creen, al menos". Parece que nunca le importa si el Capitolio la escucha.

Tile, el más grande de los 11 tributos, habla con voz tensa. "No lo hiciste".
¿Crees que valió la pena mencionarlo?

“No lo sabíamos con certeza hasta ahora”, dice Wyatt. “Solo estábamos tratando de cuidarla. ¿Importa de dónde la sacaron, del Once o del Doce? ¿No estamos todos del mismo lado?”

Lou Lou nos ignora a todos mientras intenta liberarse de sus cinturones de seguridad.

“¿Sabes quién podría ser?”, pregunto.

Chicory niega con la cabeza. "Somos un distrito grande. Y quién sabe cómo..."
—Cuánto tiempo lleva con ellos. —Se inclina hacia Lou Lou tanto como le permiten las correas—. ¿Niña? ¿Cuál es tu verdadero nombre? Si alguna de nosotras regresa, podemos contárselo a tu familia.

Lou Lou duda, intenta hablar, pero luego le agarra la oreja y suelta un grito. Wyatt le agarra la mano libre e intenta calmarla.

“Creemos que le pusieron algo en el oído para controlarla”, les dice Maysilee.

“Por eso querías que tuviéramos cuidado con lo que decimos”, dice Chicory, juntándolo todo. "Están escuchando". Se reclina en su asiento, su rostro

triste. “Quizás su gente la reconozca.”

No lo digo, pero tengo el presentimiento de que su gente murió hace mucho tiempo, y si están vivos, qué trágico para ellos verla solo para perderla de nuevo. La historia de Lou Lou no tiene un buen final.

Despegamos, lo cual sería increíble en otras circunstancias, pero aquí solo aumenta mi malestar. Todos se callan un rato, lo que me da tiempo para prepararme mentalmente. Debería estar planeando mi estrategia en la arena, pero no dejo de pensar en Lenore Dove, en cuánto la quiero, y me pregunto si ya estará en casa y cómo estará. Y en mamá.

Y Sid, Burdock, Blair y Hattie. Sin darme cuenta, ya estábamos descendiendo.

Al llegar a la arena, nos escoltan directamente desde una plataforma de aterrizaje interior hasta un pasillo. No puedo mirar hacia afuera, pero se siente subterráneo, y estoy seguro de que estoy en el Sub-A. Giro la cabeza de un lado a otro, intentando captar cada detalle del lugar mientras caminamos por un suelo de hormigón curvo. Hay una especie de tuberías a mi derecha y puertas espaciadas a mi izquierda, que empiezan con cuatro marcadas con el número 6 y suben desde allí. Cuatro del mismo número cada vez. 7, 7, 7, 7, 8, 8, 8, 8... Es una caminata larga hasta que llegamos a un 11 y dirigen a Chicory al interior. Perdemos al resto de nuestros 11 aliados y entonces un agente de la paz abre la primera puerta marcada con el 12.

Extiendo los brazos. Sin decir palabra, Wyatt y Maysilee se unen en un abrazo grupal. Lou Lou se acurruca en el centro del abrazo y nos aferramos, sintiendo el pulso, el sudor y la piel del otro. Dentro de diez minutos, ¿quién seguirá con el corazón latiendo?

Después de un minuto, un pacificador dice: "Vámonos".

Nos dirigimos a nuestras habitaciones, yo último. Antes de entrar, veo la puerta de al lado, al final del pasillo, con un 1. Un círculo de homenajes para la ceremonia de apertura.

Estoy solo en una habitación circular con un tubo transparente en el centro.
Mi plataforma de lanzamiento. Un conjunto de ropa cuidadosamente doblada reposa en una silla solitaria. Negra, como Maysilee sospechaba.

El intercomunicador cobra vida. Una voz me saluda: «Bienvenido a su sala de lanzamiento». En casa lo llamamos el corral. El lugar donde los animales esperan ser sacrificados. La voz indica: «Los tributos deben cambiarse a sus nuevos atuendos, cortesía del Capitolio». Cortesía del Capitolio. Mis pantalones cortos de saco de harina. Ma. Sid.

Me desnudo, tirando mi ropa de entrenamiento al suelo. Toda la ropa del estadio —ropa interior, camiseta de manga larga, pantalones— parece de las viejas.

Pañuelos de seda que Lenore Dove usa para realzar su vestuario. Fina y fresca, la tela resbala entre mis manos como agua. Hay un cinturón, pero no hay presillas en los pantalones, solo en la camisa suelta, así que me lo ajusto a la cintura. Es de material elástico y, en lugar de hebilla, se cierra con dos círculos metálicos que se entrelazan y se desabrochan con un giro rápido. Cuando termino de vestirme, siento las rodillas temblorosas y me dejo caer en la silla, escuchando los latidos de mi corazón. El estadio está a minutos de distancia. No recuerdo qué hacer. Oigo la voz de Wiress...

Primero evita la matanza,
consigue armas, busca agua.

Agua. Cierto. Se supone que debo ahogar el cerebro. ¿Qué?

Más instrucciones. «Tributos, por favor, entren a sus tubos».

Me levanto temblorosamente cuando el pomo de la puerta gira y Effie Trinket entra corriendo en la habitación. "¡Espera, todavía no! ¡Tengo que revisarlo!" Está blanca como una sábana. "Solo me enteré de que debía hacer esto en el desayuno", dice en voz baja. "Nadie pudo encontrar a Magno". Revisa rápidamente mi atuendo, ajustándose el cinturón. "¿Viste esto?" Me muestra que mis pantalones tienen un pañuelo en uno de los bolsillos, que dejo ahí.

—Gracias —consigo decir.

“Los tributos que no estén en sus tubos en treinta segundos serán disciplinados”, dice la voz.

¡Vamos! Effie me guía hasta el tubo y me coloca sobre una placa de vidrio. Coloca mi ficha fuera de la camisa.

El temblor de sus manos me permite pedirle un favor: “¿Harías
¿Estoy seguro de que mi ficha llegará a casa de mi chica?

Effie asiente y pone una mano sobre él solemnemente. "Haré todo lo que esté en mi mano". Lo mejor." Retrocede un paso y la puerta empieza a cerrarse. "¡Recuerda, Haymitch, no te rindas ni sesenta segundos!" Al cerrarse la puerta, da un puñetazo y añade: "¡Y mantén una actitud positiva!"

Me levanto, clavando la mirada en ella hasta que todo se vuelve negro, haciéndome perder la orientación. Mis palmas sudorosas rozan los lados del tubo de vidrio mientras intento estabilizarme. Entonces, el tubo se vacía y me tambaleo sobre mi plato cuando una ráfaga de aire me golpea la cara y la luz me ciega los ojos. Mientras se adaptan, arqueo las cejas con incredulidad al ver por primera vez la arena.

La belleza me quita el aliento.

"Damas y caballeros, ¡que comiencen los 50 Juegos del Hambre!" proclama un locutor.

Un ceño fruncido contrae mi rostro mientras la sospecha se instala. Es demasiado atractivo. Para ser bueno. La suave pradera verde que se extiende kilómetros en ambas direcciones. La variedad de coloridos pájaros cantores en lo alto, que combina con los penachos de alegres flores bajo los pies, que combinan con los atuendos de los tributos. Un cielo tan azul que lastima los ojos, nubes tan esponjosas que dan ganas de rebotar en ellas.
¡Y el olor! Como si hubieran embotellado el mejor día de la primavera y lo hubieran descorchado solo para nosotros.

Me tapo la nariz y empiezo a respirar por la boca para evitar el olor mareante. Intento examinar la brillante Cornucopia dorada en su nido de armas y provisiones que descansa en el centro del prado a cincuenta metros de distancia, pero una suave brisa me acaricia la cara y el canto de los pájaros me distrae pensando en Lenore Dove. También hay bosques aquí, como nuestro bosque del 12, a lo lejos, a mi izquierda. A mi derecha, una pequeña montaña con una corona de nieve. ¿Es ahí donde está el tanque? ¿Bajo la montaña?

Un conejo peludo salta a mi pie y mordisquea la hierba junto a mi plato; su pelaje gris pálido se tiñe de lila y rosa. Un tono paloma. Estoy intentando alcanzar el abrigo de seda cuando, de repente, el conejo se sobresalta y sale corriendo, haciéndome recobrar el sentido.

¡Concéntrate!, me ordena el cerebro. ¿Qué se supone que deberías estar haciendo?

Primero evita la matanza, consigue
armas, busca agua.

Bien. Tengo que conseguir armas y salir de aquí. ¿Pero hacia dónde tengo que correr? Hacia el norte. Beetee dijo que fuera hacia el norte. Y Plutarch dijo que el sol de la arena está posicionado como nuestro sol. ¿Le creo a Plutarch? Pienso en despedirme de mi familia y en cómo me cubrió con la jarra de leche y la llamada a Lenore Dove... Bueno, ¡qué demonios, sí! Wiress dijo que confiara en sus instintos, y los míos dicen que decía la verdad. Si no encuentro ningún terraplén, quizá lo reconsidere. Pero por ahora...

Son las nueve de la mañana y el sol sale tras la Cornucopia, justo enfrente de mí. Bueno, eso es este, oeste a mi espalda, eso hace norte a mi derecha. ¡No! A mi izquierda. Norte a la izquierda. Donde está el bosque, no la montaña. Son buenas noticias porque los tributos que se despliegan a mi derecha son en su mayoría profesionales, Silka en la siguiente placa, luego Panache y...

Otra chica y otro chico del Distrito 1, luego del Distrito 2, mientras que a la izquierda solo hay recién llegados. En general, el Distrito 1 está demasiado cerca para mi comodidad, pero querrán armas y bajas más que perseguirme, sobre todo si voy armado, y hay presas tan fáciles. Veo a Ampert y a los demás tributos del Distrito 3 entre los Distritos 2 y 4 y tengo que reprimir el impulso de correr a protegerlos. Ampert no querría que lo hiciera. Querría que me largara, encontrara un portal para perros y me reuniera con él cuanto antes. Él también irá al norte pronto.

Me concentro en una mochila de color verde primavera cerca de la cola de la Cornucopia. Puedo correr en diagonal directamente hacia él, agarrar algunas armas por el camino, o al menos un cuchillo, y con suerte irme antes de que alguien se dé cuenta. Podría funcionar; la gente parece bastante confundida. Veo que Panache gira la cabeza mientras un pájaro amarillo narciso se posa en su hombro y gorjea.

Entonces suena el gong y las suelas de mis botas nuevas se aferran a la hierba del prado mientras corro hacia la mochila. Apenas aminoro el paso, tomo una lanza con la izquierda y un cuchillo con la derecha, que uso para enganchar la correa de la mochila. Me permito una rápida mirada por encima del hombro, lo cual me basta para asegurarme de que los Profesionales llegan tarde a la fiesta; algunos todavía están ocupados, otros tardan en captar las armas y apenas llegan a ellas. Mientras me dirijo al bosque, miro a Kerna fijamente por un segundo, observo su girasol mientras se dirige hacia un arma. Y entonces corro hacia esos árboles lejanos.

Son solo unos momentos antes de que comiencen los gritos, pero me obligo a permanecer allí. En curso, sabiendo que ver a un tributo del Distrito 12 o a cualquier recién llegado a punto de morir podría arrastrarme a la lucha. ¿Era el grito de Lou Lou? Era de una chica, sin duda de una joven. No mires atrás, me digo. No te atrevas a mirar atrás.

Me duele el brazo derecho por el peso de la mochila, así que me tomo un momento Para asegurarlo a mi espalda y guardar el cuchillo con seguridad en mi cinturón. Con la lanza en la mano derecha, me dispongo a trotar a un ritmo que creo que puedo mantener durante el largo trayecto hacia el norte. La hierba del prado, que era corta y uniforme en la Cornucopia, crece a medida que avanzo, hasta que es lo suficientemente alta como para enredarme en las botas si no doy un paso alto, así que doy un paso alto y estoy atento a las serpientes. Solo veo flores, pájaros cantores y algún que otro conejo. Nada venenoso ni mortal.

Reviso la lista de verificación de Wiress.

Primero evita la matanza,

Haciendolo.

Consigue armas,

Los conseguí.

buscar agua

Todavía no puedo. No hasta que esté a salvo en el bosque y entonces tendré que irme al norte. Digamos que lo encuentro rápido. ¿Y luego qué?

Encuentra comida y dónde dormir,

No, demasiado pronto. Sigo evitando la matanza. Luego tengo que acercarme lo más posible al tanque y encontrar un portal para perros. Pero me siento bien con mi progreso.

Corro todo lo que puedo, luego bajo a paso de tortuga y uso mi lanza como bastón. La hierba me llega a la cintura. Más adelante, el bosque bordea la pradera en un suave arco. Los frondosos árboles, una mezcla de verdes con destellos dorados y naranjas, cargados de flores brillantes y fruta madura, prometen todo lo que busco. Sombra del sol abrasador, comida para saciar mi hambre, escondite de los Profesionales. El embriagador aroma a pino y flores que emana del bosque calma mi corazón acelerado. Encantador... tentador... estas palabras no le hacen justicia. Hay algo casi mágico en ello, como si una vez dentro de esos brazos frondosos, nada malo pudiera sucederte. Así deben sentirse los insectos en la planta nepenthes, justo antes de ahogarse.

Lo cual bien podría ser mi destino cuando el tanque explote.

Cuando llego a la línea de árboles, calculo haber recorrido unos tres kilómetros. Me subo a una gran roca para comprobar si hay tributos, pero la extensión de hierba parece vacía, tanto de aliados como de enemigos. Comienzan los cañonazos, lo que me avisa de que la carnicería en la Cornucopia ha terminado. Normalmente, disparan para confirmar cualquier muerte, pero al principio son tan intensos y rápidos que los Vigilantes esperan a que termine la matanza inicial. Los estruendos siguen sonando, resonando en mi columna vertebral, hasta que cuento dieciocho muertos. No sabré quiénes son hasta esta noche, cuando muestren los rostros de los tributos caídos en el cielo. Pero solo hay dieciséis Profesionales, así que los Recién Llegados no se han librado. Probablemente, muchos sean Recién Llegados.

Intento no pensar en quién, pero podría ser Maysilee o Wyatt o Lou Lou o Ringina o Ampert... ¿Y si ya han eliminado a Ampert?
¿Qué pasa con el plan entonces? Era un blanco fácil en esa gran zona de profesionales...
¡ No!, me digo. No. Es demasiado listo. Te encontrará. Simplemente haz tu parte del trabajo.

Me siento en la roca para recuperar el aliento y examinarme.
Mochila. Después de años acarreando grano para Hattie, puedo calcular con seguridad que pesa unos 11 kilos. Está hecha de una lona resistente y bonita con correas acolchadas. El verde primaveral debería combinar bien con los árboles. Dudo antes de abrirla —mi vida podría depender del contenido—, luego levanto la solapa y empiezo a preparar mis provisiones.

Una hamaca de malla, del mismo color que la mochila, protege unos binoculares de lujo. Dos bidones de plástico de un galón llenos de agua. Eso representa gran parte del peso. Una docena de manzanas. Una docena de huevos en una caja de cartón, que determino que están duros al girarlos. Y, por último, seis papas grandes, que me emocionan hasta que recuerdo que le di el kit de bombillas a Maysilee.
Bueno, ella y Wyatt tienen más posibilidades de que no los pillen haciendo trampa con las cosas de Beetee, ya que entre ambos tienen una moneda de zinc y un medallón de cobre. Con suerte, también habrán conseguido unas patatas. Para mí, probablemente sean la cena.

Siendo sincero, dado el tamaño de la mochila y su proximidad a la Cornucopia, esperaba algo mejor. Rebusqué en su interior para asegurarme de no perderme nada. Un bolsillo exterior añade un generoso paquete de pastillas negras del tamaño de una moneda a mi botín. Pienso que si las sumerges en agua, quizá se conviertan en un filete o algo así, pero un mordisco cauteloso echa por tierra esa teoría. Si no me equivoco, son las mismas pastillas de carbón que Abuelita compraba en la tienda de los March para su indigestión cuando comía demasiado. Una broma de mal gusto por parte de los Vigilantes, dado que ningún tributo corre el riesgo de comer en exceso. Seguro que ahora se están riendo de mi reacción. En fin. Quizá pueda usarlas de camuflaje o algo así.

Tomo un buen trago de agua y recargo mi mochila. No se permite comer hasta que... Me acerco a lo que hay disponible en el bosque. Luego me aseguro de tener la montaña justo a mis espaldas y me adentro en los árboles.

Es un alivio salir de la hierba del prado y pisar el suelo del bosque, hecho de tierra y cubierto de agujas de pino. Manchas dispersas de musgo esmeralda y un arcoíris de helechos añaden un toque decorativo. En pocos minutos, veo mi primer...

Berma, lisa y simétrica, con una gloriosa capa de ranúnculos. En eso Plutarco tenía razón. ¿Oculta un portal para perros callejeros? No tengo tiempo para comprobarlo ahora, y además, no estoy lo suficientemente al norte.

El bosque es tan perfecto como la pradera, lleno de cosas dulces y coloridas, pero cuanto más avanzo, más me enfurezco. ¿Ese árbol? Rebosante de manzanas. ¿Esos nidos? Llenos de huevos. Y abundan los arroyos con aguas cristalinas. Si está en mi mochila, es presa fácil. Probablemente podría cavar en cualquier lugar y encontrar patatas. ¿Acaso mi mochila era solo una broma?

Aquí estoy, cargando con veinticinco libras de más como un tonto.
Una parte de mí siente ganas de tirar el contenido al suelo, pero entonces tendría que perder el tiempo recogiéndolo todo de nuevo, así que sigo caminando con dificultad, observando los terraplenes a mi paso. Oigo dos cañonazos más. Veinte muertos ya. En unos Juegos normales, solo quedarían cuatro tributos con vida. Este año, quedamos veintiocho.

Cuando la sed me empieza a invadir, me detengo junto a un arroyo. Apoyando mi... Con la mochila apoyada en un árbol, recojo un puñado de agua helada. Es un poco metálica, pero no tanto como el agua de nuestro pozo en casa. Sin embargo, voy más despacio, porque beber agua fría en un día caluroso me puede dar dolor de estómago.

Mientras me apoyo en mi mochila, un conejo color paloma salta al otro lado del arroyo y se sirve un buen trago. Se sienta en la orilla, moviendo las orejas, lo que me recuerda que alguna vez he ayudado a Burdock a poner trampas. Sin embargo, no tengo alambre. ¿Y podría matar a una criatura que me recuerde a mi chica?

Estaba pensando en esto cuando el conejito empezó a chillar como un pajarito, se quedó rígido como una tabla y luego cayó muerto. Un hilillo rojo le tiñó el pelaje de la barbilla.



Veneno. Eso es lo que corre en este arroyo. Me presiono el estómago con la mano, notando que lo que creía punzadas de agua fría son demasiado fuertes y ardientes. Inmediatamente meto el dedo en la garganta y logro tragar un poco de ácido antes de recordar que esa no siempre es la mejor manera de lidiar con el veneno. Puede doler tanto al subir como al bajar. Un antídoto es lo mejor, como el que el presidente Snow llevaba en el bolsillo. Pero no tengo antídoto.

Rebusco en mi mochila algo que absorba el líquido tóxico. Algo esponjoso como pan, pero no hay nada parecido. ¿Sería eso lo correcto? El dolor se intensifica, así que trago un poco de agua limpia de la botella, con la esperanza de diluir el veneno, en vano. Mi respiración se entrecorta y el sudor me cubre la cara. Esto es todo, entonces. Cómo muero. No terminando los Juegos del Hambre, solo acurrucado en la tierra, envenenado como una rata. Vacio todas mis provisiones y busco una patata, lo más benigno que tengo, y acabo de darle un mordisco a su pulpa dura y crujiente cuando mis ojos se posan en las tabletas de carbón.

Es un día de otoño de hace unos años y nos hemos excedido con el calor. Sopa de pimienta. La abuela mastica sus pastillas, diciendo: «Sirven para lo que te duela el estómago. Fuego, viento o veneno». Pensé que los Vigilantes lo decían en broma, pero ¿quizás sean el antídoto?

Sin dudarlo, escupo la patata, abro el paquete y lo relleno. Un puñado de pastillas en la boca. Las muelo hasta convertirlas en polvo con los dientes, las trago y mido el estado de mi estómago. No hay cambios. Me trago otra media docena por la garganta. Esta vez, creo que empiezo a sentir algo de alivio. Sin previo aviso, escupo todo lo que había acumulado desde el almuerzo de ayer al arroyo. Me arrodillo a gatas, jadeando, goteando sudor y saliva. Todavía tengo náuseas, pero el dolor ha remitido. Por si acaso, me pongo una pastilla en la lengua y dejo que se disuelva. Mi espalda encuentra un tronco de árbol y me dejo caer sobre él, esperando a que mi corazón se calme.

Puede que no muera. No puedo morir. Todavía no. No antes de volar ese tanque por los aires. Al alejarme de la muerte, intento retomar el rumbo. Mis provisiones yacen a mis pies, desordenadas. Mis provisiones, inútiles y redundantes, que podría encontrar en cualquier

parte... De repente, me incorporo al recordar el consejo de Mags: «Busca pistas sobre tu arena. Los Vigilantes a veces ocultan pequeñas pistas sobre la naturaleza de la arena en su diseño».

Si el contenido de mi mochila son pistas, ¿qué están revelando? ¿Por qué toda mi comida y bebida serían presa fácil en la arena, a menos que...? Recojo el cadáver del conejo al otro lado del arroyo... a menos que no lo sean. A menos que cada bocado sea valioso, porque sus congéneres son venenosos.

En cuanto concibo esta posibilidad, sé que es verdad. Que las deliciosas manzanas en las ramas sobre mi cabeza son tan mortales como el agua cristalina. Y si eso es cierto, ¿qué otra comida y bebida aquí te matará? Probablemente todo. No es seguro probar nada que no provenga de la Cornucopia.

Mientras limpio mis provisiones y las reempaco con cuidado, pienso en los dos cañonazos que se dispararon después de la masacre. ¿Murió un profesional y un recién llegado, alertando así al resto de su alianza de la naturaleza venenosa de la arena? Me recuerda a los canarios que llevamos a las minas de carbón en el capítulo 12. Son los primeros en morir cuando hay gas letal cerca, advirtiendo a los mineros de un peligro inminente. Quizás ambos eran profesionales, porque apuesto a que Ampert y Wellie se habrían dado cuenta enseguida de que la comida en

Las manadas son una pista. Probablemente, si no hubiéramos formado alianzas tan estrechas, muchos más tributos estarían muriendo ahora. ¿Contaban los Vigilantes con eso? ¿Los hemos derrotado?

Cada bocado de comida limpia es invaluable. Vuelvo a pensar en el conejo, con o sin color de pelaje. Aunque ahora no tengo apetito, sé que luego me moriré de hambre, pero su barba ensangrentada me desanima. Lo último que necesito es ingerir más veneno. Lo que necesito es ir hacia el norte. Por desgracia, al ponerme de pie, me invade una oleada de náuseas y me aferro a mi lanza para mantenerme en pie. ¿Cuánto tardarán las toxinas en salir de mi organismo?

Tomo bocanadas profundas de ese aire finamente elaborado, que ya no me encanta. No es mortal, pero tampoco es fresco. Algo insalubre se esconde bajo el perfume. Recuerdo las miradas aturdidas en los rostros de los tributos mientras esperábamos el gong. ¿Nos drogó el aire? ¿Y contribuye a lo débil y enfermo que me siento ahora? ¿O es el agua la culpable? Supongo que no puedo dejar de respirar, así que me tambaleo hacia el norte.

No sirve de nada. Después de unos cientos de metros, me deslizo al suelo del bosque, vomito mi última pastilla de carbón y me hago un ovillo. Empiezan los escalofríos, que me recorren el cuerpo y me hacen castañetear los dientes con tanta fuerza que corro el riesgo de romperlos. Lo único que quiero es estar en casa, en mi cama, en 12, con mamá allí para cuidarme. Para darme sorbos de caldo de lomo de pollo, amontonar todas las colchas sobre mi cuerpo tembloroso y ponerme una almohada de plumas de ganso debajo de la cabeza. La idea de que mamá me esté mirando, incapaz de tocarme, me hace intentar parecer menos patético. Me obligo a incorporarme y secarme la cara mojada con el pañuelo.

No soy más que un blanco fácil. Necesito esconderme, pero como no hay senderos reales en el bosque, no puedo salir de uno. Allá no parece más seguro que aquí. Si un profesional me siguiera por el prado, no sería solo un blanco fácil, sería un blanco muerto. Confundido, busco la canción de Wiress:

Encuentra comida y dónde dormir,
Fuego y amigos pueden quedarse.

Ir al norte es casi lo mismo que encontrar un lugar seguro donde recuperarme. El fuego y los amigos tendrán que quedarse. Me pongo las botas y pienso en trepar a un árbol, pero estoy tan mareado que seguro me desplomo. Lo que necesito es tumbarme en algún lugar escondido. Me tambaleo un rato, desviándome un poco hacia el este, y me topo con un gran campo de arándanos.

Cargado de frutas del tamaño de cerezas. Obviamente, no puedo comerlas, pero los arbustos densos, sin espinas, me ofrecen refugio. Me tumbo boca abajo y me acurruco en la espesura, arrastrando mi mochila. En lo que considero el centro, coloco mi hamaca en el suelo y me dejo caer sobre ella, abrigándome con la malla de piel para entrar en calor. No puedo ver hacia afuera, así que espero que nadie más pueda ver hacia adentro. No importa, no voy a ninguna parte.

Durante varias horas, alterno entre escalofríos intensos y sudoración febril torrencial. El dolor me agudiza los músculos y siento la cabeza atrapada en una de las tenazas de Tam Amber. Me pregunto vagamente si algunos de mis compañeros tributos estarán sufriendo lo mismo. Ningún cañón ha disparado desde los dos que atribuí al envenenamiento. Es posible que otros yacen indefensos como yo, esperando a que el resto del veneno se libere. Sea lo que sea que haya sucedido, los Vigilantes no parecen estar liberando perros ni uniéndonos.
Después de veinte muertes en el primer día, somos recompensados con una pausa en el derramamiento de sangre. Nuestro desempeño ha sido satisfactorio.

Al anochecer, el himno resuena con fuerza en la arena. Me recupero lo suficiente para llegar al borde del huerto de bayas y alzo la vista para ver la bandera de Panem proyectada en el cielo. Es hora de las fotos conmemorativas de los tributos muertos, una rara pista de nuestra posición en los Juegos. Veinte hoy. Extiendo los dedos sobre la tierra, presionando uno por cada muerte. Después de repasarlos dos veces, se acabará y sabré qué tal les ha ido a los Recién Llegados.

Cuando aparece el primer tributo caído, registro el atuendo, verde moco, y sé que es una chica del Distrito 1. Carat, creo que se llamaba. Luego saltamos a Urchin, el chico del Distrito 4 que me derribó del carro con su tridente. Me alivia ver que el Distrito 3 se ha salvado, particularmente Ampert. Un chico y una chica en naranja del Distrito 5 elevan la cuenta de muertes de Profesionales a cuatro. Una de mis palomas, Miles, el chico que no podía respirar en la ducha, aparece a continuación, y mi corazón se hunde. Los Profesionales han terminado todos para el Distrito 5. Eso significa que las otras dieciséis muertes de hoy son todas de Recién Llegados. Observo cómo se desenrollan. Una segunda paloma, Velo del 6. Ambos chicos del 7. Los cuatro chicos del 8. Los cuatro del 9. Ambas chicas del 10. Tile, el chico del 11. El meñique de mi mano izquierda permanece levantado. Queda un tributo. ¿Es otro niño de 11 años o uno de los míos?

Wyatt. Wyatt Callow, cuya suerte se acabó. No puedo creer lo fuerte que me golpea, lo mucho que duele. Hace unos días, ni siquiera lo quería para...

Aliado. Pero no era un mal tipo, en realidad. Simplemente venía de una familia depravada. La simpatía del Distrito 12 será escasa.

¿Cómo van las apuestas, Sr. Callow? ¿Ganaron dinero con su chico hoy?

La mayoría de la gente no le diría esto, pero no impedirían que otro lo hiciera, por repelente que haya sido su comportamiento.

Me pregunto cómo murió Wyatt y de inmediato siento la certeza de que estaba protegiendo a Lou Lou, como nadie lo había hecho jamás. Incluyéndome a mí. Me escapé y dejé que todos los Recién Llegados se las arreglaran entre sí. Sé que tenía que hacerlo si quería llevar a cabo el plan de Beetee, pero desde luego no me siento bien.

Me invade la furia al pensar en el sacrificio de Wyatt y en cómo el Capitolio nos ha enfrentado a los tributos en esta arena de belleza venenosa. Los Juegos deben terminar. Aquí. Ahora. Cada muerte refuerza la importancia del éxito de la conspiración en la arena. «Concéntrate», me digo, y lucho contra la niebla mental. Recuerdo que los cuatro niños del 9 están muertos.

¿Consiguió Ampert encontrar un girasol antes de que el aerodeslizador recogiera sus cuerpos? Si no lo hizo, ¿qué podríamos hacer? Somos inútiles sin esos explosivos. Quizás incluso con ellos, pero sin ellos, sin duda.

El cielo se oscurece. Se acabó el espectáculo. Me arrastro de vuelta a mi hamaca, abrazo mi mochila y me quedo dormida temblando.

Cuando me despierto tarde por la mañana, me encuentro con la mirada fija en un par de ojos verdes límpidos. Uno de los conejos grises se ha refugiado entre las zarzas y se ha agazapado a pocos metros de mí. Quizás sea un conejo normal que fue arrojado a este lugar espeluznante y está tan asustado como yo. Podría estar acostumbrado a los cuidadores humanos y me encontró porque tiene hambre y ha descubierto que todas las plantas, la hierba y todo lo demás son tan venenosos como el agua. Me vendría bien un compañero inteligente. Saco una manzana, le doy un mordisco y la coloco con cuidado delante de mi nuevo amigo. Al cabo de un rato, se acerca rápidamente, mueve el hocico y empieza a mordisquear. Me doy cuenta de que es una forma de comprobar si las manzanas de mi mochila son tóxicas, lo que me hace sentir un poco mal, ya que, en cierto modo, les debo algo a los conejos. Al que me despertó en mi plato, al que sacrificó su vida en el arroyo para advertirme. Espera, ¿digo que sabía que el agua era venenosa y decidió protegerme? ¿Que este conejito haría lo mismo? Bueno, bueno, sé que les doy demasiada importancia. Pero aun así, no quiero que uno de mis últimos actos sea eliminar a un aliado, sobre todo a uno color paloma.

Por suerte, no se muere y me zampo la manzana, que sabe de maravilla y me ayuda a evaluar la situación. Así que ayer murieron veinte. Cuatro profesionales. Dieciséis recién llegados. No son buenos números. Aunque no soy Wyatt, puedo calcular que antes teníamos el doble de recién llegados que profesionales, y ahora estamos casi a la par. Puede que seamos más listos, pero nos están arrasando con la fuerza bruta. Me temo que la teoría de Ampert no se sostiene muy bien en la práctica. Aunque quizá ahora que ha terminado la masacre, la inteligencia y la unidad de los recién llegados les den una ventaja.

"Encuentra a Haymitch."

“¡Ah!” Mi cabeza se estrella contra una maraña de ramas de bayas ante la voz susurrante.

"Encuentra a Haymitch."

Un par de pequeñas manos se envuelven alrededor de mis botas y el rostro de Lou Lou, salpicado de sangre seca y suciedad, se materializa sobre ellas.

“Lo encontré”, dice ella.

El conejo sale corriendo y tengo que resistir el impulso de seguirlo. ¿Lou Lou? Ella no forma parte del plan. ¿Cómo me encontró? ¿La están rastreando?

De repente, mis arbustos no parecen nada seguros. "Hola, Lou Lou", dije. —Digo, intentando sonar tranquilo—. ¿Estás solo? ¿Están los demás contigo?

"Montaña."

¿Solo nosotros entonces? ¿Todos los demás se fueron a la derecha después de que yo corriera a la izquierda?

Lou Lou me tira de las botas para que la siga y sale a rastras de entre los arbustos. Sin saber qué encontraré, salgo con el cuchillo y la lanza listos, pero nuestro entorno parece tranquilo y desierto. Quizás ambas manadas fueron a la montaña.

Una rápida evaluación del área inmediata resuelve el misterio de cómo me encontró. Rompí varias ramas mientras excavaba en la espesura y, para mi vergüenza, mi pañuelo se enganchó en una y cuelga ahí como un cartel de bienvenida. La ilusión de haberme camuflado con éxito es absurda. Tuve suerte de que no apareciera ningún Profesional. Incluso la apariencia de Lou Lou es un problema para un granuja empeñado en ganar. Pero dije en mi entrevista que los Recién Llegados estaban "cien por ciento seguros conmigo". Y supuestamente es de mi distrito. Supongo que puedo cuidarla, al menos hasta que aparezca Ampert y tenga que volar el tanque. Entonces esa será mi única prioridad.

Lou Lou mira fijamente un manzano y canta en voz baja para sí misma:

Sinsajo en la rama Anidando en este
manzano Es hora de cosechar,
así que vuela lejos Vuela lejos
Vuela lejos
Es hora de
cosechar, así que vuela lejos
Vuela conmigo.

Ella extiende la mano para coger una manzana y yo le agarro la mano. "No, no, esas no. Esas son las manzanas podridas. Tengo una buena aquí. Saco una bonita y brillante manzana roja de mi mochila y la acomodo en el suelo con ella. No lleva mochila ni provisiones. Como siempre, ataca su comida con voracidad. Va a ser un trabajo de tiempo completo mantenerla alejada de la fruta mortal. Es un milagro que haya llegado tan lejos. Supongo que el prado estaba a salvo, y tal vez no vio la fruta en la oscuridad. A juzgar por la suciedad en su ropa, pasó un tiempo durmiendo en el suelo.

Pelo un par de huevos duros para nosotros. Considero preguntarle sobre Wyatt, pero es muy probable que haya presenciado su muerte, quizá incluso lleve su sangre, y no quiero que se enfade. "¿Quién te dijo que me buscaras, Lou Lou?"

Se toca la oreja mala. "Encuentra a Haymitch".

Eso me detiene en seco. ¿Los Vigilantes? ¿Por qué la enviarían a buscarme? No puede ser por ninguna buena razón.

“Asesinos”, añade Lou Lou, mientras se rasca la sangre seca de la mejilla.

Se termina el huevo y, sin preguntar, se termina el mío también. Empieza a hurgar en mi mochila y saca una patata. Se la arranco con cuidado. «Para luego. Para cenar». Pero la dejo beber hasta saciarse, temerosa de que se meta en un arroyo en cualquier momento. Ya está drogada y con el cerebro lavado; no necesito que también esté enferma. Sin duda, su llegada ha trastocado mis planes. No sé si podré hacer mi parte con ella, pero no puedo dejarla sola en el bosque para que la masacren los profesionales. Como dijo Wyatt, ahora es nuestra. Para bien o para mal, forma parte de la misión de la inundación.

Le mojé el pañuelo y le limpié la cara. «Vamos», le dije. "Vamos a encontrar tu serpiente."

Esta sugerencia la anima y se pone de pie de un salto. Usando el sol para orientarme, la guío hacia el norte. Tengo dos tareas que realizar.

Antes de encontrarme con Ampert, lo cual podría ocurrir en cualquier momento. Primero, necesito encontrar una roca chispeante y confirmar que puedo encender fuego con mi pedernal. Luego, tengo que localizar un portal mutt, probablemente bajo un terraplén, que servirá de entrada a los túneles.

Mientras caminamos, estoy atento a las posibles rocas. Flint... Sería lo mejor, pero Lenore Dove dijo que cualquier tipo de roca brillante serviría. El suelo del bosque parece estar desprovisto de rocas, pero siento que he visto algunas... el patrón de piedras de colores... brillando a la luz del sol... ¡el arroyo! Eso es. Cuando me daban arcadas, recuerdo las piedras brillantes guiñándome un ojo. Pero el agua... será venenosa. ¿Podría arriesgarme a meter la mano y coger una?

Cuando Lou Lou muestra demasiado interés en un frambueso, lo distraigo. Le doy otra manzana y me escabullo hacia un arroyo cercano. Con la punta de mi lanza, desprendo varias piedras del lecho y las deslizo hasta la orilla. Las limpio con hojas, les echo un poco de agua limpia, las seco con palmaditas y las recojo. Vuelvo con Lou Lou justo a tiempo para evitar que saquee el arbusto. Le doy trozos de la patata cruda que mordí ayer y me como algunos para calmar mi malestar estomacal. No tardamos mucho en terminarla.

Las rocas se secan rápidamente con el sol del mediodía y se las doy a Lou Lou. Para sostenerla, enfatizando la importancia del trabajo, pero en realidad para mantenerla ocupada. Después de desatarme el percutor de pedernal del cuello, lo ahueco entre mis manos, dejando que los rayos de sol se reflejen en las cabezas de pájaro y serpiente. Me permito un momento con Lenore Dove, imaginándola en la pradera entre su bandada de gansos o viéndome en el antiguo televisor que Tam Amber logra mantener en funcionamiento. No en la plaza, donde cualquiera puede reunirse para ver enormes proyecciones de los Juegos, sino en privado, en la curiosa y torcida casa de Covey. Sus tíos le han prohibido salir. Angustiada, pero ilesa, invicta, intacta y a salvo en casa.

Considero fingir que he descubierto que he traído un pedernalero a la arena, pero como ya he recogido las rocas, me parece una farsa. En cambio, decido redoblar la apuesta por el bando del bribón y admitir que les he tendido una trampa a los Vigilantes. Un bribón, no un rebelde. Solo un embaucador que intenta ganar los Juegos.

"¿Ves esto, Lou Lou?", le digo. "Este es nuestro boleto a una comida caliente. Empecemos con esa roca rosa".

Lou Lou saca la piedra rosada de nuestro alijo y la pone en mi mano abierta. Agarro el percutor de sílex con la otra y le doy un golpe, pasando el borde de acero del percutor por la superficie de la piedra. Nada. Después de tres intentos más, sé que es un fracaso. "Verde", le digo a Lou Lou. Pero está tan opaca como la primera. A medida que avanzamos por la pila, mi corazón comienza a hundirse. ¿Y si no hay una roca brillante en toda la arena? Cuando se lo mencioné a Beetee, dijo que "posiblemente" la hubiera. Pero nunca regresó y dijo que no había ninguna, lo que me llevó a asumir que encontraría una. Si no, todo el asunto se acabó, y tengo que esperar a que Snow me mate.

Ella coloca la última piedra, un cristal largo y grisáceo, frente a mí. ¿Cuarzo, quizás? Le doy un golpe feroz, apartando la roca por si acaso. Saltan chispas, lo que me avisa de que hemos encontrado una con vida.
Lou Lou aplaude y yo resoplé aliviado. «Papas al horno esta noche», le prometo con una sonrisa.

Como no nos atacan los perros de inmediato, supongo que los Vigilantes han decidido dejar pasar mi travesura. Le da un toque inofensivo a los Juegos. Apuesto a que mis patrocinadores también me están enviando dinero. Como Mags y Wiress saben que ahora tengo que alimentar a Lou Lou, espero que sea suficiente para algo que complemente nuestras papas.

Lou Lou da un bostezo tremendo y, sin más, se acurruca como... Un gatito y se queda dormido. Es tan rápido que me pregunto si los Vigilantes la están drogando otra vez, pero quizá no ha descansado mucho aquí. Intento despertarla, sacudiéndole el hombro ligeramente, pero solo frunce el ceño y murmura algo. ¿Y ahora qué? No puedo cargarla, no en estas condiciones, y no puedo abandonarla. Supongo que ahora es un momento tan bueno como cualquier otro para hornear esas patatas...

Primero, necesito hacer una fogata. Deambulo por ahí, sin alejarme nunca mucho de... Lou Lou, recogiendo las agujas de pino, leña menuda y ramas pequeñas más secas que encuentro. Esta es una estrategia que me enseñó Hattie: Evita la madera verde o húmeda para minimizar el humo. No sirve de nada señalar que estás infringiendo la ley, aunque todo el mundo lo sepa perfectamente.

Por el camino, tengo la oportunidad de examinar algunos de los terraplenes. Los montículos parecen uniformes, de unos dos metros y medio de diámetro, sesenta centímetros en la corona y perfectamente circulares. Sin embargo, cada uno tiene su propia flor, identificada por una pequeña placa de latón en la base, muy similar a la etiqueta de la mansión de Plutarco. Dado que este es el jardín de los Vigilantes, probablemente no sea prudente confiar.

Eso, pero leí las placas de todos modos, esperando encontrar pistas. Azafrán, lirio tigre, pensamiento. Intento no pensar en lo que hay debajo de algunos de ellos, esperando para atacarme.

Una me llama la atención: el jardín de los Covey tiene una maravillosa mezcolanza de plantas con flores, desenterradas del bosque a lo largo de los años y plantadas frente a su casa sin ningún orden aparente. Desde finales de marzo hasta noviembre, se puede contar con que al menos una flor o arbusto esté en flor, y Lenore Dove suele llevar algunas flores en el pelo cuando actúa. Eso sí, nunca de la planta de gas. «Demasiado peligroso», me dijo, y luego me demostró por qué, tocando con una cerilla encendida un tallo de flores de color púrpura pálido. Siguió un silbido de llamas, que desapareció con la misma rapidez, dejando las flores intactas. «¡Imagínate si eso me pasara en la cabeza!», dijo riendo.

Usando trozos de cartón de mi huevera, consigo encender una llama pequeña bastante rápido. La avivo alimentándola con agujas de pino y ramitas hasta conseguir un fuego de verdad. Casi no hay humo, así que la mantengo viva con infusiones de madera seca. Pasa aproximadamente una hora antes de que tenga suficientes cenizas para asar las patatas. Pongo tres en las brasas y me siento a esperar.

Un estruendo lejano me alerta de que otro tributo ha muerto.

Veintiuno ya se fueron, quedan veintisiete. ¿Carrera? ¿Recién llegado? No tengo forma de saberlo hasta esta noche.

Cuando las patatas se ablandan, despierto a Lou Lou y hacemos un trabajo rápido. De ellos y un par de huevos más. Me siento mucho mejor, como si el resto del veneno se hubiera absorbido, y ella tiene los ojos brillantes después de su siesta. Considero apagar el fuego, pero decido que el agua es demasiado cara, así que lo dejo arder, algo que Hattie jamás permitiría. El fuego está ardiendo, decía, pero si este incendia la arena, yo digo que mejor no.

Soy más optimista tras mi éxito con el percutor de sílex. Ahora, a buscar mi berma. Son tan numerosos que no me imagino que todos oculten un portal para perros que conecta con un túnel Sub-A. Beetee dijo: «Haz todo lo posible por localizar un portal para perros rastreando a los perros que regresan tras un ataque». Como aún no he identificado ningún perro, sigo avanzando hacia el norte para encontrar posibles candidatos.

Lou Lou cree que buscamos su serpiente, lo que capta su atención y la mantiene trotando delante de mí a un ritmo razonable. A medida que avanzamos hacia el norte, casi me olvido de ella, preocupado por revisar los alrededores en busca de peligros y repasar mis técnicas de colocación de bombas del nivel 12. Fuego a mecha, mecha a detonador, detonador a explosivo...

Su grito de alegría me devuelve de golpe a la arena. Se lanza hacia un montículo cercano cubierto de flores escarlatas. No sé por qué esta, ya que ha visto las demás con indiferencia. La persigo, pero llega primero al montículo, abriéndose paso entre la vegetación, aplastando puñados de hojas y hundiendo la cara en las flores rojas. Veo la placa y me relajo un poco. Conozco esta planta, reconozco su ligero aroma a menta. Incluso he ayudado a Burdock a recolectar algunas para que Asterid las convierta en medicinas en la botica. Bálsamo de abeja. Una planta curativa. Crece silvestre en nuestras montañas y Lou Lou también la reconoce claramente.

El pan con semillas, el humo de las velas y ahora estas flores, todo De alguna manera, deben transportar a Lou Lou de vuelta a casa. La abuela decía que los olores se quedan grabados en la memoria con más fuerza que los sonidos o las imágenes. ¿La sopa de frijoles y codillo de jamón no me hizo retroceder a los 12 años?

La respiración de Lou Lou es tan profunda que empieza a jadear y, bien... Con recuerdos o sin ellos, decido que es hora de sacarla de allí. Dejo mis cosas en el suelo y justo la abrazo por la cintura cuando empieza a toser. Después de sacarla del terraplén, se sienta sobre sus talones y emite un sonido de ahogo. Un polen amarillo la cubre de pies a cabeza y, pensando que es alérgica a la melisa, humedezco su pañuelo y empiezo a limpiarla.

—Respira, Lou Lou —le digo para tranquilizarla—. Son solo flores. Pero Nada es nada en esta arena, y cuando la sangre comienza a correr por sus ojos, su nariz, su boca, lo último recordándome a nuestro querido presidente, sé que estoy equivocado.

—¿Lou Lou? —grito—. ¡Lou Lou, aguanta!

Ella se derrumba contra mí y la acuno en mis brazos mientras... Comienzan las convulsiones. No puedo hacer nada más que observar, indefenso de nuevo. Justo como lo estaba para salvar a Louella. Por un instante, las dos se fusionan, Lou Lou y Louella. Es solo una niña con coletas a la que conozco de toda la vida, y haría lo que fuera para evitarle esto.

Su piel comienza a tornarse azul. "Basta", les ruego a los Vigilantes. Ellos Podrían acabar con esto con solo pulsar un botón. Dejarla inconsciente como hicieron en la entrevista, esta vez inyectándole una dosis letal de sedante a través de su bomba. Ahórrale esta muerte tortuosa. Pero su agonía continúa, llenándome de furia. "¡Basta!", grito. "¡No es tu juguete!"

Mis dedos encuentran la bomba escondida debajo de su camisa y la rodean. Con un tirón poderoso, la libero.



El cañón dispara para confirmar su muerte mientras su cuerpo queda inerte. Quienquiera que fuera Lou Lou, ya pasó página. Su cuerpo delgado y hambriento yace en silencio, finalmente fuera del alcance del Capitolio. Me inclino y le susurro al oído afligido. Un mensaje personal para los Vigilantes. «Tú le hiciste esto. Así eres». Y entonces, para Lou Lou, le digo lo que ya no puede decir.
"Asesinos."

En respuesta, aparece un aerodeslizador, esperando a que me haga a un lado para poder... recoger su cuerpo.

Lou Lou no estará en la colina conmigo y Louella. No pueden enviar dos cadáveres al Distrito 12 sin exponer su incompetencia. Entonces, ¿adónde irás, pequeña? ¿De vuelta al 11? ¿A suelo del Capitolio? ¿O incinerarán tu cuerpo sin dejar rastro? Sea como sea, el mío será el último toque de alguien que se preocupa por ti.

La idea de que las manos del Capitolio se deshagan de ella me enfurece. Y al igual que mi Louella, no puedo entregarla sin luchar. La levanto en mis brazos y me dirijo a una zona con los árboles más densos que puedo ver. ¿Me están mostrando al público? ¿Pueden presenciar mi negativa a entregar a Lou Lou? ¿Tengo...?

¿Los espectadores del Capitolio pegados a la pantalla? ¡El granuja se ha fugado con su compañero de distrito, otra vez! ¡Hará que los Vigilantes lo persigan! Risas de alegría, llamadas a amigos, ¿lo están viendo?

El cuerpo de Lou Lou es notablemente más ligero que el de Louella. La ferocidad que le daba peso se ha desvanecido. Localizo un grupo de sauces y me agacho en el centro, vislumbrando el aerodeslizador sobre mis cabezas. Una garra desciende, se enreda en las copas de los árboles, se retira y hace un segundo intento.

No pueden alcanzarnos. Por el momento está a salvo.

A medida que mi respiración se calma, me doy cuenta de que estoy cayendo en el juego de Snow. Este es exactamente el comportamiento que me han prohibido, y habrá repercusiones. Mortales. Pronto. Y habré perdido mi oportunidad de volar el tanque. ¿Cómo salvar este momento? ¿Sacar a Lou Lou y saludarlos con un pícaro "es broma"? ¿Bajarla al suelo, correr a esconderse? ¿Quedarme quieto, esperar a que la garra se abra paso y luego, amablemente, colocarla en sus fauces?

La indecisión me inmoviliza. Los Vigilantes parecen inmovilizados como

Bueno. El aerodeslizador permanece estático, con la garra retraída. Un punto muerto. Nos esperamos mutuamente. Sería pacífico si no fuera por la inminente sensación de peligro.

Viene en forma de una mariposa azul brillante. Casi del mismo azul eléctrico de los trajes del Distrito 3. Navega entre las ramas de los sauces y se posa en una rama cercana. No puedo apartar la vista del patrón de diminutos rayos dorados que decoran sus alas. Luego, otro aterriza sobre mi cabeza. Y un tercero, en el dorso de la mano que acuna el rostro ensangrentado de Lou Lou. Como a cámara lenta, un aguijón desciende, una pequeña chispa salta de mi carne al hacer contacto, y una punzada de dolor me ciega. Un grito involuntario me sale de los labios; Lou Lou se ha desplomado en el suelo. Recupero la vista justo a tiempo para ver una segunda mariposa acercándose a mi rostro.

Mi mejilla explota con lo que ahora puedo reconocer como una descarga eléctrica, como si las mariposas tuvieran mini tasers en sus aguijones. Una de las bellezas de Snow.

Un pánico puro me consume; lo único que sé es que no quiero que me piquen nunca más. Salí del cenador de sauces y dejé a Lou Lou en manos de los Vigilantes.

Cientos de mariposas, que salpican los árboles, cobran vida y me atacan. Corro hacia el bosque, sin pensar en nada más que en escapar, pero me persiguen en enjambre. No con el movimiento de ebriedad que asocio con las mariposas de casa, sino en línea recta. Me balanceo y me muevo, intentando esquivarlas, pero siguen picándome, cada una dejándome paralizado por un instante. No basta con tener...

Dejé a Lou Lou; estas cosas están empeñadas en torturarme. Se trata de un castigo. Lo más público posible.

No estoy muy seguro de cuánto dura esto, parece interminable, como si estuviera perdiendo la cordura, cuando caigo de bruces en un banco de flores. Temeroso del destino de Lou Lou, me levanto de un salto, dejándome caer en un montón junto al banco, limpiándome la cara frenéticamente. Pero no es la melisa, son las plantas de gas. Mientras una nube de mariposas desciende, tengo una idea. Tras sacar mi pedernal y la piedra del bolsillo, empiezo a hacer chispas, lanzando lluvias de ellas hacia las flores. Llamas de metro y medio brotan de las plantas, envolviendo a las mariposas y lamiendo mi pecho, antes de desaparecer. La pechera de mi camisa brilla unos instantes, como un lecho de brasas, luego vuelve a ponerse negra, aparentemente a prueba de fuego. Unos cuantos esqueletos crujientes caen flotando, pero el ataque ha terminado. Los rezagados se alejan volando como locos, la imagen de la inocencia.

Yazco en el suelo, jadeando, examinando mi cuerpo en busca de heridas. No hay absolutamente nada: ni una ampolla, ni un rasguño. Solo el recuerdo del terrible dolor. Aprieto los labios contra el pedernal, esperando que Lenore Dove me vea, que sepa que es un agradecimiento por salvarme de los perros.

¡Los perros! ¡Ya está! ¡Es mi oportunidad de seguirlos hasta su berma! Sin embargo, no salto: el reciente ataque me ha devuelto algo de sentido. Por una vez en la vida, sé inteligente, creo. Hazlo, pero no arruines el plan de la arena. ¿Por qué iba a estar persiguiendo mariposas mestizas? Solo hay una respuesta: represalia.

Una rama cercana se incendió cuando las plantas de gas ardieron. La separo del árbol y salgo disparado en dirección a las mariposas. Cuando vislumbro un destello azul, sé que voy por buen camino. Otros veinte metros de carrera por el bosque me llevan a un terraplén cubierto de arbustos en flor. Se ha abierto como si estuviera sobre rieles, dejando un abismo de dos metros de ancho justo en medio del círculo. Las mariposas se abren paso perezosamente hacia él. Para beneficio de los Vigilantes, me enfurezco contra ellas, agitando mi antorcha como un loco, incinerando a una media docena cuando noto que el terraplén empieza a cerrarse. Como en un último intento, me abalanzo sobre el último perro y logro encajar la rama entre los bordes de la trampilla. Se cierra de golpe, aplastando la madera, pero dejando una abertura de un octavo de pulgada en la juntura. Finjo no darme cuenta y me dejo caer junto al terraplén. El letrero dice... Bueno, no lo olvidaré.

Pienso en volver a buscar a Lou Lou, pero sé que se fue hace tiempo. En cambio, regreso a la melisa, con cuidado de no inhalar.

demasiado profundo, y recojo mis cosas. Todavía no hay señales de nadie más.

Mi piel puede ser tan suave como el trasero de un bebé, pero estoy nervioso por... Las múltiples descargas me han dejado agotado por hoy. Sin embargo, he cumplido con mis dos tareas: hacer fuego y encontrar un terraplén para perros. Las sombras se alargan, lo que significa que necesito empezar a buscar dónde dormir, consciente de que mi pésimo escondite de anoche debe mejorarse. Ya no estoy mareado, así que elijo un árbol grande con follaje denso cerca del arbusto de las mariposas y trepo unos nueve metros por las ramas. Instalo mi hamaca entre dos ramas robustas, asegurándome de que si una cede, tendré un tenedor para sujetarme. No me lo recomendaron en clase, pero no me siento lo suficientemente seguro como para volver a dormir a ras de suelo. Hambriento, como tres huevos y un par de manzanas. Seguro que mis padrinos permitirán que mis mentores repongan mi despensa pronto. A través de los árboles, el atardecer brilla dorado, luego con el naranja del carbón encendido, antes de desvanecerse, dejándome en la oscuridad.

Al sonar el himno, me coloco para tener una vista despejada del cielo. El primer homenaje. Más mocos verdes. El chico del Distrito 1 que no es Panache. Luego Lou Lou, en la foto con su serpiente. Me pregunto si, en algún lugar de Panem, algún familiar o compañero de juegos la reconoce como realmente es. Los McCoy deben saber que es una impostora. Seguro que sí. Ahora mismo, deben estar llorando y preguntándose dónde ha ido su querida niña. Al menos esa es una conversación terrible que me he ahorrado.

Cinco carreras desaparecidas. Diecisiete recién llegados. Quedamos veintiséis.

El bosque se tranquiliza. Una clara luz amarilla de luna se filtra entre los árboles. Sinceramente, creo que soy el único a este lado de la arena, pero nunca se sabe. Me pregunto cómo estará Maysilee —solo quedamos los dos de las 12— y si habrá alguna posibilidad de volver a verla. Es curioso extrañar a Maysilee Donner, pero ahí está.

Agradecido de no roncar, me dejé caer en un sueño sin sueños.

Algo me despierta de golpe, y veo un paracaídas con un bulto considerable atrapado en las ramas iluminadas por el sol sobre mi cabeza. El regalo de mi primer padrino. Lo desenredo, lo pongo en mi regazo, respiro hondo —¡ahora mismo podría contener cualquier cosa!— y luego lo abro. Una docena de panecillos blancos aún calientes del horno, un bloque de queso naranja y lo que parece una botella de vino, con su propia copa de cristal de tallo largo. Esto me arranca una sonrisa. Destapo la botella y la huelo. Zumo de uva. Seguro que le costó un ojo de la cara a alguien. Habría sido más sensato beber agua, ya que estoy a punto de beberme mi primer galón, pero no me quejo. El zumo de uva es un gran capricho.

Casa, reservada para cumpleaños y ponche de bodas. ¿Quién la envió? ¿La señora de las orejas de gato? ¿El hombre al que le escupí? ¿La tía abuela Mesalina? Ahora mismo, ni me importa.

Inclino la botella sobre mi elegante copa, admirando cómo el jugo llena el tallo y luego la copa. Con una sonrisa cómplice, la levanto en un brindis y digo: "¡Gracias, mis compañeros del Capitolio!". Luego doy un sorbo lento, aliviando mi sed. Está tan lleno de sabor, no solo por el sabor, sino también por los recuerdos felices que evoca, que tengo que contenerme para no engullirlo. Acompañado de un par de panecillos frescos y un trozo de queso graso, me revitaliza lo suficiente para afrontar el día.

Mientras desayuno, repaso por qué, desde la perspectiva de los patrocinadores del Capitolio, creo que me he ganado este costoso regalo. Escapé de la masacre con provisiones y armas, sobreviví al envenenamiento, hice fuego, cociné comida, quemé algunas mariposas y encontré un árbol para dormir. Conclusión: Soy bastante ingenioso y, sin duda, lo suficientemente egoísta como para ganar.

Me preocupa que los distritos me tengan en mala opinión por abandonar a los Recién Llegados. Intentar salvar a Lou Lou podría haber ayudado. Y si destrozo la arena, supongo que seré bienvenido de nuevo en el 12. No es que volver a casa sea una posibilidad. Aun así, quiero que Sid pueda mantener la cabeza en alto y que no se avergüence de mí para siempre.

Como he acampado cerca de mi berma, no tiene sentido viajar a ningún lado. No tengo nada que hacer más que esperar a que Ampert llegue con su mecha simbólica y el explosivo de girasol del Distrito 9. Estoy bastante agotado por los días 1 y 2 de los Juegos, así que me quedo en mi hamaca, atento a las mariposas. A primera hora de la tarde, empiezo a inquietarme. Deberíamos haber ideado un mejor plan de encuentro. El bosque es profundo y extenso; podríamos perdernos fácilmente. El extremo norte aún podría estar a kilómetros de distancia. Algo que recordar cuando baje por ese túnel. Puede que aún me quede un largo camino por recorrer antes de llegar al tanque.

Decido ir a buscar a Ampert.

Mientras recogía mis provisiones y envolvía cuidadosamente mi copa en la hamaca, encontré los binoculares y los probé. Eso me inspiró a subir más alto y a comprender mejor el terreno. Cerca de la copa del árbol, que se alza sobre la mayoría, podía ver a gran distancia. Me impactó de nuevo la belleza del lugar: el idílico bosque, la extensión uniforme de la pradera, el pico nevado que ahora se alza bajo el arco de un arcoíris brillante. Calculo que la montaña estaría a unos ocho o nueve kilómetros.

Ahí es donde el resto de los chicos presumiblemente se están cazando entre sí. Tan diferente de aquí, donde me enfrento exclusivamente a los Vigilantes. El mar de árboles continúa detrás de mí, pero parece reducirse a un punto en la distancia. Es imposible determinar con exactitud a qué distancia está, ya que todo empieza a verse un poco borroso. ¿Indica eso que es el final de la arena?

Me giro de nuevo para ver el prado de nuevo y veo un poco de azul eléctrico cerca de la Cornucopia, avanzando hacia el bosque. ¿Ampert? Preocupado por no verlo entre los árboles, desciendo y me dirijo al prado, con la esperanza de interceptarlo. Por el camino, hago pequeñas y discretas muescas en las bases de los árboles con mi cuchillo, dejando marcas para mi regreso. Retroceder me llevará más lejos de mi objetivo, pero necesitaré a Ampert conmigo, de una forma u otra.

Cuando llego a la línea de árboles, me subo a una roca y observo el prado. A través de mis binoculares. Es Ampert, sí, a una milla de distancia, caminando pesadamente hacia mí. La expresión de su rostro, tan sombría y triste, forjada por los últimos días horribles, me recuerda que lo he tenido más fácil que a la mayoría. Alrededor de su cuello veo dos fichas de girasol, una manchada de sangre. Al menos se ha librado de ver morir a sus propios compañeros de distrito, ya que no ha aparecido ninguno en el cielo. Apuesto a que no ha comido mucho y lo necesitaré alerta para el bombardeo de tanques... ¿Preparo unos sándwiches?

Espera un momento... Una vez más, ¿qué estoy haciendo? ¿Por qué el granuja...? Tras huir de los Recién Llegados, ¿vio a Ampert y regresó al límite del bosque? Esto es diferente de Lou Lou; ella me encontró. Mi comportamiento parece sospechoso. Como si lo hubiera estado esperando todo el tiempo. No creo que esto le importe al público, pero ¿qué pensarán los Vigilantes? Les dije que solo buscaba mi propio beneficio. ¿Qué pudo haberme atraído de vuelta a Ampert? La respuesta no pueden ser explosivos. ¿Qué prolongaría mi supervivencia? Tengo mi propia comida, agua, tabletas de carbón y armas. ¿Qué puede ofrecerme Ampert?

Lo único que no tengo mucha es información. Sé quiénes están muertos... pero ¿quién los mató y cómo? ¿Qué armas tienen los profesionales? ¿Han descubierto algo para comer y beber aquí que no sea venenoso? A excepción de Lou Lou, he estado solo, y ella no era exactamente una fuente de información.

Bueno, entonces. Este sinvergüenza quiere una actualización.

Engreído. Defensivo. Sarcástico. Amable con los demás recién llegados. Soy... Canalizo todas estas cosas para presentar un personaje consistente al público, pero cuando llega Ampert, me abraza y yo le devuelvo el abrazo y le digo: "Hola, amigo". Me sorprende lo pequeño que se siente, porque es un chico muy decidido. Pero solo tiene el tamaño de Sid y está muy asustado. Ni siquiera el cerebro más brillante puede pensar en cómo salir de estar atrapado en la arena.

—Los Recién Llegados te necesitan de vuelta —dice—. Me enviaron a buscarte.

Bien. Por eso los Vigilantes pensarán que está aquí.

"Hablamos de esto. Mi puntuación de uno me hace peligroso", digo para que el público lo note. No quiero que mis dones se agoten por estar evadiendo mis deberes de recién llegada. Además, Sid necesita saber por qué los abandoné.

Lou Lou salió corriendo. Entonces la vimos en el cielo.

“Un buen ejemplo”, digo, alejándome de él. “Ella me encontró y…

Ya está muerta. No vimos venir las flores venenosas.

“¿Esos también son venenosos?”, pregunta.

“Al menos el bálsamo de abeja. Las plantas de gas me resultaron útiles cuando las necesitaba. Para asar unos perros mariposa. Los Vigilantes los enviaron tras de mí.

¿Tienes hambre? —Asiente con fuerza—. ¿Qué te parece un intercambio? ¿Algo de comer a cambio de una actualización sobre la montaña?

Preparé un gran picnic sobre la roca: panecillos, queso, huevos, manzanas y un Una copa de jugo de uva para él. No lo interrumpo mientras devora la comida, bastante seguro de que no ha comido mucho aquí. Ni siquiera lleva provisiones, solo un hacha en el cinturón y un sombrero de hojas. Cuando termina, se limpia la boca y suspira. «Ojalá hubiera podido compartir eso con los demás. Los profesionales se llevaron la mayor parte de la comida».

“¿Cómo están?”, les pregunto.

Es duro. Ya hemos perdido a diecisiete. Todos menos Lou Lou en la masacre.

“¿Nadie fue envenenado?”

"Oh, varios de nosotros lo hicimos. Pero Wellie se dio cuenta de que todo era... Envenenamiento casi inmediato. Y la mochila de Hull tenía una botella grande de jarabe antídoto. Ninguno de nosotros murió por envenenamiento.

—¿Jarabe? Tenía esto. —Saco las pastillas y se las enseño—. Si no, yo también me habría ido.

Debió ser terrible. No había nadie que te cuidara.

Me encojo de hombros. Entonces tengo que preguntar: "¿Wyatt?"

Ampert mete la mano en su bolsillo y me pasa la ficha de Wyatt. Panache lo mató. Y a otros cinco. Con una espada. Maritte es vil con el tridente. Silka usó un hacha, afilada como una navaja, y vi... —Su voz se quebró.

Ya me hago una idea. Pero Maysilee está bien, ¿verdad?

—No lo sé. Se separó de nosotros durante la masacre. Aunque no la he visto en el cielo. Supongo que sigue en la montaña, igual que el resto de los Recién Llegados. Hemos estado intentando mantenernos unidos, como habíamos planeado. Los Profesionales nos siguieron hasta allí.

Un pensamiento despreciable me cruza la mente: que Maysilee se ha unido a los Profesionales. Entonces recuerdo lo combativa que fue con Silka desde el primer encuentro y me avergüenzo. Examino el collar que tejió para guardar con seguridad la moneda de Wyatt. Pasó la mayor parte de sus horas de entrenamiento ayudando a los Recién Llegados a exhibir sus fichas con orgullo, cuando podría haber estado aprendiendo habilidades para protegerse. Sea lo que sea, Maysilee Donner no es una renegada.

Le digo a Ampert: “Dondequiera que esté, está causando problemas a los Profesionales. Puedes contar con eso”. Cuando engancho la ficha de Wyatt alrededor de mi cuello, es como tenerlo a él y a Maysilee conmigo.

Por un rato, Ampert y yo nos quedamos sentados, dejando que la brisa nos refresque, contemplando la hermosísima pradera perfumada con flores, escuchando el canto de los pájaros. Me sirvo otro vaso de jugo, que nos pasamos. Cada sentido está siendo atendido, cada elemento está diseñado para calmar. Nos envolvemos en suaves placeres mientras enfrentamos la muerte.

“¿Entonces no volverás?”, pregunta Ampert.

No serviría de nada. Soy un imán para perros. Y, desde luego, no soy buen amante de las flores.

¿Al menos puedes enseñarme el bosque? Tenemos que bajar de esa montaña, pero nadie sabe si aquí es peor.

Si eso es lo que quieres. Pero no puedo prometerte que te protegeré de los Vigilantes.

Ampert se ríe un poco. «Qué cosa más graciosa. ¿Quién podría decirlo?»

Cuando terminamos el jugo, lo llevo al bosque. Que le haya dado el tour es la excusa perfecta, la verdad. No es que obtenga mucha información aparte de "Cuidado con el arroyo, es venenoso. Y la fruta. Y

Esas flores de allá también. Básicamente, podría haber dicho que todo es venenoso y dejarlo ahí. Pero hago de guía. Le muestro los terraplenes con la melisa y las plantas de gas, dejando el arbusto de las mariposas para el final. "Aquí es donde se fueron las mariposas. Las que no quemé hasta dejarlas crujientes".

Lo veo mirar la rama, pero solo dice: "¿Crees que es seguro estar cerca de su casa?"

Hogar. Él lo llama su hogar. ¿Será porque extraña tanto el suyo? Doce años... apenas mide un metro y medio... su voz aún no ha cambiado. Si yo extraño mi hogar, ¿cómo será para él?

"Bueno, la verdad es que no creo que haya mucha gente en casa", digo. "No quedaban muchos. No más de los que podemos controlar. Y no te matan cuando pican, solo te dan una descarga desagradable. Tuve docenas y estoy bien. Así que probablemente sea más seguro que muchos lugares, ya que tienden a espaciar a los perros". ¿De verdad? Quizás. Pero al menos explica por qué deberíamos estar cerca de la berma.

¿Podría descansar aquí un poco, crees?

Miro sus ojos hinchados. "Claro. No tengo planes para esta tarde". Le preparo una cama con mi hamaca y se revuelve un poco, luego se queda dormido. Mirándolo, no puedo evitar pensar que todos los pequeños parecen acabar conmigo. Louella. Lou Lou. Ampert. No puedo mantener a salvo a ninguno. ¿Por qué se me acercan en masa?

Cuando Ampert se haya sumido en un sueño profundo, comenzaré mis preparativos. Para el bombardeo, recogí el doble de madera y agujas de pino que ayer. Será un trabajo nocturno, y el fuego es mi responsabilidad, tanto de la iluminación como del encendido. Como mi linterna mariposa aguantó bastante bien, me aseguro de cortar algunas ramas más de lo que considero el mismo tipo de árbol. Para no desperdiciar combustible, preparo la fogata, pero no la prendo. Nada de patatas esta noche. Se las dejo a Ampert, que tiene más posibilidades de sobrevivir a nuestra misión.

Si hago esto bien, reviento el tanque y provoco una inundación, probablemente... Me sacará. O sea, dos metros de mecha no dejan mucha escapatoria. Si la explosión no me mata, seguro que el agua lo hará.

Me consuelo con el pensamiento de que cualquiera de esas muertes será mucho más amable que cualquier cosa que el Capitolio pueda idear para mí si de alguna manera logro salir con vida de Sub-A.

Esperar algo mejor podría ser peligroso; podría cegarme ante la realidad de mi situación. Recuerdo cómo Mamá siempre decía: "¿Dónde

Hay vida, hay esperanza. Pero desde mi punto de vista, la esperanza se parece mucho al licor blanco. Puede engañarte a corto plazo, pero probablemente acabarás pagándola dos veces.



Al anochecer, enciendo el fuego. Ampert se despierta y tostamos pan con queso, y luego lo comemos con manzanas. Dice que no quiere volver con los Recién Llegados en la oscuridad y que planeamos que se quede a pasar la noche. Entre las llamas parpadeantes, recuerdo cómo mi camisa ni siquiera se carbonizó en el incendio de la planta de gas. Ampert se quita un calcetín y lo sumerge en el fuego, donde brilla un buen rato antes de que los dedos empiecen a derretirse. Parece una pista. Quizás sea protector, pero ¿de qué? Solo he visto una berma de planta de gas. La ropa sugiere que podría arder cualquier cosa.

Como inspirado por la fogata, Ampert dice que le gustaría intentar atrapar algo de comer para compensarme por la comida. Su ficha se ha enredado con los dos girasoles del Distrito 9, así que los quita a los tres a la vez y los deja en el suelo. Separa su mecha y dice: «Quizás pueda hacer una trampa con esto. ¿Pero crees que los animales son venenosos?».

"Quizás no los conejos", le digo. "Vi morir a uno por beber agua —parecía tan susceptible como nosotros. Claro, podrían ser portadores de la fiebre del conejo.

"¿Qué es eso?"

—Enfermedad. No la quieres. Pero si la cocinamos bien, podría ser segura. —Todo esto es solo palabrería para engañar a los Vigilantes. No estamos atrapando conejos. Ni cocinando su carne. Ni siquiera contando con estar aquí para el desayuno—. Vale la pena intentarlo.

Ampert empieza a desenrollar su ficha, enrollando simultáneamente la mecha negra en su mano. Al llegar al final, mete disimuladamente en las bobinas algo que debe ser el detonador. "Lo intentaré mañana por la mañana. Puedes quedarte con lo que prenda". Su mirada se posa en los girasoles. "¿Quieres un girasol? Apuesto a que a Nueve le gustaría que llevaras uno. Tú eres la razón por la que estaban en la alianza".

“Fue realmente Maysilee quien los convenció”, respondo. “Deberías haberlos visto plantarle cara a Panache. Pensó que les hacía un gran favor al permitirles unirse a los Profesionales, y lo despacharon así como así”. Chasqueo los dedos y sonrío al recordarlo. “Sí, me pondré uno. Fueron buenos aliados”. Me cuelgo el girasol ensangrentado del cuello.

Empieza el himno, pero esta noche no aparecen caras.

—Somos veintiséis todavía —digo.

Ampert se abraza las rodillas. "¿Podemos quedarnos un rato junto al fuego? No me gusta la oscuridad".

Aunque necesitamos el fuego para la trama, esto suena cierto. Ampert pone Con cara de valiente, pero puedo imaginar qué imágenes lo acechan después de la masacre. "Podemos dormir aquí si quieres. No creo que el árbol nos sirva a los dos. Podemos turnarnos para vigilar", le digo. "Anda, descansa un poco más".

“¿Puedo tener un poco de agua?”

Le doy la jarra llena y bebe unos cuantos tragos.

—Despiértame cuando hayas tenido suficiente —dice Ampert—. Estaré listo. Toma un último trago de agua y se acuesta.

Me deja a mí la decisión. "De acuerdo", le digo. "Que tengas dulces sueños". En pocos minutos, estará durmiendo o haciendo un buen papel. Me mantengo alerta, con la lanza apoyada en las rodillas, esperando el momento clave para usarla y abrir la berma. Me alegra que esa sea su función, en lugar de quitarle la vida a alguien. Si salgo de los Juegos sin matar a nadie, será una victoria en sí misma.

Me despido de mis seres queridos. Burdock y Blair. Hattie. Ma y Sid. Y por último, Lenore Dove, mi chica excepcional y radiante. Intento no ser...

Asustada. Me digo a mí misma que todos tenemos que morir algún día, y me tocó a mí. En cierto modo, me reconforta saber que mucha gente que conozco se ha ido antes que yo. Papá, mi abuela, los gemelos, Louella, Wyatt, Lou Lou y muchos de los recién llegados. Quizás Lenore Dove tenga razón, y me reúna con ellos, y algún día con ella, en otro mundo. O quizás no haya nada, en cuyo caso, no me dolerá. Sobre todo, no lo sé.

La oscuridad se profundiza, el aire se enfría y cuando creo que ya pasó Medianoche y el público se ha acostado, dejando a un puñado de Vigilantes a cargo del espectáculo. Enciendo una antorcha. Agachándome, toco el hombro de Ampert y le digo en voz baja: «Oye, amigo, vamos a superar esa adversidad».

Ampert se pone de pie de un salto y me pone la mecha enrollada en la mano. "Tienes sesenta segundos", susurra. A esto le sigue el explosivo, que se siente suave y pegajoso como masilla y ha sido moldeado en un bloque. Ese último trago de agua fue bien aprovechado. Guardo los materiales en el bolsillo y, sin más conversación, cruzamos hacia el terraplén. Él sostiene la antorcha mientras yo clavo la punta de mi lanza en la grieta de la rama que dejé atrás ayer. Usando todo mi peso corporal como palanca, separo los lados del terraplén. La boca bosteza, luego comienza a cerrarse, pero no antes de que encaje la lanza entre los labios, manteniendo la escotilla abierta de par en par. A un lado, una escalera de mano desciende hacia las profundidades.

Un zumbido mecánico de protesta viene desde abajo.

Ampert me pasa la antorcha. "Aquí estaré".

Parece tan joven, parado allí bajo la luz parpadeante, armado sólo... Con un hacha que dudo que sea lo suficientemente fuerte para blandir. Deslizo mi cuchillo en su cinturón, le despeino como a Sid y le digo: «Mi mejor aliado». Me dedica una sonrisa torcida y salto a la escalera. Con una linterna en una mano, empiezo a bajar. Siento los pies rígidos y torpes sobre los delgados peldaños. «Derecha, izquierda, derecha, izquierda», les indico. Un metro y medio, tres, seis, seis metros más abajo, aterrizo en el cemento de un pasillo estrecho y giro a la derecha, que parece ir hacia el norte. Troto con la ayuda de mi linterna y las tenues luces que brillan a lo largo del suelo.

No he ido muy lejos cuando me doy cuenta de que la pared interior a mi izquierda no es una pared en absoluto. Metal... acanalado... cada pocos metros, una gota de agua, con forma de lágrima, está estampada aproximadamente a la altura de los ojos. Este debe ser el lateral del tanque de agua, y de hecho es enorme, extendiéndose desde el suelo de hormigón seis metros hasta el techo. Las gotas se extienden hasta donde alcanza la vista en ambos lados.

¿Para qué necesitan tanta agua? ¿Acaso pretenden convertir toda la arena en un lago? Dudo, intentando evaluar el punto más efectivo para colocar el explosivo. Entonces me doy por vencido y lo lanzo unos metros por debajo de la gota justo frente a mí. ¿Qué importa, en realidad, dónde se daña el tanque? Con un movimiento de muñeca, desenrollo la mecha y la deslizo entre mis dedos, manchándolos de negro, hasta que encuentro el detonador. Menos mal que presté atención en clase. Coloco el detonador en el explosivo y me preparo. No hay mejor momento que el presente. Introduzco mi soplete en el extremo de la mecha, observo cómo la llama consume los primeros centímetros, dejando solo un rastro tenuísimo de ceniza, y corro como un demonio. Sesenta segundos y contando.

Ciento uno, ciento dos, ciento tres . . . Conteo el tiempo mentalmente mientras mis pies resuenan sobre el hormigón. La escalera aparece a la vista y aparto la rama, pues me frena y confío en que Ampert me estará esperando arriba con una segunda antorcha. Sé que quizá sea más prudente aceptar mi muerte ahora, pero hay algo en una persona que quiere vivir. Aunque solo sean unas pocas horas más. Ciento veinte, ciento veintiuno ... Además, hay que pensar en Ampert. Quizás aún pueda ofrecerle algo de protección.

Los oigo antes de verlos. Un delicado gorjeo, parecido al de un pájaro, con chillidos ocasionales. Sean lo que sean, no suenan amenazantes. Estoy más perplejo que alarmado. Quizás una bandada de pájaros cantores se ha escapado y vuela libre en Sub-A, como hacen los pájaros en las vigas del establo de caballos del carro. Al tocar el primer peldaño de la escalera, levanto la vista justo a tiempo de ver el rostro de Ampert iluminado por la linterna. Entonces, un remolino de color oscurece su imagen y desciende en espiral hacia mí.

Unas alas transparentes tiñeron todos los colores del arcoíris que destellaba sobre mí. Captan la luz del fuego, haciéndolos brillar como los caramelos duros del escaparate de los Donner en un día soleado. Sería digno de admirar, salvo que cada par de alas de un metro de ancho tiene una cara feroz y dos patas traseras con garras curvas de diez centímetros. Mutaciones de murciélagos genéticamente modificadas.
Diseñado para hacerme trizas en ensalada.

Estas criaturas no han escapado de una jaula; son un regalo del Capitolio.

Ciento treinta y seis, ciento treinta y siete... "¡Haymitch!", oigo gritar a Ampert. "¡Atrápalo!"

Suelta la antorcha, que dispersa la formación de murciélagos por un segundo, y de alguna manera logro agarrarla. Con mi mano libre, empiezo a escalar.

Escalera, agitando el fuego sobre mi cabeza. Pero estas no son mariposas, fáciles de encender y destruir; son mamíferos vigorosos que pueden cambiar de dirección en un instante. Evitan mi antorcha y empiezan a arañarme, asestando dolorosos golpes en los hombros y la espalda, haciéndome sangrar. Debo escalar, sin embargo, porque el tiempo apremia y si no estoy en la superficie, me ahogaré seguro.

No lo lograré. He perdido la cuenta, pero pienso que en cualquier momento el tanque explotará y el agua no tendrá adónde ir salvo a este pasillo. Le doy un último golpe a los murciélagos, conectando con el que tiene las garras hundidas en mi muslo, y lanzo la antorcha a sus caras malvadas. Busco a tientas mi cinturón, desengancho las anillas entrelazadas, lo enrollo alrededor de la barandilla de una escalera y aseguro el cierre. Me abrazo a la escalera, agarro las piernas y me aferro con todas mis fuerzas, respirando hondo. Unos cinco segundos y tres arañazos de murciélago después, ensordecido por chirridos y silbidos, creo que he cometido un error. Me he equivocado al colocar el explosivo, o la cápsula no funcionó, o un Vigilante ha llegado a tiempo de arrancar la mecha de la masilla. Una explosión ensordecedora casi me tira de la escalera y estoy totalmente...

Sumergido en el agua. Una negrura gélida me envuelve y me arranca un brazo. Sin el cinturón, estaría perdido, pero de alguna manera, recupero el equilibrio y me aferro a los barrotes con todas mis extremidades, con los ojos cerrados para protegerme de la corriente. Después de lo que parece una eternidad, la corriente amaina lo suficiente como para desabrocharme el cinturón y continuar mi ascenso. Para entonces, el ardor en los pulmones ha relegado todos los demás miedos a un segundo plano. Con las piernas libres, me arrastro por la escalera. Estoy a punto de desmayarme cuando mi rostro emerge a la superficie. Entre grandes bocanadas de aire, me ahogo y atraganto el cubo de agua que logró abrirse paso, a pesar de mis mejores esfuerzos.

La buena noticia es que los murciélagos han desaparecido; espero que se ahogaran en la primera ola. Además, el agua ya no tiene el sabor metálico del arroyo. Creo que no se molestaron en envenenar ese tanque enorme, sino que atacaron los arroyos uno por uno, así que las heridas de mi perro han quedado limpias y sin problemas.
Vaso medio lleno.

Cuando logro controlar mi respiración y los temblores, llamo a Ampert. Sobre mí, a la tenue luz de la luna artificial, veo la lanza que aún mantiene abierta la berma, pero ni rastro de él. Algo no anda bien. No me dejaría a mi suerte. Cuando llegó la ola, ¿tuvieron tiempo los murciélagos de escapar por la berma y atacarlo? Parece improbable que incluso ellos pudieran volar tan rápido, ya que el agua llegó casi al mismo tiempo.

Con el auge. ¿Y entonces qué le ha pasado? ¿Carreras? ¿Ataques de los Vigilantes?

Subo la escalera tan rápido como me lo permiten mis músculos congelados. Al llegar a la superficie de la arena, observo el bosque, que brilla suavemente con la luz de la luna y el fuego. Nuestro campamento sigue igual que lo dejamos, con mi mochila y la hamaca arrugada en el suelo. Ni rastro de Ampert, pero tampoco de lucha. ¿Qué lo ha llevado a abandonar su puesto?

Arranco la lanza del borde. Los labios intentan cerrarse, pero se han dañado, y terminan en una especie de mueca floral. Llamo en voz baja: "¿Ampert?
“¿Ampert?” No hubo respuesta.

Tengo la audición rara por el agua o la explosión, pero un sonido llega a mis oídos, apenas distinguible del zumbido nocturno habitual del bosque. Animal, pero distinto al de los murciélagos. No es un chirrido, sino un parloteo, proveniente de múltiples bocas. Agarro la hamaca, la enrollo alrededor de mi antebrazo izquierdo, pensando que una red podría ser útil, y me arrastro hacia el parloteo. El sonido se intensifica, poniendo mi piel de gallina, pero sigo adelante hasta llegar a un pequeño claro circular.

Los árboles rebosan de vida. Distingo a cientos de criaturas parecidas a ardillas, pululando con sus preciosos pelajes dorados, con los ojos brillando como si estuvieran iluminados desde dentro. Adorables en cierto modo, pero demasiado hiperactivos, saltando de rama en rama, rechinando sus largos dientes frontales rectangulares con agitación.
Perros callejeros. Solo se detienen para emitir agudos gritos de roedor hacia un grupo de sus camaradas en el centro del claro. Los más audaces luchan con fiereza, lanzándose contra el montón, alejándose unos a otros con potentes cuartos traseros. Uno vuela por los aires y aterriza a mis pies.
Antes de que se levante de un salto, veo un trozo ensangrentado de tela azul eléctrico enganchado en sus incisivos, y todo se aclara. Perros carnívoros.
Desgarrando a Ampert.

Le prometí a Beetee que no lo dejaría sufrir. Lanzando mi hamaca
Alcancé mi máximo tamaño, grité y me lancé hacia el montón. La hamaca atrapó los cuerpos peludos, y la acerqué bruscamente, logrando derribar una o dos capas de perros. Luego giré mi lanza para usarla como garrote y la blandí por el montículo una y otra vez, alejando a las ardillas. Me preparé para su ataque, para el inevitable desgarro de mi carne, pero no sucedió nada.

En el momento en que uno se libera del montículo, se sumerge de nuevo. Están programados para Ampert, y solo para Ampert. Su mirada, su olor, su sabor.

Estoy perdiendo, estoy perdiendo la pelea, lo estoy perdiendo. Lo sé, pero No queda más que seguir balanceándose. Ni siquiera vislumbro a Ampert, solo cuerpos peludos retorciéndose luchando por un pedazo de él. Finalmente, como si alguien tocara un silbato, audible solo para ellos, cientos de cabezas se alzan y giran al unísono hacia un amo invisible. Se desata una carrera desenfrenada, y en segundos las ardillas desaparecen entre el follaje.

Jadeando, los veo desvanecerse. Luego vuelvo a lo que debo hacer. Presenciar. Un pequeño esqueleto blanco, despojado hasta los huesos. No queda carne ni ropa, solo un hacha a su derecha y mi cuchillo a la izquierda. Mis labios se mueven, pero no emiten sonido alguno. "¿Amigo?" Me tambaleo hacia adelante, viendo su rastreador, encajado justo debajo de su codo. No hay nadie a quien consolar, a quien ayudar a salir de este mundo. Ampert ha sido absorbido por el Capitolio, y su ataúd solo contendrá estos huesos blancos como perlas.

Un cañón dispara.

En algún lugar, el corazón de Beetee se rompe en fragmentos tan pequeños que jamás podrán repararse. El mío late como un tambor mientras una ola de ira lo invade. Mi cabeza se inclina hacia atrás y emito un aullido que rebota en el cielo artificial y resuena por toda la arena. Quiero matarlos a todos: a Snow, a los Vigilantes, a todos los habitantes del Capitolio que han participado en esta atrocidad. Pero están a salvo, fuera de mi alcance, así que dejo caer mi lanza, agarro el hacha y empiezo a destrozar la arena, decidido a desmantelarla pieza por pieza: los árboles, los arbustos de bayas, los nidos de pájaros, mientras rugen sonidos inhumanos.

Estoy destrozando un montículo de campanillas cuando la tierra empieza a temblar con tanta fuerza que caigo sobre un banco de musgo. Me hundo los dedos en el musgo y me mantengo en mi sitio mientras ramas y escombros me llueven encima. Cuando la tierra se asienta, grito al cielo: "¡Ja! ¡Fallaste!".
Me pongo de pie de un salto y empiezo a correr entre los árboles como un salvaje. ¡Aquí sigo! ¡Aquí sigo!

Al llegar tambaleándome a nuestro campamento, diviso el terraplén y me doy cuenta de que algo mucho más grande que simplemente atacarme está sucediendo. La boca se abre y se cierra espasmódicamente, lanzando ráfagas de flores al aire. En los árboles que hay detrás, una manada de adorables cervatillos corre frenéticamente, encabritándose para mostrar sus pezuñas puntiagudas que cortan ferozmente el aire. Un manzano se ha transformado en una fuente de chispas azules, y nubes de vapor se elevan de un arroyo cercano. Todo ha adquirido una cualidad inquietante y onírica. O la arena está fallando o he estado lamiendo sapos.

Con miedo a la esperanza, levanto lentamente la vista para ver el cielo nocturno, que se entrecorta como una mala señal de televisión. Una descarga de estática me deslumbra, y de repente, estoy mirando directamente al cielo real. Una bocanada de aire fresco me llena los pulmones, y la luz de la luna ilumina el caos. ¡Funcionó! ¡Lo logramos! Yo, Ampert, Beetee, el Distrito 9 y un montón de gente de la que nunca había oído hablar... ¡Hemos inundado el cerebro! ¡Hemos destrozado la arena!

Este es mi póster. Justo aquí. Lanzo un grito de victoria salvaje y giro.
gritando: "¿Querían una fiesta? ¡Les daré una fiesta!"

Relámpagos, un trueno retumba. Bailo alrededor del terraplén,
Gritando lo primero que se le viene a la mente a todo Panem. Una canción demasiado peligrosa para cantar...

Cuelgan al hombre y azotan a la mujer que roba
el ganso del terreno comunal, pero dejan suelto al
villano más grande que roba el terreno
comunal del ganso.

Extiendo mis brazos a las estrellas, las estrellas de Sid, todas nuestras estrellas.

La ley encierra al hombre o a la mujer que
roba el ganso del terreno comunal.
Y los gansos seguirán teniendo una carencia
común hasta que vayan y la roben.

Doy saltos y grito: "¡Lo recuperamos! ¡Lo estamos recuperando!"

Finalmente, caigo de rodillas, arqueo la espalda, extiendo los brazos y me abrazo al cielo. Pero se vuelve completamente negro, tan repentino como si alguien hubiera accionado un interruptor. Un zumbido sordo emana del suelo del bosque. ¿Qué lo causa? Tengo un mal presentimiento. Para mi horror, veo que el cielo de la arena vuelve a enfocarse.

—¡No... no! —grito. El terraplén sigue en marcha, y aún saltan chispas del manzano, pero el bosque en general parece haberse calmado.
Quizás esté bien, quizás sea solo parte de que se apague. Para asegurarme, busco en mi mochila, me cuelgo los binoculares al cuello y corro hacia mi árbol dormido, trepando por el tronco como una ardilla. Cuando llego a mi mirador...

posición, me balanceo entre las ramas, mirando a través de las lentes en busca de una respuesta. ¿De verdad he roto la arena? ¿Se acabaron los Juegos?

A lo lejos, más allá del prado, la montaña estalla en una fuente de oro letal, y tengo mi respuesta. Para mí, la fiesta ha terminado.



PART III

"THE POSTER"



He fracasado. La arena ha sido dañada, pero no incapacitada.
Los juegos continúan.

En el Distrito 12, aprendemos sobre las montañas, pero predominantemente las que... Que cubren las vetas de carbón que nos proporcionarán el sustento. Apenas se mencionan los volcanes. Sé lo suficiente para relacionar el nombre con las deslumbrantes explosiones de lava, los arroyos brillantes, la nube de ceniza que fluye por la ladera, envolviéndolo todo a su paso. Imagino a los tributos... Wellie... Hull... Maysilee... jadeando, asfixiándose... y dejo caer los binoculares. No puedo · · · verlos, pero veo lo suficiente para imaginar su terrible final.

Una ráfaga de aire me golpea la cara, cargada de arenilla punzante y un olor tan empalagoso que empiezo a sentir náuseas. Pierdo el equilibrio por un instante y me aferro a un punto muerto. Si las ramas de los árboles no me hubieran sujetado, estaría muerto en el suelo del bosque. Entorno los ojos ante el viento aullante y tóxico. Cuando me subo el cuello de mi camisa ondulada, me cubro la cara con una bolsa de protección contra las partículas que se arremolinan. Como aprendí en la berma de la planta de gas cuando la pechera de mi camisa se negó a encenderse, y de nuevo cuando Ampert experimentó...

Con su calcetín en la fogata, nuestra ropa nos protege. Este volcán es la razón. Tiene que serlo. Pero dudo que nuestra ropa les sea de mucha ayuda a quienes se encuentran en la montaña.

¿Soy yo entonces? ¿El último tributo con vida? ¿El vencedor del Vasallaje de los Veinticinco? Aunque los Vigilantes estuvieran disparando cañones, no podría oírlos entre los efectos de la explosión y el rugido del viento.

Por lo que dijo Ampert, todos los demás estaban en la montaña. Quizás algunos, si se hubieran acostado cerca de la base, podrían haber huido a un lugar seguro. Aunque no lo sé. Podrían escapar de la lava, pero no de esa nube. No es un volcán real, pero ¿cuánto intentaron los Vigilantes replicarlo? ¿Podría la lava incendiarlo todo? ¿Y si ese enorme tanque de agua se construyó para sofocar las consecuencias del volcán? Al bombardear el tanque, puede que haya destruido cualquier esperanza para quienes sobrevivieron a la erupción.

Estoy demasiado expuesto arriba del árbol. En cuanto puedo, me desplomo sobre las agujas de pino, usando el tronco para bloquear el viento. Me escondo dentro de mi camisa; de todas formas, no hay nada que ver con la nube que oculta la luz de la luna. Además, aunque pudiera ver, ¿qué haría? ¿Adónde iría? Si el fuego viene, viene.

La fuerza de mi fracaso me golpea con fuerza. ¿Quién me creo que soy? ¿Por qué creí que podía cambiar algo? ¿Que podía enfrentarme al Capitolio con todas sus fuerzas y paralizar los Juegos del Hambre? Yo, un chico de dieciséis años del distrito más ruin de Panem, con poca educación y ninguna habilidad excepcional. Solo tengo una bocaza y un sentido de la importancia exagerado de mí mismo. Puro espuma, nada de cerveza, ese soy yo. Casi cerveza.

Las palabras de Plutarch resuenan en mi cabeza, burlándose de mí. «Se acabó la sumisión implícita, Haymitch Abernathy. Vuela ese tanque de agua por los aires. Todo el país te necesita».

¡Menuda mala decisión, Plutarco! Resulta que estoy hecho para la sumisión absoluta, de pies a cabeza, de pies a cabeza, por dentro y por fuera.

Me aprieto la cara con las palmas de las manos. ¡Qué idiota! ¡Qué idiota engreído, egocéntrico e incompetente! Ni siquiera sé si Plutarch estaba del lado de los rebeldes. Lo más probable es que solo sea otro monstruo del Capitolio que ahora se está partiendo de risa.

Pero no, eso no tiene sentido. Porque incluso si los Juegos continúan,
Su consejo me ayudó a complicar las cosas. La magnífica arena del Capitolio se ha descontrolado. Sin embargo, no es suficiente; solo una pequeña interrupción sin consecuencias reales. Nada de lo que he hecho es suficiente.

La sonrisa torcida de Ampert a la luz de la antorcha... seguramente su última sonrisa... cómo confió en mí... y ahora ni siquiera hay un cuerpo para devolverle a Beetee... aunque Beetee también podría estar muerto...

Me doy cuenta de que estoy llorando, o quizás solo son mis ojos intentando lavar los restos de ceniza. Los arañazos de las garras del murciélago arden como fuego y rezuman sangre en mi ropa, que no es precisamente absorbente.

Empapada de lágrimas, empapada de sangre, empapada de miseria, me acuesto de lado y me enrosco alrededor de la base del tronco del árbol.

Ay, Lenore Dove, ¿cómo llegó todo a esto? El viento gemidor evoca la cabaña junto al lago el invierno pasado, su cumpleaños, el mejor regalo de mi vida... yo cantando su canción, que empiezo a odiar...

Ah, recuerdo claramente que era el sombrío diciembre; y cada brasa
moribunda proyectaba su fantasma sobre el suelo.
Anhelaba ansiosamente el mañana; — en vano había buscado tomar prestado de
mis libros un alivio al dolor — dolor por la perdida Lenore — por la doncella rara y radiante
a quien los ángeles llaman Lenore — sin nombre aquí para siempre.

Sin nombre aquí en este mundo. Muerto e ido como estoy a punto de estarlo. ¿Seré su perdido para siempre? ¿La perseguiré el resto de su vida?

"¡Déjame ir!", grito. Estoy furiosa conmigo misma por no haberle dicho que...

Seguir adelante después de mi muerte, cuando tuve la oportunidad. Golpeo mi cabeza contra la corteza del árbol hasta que la sangre me corre, y luego me quedo sin fuerzas mientras espero mi fin. Todo suyo, Presidente Snow...

¿Dormir? No, no duermo, pero estoy tan agotado por el esfuerzo de la noche y el peso aplastante de mi desesperación que caigo en una especie de estupor. Pasan horas y horas, supongo, porque el viento se calma, la ceniza se asienta.

Lenore Dove dijo que no hay garantía de que salga el sol, y ojalá hoy le diera la razón. Nada bueno me espera. Prefiero esconderme en la oscuridad.

Pero finalmente, una tenue luz del día se filtra a través de mi camisa. No quiero salir, así que no salgo. ¿Por qué sigo vivo? ¿Qué bromas crueles me están gastando los Vigilantes?

El zumbido que noté anoche todavía irradia desde el suelo. Recuerdo que precedió directamente al regreso del cielo falso, y até cabos. Debe provenir del generador que mencionó Beetee. El

Uno justo afuera de la arena. En el extremo superior. A pesar de la interrupción que la inundación causó en el suministro de energía, el generador mantiene la arena en funcionamiento. Bueno, el suministro de energía nunca fue nuestro objetivo: el cerebro sí. Aunque sufrió daños, aún funciona lo suficiente para entretener al público.

"¡Oh, cállate! ¿A quién le importa ahora?", me digo. Estoy harta de revolcarme. En mi fracaso. Basta. Se acabó.

Intento volver a mi estupor, pero estoy demasiado inquieto. Me vienen a la mente las palabras que dijo Mags cuando estábamos a punto de empezar nuestro entrenamiento. «En los primeros Juegos, no les pregunté a los tributos qué querían porque la respuesta parecía obvia. Quieres vivir». Pero luego me di cuenta de que hay muchos deseos más allá de eso. El mío tenía que ver con mi compañero de distrito. "Protegiéndolo."

Queríamos morir rápido y con orgullo, con el mínimo sufrimiento para nuestros seres queridos. Quería ser más astuto que la arena. Pero Mags estaba preocupada por su compañera de distrito. No sé si Maysilee sigue ahí fuera, pero si es así, podría necesitar mi ayuda para morir con la cabeza en alto. Y quizás otros recién llegados también necesiten ayuda. Debieron de disparar varios cañones tras el volcán, pero no los oí con todo lo que estaba pasando. No me han declarado vencedor, así que alguien más está vivo. No tendré ni idea de quién es hasta que anochezca.

En lugar de rendirme, tal vez veré si puedo ser de alguna utilidad mínima. Alguien más. Me lanzo frente a un profesional atacante. Llévale comida o agua a un recién llegado. Yo también tengo mucha hambre y sed, pensándolo bien, y no puedo permitirme debilitarme. Mejor ver si sobrevivieron mis provisiones.

Al retirarme la camisa, me impacta de nuevo la belleza que me rodea. Había imaginado que la ceniza sería gris y sucia, pero, siguiendo el diseño de la arena, la han hecho transparente y brillante, de modo que todo parece estar cubierto por una capa de caramelo de roca. La luz del sol rebota en los cristales, creando pequeños arcoíris alrededor del bosque. Me levanto, rígido y dolorido, y me quito la ceniza de la ropa. Estoy tentado de ponerme un trozo en los labios resecos, aunque estoy bastante seguro de dónde me llevaría eso.

La ceniza me desorienta, pero después de un rato, logro abrirme paso hasta el borde del arbusto de mariposas, donde las flores parecen preservadas en hielo. El terraplén está entreabierto, aunque la boca se ha calmado. Ya no salen chispas de los árboles, ni crías de ciervo se desatan, pero sí veo algunos muertos.

bajo la ceniza. El daño estaba hecho, sin duda. Probablemente en toda la arena. Los Gamemakers tendrán que tener mucho cuidado con dónde apuntan sus cámaras.

Todo parece congelado, como si debería estar temblando, pero el aire es cálido y perfumado. Pateo la ceniza de mi mochila, saco mi agua y doy un trago largo, dejando aproximadamente media jarra. Mi comida restante consiste en dos papas, dos panecillos, un huevo, una manzana y un último vaso de jugo de uva. Tengo el estómago vacío, así que aplasto el huevo entre los panecillos para hacer un sándwich y me lo zampo. Saboreo mi última manzana y luego vuelvo sobre mis pasos al lugar de la muerte de Ampert. Le han quitado el esqueleto, pero encuentro mi hamaca y la sacudo. Cuando está libre de ceniza, la doblo con cuidado y la devuelvo a mi mochila.

¿Y ahora qué? Considero ir a buscar supervivientes, pero entonces me doy cuenta de que es tan probable encontrarme con Profesionales como con Recién Llegados. Rebusco con los pies, intentando localizar la lanza que abandoné, pero sin éxito. ¿Se la llevaron los Vigilantes con su cuerpo? Sin embargo, destapo mi cuchillo e intento volver sobre mis pasos hasta el hacha de Ampert. Tardo un rato en recordar que la dejé caer cuando la tierra tembló y caí al suelo. La busco y la guardo en mi cinturón. Quiero llevar recuerdos de mis aliados conmigo.

Mis dedos se dirigen al girasol que tengo en el cuello y descubro que su capa de laca se ha disuelto con la inundación, dejándolo firme pero impresionable. La pintura aguanta, así que sigue luciendo como nuevo. Lástima que no tenga detonador; sin él, no sirve de mucho. Necesita otra explosión para hacerlo estallar. ¿Qué haría estallar? Logramos destrozar el cerebro, pero o funciona parcialmente o han podido controlar la arena desde el Capitolio. Probablemente algo de ambas cosas. En fin, no podría llegar hasta él. A estas alturas, el generador también es esencial para continuar los Juegos, pero la única forma de alcanzarlo sería escapar de aquí.

Un pequeño rayo de luz penetra la penumbra de mi mente. Quizás sea posible escapar de la arena e intentar romper el generador. Solo tengo un cuchillo y un hacha, pero eso no es nada. Claro, es una posibilidad remota... pero yo también. Quizás soy el indicado para el trabajo.

Me asaltan las dudas. ¡No puedes! ¡Jamás funcionará! Solo eres un perdedor con un hacha, intentando derribar el Capitolio otra vez. ¿De verdad no has aprendido nada?

Quizás no he aprendido nada y no tengo ninguna posibilidad de éxito, y debería redoblar mi sumisión implícita. Pero la verdad es que...

¿Tengo algo que perder? Nada, eso es todo. Y le debo a Ampert intentarlo.

¿Qué haría Beetee? Para empezar, me llevaría al generador. Dijo que estaba en lo alto de la arena y que debía estar cerca. Lo primero sería llegar hasta el norte y encontrar la manera de atravesar el muro de la arena. Ni siquiera sé si es de cemento, metal o algún tipo de campo de fuerza, pero supongo que lo solucionaré cuando llegue.

Tras consultar el sol, me oriento y me dirijo al norte. Todo mi... Tengo el cuerpo rígido y dolorido, y las correas de mi mochila me dejan en carne viva los arañazos del bate. Sería un espectáculo si el Distrito 12 hubiera estado vestido de amarillo, pero el negro disimula bastante bien las manchas de sangre. Aunque sigo muerto de hambre y sed, no puedo permitirme usar más de mis escasas provisiones. Si encuentro el generador, quizá lo celebre con una rodaja de patata.

El bosque tiene zonas de vida —pájaros cantores y zumbido de insectos— y zonas de completo silencio. No veo rastro de los demás tributos, y es muy probable que sea el único que haya viajado tan al norte. Eso significa que las bermas para perros estarán a tope, pero también podrían estar inutilizadas. No queda más remedio que seguir avanzando.

Después de un par de millas, escucho un golpeteo en los árboles y una suave lluvia. Empieza a caer. Abro la boca y me caen unas gotas en la lengua. Sabe limpio, a agua fresca, no a veneno. ¿Dónde lo encontraron los Vigilantes con el tanque abierto de par en par? ¿Tienen un tanque de reserva? ¿Tuberías que llegan tan lejos del Capitolio? Coloqué el explosivo a la altura del pecho; quizá uno o dos centímetros del fondo del tanque quedaron intactos y están accediendo a ellos. En cualquier caso, tengo agua fresca y más vale que no la dé por sentado.

Rápidamente, destapo mis jarras de agua y las coloco en el centro de un claro. Sé que no es lo ideal, atrapando gotas sueltas, pero es lo mejor que puedo hacer por el momento. Luego me quedo en ropa interior y me lavo la sangre. Noto la arenilla bajo mis uñas disolviéndose como cristales de azúcar y observo los árboles. Efectivamente, incluso la ligera llovizna derrite la ceniza volcánica de las ramas, y el agua se filtra en la tierra. En media hora, la lluvia para, dejando el bosque tan fresco e impoluto como la mañana en que entré.

Es un alivio que se haya ido la ceniza, pero no debo haber recogido más que un par de cucharadas de agua. Una oportunidad desperdiciada. Una de las lonas de Wyatt.

Habría sido muy útil; una hamaca de malla no vale nada para recoger la lluvia. Hay que conformarse con lo que se tiene.

Lo que me encuentro al llegar al final del bosque no es un ladrillo, ni una barrera de acero, ni una barrera electrificada, sino un seto alto que termina en punta como una V y se extiende hasta donde alcanza la vista en ambas direcciones. Al observarlo más de cerca, las plantas parecen una especie de acebo, cargado de racimos de bayas rojas y con hojas verdes y espinosas. No es muy distinto de lo que la gente del 12 usa para decorar en Año Nuevo, aunque estas bayas tienen pequeños puntos negros en la piel. Incluso las normales son venenosas, así que las ignoro. Camino junto al seto, pensando cómo acercarme. Las ramas no parecen soportar mi peso y excavar bajo el mantillo de la base no parece una opción. Entonces veo una pequeña abertura, me giro y logro deslizarme entre el follaje sin arañarme. Un sendero estrecho se adentra unos tres metros y luego se adentra aún más en el seto, que parece bastante profundo. Con cautela, empiezo a abrirme paso entre la vegetación por el sendero sinuoso, sintiendo que voy hacia el norte, pero a veces me veo obligado a desviarme a la derecha o a la izquierda por necesidad.
No puede durar para siempre, pienso.
Finalmente llegaré al final de la arena.

Pero no lo hago. El camino serpentea de un lado a otro, a veces llegando a un callejón sin salida o a una bifurcación, lo que me obliga a tomar una decisión. Demasiado tarde, me doy cuenta de que debería haber estado haciendo muescas en los troncos o haciendo pequeños montones de mantillo o algo para marcar mi camino porque estoy perdida sin remedio. Intento usar el sol para orientarme, pero juro que los Vigilantes están cambiando la cosa en el cielo solo para confundirme más. Atrapado en un denso laberinto de acebo, empiezo a entrar en pánico, recorriendo senderos imprudentemente, sin un plan real, pero con una creciente sensación de claustrofobia. Olvídate del muro norte; solo necesito salir de aquí. El sudor me corre por la cara y me muero de sed, pero desde luego no creo merecer un trago, dada la facilidad con la que me han engañado para meterme en este aprieto. Si los Vigilantes deciden soltarme un perro callejero, y por qué no, no tendré ninguna posibilidad de escapar. No es así como quiero que mamá, Sid y Lenore Dove me vean morir. Qué tontería.

Esto continúa durante horas, impulsado por el miedo a exhalar mi último aliento en esta alucinación navideña, desesperado por cualquier cambio de aires. Finalmente, exhausto y agotado, me dejo caer de rodillas e intento ordenar mis pensamientos. El seto ha amortiguado los sonidos del bosque, así que solo llegan a mis oídos las tenues notas del canto de los pájaros. Una brisa es demasiado para esperar.

Pero si me quedo quieto, percibo la ligera corriente de aire. Sopeso mis opciones: rendirme, seguir dando tumbos o intentar abrirme paso a través del seto con el hacha. Esta última opción parece tener más potencial, pero hay algo casi siniestro en el seto que me detiene. Con su imponente tamaño, de al menos varios metros de grosor, me siento empequeñecido por su tamaño, asustado por lo que pueda albergar. Resignado a mi destino, me levanto y busco el hacha.

Mientras lo hago, un movimiento delante de mí llama mi atención. Miro hacia arriba. Veo un conejo gris observándome. No sé si es el mismo con el que compartí la manzana, pero me reconforta pensar que sí.

—Hola, amigo —le digo—. ¿Cómo estás?

Tras unos movimientos bruscos de las orejas, se da la vuelta y se aleja como una exhalación. Sin pensarlo, lo sigo. ¿Quizás pueda usar su hocico para sacarnos de aquí? Sigo su rastro, siguiendo al conejo blanco en cada curva, y al cabo de un par de minutos, veo el bosque al final de un tramo. Grito y corro hacia los árboles. El conejo sale disparado por el hueco y estoy a pocos metros de él.

Al salir disparado del seto, una espada silba junto a mi cabeza, rozándome justo la punta de la oreja. Grito y tropiezo hacia atrás con una rama seca.

Tras días de aislamiento, rotos solo por aliados, casi me he olvidado de la amenaza de los Profesionales. Ahora me han pillado completamente desprevenido.

Nada de lo que ocurre en el minuto siguiente es premeditado, solo reflejo. Mientras una chica tributo del Distrito 4 se lanza con su tridente apuntándome al cuello, lo desvío torpemente con el brazo izquierdo y saco mi cuchillo justo a tiempo para clavárselo en el estómago. Rodando hacia un lado, golpeo una pierna y la desjarreto, dejando a su compañera de distrito retorciéndose en el suelo. Me pongo de pie a duras penas, saco el hacha y le abro el cuello de un solo golpe cargado de adrenalina, luego me giro para enfrentarme al dueño de la espada: Panache.

Por un momento nos enfrentamos, yo, mi cuchillo y el hacha contra él, su espada y su escudo. Con los terribles gemidos de la chica herida que nos acompaña, nos rodeamos lentamente. Observo las quemaduras en sus brazos y piernas, los labios agrietados, la mirada de perro rabioso en sus ojos. Una sensación de terror me invade. Es mucho más grande, está mejor armado y enloquecido por el dolor. Mis ojos se dirigen al bosque cercano, buscando una ruta de escape.

"Sí, sí", dice Panache.

De un solo golpe, me quita el hacha de la mano, su espada me hace sangrar, y luego me golpea el escudo en el pecho con tanta fuerza que pierdo la cabeza.

Agarré mi cuchillo con fuerza. Jadeando, retrocedí, con las manos en alto, con solo mis palabras para defenderme.

Empiezo a hablar rápido. "¡Guau, guau, guau, guau! Panache, piénsalo. Se ve mal matar a un hombre desarmado. Sobre todo siendo yo del Doce. O sea, me dieron uno en el entrenamiento. Parece cobarde. De tu parte.

Piensa en tu imagen. No querrás hacer una tontería. No es el argumento más sólido del mundo, pero la palabra lo hace reflexionar; supongo que debo agradecérselo a César.

Sigo parloteando, sin decir nada, intentando ganar tiempo. "Oye, sé que no eres un imbécil —esa idea del carro fue brillante, perdón por haberla robado—, pero tienes que ser astuto, ¿verdad?"

De lo contrario, podría afectar las donaciones de tus patrocinadores. ¿Cómo te va con eso? A mí me ha ido bastante bien. Resulta que a algunos les encantan los perdedores. Pero tú, todo el mundo sabe que vas a ganar. Siempre ganas.

“Vamos, al menos desliza mi cuchillo aquí para que podamos darle un espectáculo a la gente”.

Panache sacude la cabeza, como si se estuviera despejando la mente. "¡No! Ya luchamos. Perdiste. ¡Ahora mueres!" Desenvaina su espada, con la mirada fija en mi garganta, y me preparo para el golpe, intentando parecer valiente, desafiante y orgullosa, mirándolo fijamente con tanta fuerza que tiene que admitir que, aunque me mate, no me ha vencido. En mi último instante, necesito que me reconozca eso.

Lo que veo en cambio es la sorpresa que transforma su rostro cuando el dardo le atraviesa la garganta.



La espada de Panache cae al suelo con un golpe sordo y se desploma, sin sentido. Lo azoto. Se gira para ver a Maysilee emerger de detrás de un árbol. Una cerbatana se balancea delicadamente en sus dedos, la boquilla sujeta a una enredadera trenzada alrededor de su cuello. Su último collar. Impasible, observa cómo Panache expira.

“Viviríamos más tiempo con dos personas”, dice.

—Supongo que lo acabas de demostrar. —Me froto el cuello donde el dardo se clavó en el de Panache—. ¿Aliados?

Lo piensa, asiente y palmea una bolsa que lleva en la cadera. "Pero me quedan una docena de dardos venenosos por si aún te sientes exclusivo".

“Tomado. Me alegra mucho verla, señorita Donner.” El cañón dispara tres veces, callándome. Observo los cadáveres a nuestro alrededor, reconociendo por primera vez que he matado a alguien. A dos. Brutalmente. Fue en defensa propia, sin duda, pero sé que nunca podré volver a hace cinco minutos. Haberles quitado la vida... de esa manera... es irreparable. Recojo mis armas. “Salgamos de aquí.”

Maysilee considera a los Carreras muertos y libera a la chica del Distrito 4 de su daga. "¿Quieres algo más?"

“No.” No puedo usar un tridente y la idea de reclamar la espada de Panache, Manchado con sangre de recién llegado, me da escalofríos. No soy su heredero, el nuevo líder de la manada, ni quiero presentarme como tal.

Nos alejamos del seto y nos adentramos en el bosque. Un minuto después, el aerodeslizador nos sobrevuela, camino a recoger los cuerpos. La garra gigante desciende, elevándolos, uno, dos, tres, hacia el cielo mientras la nave los engulle. Nos detenemos cuando los hemos recuperado todos. Ya no hay nada de qué alejarse.

"Estás sangrando", señala Maysilee.

Dos cortes. Uno por desviar el tridente, otro por la espada de Panache.

"Siéntate", me ordena. Me hundo en un tronco caído y ella saca un botiquín de primeros auxilios. Saca un kit de su mochila negra. "Lo saqué de una profesional muerta. La crema para quemaduras me impidió perder la cabeza". Le han cortado las mangas de la camisa a la altura de los hombros, y noto las marcas de quemaduras en sus brazos, que compiten por espacio con las ronchas de la fusta y una serie de cortes y moretones; su piel es un mapa del maltrato que ha sufrido desde la cosecha. ¿Quién hubiera creído que la mimada Maysilee Donner, la del esmalte de uñas y los lazos de terciopelo, llegaría a esto? ¿Y lo afrontaría con tanta fortaleza? La abuela solía decir que nunca se sabe quién nadaría en una inundación.

“¿Supongo que la lava simplemente quemó todo a su paso?”

No, ni siquiera estaba caliente. Era una especie de gel que provocaba quemaduras químicas si se metía bajo la ropa y luego se endurecía y resbalaba como el hielo en el suelo.

Supongo que por eso no había humo y no me quemé.

Metódicamente, Maysilee limpia las heridas y las cierra con puntos limpios y uniformes. No me sorprende, la verdad, después de verla crear esas ingeniosas fichas con saliva y cuerda. Cuando me vuelven a sellar, se sienta frente a mí y mira mi mochila. "¿Algo de comer?"

“Oh, tengo montones de comida, pero trágicamente, no tengo cubiertos”.

Una comisura de su boca se curva hacia arriba. Saca una navaja y un tenedor. sacado de un trozo de alambre de su bolsillo. "Estamos cubiertos".

Bueno, eso sí que lo cambia todo. ¿Estás libre para cenar? Porque tengo dos patatas buenísimas. Crudas, pero que se pueden hornear. ¿Y tú?

Tres lonchas de cecina y media lata de aceitunas. ¿Cincuenta y cincuenta?

“Cierra los ojos un minuto.”

Maysilee me mira de reojo. "¿Por qué?"

—Hazlo. —Cierra uno—. Los dos. —Cuando lo hace, saco mi vaso, que ha sobrevivido heroicamente al día, vacío el resto de la botella y te lo ofrezco—. Bueno, abre.

Al ver la elegante copa y el intenso jugo de uva, suspira levemente. «Es lo más hermoso que he visto en mi vida».

Es tuyo. Gracias por salvarme la vida.

Ella sonríe. "Cincuenta y cincuenta o nada".

—Listo. —Porque de verdad, quiero ese jugo como si fuera fuego. —Pero tú primero.

Maysilee toma la copa, huele el aroma como si fuera un buen vino y da un sorbo. Se le saltan las lágrimas. "Dios mío. Nunca pensé que volvería a sentir el sabor de casa". Se la devuelve. "Ahora tú".

Cae la tarde mientras nos tomamos nuestro tiempo pasándonos la copa, saboreando cada gota. Me aseguro de que ella tome el último sorbo. Limpia el vaso con su pañuelo e intenta devolverlo.

—No, quédatelo. Pertenece a tu mesa.

Lo guarda con cuidado en su mochila. Me recuesto contra el tronco. agotado. "Así que apenas he visto a nadie. ¿Qué pasa ahí fuera?"

Maysilee piensa un momento, tocándose una quemadura en el brazo. "Es difícil decirlo. La arena está en ruinas, pero seguro que lo sabes. Si te refieres a los demás tributos... por lo que sé, somos los dos últimos que quedamos.

Bueno, si llega el caso, de todas formas, estoy viviendo con tiempo prestado. No lo pienses dos veces antes de usar esos dardos.

"¿Crees que no podría?"

La miro directamente a los ojos. Recuerdo todos los años de maldad, Pero también considero cómo se ha transformado desde la cosecha. Defendiendo a Louella, ayudando a Ampert, cuidando de los Recién Llegados. "Creo que no pudiste."

Por un instante, una mirada cruza su rostro. Joven y vulnerable.

—Gracias por eso. Yo tampoco creo que puedas.

Justo antes de que el momento se vuelva demasiado embarazoso, empieza a sonar el himno. Levantamos la cabeza.

“Según mis cálculos, anoche éramos veintiséis”, dice Maysilee.

—Sí, el mío también. Si llevo la cuenta, ¿podrías intentar recordar quién se ha ido? Se te dan mejor los detalles.

“Haré lo mejor que pueda”. Los dedos de Maysilee se entrelazan en sus collares mientras se dirige al cielo.

Panache aparece primero, seguido por los cuatro niños del Distrito 2.

Los dedos de mi mano derecha se clavan en las agujas de pino. «Mal día para los profesionales».

Pero entonces Ampert lidera a todo su equipo. Todos los chicos del Distrito 3 son historia.

“Mal día para todos”, dice Maysilee.

A continuación, el niño y la niña que acabo de matar del Distrito 4. Parecen los primeros. Es la primera vez que los miro. Me da asco pensar en sus familias. En defensa propia, lo sé. Me concentro en el recuento. "Ya somos once".

Un niño y una niña del Distrito 5. "Cinco ya está fuera", dice Maysilee.

Una de mis palomas, Atread, que es el último chico del Distrito 6. Un chico Del Distrito 10. La chica del Distrito 11 que no es Chicory. Apagón.

—Dieciséis —digo—. Eso nos deja a diez.

“Solo quedan dos Carreras. Silka de Uno y Maritte de Cuatro. Ocho De nosotros, los recién llegados. Tú, yo, Hull y Chicory, de la Once. —Maysilee respira hondo, concentrándose—. Ringina y la otra chica de la Siete, creo que se llama Autumn. Dos más. ¿A quién me olvido?

“Una de mis palomas de Six.”

—Claro, Wellie. Y alguien más. No los puedo identificar. Un chico, creo. Va vestido de rojo. Del Distrito Diez —concluye.

Recuerdo a Ampert blandiendo su lazo en el gimnasio. Un chico del 10 se lo había hecho... "¿Buck?"

"Eso es todo."

Lo hiciste genial. No sé cómo los recordaste todos.

Me concentro en sus colores. Ya no hay morado, ni azul eléctrico, ni naranja, ni melocotón, ni amarillo. Y solo una pequeña parte del resto de nosotros.

—Solo quedan dos profesionales —digo—. A Wyatt le gustaría tener esas probabilidades.

Al mencionar a nuestro corredor de apuestas, ambos guardamos silencio. Treinta y ocho muertos. Treinta y nueve si cuentas a Lou Lou. Cuarenta si cuentas a Woodbine. Solo quedamos unos pocos. No parece real. Nada aquí es real.

La luna falsa se alza, proyectando una luz plateada sobre nuestro pequeño claro. Siento a Maysilee a pocos metros, percibo su pulso, el subir y bajar de su pecho, pero parece tan efímera como el resto. Posiblemente he muerto —envenenada, en el túnel, por la espada de Panache— y he seguido adelante hacia uno de los mundos de Lenore Dove, donde sigo soñando con la vida.

"¿Has matado a alguien más aparte de Barba y Angler?", pregunta Maysilee.

Esos deben ser los chicos del Distrito 4 con los que peleé. "No, solo ellos. ¿Tú?"

Panache fue mi segundo. Eliminé a Loupe del Distrito Uno hace un par de días. Se había separado de la manada con Camilla del Distrito Dos. Estoy bastante seguro de que le di un dardo, pero el volcán podría haberla matado al final.

El ruido sordo de la olla al caer al suelo detrás de nosotros nos hace saltar. Maysilee recupera el regalo y suelta el paracaídas. "Espero que sea comida". Levanta la tapa, y una nube de vapor de sopa de frijoles y codillo de jamón me humedece la cara. Mags. Intentando alcanzarnos, para hacernos saber que no estamos solos en nuestro dolor, para darnos fuerzas para seguir adelante. Se me llenan los ojos de lágrimas, obligándome a admitir mi presencia en el único mundo que conozco. No uno imaginario. El de los Juegos del Hambre de verdad.

"Como cuando murió mi abuela", dice Maysilee.

—Los míos también. No enumero a todos mis muertos. No es una competencia.

Ella saca dos cucharas de la tapa de la olla y me da una.

En silencio, comemos nuestra sopa. Cincuenta y cincuenta.

El aire nocturno es fresco. Maysilee se baja la camisa hasta las rodillas. para darse calor y abrazarse, pero todavía puedo ver la piel de gallina en sus brazos.

—Podría hacer un fuego si quieres —le ofrezco.

—Eso estaría bien. Si no te parece demasiado peligroso —dice ella.

—No si uno de nosotros vigila. De hecho, sería bueno que los demás recién llegados nos encontraran.

Podemos encargarnos de Maritte y Silka, ¿verdad?

¿Contigo y esos dardos? No creo que me necesitemos.

Recojo leña y pongo a trabajar mi pedernal.

—¡Qué astuto eres! —dice Maysilee—. ¡Traficando con eso!

—Bueno, ya sabes que me gusta mi belleza con un propósito. —Mi voz se quema. Un poco, recordando dónde lo escuché. Me concentro en encender el fuego.

Maysilee extiende una pequeña lona en el suelo, se acomoda y frota las manos sobre el fuego. "Puedes dormir ahora si quieres. No estoy cansada".

Las ojeras dicen lo contrario, pero me estoy desvaneciendo rápido. "Está bien, pero despiértame cuando quieras para tomar el control". Aseguro mi pedernal alrededor de mi cuello, extiendo mi hamaca en el suelo y me estiro, mirando las lenguas de fuego bailar.

"Funciona mejor si cierras los ojos", dice.

"Sí." Cambio de posición, pero algo parece inconcluso. Como si yo... Nunca le agradecí realmente por hoy. No, sí. Con el jugo. Pero eso...

No es suficiente. ¿Qué le dices a la chica más mala del pueblo que se ha convertido en tu amiga? No, más que una amiga, en realidad. Una recién llegada. Ser tributos y no matarnos... cuidarnos sin hacer preguntas... supongo que eso es familia.

—Tienes que dormir mientras puedas, Haymitch.

—Lo sé, pero... lo que estoy pensando... tú y yo... ¿Recuerdas lo que dijo Ampert cuando hiciste su ficha?

Hay una larga pausa antes de que ella diga: "Claro. Seré tu hermana".

Nuestras manos se extienden al mismo tiempo, se agarran y luego se sueltan. "'Noche, Hermana." Me doy la vuelta y dejo que el sueño me lleve.

Mis sueños no son nada que quiera recordar, están llenos de gente que debo recordar. Nunca lo olvido. Visito la muerte tras la muerte. Es un alivio despertar.

Maysilee me ha dejado dormir casi toda la noche. Cuando cambiamos de lugar, Estoy decidido a darle la misma oportunidad. Con hacha y cuchillo en mano, mantengo el fuego encendido con restos de combustible hasta que salga el sol en nuestro quinto día en la arena. Mi estómago ruge tan fuerte que temo despertarla. La sopa de anoche parece un recuerdo lejano. Debería estar vigilando el bosque, pero mis ojos siguen subiendo, esperando un regalo de un patrocinador. Nada sería demasiado pequeño: un trozo de pan, un poco de queso, y el agua está a punto de agotarse.

Me concentro en mi plan. Obviamente, tenía algo con ese seto. Me engañaron, pero también confirmaron lo que sospechaba. He encontrado el final de la arena. Si logro atravesar los arbustos, encontraré el generador e intentaré destrozarlo.

El tiempo apremia, pero Maysilee se merece dormir un poco. Para distraerme, saco su lona de debajo de mi trasero e intento convertirla en algún aparato para recoger agua de lluvia, por si cayera más.
Mis esfuerzos resultan en una especie de embudo torcido, que ato con enredaderas en la punta. Parece todo un logro, hasta que oigo su risa.

"¿Te hiciste un sombrero?"

Me alegra un poco oírla reír. «Esto, te lo aseguro, es un recolector de agua de primera. Y te lo vas a tragar».

¿Lo haré? ¿Cómo se supone que todas las gotas de lluvia encontrarán esa pequeña abertura?

Tiene razón. Hay muy poco espacio para que entre la lluvia, lo cual es...
No hay forma de recolectar agua. El agua que llena nuestro barril de lluvia tiene un techo.

Atrápalo antes de que se vaya por el desagüe. "¿Más superficie, piensas?"

"Estoy pensando." Maysilee extiende la mano para coger mi embudo. Desenvuelve la lona y la aplana con cuidado. Mide aproximadamente un metro y medio por un metro y medio, con anillas en las esquinas para asegurarla. "Primero, necesitamos una manera de montarla." Mira a su alrededor y recoge unas enredaderas. La ayudo a atarlas a las anillas. Toma prestado mi cuchillo y hace un pequeño agujero en el centro de la lona. "Ahora el agua puede salir por ahí. Ojalá tuviéramos un tubo; la canalizaría hasta tu garrafón."

Hacemos un inventario de nuestras cosas, lo cual parece infructuoso hasta que veo la copa de vino. Recuerdo cómo el jugo llenaba todo el tallo. "¿Cuánto apego a esto?"

“Estoy menos apegada al agua que yo”, dice Maysilee.

Coloco el vaso con cuidado sobre el tronco, corto la base y el cuenco, dejando un tubo de vidrio hueco. Maysilee lo desliza por el agujero. El vidrio dentado lo mantiene en su lugar.

"Eso debería funcionar", dice. "Ahora solo necesitamos un chaparrón". Dobla la lona con cuidado y la guarda en su mochila. "¿Y bien, cuál es el plan? Estaba pensando que podríamos volver a la Cornucopia a ver si encontramos algo de comida que se haya quedado. Luego podríamos ir a buscar a los demás recién llegados. ¿O crees que deberíamos encontrarlos primero?

"Creo que deberíamos dirigirnos al norte."

¿Norte? ¿Para qué?

“Tengo un presentimiento”, digo, para que los Vigilantes no sospechen de mi próximo movimiento.

“Haymitch, necesito comida.”

"Pensé que no eras una persona de desayuno".

Bueno, aquí, soy de los que desayunan, comen y cenan. Nunca supe lo que era tener hambre. O sea, mucha hambre. Duele.
Se aprieta el estómago con la mano. "Y me da miedo".

—Me resulta familiar. Pero estoy decidido a ir al norte.

"¿Podemos al menos intentar localizar las mochilas de los profesionales? Deben haber...
“Los escondí en algún lugar por aquí antes de que te cazaran”.

Bien pensado, pero no por mucho tiempo. Quince minutos y nos vamos.

Maysilee me mira con curiosidad, pero empieza a buscar. Sospechaba que no estaba siendo sincera con ella en el apartamento. No sé si me atribuye la avería del estadio, pero lo sabe.

Todavía hay algo que no voy a compartir. ¿Debería decírselo? ¿Cómo? ¿Cuándo? Esas cámaras tienen que estar sobre nosotros.

Regresamos al lugar de la pelea y nos alejamos en espiral, buscando cualquier provisión que los Profesionales pudieran tener guardada. Efectivamente, encontramos algunas escondidas bajo una repisa de roca, a poca distancia. Tres mochilas de varios tamaños. Las tiramos al suelo y revisamos el contenido. Una hamaca como la mía. Dos jarras de agua vacías. Tres pañuelos. Un frasco de jarabe para cuando te envenenan. Una segunda lona. Un soplete, algo como el que le vi usar a Tam Amber. Presiono la palanca, se oye un clic y salen disparadas quince centímetros de llama.

Maysilee levanta las cejas. "Encender fuego será pan comido ahora".

Casi me da pena ver que el don de Lenore Dove se vuelve obsoleto tan rápido. "Hasta que se acabe el combustible", respondo.

Colocamos la comida con cuidado. Una lata plana de sardinas. Un plátano con manchas marrones. Cuatro panecillos. Un tarro de mantequilla de frutos secos con unos dos centímetros de sobra. Añado mis dos patatas y Maysilee sus tres tiras de cecina seca y aceitunas. Podría ser peor.

“Bueno, persona del desayuno, ¿qué va a ser?” le pregunto.

Maysilee se encarga de la comida, corta los panecillos por la mitad y los unta con mantequilla de nueces, colocando ingeniosamente rodajas de plátano aplastado encima. No estoy seguro de la combinación, pero un bocado disipa cualquier duda. "Esto es de primera", digo.

Bueno, soy responsable de las combinaciones de sabores más innovadoras de nuestra tienda. ¿Has probado alguna vez nuestro caramelo de cereza y chile picante?

¡Sí! ¡Era el favorito de mi abuela!

Saca el cuchillo y el tenedor y corta un trozo de su panecillo. "Ese era mío. También las bolitas de canela con queso crema y los chupitos de lavanda." El alcalde tenía predilección por ellos”.

“Parece que el trabajo no fue del todo malo”, comento.

Ella suspira. "Qué irónico. Ni siquiera me gustan mucho los dulces. Hay muchísimas cosas interesantes que hacer".

Me zampo mis sándwiches antes de que ella termine el primero y busco algo que hacer. Destapo las jarras de agua de los profesionales, con la esperanza de que salgan unas gotas. Secos como un hueso. «Supongo que también tenían sed». Arranco unas enredaderas de un árbol y preparo la segunda lona para recoger agua. "No hay tubo para esta".

"Lo haremos funcionar", dice Maysilee. "Con una segunda hamaca, quizá podamos dormir los dos en los árboles".

Claro. Se siente más seguro allá arriba. Si subimos lo suficiente, no tendremos que estar de guardia. Oiríamos a cualquiera venir.

Empacamos nuestro botín y ella me indica que vaya primero. "Después de ti".

El problema es que no sé dónde estamos. Me voy como siempre. Caminar por el bosque podría darme la oportunidad de reorientarme. Como ya no confío del todo en la posición del sol, espero encontrar algunos puntos de referencia para orientarme.
Nos topamos con uno después de unos diez minutos: los arbustos de arándanos con las ramas rotas donde me escondí mi primera noche. Ese seto me alejó mucho de donde entré.

“Ahí es donde Lou Lou me encontró”, le digo a Maysilee.

—Ah. Arándanos. —Saca un tazón pequeño y empieza a cogerlos a puñados, lo que me alarma.

“Sabes que no podemos comer eso, ¿verdad?”

—Claro que sí. Pero se me está acabando el veneno. Necesito reponerlo.

Supongo que los dardos no venían envenenados. Que Maysilee los haga letales. Ella machaca las bayas hasta formar una pasta jugosa.

"¿De verdad necesitas hacer todo eso ahora?" Ya es tarde y me estoy poniendo inquieto.

"¿A qué viene tanta prisa, Haymitch?" Eso me calla. Sabe que tengo un secreto que vale la pena contar y lo está usando en mi contra. Como hizo con Lenore Dove, supongo.

Maysilee drena un poco del líquido en un frasco de vidrio con forma de corazón que... Cuelga de uno de sus collares. «Está diseñado para perfume, así que tiene una tapa hermética para evitar la evaporación. Ojalá tuviera más capacidad». Vuelve a girar la pequeña tapa del corazón. «¿Cómo murió? ¿Lou Lou?».

—Estoy inhalando melisa —digo—. Ampert me habló de Wyatt.

Él intentaba protegerla. Cuando murió, ella huyó. Intenté seguirla, pero la perdí en la montaña. —Limpió su cuenco con unas hojas—. Me pregunto qué estarán pensando allá en casa. Seguro que todos te apoyan.

"Quizás antes del gong, pero ya no. Tú eres quien lo intentó para quedarme con los recién llegados. Sé que te apoyaría.

“Intentar no es hacer.”

"No, pero sin duda es mejor que no intentarlo". Claro, he estado intentando lograr un montón de cosas que estoy seguro de que nunca salieron al aire. Pero intentarlo tampoco me servía. Al menos, ahora sé qué camino tomar.
Quizás en el seto pueda hacer algunas cosas.

Caminamos en silencio, atentos a las carreras, a los recién llegados, Y perros callejeros, pero sin encontrarnos con nadie. A veces nos cruzamos con alguna víctima de la inundación... árboles que gotean sangre en lugar de savia... un agujero enorme donde algo explotó, dejando un líquido viscoso y transparente que lo cubre todo a su alrededor... un tocón que eructa un gas sulfuroso e incandescente... todo lo cual evitamos.

Me detengo a examinar un trío de zorros muertos, con un pelaje tan anaranjado como el atardecer, que parecen haber muerto comiendo huevos venenosos.

«¿Para qué crees que fueron diseñadas esas cosas?», pregunto.

“Probablemente nos roben la comida”, dice Maysilee.

O que nos coman, creo. Como las ardillas. ¿Quién sabe? Quizás las programaron para mí.

Alrededor del mediodía llegamos al seto. «Es un laberinto», le digo a Maysilee.
No tiene sentido intentar ser más listo que él. Te hará dar vueltas a kilómetros de distancia.

"¿Cuál es tu plan?"

—Mi plan es atravesarlo directamente y echar un vistazo a lo que hay al otro lado. —Dejo caer mi mochila al suelo, me arremango y saco mi cuchillo largo.

Maysilee observa el seto —su altura, su longitud— y luego se acerca para observar las hojas de acebo y las bayas moteadas. «Algo no va bien en este seto». Mira hacia atrás, pensando en lo que hay detrás de nosotras. «Pero eso no es nada nuevo».

“Ayer estuve allí durante horas, y lo peor que me pasó fue perderme. Creo que...
“Ése es su propósito”, le aseguro.

Ella deja su mochila y saca la daga que recibió de Barba.
Nos deslizamos por la abertura y aprovechamos los tres metros de sendero recto, pero nos detenemos cuando empieza a curvarse hacia el laberinto. Enderezo los hombros para mirar al norte. "Aquí. Por aquí deberíamos entrar. Cuanto más rápido, mejor".

—Te pillé. —Maysilee se acerca a mí—. ¿A la de tres?

Asiento y contamos juntos, levantando lentamente las armas. "¡Uno, dos, tres!"

Bajamos nuestras espadas simultáneamente, cortando limpiamente el vegetación. Pero apenas terminamos nuestras primeras pinceladas cuando docenas de bayas de acebo se desprenden de sus tallos y nos suben por los brazos. Ambos gritamos y empezamos a sacudirlas.

"¡¿Qué demonios es esto?!" exclamo.

"¡Mariquitas!" dice Maysilee.

¿Mariquitas? Levanto la mano para examinar una. Es una mariquita, sí, o casi. Por todos mis brazos, las criaturas se adhieren a la carne.

En cuestión de segundos, se inflan hasta el tamaño de bellotas y comienzan a explotar, salpicando mi cara con mi sangre.



Maysilee ya ha huido del seto y yo salgo corriendo tras ella.
Los dos gritamos a más no poder, corriendo en círculos mientras intentamos arrancarnos esas cosas de la piel. Una vez que nos ponen esas diminutas agujas hipodérmicas, son tercos como la mula.

"¡Arranca!" me ordena Maysilee. "¡Arranca!" Baila en el lugar pero tiene lo suficientemente asentado como para pellizcar cada mariquita y tirar de ella hacia afuera.

Yo hago lo mismo. Las ventosas están profundamente clavadas, como las de una garrapata muy decidida. Si las agarro cerca de la cabeza y tiro con fuerza y lentamente, salen en un chorro de sangre. Plantando los pies en el suelo para estabilizarme, murmuro: «Bicho a bicho... bicho a bicho... bicho a bicho...» mientras me tiro de los brazos, el cuello, la cara.
Me quito la camisa y los pantalones, pero solo algunos lograron pasar por debajo de la tela suelta.
Cuando estoy casi libre de alimañas, me pongo a trabajar en Maysilee, quien, sin mangas, ha sido la peor. «Bicho a bicho... bicho a bicho...»

Está temblando por todas partes y, ¿sabes qué?, yo también. "Bicho a bicho..." cantamos juntos. "Bicho a bicho..." Cuando todos los visibles desaparecen, se queda también en ropa interior. "¿Mi espalda?" Sí, ahí está

Otra media docena allí. Estoy mareado y quiero sentarme, pero no paro hasta que todos los bichos están muertos.

"Está bien, estás limpia", le digo. "Están todas limpias". Ambas nos desplomamos en el suelo, pálidas y agotadas en nuestra ropa interior ensangrentada. Sedienta, busco agua en mi mochila e insisto en que beba primero. "Lo siento, fue mi culpa".

Hablando con tanta fanfarronería como si supiera lo que había ahí dentro. Te juro que ninguno me molestó ayer.

"No creo que los Vigilantes quieran que pasemos por ese seto",

Maysilee observa.

Asiento. «Mensaje recibido».

«¿Cuánta sangre crees que perdimos?», pregunta.

—No sé. ¿Tal vez una o dos tazas? —Una mariquita revoltosa explota detrás de mi oreja, aturdiéndome aún más. Saco las tres tiras de carne del paquete y se las doy—. Toma. Ten hierro en la sangre.

Los divide por la mitad. «Cincuenta y cincuenta». Mientras comemos, comenta: «Tu plan no es sostenible».

La miro cortar la cecina con su navaja y su tenedor casero, y no puedo evitar reírme un poco. "No, desde luego que no". Tengo la cabeza demasiado confusa para pensar en un nuevo plan. Solo puedo tumbarme boca arriba y contemplar el cielo azul celeste perfecto. "No puedo pensar con claridad".

—Yo tampoco. —Rebusca en la mochila—. ¿Te gustan las aceitunas?

Ni idea. Nunca he tenido uno.

Me tiende uno. «Chúpalo un poco, sácale la sal. Tiene un hoyo dentro».

Me pongo uno en la lengua, apreciando la piel suave, el extraño sabor intenso, ácido y metálico. "No está mal". Deposita dos más en mi palma. Saboreo cada uno, haciéndolo girar en mi boca y dejando que mis dientes lo desgasten lentamente hasta la base.

Pasa el tiempo, las nubes se acercan y empieza a llover. "¡Las lonas!", grito. Nos ponemos de pie, temblorosos, y desplegamos las lonas. Reacios a colocarlas bajo los árboles venenosos, clavamos ramas en la tierra para formar postes y estirar las lonas, de modo que no haya nada entre ellas y el cielo.

Casi inmediatamente obtenemos resultados, y un lento goteo cae sobre las jarras de agua que esperan abajo.

La lluvia se intensifica y nos quedamos de pie, con la cabeza hacia atrás, lavando la sangre de nuestros rostros y cuerpos. Cuando pasamos por limpios, sostenemos nuestra ropa en el

Un diluvio, lavándolos lo mejor que podemos. Después de unos veinte minutos, las nubes se apagan como si alguien hubiera abierto el grifo.

Nos vestimos, dejamos secar la fina tela sobre nuestros cuerpos y pasamos una hora en el agua. jarra entre nosotros. "Bueno, si no lo éramos antes, ahora somos parientes de sangre", dice Maysilee.

—Claro, hermana. Creo que me tragué suficiente sangre tuya como para serlo.

“¿Alguna vez quisiste una verdadera hermana?”

Tuve dos por poco tiempo. Gemelas como tú y Merrilee. No sobrevivieron.

Lo siento. No lo sabía.

—No hay razón para ello. Fue antes de la escuela y todo eso.

Una mirada triste cruza su rostro. "Me sigo preguntando: ¿Merrilee seguirá siendo gemela después de que me vaya?"

"Siempre", digo sin dudar, imaginando a Sid observándonos. Espero que no se considere hijo único.

“Esto va a ser duro para ella”, dice Maysilee.

Después de los Juegos, vienen las consecuencias de los Juegos. Extendiéndose Como las ondas en un estanque al arrojar una piedra. Círculos concéntricos de daño, arrasando a las familias de los tributos muertos, a sus amigos, a sus vecinos, hasta los confines del distrito. Los más cercanos son los más afectados.
Licor blanco y depresión, familias rotas, violencia y suicidio. Nunca nos recuperamos del todo, simplemente seguimos adelante lo mejor que podemos.

Sid es aún muy joven, demasiado tierno para este mundo. "Yo también me preocupo por mi hermano".

Viene a la tienda a veces. Le encantan los caramelos. Sid, ¿verdad?

Me conmueve que ella sepa su nombre y recuerde ese detalle sobre él.
—Sí. Sid.

El cañón suena dos veces sobresaltándonos.

—Supongo que es demasiado esperar que sean Silka y Maritte —digo.

"No sé qué esperar. Eso nos dejaría solo a nosotros.
Recién llegados. ¿Y luego qué? —pregunta Maysilee con tristeza.

Entonces, ¿qué? —Otra reunión, como dijiste en el Capitolio.

“¿Y si acordamos permanecer fieles?”

—Más perros —digo—. Otra erupción volcánica.

—Hambre. —Se frota el estómago—. Entonces, ¿podemos volver a la Cornucopia? ¿Buscar comida?

Probablemente sea una caminata de unos diez kilómetros. ¿Deberíamos intentar recuperarnos un poco más?

¿Qué comida nos queda de nuevo?

Reviso el paquete. «Sardinas, aceitunas y dos patatas».

“Será mejor que intentemos llegar a la Cornucopia”, dice ella.

La verdad es que estoy tan agotada que preferiría quedarme aquí esperando a que cayera comida del cielo, pero le debo a ella probar su idea. Además, cuanto más se alarguen los Juegos, más caro será enviarnos algo, y puede que las donaciones de nuestros patrocinadores se agoten. Empacamos todo y nos vamos al sur.

Caminamos con dificultad un par de millas antes de que Maysilee se detenga y levante la vista. "Escucha".

Aguzo el oído, pero aún no me suena tan bien como de costumbre, con la explosión y todo. El sonido suena un poco apagado y parcial, como si tuviera algodones en los oídos. «No oigo nada».

—¡Silencio! —susurra con urgencia—. ¡Allá! —Señala a nuestra derecha, al oeste.

Ladeo la cabeza para tener mejor señal, y esta vez sí capto algo. "¿Es un bebé?". Mi mente empieza a dar vueltas a imágenes de bebés voraces, diseñados con una fuerza sobrehumana, arrastrándose por el bosque, llorando para que los ayudáramos, pero en realidad buscando acosarnos y dejarnos los huesos como huesos de los deseos con sus deditos regordetes.

Al principio lo pensé, pero también tiene un sonido animal. Como un chillido y un maullido... como el de una cabra o un gatito.

Mi mente les añade cuernos y colas peludas a los bebés mestizos. "Mantengámonos alejados. Sea lo que sea, no necesita nuestra ayuda".

Un grito agonizante resuena entre los árboles. Sin duda, de un hombre.

—Pero sí . Todos los profesionales masculinos están muertos, Haymitch. Maysilee Carga su cerbatana. "Ese es Hull o Buck".

Saco mi cuchillo y mi hacha. "Vamos."

Dejo mi mochila en un matorral de katniss y nos dirigimos hacia el disturbio. No puedo quitarme de la cabeza la imagen de esos cachorros, pero sigo adelante, pensando ya en protegerme las rótulas. El extraño ruido del bebé se vuelve más nítido y menos reconocible, pero se superpone a unos gemidos de dolor humano muy familiares. De repente, Maysilee me tira al suelo y estoy mirando entre los arbustos, bajando una pequeña pendiente hacia un claro.

A unos quince pies de distancia, Buck y Chicory yacen retorciéndose en el suelo. De sus extremidades sobresalen largas puntas metálicas que se asemejan a agujas de tejer.

Carne. Los arañan con torpeza, como si tuvieran una congelación muy grave o algo les hubiera incapacitado los dedos. Intento comprender la escena: ¿tiene Silka un arma que dispare proyectiles? ¿Se habrán topado con un pino con agujas venenosas desmontables? ¿Hay un ejército de avispas mestizas con aguijones malignos? Hasta ahora, los mestizos han llegado en manadas, ya sean mariposas, murciélagos, ardillas o mariquitas, así que me desconcierta cuando el único origen del ataque aparece contoneándose.

Los puercoespines habitan las colinas alrededor de 12. Lenore Dove tiene un afecto para los de casa —los llama cerdos de púas— diciendo que son incomprendidos. No pueden disparar púas como la gente cree; tienes que entrar en contacto con ellos, sobre todo con sus colas, y si los dejas en paz, te dejan en paz. Pero incluso a ella le costaría amar a esta enorme bestia mutante. Tiene el tamaño de un oso; de hecho, podría haber sido cruzado con uno en el laboratorio, dadas sus garras y dientes. Como todo en la arena, es impactante a su manera. Las hileras de púas de oro puro, plata y bronce que adornan su espalda, costados y cola brillan a la luz del sol. Pero hace tiempo que dejé de dejarme seducir por la belleza de la arena.

Los sonidos distorsionados del bebé continúan saliendo de su boca mientras resopla. Alrededor del claro. Hull, con media docena de púas colgando de su cara hinchada, grita mientras se lanza contra él con una horca. El puercoespín responde retrocediendo hacia él, con su letal trasero levantado y erizado. Hull podría huir, pero intenta llegar hasta sus aliados. Espera que solo resulten heridos, en lugar de morir.

"Necesitamos algún tipo de escudo", susurra Maysilee, deslizándose fuera de su mochila y sacando nuestras lonas.

Paso los dedos por la gruesa lona, recubierta con algo que la hace impermeable, aunque no necesariamente a prueba de plumas. "¿Quizás si las doblamos?", sugiero. Juntas, se sienten un poco más seguras. "Bueno, ¿cuál es el plan? Creo que estaremos a salvo si mantenemos la distancia. Tiene que hacer contacto para que nos claven las plumas".

Consideramos nuestras opciones. Maysilee decide: «Puedo probar con los dardos si estamos un poco más cerca, pero me temo que tendrán dificultades para atravesar su piel. ¿Crees que podrías clavarle un cuchillo?».

No estoy seguro. Parece bastante bien protegido. ¿Quizás si lo volteamos? ¿Le sacamos la parte inferior?

"¿Darle la vuelta con qué?"

Veo una rama robusta en el suelo. "Una rama podría servir".

En ese momento, el puercoespín gira sus cuartos traseros y lanza una serie de Se clavan púas en el muslo de Hull. Grita de dolor y se desploma en el suelo. Recupero la rama y empiezo a cortar los brotes más pequeños para convertirla en un bastón. El sonido llama la atención de la bestia, que empieza a castañetear los dientes. Al acercarse, un hedor a almizcle y rosas nos envuelve, haciéndome llorar.

Maysilee alza la lona doble frente a nosotros y miramos por encima. "No me siento muy segura de esto de dar vueltas", dice. "Y aún está demasiado lejos para dardos. ¿Y tu hacha? ¿Puedes lanzarla?"

Con la cantidad de leña que el mundo me exige, cortando leña para licor blanco y para lavar la ropa, he jugado bastante con hachas.
Éste es bastante largo y nunca he practicado con él, aunque no es muy diferente a uno que lancé con Ringina durante el entrenamiento.

—Puedo intentarlo —digo—. Pero más te vale tener esos dardos listos.

Meto el cuchillo en el cinturón y agarro el hacha con ambas manos, como decían que era mejor en el gimnasio. "Bien, ahora". Mientras Maysilee baja las lonas, dejo caer el hacha detrás de mi cabeza y la lanzo contra el puercoespín. Da una vuelta antes de que la hoja se clave en el costado de la bestia.

Se oye un chillido de dolor e indignación. El chucho nos pone justo a la altura de su trasero, pero no me preocupo demasiado porque aún nos separan tres metros. Entonces empieza a mostrar un comportamiento inusual, temblando al principio, lo que lleva a temblar como un perro mojado. Las púas salen disparadas como un rayo, y Maysilee apenas tiene tiempo de volver a levantar las lonas antes de que una docena las atraviese. Una me clava el bulbo de la nariz y otra sale a un pelo de mi pupila, casi cegándome. Retrocedo bruscamente y me arranco la púa de la nariz. Pequeños trozos de mi carne se adhieren a la punta, dejándome una herida abierta y punzante.

Manteniendo aún las lonas en alto, Maysilee se quita una púa de la mejilla. con una mueca. "Una vez más, te informaron mal."

—Lo siento. Aquí nada se comporta de forma natural. —Gira las lonas noventa grados para apartar las púas de nuestros ojos, y echamos un vistazo por encima. Veo mi hacha en el suelo, liberada por el temblor del perro—. ¿Crees que mi hacha causó algún daño?

"Es difícil decirlo", dice ella.

El puercoespín se descontrola, pateando el suelo y protestando como un loco. Un niño pequeño que tiene una crisis. Solo que sé que no es el bebé de nadie, solo un...

Una abominación preparada en un tubo de ensayo para asesinarnos. Empieza a temblar de nuevo. Nos agachamos bajo las lonas para cubrirnos mientras otra ronda de púas nos acribilla. a nosotros.

Suena un cañón y sé que uno de los Recién Llegados se ha ido. Dos siguen con vida. No sé qué veneno llevan las púas, pero tengo la nariz hinchada como una fresa madura. Si les damos el antídoto, ¿podrían recuperarse? ¿Debería beber un poco ahora? ¿Una sola púa basta para matarte?

—Tenemos que llegar hasta ellos —le digo a Maysilee—. Prueba el antídoto.

—Sí, pero no creo que tu palo te sirva de mucho —dice ella.

“No creo que nada vaya a ser de mucha utilidad ya que puede disparar Esas púas. —Veo a la criatura seguir con su rabieta y pienso en Sid cuando era pequeño—. Quizás lo estemos haciendo mal. Quizás deberíamos intentar calmarlo.

"¿Calmarlo?"

Sí, como cuando intentas calmar a un bebé. Y luego logras que siga adelante.

“¿Quizás cantarle una canción de cuna?” Maysilee se muestra inexpresiva.

—Quizás —respondo—. O darle un chupete.

—Supongo que se cazan más moscas con miel que con vinagre. —Maysilee desentierra las latas de su mochila—. ¿Aceitunas o sardinas?

—Bueno, las aceitunas son más fáciles de tirar. —Saqué una y se la lancé al puercoespín, que la ignoró. Le reboté unas cuantas más en la nariz.

Los gritos se suavizan hasta convertirse en gemidos mientras recorre el suelo del bosque con el hocico, engullendo las aceitunas. "¿A quién no le gusta la sal?" Lanzo otra un par de metros por delante del chucho, y corre torpemente tras ella. Luego otra y otra, alargando la distancia cada vez, hasta que la tengo a diez metros del claro. De las aceitunas, tiro la lata vacía tan lejos en el bosque como me permiten las fuerzas y oigo al puercoespín abriéndose paso entre los árboles como un perro tras un hueso.

Un segundo cañón dispara. Maysilee llega al claro en un instante, intentando... Inyecto el antídoto entre los labios de Hull. Compruebo el pulso de Chicory y Buck, por si acaso esos cañones eran para algún tributo desafortunado en otro lugar. Nada. Me uno a Maysilee, quien ha logrado que Hull trague un poco de jarabe, y empiezo a arrancarle púas de la pierna para reducir el veneno.

—Vamos, Hull —le dice—. Tienes que beberte esto. Vamos. Adelante, ahora.” Lo está intentando, los músculos de su garganta se tensan por el esfuerzo, pero el

El antídoto burbujea y se derrama por un lado de su cara. Seguimos, ella persuadiéndome, yo tirando, hasta que suena el cañón, e incluso entonces, durante unos minutos más, porque tal vez alguien tan joven, fuerte y merecedor de la vida como Hull podría encontrar el camino de regreso a ella. Pero no lo hace, y así, finalmente, nos rendimos.

El aerodeslizador se acerca, un buitre hambriento de los restos de nuestros aliados. Desde lo profundo del bosque llega el sonido del puercoespín mordisqueando la lata de aceitunas, olvidados hace tiempo. El aire del atardecer refresca mis mejillas y difunde el almizcle de la criatura. Maysilee me pasa la botella y doy un trago del antídoto. No sé cuánto veneno libera una púa, pero ¿para qué arriesgarme? Sabe a que alguien mezcló trozos de tiza con suero de leche y olvidó removerlo.

Maysilee y yo recorremos el lugar y cerramos los ojos de cada tributo muerto, intentando acomodar sus cuerpos para que la última imagen de sus familias no sea la de sus extremidades retorcidas. Al salir del claro, recogemos el hacha, nuestras lonas y sus provisiones. La garra comienza a descender al llegar a mi mochila. Nos sentamos de lleno en el grupo de katniss, uno al lado del otro, completamente agotados.

Apenas puedo oírla susurrar: «Uno de nosotros tiene que ganar esto».

Mis ojos recorren los largos tallos hasta las hojas con forma de flecha, los pétalos blancos que nos ocultan de las cámaras del Capitolio. "¿Por qué?", susurro.

Uno de nosotros tiene que ser el peor vencedor de la historia. Destruir sus guiones, destruir sus celebraciones, incendiar la Aldea de los Vencedores. Niégate a seguir su juego.

Me recuerda a papá. "¿Asegúrate de que no usen nuestra sangre para pintar sus carteles?"

"Exactamente. Pintaremos nuestros propios carteles. Y sé exactamente dónde podemos —Trae la pintura. —En un gesto que recuerdo del patio del colegio de hace mucho tiempo, extiende el meñique—. Júralo.

La rodeo con los míos y nuestros meñiques se cierran con fuerza. Nunca me dejarán ser la vencedora, no después de mi intento de destrozar la arena, pero puedo jurar que intentaré mantenerla con vida. «Una de nosotras pinta los carteles».

Ella se levanta y me ayuda a levantarme. "Vamos a revisar las provisiones".

Nuestros aliados deben haber recibido recientemente un paracaídas, porque un paquete contiene galletas, frijoles horneados y un capricho inesperado: pasas mezcladas con nueces y dulces. También hay una manta y algunas jarras de agua más, una de media

lleno. Decidimos guardar la Cornucopia para mañana, así que enciendo un fuego. Maysilee calienta los frijoles, que comemos a nuestra manera, con un tenedor o una galleta, y luego comemos nuestro capricho, un bocado a la vez.

Suena el himno y aparecen Ringina y Autumn, seguidas de Buck, Chicory y Hull.

“Cinco se fueron, quedan cinco”, informo.

“Tú, yo, Silka, Maritte, Wellie.”

Wellie. Ahí afuera, al caer la noche, lidiando con todo esto sola. "Encontraremos a Wellie mañana".

—Bien. La encontraremos —dice Maysilee—. Podría ser que ella también gane. Duerme primero, Haymitch. Yo vigilaré.

No tiene sentido fingir que no me quedo sin energía. Me envuelvo en la manta. Sobre sus hombros, haz una hamaca y acurrúcate en la malla. "Me vendría bien esa canción de cuna ahora mismo".

Suelta un resoplido sorprendentemente poco femenino. «No quieres oír lo que me pasa por la cabeza. Empecé en el laberinto y no paro».

"¿Tienes una canción pegadiza? Bueno, la única cura es pasársela a alguien". otra persona."

—Está bien. Tú te lo pediste. —Empieza a cantar en voz baja.

Mariquita, mariquita, vuela lejos de casa.
Tu casa está en llamas, tus hijos se han ido.
Todos excepto uno, que responde a Nan.
Ella se esconde debajo de la sartén.

Una sonrisa me cruza la cara al oír la canción tonta de nuestra infancia. "Bueno, supongo que me lo busqué. Buenas noches, hermanita".

Intento dormirme, pero la melodía pegadiza de Maysilee me ha dado un gusano cerebral... mariquita... fuego... el pedernal... no, el soplete... miedo... volar... Los pedazos giran en un tornado y luego se aferran como amantes perdidos hace mucho tiempo.

Y sé exactamente cómo vamos a salir de ese laberinto.



Las migas se me pegan en la garganta, así que doy otro trago de la botella para bajarlas. Qué lujo despertar con un desayuno de pan de maíz recién hecho, suero de leche y duraznos, en lugar de tener que rebuscar entre las sobras rancias. Maysilee tenía la comida dispuesta sobre una lona, como en una fiesta. Dobló un par de pañuelos como flores para las servilletas e incluso llenó el cuenco de la copa de vino con una especie de flor rosa, probablemente venenosa, pero innegablemente decorativa.

Día 6. De alguna manera, sigo vivo. No tengo ni idea de por qué los Vigilantes, bajo la dirección de Snow, no me han destruido ya. ¿Será que soy tan popular que me mantienen aquí para complacer al público? ¿Planean un final particularmente espectacular para mí? No lo sé, pero sí sé que la arena sigue pidiendo a gritos que la destruyan.

El paracaídas llegó mientras dormía, lo cual resultó ser después de Maysilee, porque el gusano cerebral me excitó, así que me ofrecí a hacer la primera guardia. Si puedo usar el soplete para quemar el seto, mariquita, mariquita, ¿qué encontraré? Con suerte, un generador susceptible al fuego.

Bueno. Quizás pueda quemar el lateral hasta algún tipo de panel de control y...

"¿Nos dirigimos a la Cornucopia o buscamos a Wellie?", pregunta Maysilee.

Me sirvo un gajo de melocotón, y le paso el último rápidamente, mientras determino la mejor estrategia para que apoye mi plan sin decirle a ella ni a todos los que nos observan de qué se trata. De cualquier manera, la Cornucopia no sirve, ya que está al sur. Así que le respondo: "Wellie, ¿no crees?".

—Sí. Podemos arreglárnoslas con pescado y patatas hoy.

—Claro. Y gracias por preparar el desayuno tan elegante.

“Pensé que empezaría el día con un cartel”, dice.

Lo pienso. Su énfasis en los buenos modales, sus bonitos picnics. Y recuerdo sus palabras aquel primer día en el tren: «Escucha, Louella, si dejas que te traten como a un animal, lo harán. Así que no se lo permitas». El cartel de esta mañana dice: « Somos civilizados. Apreciamos las cosas bellas. Somos tan buenos como tú». Es una extensión de toda su campaña para demostrarle al Capitolio nuestro valor. ¿Sabrán que se refiere a la rebelión? Lo dudo. No saben lo que me dijo papá. Un cartel podría simplemente promocionarnos como tributos. ¿Y qué daño hay en unas cuantas servilletas con flores?

“Buen trabajo de pintura”, digo, y realmente consigo sonreír.

Después de empacar nuestras pertenencias, inspeccionamos el bosque. "Vayamos —Vuelvo al norte —digo, y empiezo a caminar. Ella me sigue con incertidumbre.

"¿Por qué?"

“Porque tengo la sensación de que Wellie querría alejarse lo más posible de ese volcán”.

—No lo sé. Hemos recorrido toda la zona y no hay rastro de ella.

Exactamente. Es como dijo Mags. En la arena, normalmente te mantienes en movimiento. Y ella aún no ha llegado. Vamos a intentarlo.

Maysilee no parece convencida, pero mantiene el rumbo. Al menos durante un kilómetro y medio. "No creo que la encontremos por aquí", dice finalmente.

¿En serio? Creo que vamos por buen camino.

¿Por qué? La arena se estrecha hacia el norte, ¿verdad? Como en el sur.

Nunca subestimes su capacidad de observación. «Bueno, no de inmediato».

—Pero sí. ¿No se sentiría Wellie atrapada?

"Es exactamente por eso que a los profesionales no se les ocurrirá mirar por aquí. Justo lo que dijiste”. Puedo sentir que estoy patinando sobre hielo fino, pero trato de proyectar

confianza, añadiendo un poco de rebote a mi paso.

Maysilee me mira pero sigue caminando con dificultad durante un rato, pensando. Entonces se detiene en seco. "No, te equivocas. Wellie tendría muchas más posibilidades en el prado que aquí arriba. Una criatura como ella podría desaparecer entre la hierba. Se extiende kilómetros. Escóndete y busca comida en la Cornucopia. Nunca la encontrarían. E incluso si viniera al bosque, es demasiado lista para dejarse encerrar así. Lo sabes. Pero me llevas al norte otra vez, Haymitch. ¿Por qué?" Cruza los brazos y espera.

Voy a tener que decirle algo o se acabó todo. "El seto. Yo Creo que deberíamos darle otra mirada".

Se estremece. «Uf. Aunque me sobrara un litro de sangre, ¿por qué haríamos eso?»

Extiendo las manos para señalar la arena. "Porque tiene que terminar en algún lugar, ¿no? La arena no puede durar para siempre".

¿Qué esperabas encontrar?

—No lo sé. Pero quizá haya algo que podamos usar.

¿Te refieres a algo mecánico? ¿Eléctrico?

—Quizás. O si no, quizá podamos recolectar esas mariquitas para usarlas como arma. Convertir el laberinto en una trampa para los Profesionales. Atráelos, cúbrelos con una lona de mariquitas y haz que se pierdan ahí. No es fácil escapar. Solo creo que, si somos inteligentes, podemos usarlo para nuestro propio beneficio. —Arqueo las cejas, intentando transmitirle que no puedo contárselo todo, pero es imperativo—. Te lo juro, haz esto y no te pediré nada más en mi vida.

Ella pone los ojos en blanco. "Bueno, es una oferta generosa".

"Vamos, hermanita. Necesito esto para mi próximo póster". ¡Qué rápido se ha convertido en nuestra forma de desafiar al Capitolio!

Ella cede. "Está bien. Pero que sea bueno".

—Oh, mariquita, así será —lo prometo.

Hoy mis oídos se sienten mejor, más claros y seguros. A medida que avanzamos, soy el primero en percibir el agudo zumbido que viene del oeste, una zona que no he explorado tan al norte. "¿Oyes eso?"

"Ahora sí", dice Maysilee. "Pensé que era parte de los sonidos de la naturaleza. Como los pájaros".

“Eso es lo que me preocupa. Piensa en el tamaño del mosquito que generaría eso”. Me imagino un chupasangre de un metro y medio que haría el

Las mariquitas parecen bromistas.

"Está lejos. Mantengamos la distancia". Ella toma un trago. de una jarra de agua y se la entrega.

Hay un momento confuso cuando la jarra revienta, salpicándonos de agua a ambos, antes de que podamos comprender el cuchillo, las botas que se acercan rápidamente y la innegable verdad de que nos están tendiendo una emboscada. Pillados por sorpresa, nos alejamos corriendo de los Profesionales —porque seguro que no es Wellie— y nos dirigimos directamente hacia el zumbido gigantesco de los mosquitos. Espero que podamos raspar a Silka y Maritte con lo que sea que lo produzca.

Si pudiéramos escapar, valdría la pena dar la vuelta y plantar cara, pero esas chicas nos pisan los talones tan de cerca que parece inútil. Nos alcanzarían antes de que tuviéramos tiempo de defendernos. De momento, solo los árboles entre los que esquivamos nos protegen de sus proyectiles mortales. Solo puedo sacar mi cuchillo y esperar una oportunidad.

De repente, mis pies pierden tracción y caigo de culo, deslizándome hacia un claro como si hubiera topado con un trozo de hielo. En ese instante, mi mente intenta dar sentido a una imagen incomprensible. Dos jóvenes Vigilantes con sus característicos uniformes blancos se inclinan sobre un terraplén cubierto de amapolas escarlatas. Uno lleva una máscara protectora y sostiene una especie de taladro, que emite un zumbido agudo. Un tercer Vigilante se inclina sobre una fregona. Por sus caras, sé que la sorpresa es mutua.

Me detengo a unos cuantos pies delante de ellos en un charco de algo. Eso me recuerda la baba que se forma al hervir okra. Maysilee pasa zumbando junto a los Vigilantes y se aferra a un retoño al borde del terraplén, manteniéndose en pie de alguna manera. Por un instante, todos nos quedamos paralizados; la sorpresa es universal. Entonces Silka irrumpe en el claro y se desploma, volcando un cubo grande y enviando un par de galones de baba al suelo del bosque.

El Vigilante con el trapeador, que parece tener casi nuestra edad, nos deja... un indignado "¡Oye! ¡Cuidado!"

Sé por experiencia que fregar es un trabajo de menor importancia, así que... Encontrar a un Vigilante en ello parece extraño. Es como ver a Plutarch Heavensbee pelando patatas o al presidente Snow limpiando el pelo de un desagüe.

Maritte, que aparentemente percibió algo extraño, se detiene en el borde del claro. "¿Qué pasa? ¿Sois los Vigilantes?", exclama.

La Vigilante con el taladro se levanta la máscara y se irguió por completo. «Así es. Y ustedes cuatro están violando completamente las reglas. Deben retirarse de inmediato o habrá repercusiones».

"Eso impresionaría mucho más si no estuvieran temblando como una hoja", observa Maysilee, toqueteando su cerbatana. "Deben ser bastante prescindibles, ustedes tres, que los envíen aquí a limpiarnos".

Hay una pausa mientras todos reflexionan sobre la verdad de esto. Entonces, los tres Vigilantes se lanzan hacia la escalera que baja a Sub-A.

El brazo de Maritte retrocede bruscamente y creo que estoy perdido, pero el tridente silba sobre mi cabeza y se aloja en el trapeador, tirándolo a un lecho de amapolas. Casi al mismo tiempo, la mujer del taladro se agarra el punto bajo la oreja y se aleja con un dardo. Se desploma cuando el último Vigilante se lanza de cabeza por el terraplén abierto hacia Sub-A. Pasan unos instantes antes de que oigamos su cráneo crujir contra el hormigón. Puedo imaginar ese suelo, después de haber corrido por él para salvar mi vida, y me encuentro absorto imaginando la escena.

Silka también parece aturdida por la inercia. "¿Qué hiciste? ¿Hiciste?" ¿Matar a los Vigilantes? ¡Ya no nos dejarán ganar!

La voz de Maysilee rezuma miel. "¿Sigues persiguiendo ese triste sueño, Silka?". Carga otro dardo con destreza y mira a Maritte. "Casi siento matarte ahora, Maritte. ¿Qué pasa con el Distrito Cuatro, por cierto?
¿Te estás liando con un grupo de aduladores del Capitolio? Parece que deberías estar de nuestra parte.

Maritte duda, mirando su tridente con anhelo, luego saca su cuchillo y comienza a retroceder mientras Maysilee levanta su cerbatana.

El aerodeslizador aparece de la nada, dejando caer una bomba en el claro que explota en una nube de tierra y gas lacrimógeno. Agarro a Maysilee y avanzamos a tientas por el bosque, con ramas golpeándonos la cara y tropezando con troncos, mientras intentamos escapar. Caen más bombas, liberando más gas, que nos arden y nos lloran los ojos tan fuerte que no sirven para nada.
Después de un rato, oigo que las explosiones se desvanecen un poco. Supongo que el aerodeslizador solo pudo rastrear a un grupo de tributos, y los Profesionales se llevaron la peor parte.

Una brújula interior me guía hacia el norte y dejamos atrás el gas lacrimógeno a la entrada del seto. Abro una de las mochilas y, alternando, le echo agua a Maysilee y a mí en los ojos.

Está tan furiosa conmigo que escupe. "¡Qué demonios, Haymitch!
¿Dónde estabas? ¿Por qué Maritte era la única que me apoyaba?

Tiene razón. Me quedé paralizada. Sorprendida por el encuentro inesperado, intimidada por los uniformes blancos, lo que sea. Me atraganté.

—No sé qué pasó, Maysilee. Todo venía a toda velocidad hacia mí y estoy cubierta de baba y...

¡Se supone que eres mi aliado! ¡No ella! ¡No esa basura comepeces, lamebotas y que solo desearía poder quitarse los rizos! ¡Lo eres!

Bueno, me siento fatal y carezco por completo de defensa. Mi cuchillo estaba en la mano, Los Vigilantes al alcance de la mano. Nadie mejor posicionado para matarlos.
La voz de Plutarch me provoca. "La pregunta es, ¿por qué no lo hiciste?". Ya no puedo decir que no soy un asesino. Eso me deja con el cerebro lavado o cobarde. Ojalá Sid no lo viera. No, claro que no. Ese es un momento que el público nunca verá. Seguro que han estado siguiendo a Wellie, dondequiera que esté.

"Tienes razón", le digo a Maysilee. "Tienes toda la razón y lo siento".

"¿Perdón?", dice con desdén. "Quizás deberías ser el vencedor, Haymitch."
Eso te daría algo de tiempo para desarrollar coraje".

Hola de nuevo, la chica más mala del pueblo. Solo duele porque es verdad.

Saca la lata de sardinas y le quita la tapa. "Me la como".
lata entera. Son míos". Selecciona un pescado y se lo lleva a la boca.
Vaya, ella sí que está loca por comer con los dedos.

La dejé acaparar las sardinas, aunque huelen deliciosas y me ruge el estómago.
La he decepcionado y necesito su ayuda con el seto.
¿Importaría si supiera que bombardeé el tanque y la misión de destruir la arena? ¿O mi ineficaz reacción ante tener a los Vigilantes a nuestra merced lo borraría todo? No lo sé, solo espero que, cuando tenga la panza llena de pescado, me eche una mano.

Después de unos minutos, el sorbo se detiene. Con el rabillo del ojo, veo...
Veo la lata deslizarse ante mis ojos. Quedan tres peces. Niego con la cabeza. Ella los empuja hacia mí. Tengo tanta hambre que los cojo.

"¿Fue por tu cartel?", pregunta ella, con la voz todavía tensa.

Se refiere, creo, a si estaba evitando confrontar a los Vigilantes por la fabulosa declaración que planeo hacer. «Ojalá pudiera decir que sí, pero no, no creo que fuera eso. No sé qué era. Supongo que estaba programado para ser pisoteado.
Lo has clavado».

—No, lo que dije no fue justo. Cumpliste con tu parte. Con Louella en el carro. Entrenando a un uno. Y sospecho que, sea lo que sea que hayas estado haciendo, sobre lo que eres tan reservado. —Humedece un pañuelo y se limpia las manos—. Si hubiéramos empezado a eliminar a los Vigilantes antes de entrar, quizá habríamos tenido una oportunidad.

Pienso en el momento del entrenamiento de los cuchillos, en el país en su conjunto, y en cómo seguimos sometiéndonos al poder del Capitolio. ¿Por qué? No es una conversación que pueda tener frente a las cámaras, así que me concentro en limpiar hasta el último rastro de aceite de la lata. Luego me raspo la baba de los pantalones. Al menos no huele mal, ni me quema la piel, ni se endurece, lo que la convierte en una de las cosas más benignas que he encontrado aquí.

La respiración de Maysilee ha vuelto a la normalidad. Decido darle cinco minutos más para que se recupere antes de irme al seto. La observo mientras traza una telaraña en un arbusto. "Mira qué artesanía. Son los mejores tejedores del planeta".

“Me sorprende verte tocar eso”.

—Oh, me encanta todo lo que sea de seda. —Frota los hilos entre sus dedos. Suave como la seda, como la piel de mi abuela. —Abre un medallón que lleva en el cuello y me muestra la foto que lleva dentro—. Aquí está, justo un año antes de morir. ¿No es preciosa?

Observo sus ojos sonrientes, llenos de travesuras, que miran desde sus propios ojos. Una telaraña de arrugas. "Sí que lo es. Era una señora amable. A veces me daba dulces a escondidas."

Maysilee se ríe. "No fuiste la única. La regañaron por... Eso.” Ahueca el relicario entre sus manos y la examina. “Nadie me ha amado más. Siempre soñé con parecerme a ella algún día. Supongo que nunca me veré envejecer.”

"Tal vez."

—Oh, no. Después de hoy, no. —Se muerde el labio—. Si tenía miedo, solía decir: «No pasa nada, Maysilee, nada de lo que te puedan quitar ha merecido la pena».

Conozco esa canción. La canta Lenore Dove.

"¿Es una canción?", sonríe Maysilee. "Bueno, tu chica está llena de sorpresas". Supongo que ella se nos adelantó después de todo”.

"¿Haciendo qué?"

—No hago nada. —Cierra el relicario de golpe y se levanta—. Vamos a visitar su seto, señor Abernathy.

—Bueno, entonces, señorita Donner. —Rompo una rama que me resulta familiar de un árbol cercano—. Sujete esto.

"¿Qué debo hacer?"

Saco el soplete, la enciendo y señalo con la cabeza hacia el seto. "Eres mi compañero. Todo lo que tenga alas, lo quemas. ¿Listo?"

"Como siempre lo seré."

Atravieso el seto a toda velocidad, dirigiéndome directamente al lugar de nuestro anterior intento de fuga. Enciendo el soplete y trazo una línea recta desde mi hombro hasta el suelo. Las mariquitas empiezan a pulular mientras la vegetación prende fuego. Maysilee interviene, blandiendo su soplete sobre la plaga.

Los perros se inflaman, se inflaman y estallan como granos de maíz secos en grasa caliente. Tallo otra línea paralela a la primera, un par de pies a la derecha.

Más insectos emergen del seto y vuelan hacia nosotros. Maysilee hace girar su antorcha, cantando mientras los extermina:

Mariquita, mariquita, vuela lejos de casa.
Tu casa está en llamas, tus hijos se han ido.
Todos excepto uno, que responde a Nan.
Ella se esconde debajo de la sartén.

Me uno a ellos mientras sigo quemando una puerta entre los arbustos, barriendo la llama. De un lado a otro. El hedor a insectos fritos, químicos y azúcar quemado nos envuelve mientras el crujido de las hojas de acebo y los caparazones de los insectos acentúa nuestra canción. El seto emite un calor prohibitivo, pero seguimos adelante, excavando un túnel a través de él. Unos metros más adelante, la luz del día se asoma por el otro lado.

"¡Ya casi llego!" le grito a Maysilee.

Mi llama ha comenzado a chisporrotear. Presiono el gatillo y la última capa de Las hojas espinosas se disuelven en ceniza. Dejo caer el soplete vacío al suelo y salgo a un tramo llano de tierra reseca que conduce a un desnivel.

Maysilee emerge a mi lado, pasando su linterna por el interior de nuestro túnel y lanzándola para quemar el último puñado de bichos. Apaga las chispas de su camisa.

"Entonces, ¿llegamos al final?"

Camino hasta el borde de lo que resulta ser un acantilado. Una caída abrupta de unos treinta metros se encuentra con una alfombra de rocas puntiagudas. Entre ellas se encuentra una máquina gigantesca, ronroneando como un gato satisfecho. El generador. Solo un

A tiro de piedra, pero bien podría estar en la luna. Un sonido sale de mi cuerpo, algo entre un gemido y un suspiro.

—Sí —le digo—. Este es el final del camino.



Maysilee se une a mí en el borde del acantilado y mira hacia el cañón.
—Eso es todo lo que hay en la arena, Haymitch. Volvamos.

Mi último plan para desactivar el generador ha provocado otra muerte. Fin. Claro que sí. Lo absurdo de todo esto, los Juegos, los dos planes fallidos de la arena, la vida en general, me abruma. ¿Hay una tercera forma de romper la arena que me estoy perdiendo? Quizás. Probablemente. Pero no se me ocurre en este momento. momento.

La mayor resistencia que se me ocurre ahora es negarme a cruzar ese seto. Maysilee se equivoca: este terreno no es la arena; no es nada bonito. Si los Vigilantes me quieren muerto, tendrán que seguirme hasta el mundo real, lo que sería una especie de victoria. Los habré superado en astucia, aunque sea un poco. Y al menos el aire es fresco y el sol da en el punto justo. En cualquier caso, no pienso volver a su jaula venenosa.

—No. Me quedo aquí —le digo a Maysilee.

Hay una larga pausa. "Muy bien, solo quedamos cinco. De todos modos, mejor despedirnos. No quiero que todo dependa de ti y

a mí."

Yo tampoco. Y la idea de ayudar a Maysilee o Wellie si sigo participando en los Juegos me parece ridícula. Todos mis aliados mueren mientras que los Vigilantes, al parecer, están a salvo conmigo. "De acuerdo", digo.

Oigo sus pasos regresar al seto.

Dispara un cañón. Mi cabeza se sacude, igual que la suya. Ambos esperábamos que el otro estuviera muerto, y ninguno tuvo tiempo de ocultar la angustia en sus rostros.

Maysilee traga saliva con dificultad. "Ya somos cuatro".

Parece tan perdida que me destroza. Quizás deberíamos aguantar juntos.

Juntos. ¿Cómo lo sé? Siento que siempre demuestro falta de criterio. No me siento capacitado para elegir entre huevos fritos o revueltos.

Nada tiene sentido ante los cuarenta y cuatro tributos muertos más Lou Lou y Woodbine desaparecidos de este mundo.

"¿Estás seguro que quieres separarte?", pregunto.

Ella tampoco lo sabe. En el fondo, sé que es tan despistada como yo. No hay un buen manual sobre qué hacer en nuestra situación. Ninguna estrategia brillante.

“Lo único de lo que estoy seguro ahora mismo es que no quiero que nadie me...

—Roba nuestras papas —admite—. Yo las consigo. Luego evaluamos nuestras opciones, ¿de acuerdo?

Levanto las manos, derrotado. "Bueno, si vas a meter las patatas en esto, ¿cómo puedo negarme?"

Maysilee se encoge de hombros y desaparece entre los setos. Camino por el acantilado, preguntándome si hay alguna manera de bajar y llegar al generador. Sin querer, mi pie tira una piedra rojiza por la borda, y escucho cuánto tarda en tocar fondo. Demasiado. Nunca lo lograría.

Me alejo y me dejo caer sobre mi trasero, otro plan frustrado, cuando de repente la piedra sale volando por el borde y rebota hasta detenerse a un lado.
a mí.

Lo examino, confundido por su reaparición. ¿Podría haberlo lanzado alguien de vuelta? No parece probable. Me levanto de un salto, recojo una piedra cercana y la lanzo al generador, siguiendo su descenso. A pocos metros por encima de la máquina, inexplicablemente rebota hacia mí, invirtiendo su trayectoria y aterrizando justo en mi mano, un poco más caliente que antes. Debe ser, tiene que ser, algún tipo de campo de fuerza colocado sobre el generador. Más fácil que estirar un...

Una lona, supongo. Una forma de protegerlo de los elementos, la fauna y, al parecer, de un tributo sinvergüenza. Supongo que no es imposible que un rebelde intente sabotearlo, pero parece improbable que se abran paso hasta el fondo de la nada. Aunque, aquí estoy. Pero aunque tirara una roca ahí abajo, no podría tocarlo.

Honestamente, mi suerte es tan mala que no puedo evitar reírme.

Fue entonces cuando oí a Maysilee empezar a gritar. En un instante, me puse en pie. Pies y abriéndose paso a través del túnel humeante en el seto. Veo manchas brillantes de color rosa más adelante, oigo graznidos, parecidos a los de los gansos de Lenore Dove. Mi hacha está fuera de mi cinturón, preparada y lista mientras dejo los arbustos de acebo para lanzarme a un torbellino de plumas.

Las dos docenas de aves acuáticas me recuerdan a las que he visto en el lago. Patas largas. Picos como espadas: finos, estrechos y letales. No de un gris azulado frío, ni blanco como el papel, sino del color del chicle que venden en la tienda de dulces de los Donner. Se lanzan una y otra vez contra Maysilee, quien está arrodillada en el suelo, intentando usar una lona como protección mientras los corta con vehemencia con su daga. Un par de pájaros muertos yacen en el suelo, pero se han cobrado su precio. La sangre brota de su mejilla, su pecho, la palma de su mano. Como las ardillas de Ampert, no tienen ningún interés en mí. Programados para atacar a Maysilee en un castigo muy personal. Aplasto a los perros con mi hacha, apilando una colección de alas y patas rosadas como tallos de espadaña, pero nos superan en número por mucho.

Un pájaro se abalanza en un ángulo agudo, clavándole el pico en la garganta. Al retirarse, lo decapito, rebanándole el delgado cuello. Me doy cuenta de que Maysilee ya no tiene remedio cuando la bandada se dispersa. Cayendo de rodillas a su lado, busco su mano sana, que aprieta la mía como un torno. Su herida se acurruca y descansa en su nido de collares, que yace en un charco de sangre. Con la respiración entrecortada, intenta hablar, pero el último perro la silenció con su pico malvado. La mía también parece silenciada, sin palabras de consuelo, esperanza ni disculpa. Solo miro fijamente esos ardientes ojos azules, haciéndole saber que no muere sola. Está con su familia. Está conmigo.

En los últimos instantes, me suelta lo suficiente como para sujetar mi meñique con el mío. Buscando, creo, una confirmación definitiva de la promesa que nos hicimos. Asiento para que sepa que lo entiendo y que haré todo lo posible por derribar el Capitolio, aunque nunca me he sentido tan impotente en mi vida.

Y luego se fue a donde quiera que la gente va cuando muere.

Ella no rogó ni suplicó; conservó su furia y su desafío.
Aunque para mí la desesperación de una persona al final no mide su vida, sé que a ella le importaba. Maysilee deja el mundo como quería, herida pero no doblegada. Pienso en limpiarla, pero este es su último póster, y no lo limpiaré para que esos monstruos del Capitolio puedan dormir mejor esta noche.

El aerodeslizador aparece a la vista y el cañón retumba. La saco.
cerbatana y uno de sus collares, el medallón de cobre con la flor, como recordatorio de su fuerza.

Demasiado aturdido para hacer mucho más, retrocedí unos tres metros y me apoyé en un árbol, apretando su ficha contra el pecho. Cuando el Capitolio se dio cuenta de que no iba a ninguna parte, bajaron la garra. Imaginé la escena: mi rostro afligido, visible a través de las garras metálicas mientras alzaban el cuerpo de Maysilee hacia el cielo, dejándome completamente solo.

Si algo me atacara ahora mismo, me dejaría llevar. Ya lo sé, ya lo sé, acabo de hacerle una promesa a Maysilee en mi lecho de muerte de seguir luchando, pero no consigo recuperarme. Le doy golpecitos a su collar contra el pantalón para limpiarme la sangre —esta ropa negra nunca deja de ceder— y me pongo el elegante broche en la nuca para colgarlo con sus amigos. Ya tengo mi propia colección de joyas: el girasol del Distrito 9, la moneda de Wyatt y el pájaro cantor y la serpiente guerreros de Lenore Dove. ¡Caramba! Estoy casi tan condecorada como la mismísima señorita Donner.

La cerbatana parece cargada con un solo dardo. Se me cayó la bala al no llevarme la bolsa ni el frasco de veneno, pero al menos tengo una oportunidad. Me pone nervioso tener un dardo venenoso tan cerca de la cara, así que lo ato al cinturón con un poco de enredadera.

Adiós, Maysilee Donner, a quien odié, luego respeté a regañadientes, luego amé. No como un amor, ni siquiera como una amiga. Una hermana, dije. ¿Pero qué es eso exactamente? Pienso en nuestra trayectoria: todo, desde disparar con ella en aquellos primeros días después de la cosecha hasta luchar contra esos pájaros rosados. Supongo que esa es mi respuesta. Una hermana es alguien con quien luchas y por quien luchas. Con uñas y dientes.

Un paracaídas flota entre los árboles y aterriza frente a mí. Espero que no sea sopa de frijoles y codillo de jamón. Estoy casi seguro de que no podría bajarla ahora mismo. Al abrir la cesta adjunta, encuentro dos recipientes. Un cuenco contiene helado de fresa, lo cual me parece que debería tener algún significado.

No puedo identificarlo ahora mismo. La segunda, una taza con tapa, contiene café negro humeante. La bebida favorita de Maysilee. Tomo un sorbo, quemándome la lengua. Luego otro.

El helado me refresca la memoria. Estamos en la cocina del apartamento de homenaje y Proserpina no para de lloriquear sobre su nota. Su hermana, Effie, le dijo que una actitud positiva es el noventa y siete por ciento de la batalla. Y Maysilee... Maysilee había dicho...

Intentaré tenerlo en cuenta en la arena. ¿Más helado?

Mags y yo intentamos no reírnos, porque Proserpina no nació malvada; simplemente tuvo que desaprender mucho. No estoy segura de qué intenta transmitir Mags ahora. ¿Una directiva para mantener una actitud positiva? ¿Un recordatorio del descaro de Maysilee? ¿Solo un delicioso tazón de helado? Quizás las tres cosas. Tomo la cuchara y le doy un mordisco. Se me saltan las lágrimas y las dejo caer, sin control, mientras vacío el recipiente. Está bien llorar cerca de Mags.

El sol se esconde en el horizonte mientras bebo lentamente el café frío, lo que me ayuda a despejar la mente. Ya no queda ninguna Maysilee que proteger. Supongo que debería volver al acantilado para mi último póster. Decido guardar las provisiones que me quedan en la mochila de Maysilee. Añado media jarra de agua y guardo las patatas en el barreño para que no se pierdan. Mientras guardo los pañuelos de repuesto, veo una ranura en la pared interior de su mochila. Al pasar los dedos por la abertura, encuentro una bolsa de plástico llena de bultos. Me había olvidado del kit de luces de patata. Supongo que no lo reveló cuando hicimos el inventario de provisiones, ya que no era legal. Ya no me preocupa tanto. Han pasado tantas cosas con los tanques explotados y los Vigilantes muertos que unos cuantos cables y monedas sueltos no parecen dignos de mención.

Empiezo a pensar en los Vigilantes que encontramos. Ninguno era muy mayor. El tipo de la fregona, de veintipocos años como máximo. ¿Fueron dolorosas sus muertes? ¿Dejan a alguien atrás? ¿Sus padres, amigos y vecinos los lloran como los nuestros cuando nos pierden? ¿Sabrán alguna vez sus seres queridos cómo murieron realmente, o se inventará un accidente para ocultar la incompetencia del Capitolio? Los dobles probablemente no sean prácticos.

Mientras guardo mi mochila verde entre los arbustos, las opresivas notas iniciales Del himno desde el cielo. Primero Maritte, luego Maysilee.
No parece casualidad. Los han eliminado rápidamente, como castigo por matar a sus guardianes. Al abstenernos, Silka y yo hemos sido recompensados con unas horas más de vida.

¿Y qué hay de Wellie? No he tenido tiempo de centrarme mucho en ella, pero... Ella también está ahí fuera. Maysilee indicó que si ninguno de los dos sobrevivía, Wellie podría continuar la lucha. Pienso en lo serena y elocuente que se mostró en la entrevista. Sería una vencedora mucho mejor, mucho más inteligente y mucho más convincente para representar los derechos del distrito que un bribón arrogante y egoísta, incluso si tuviera alguna posibilidad de sobrevivir, que no la tiene. ¿A eso debería dedicar mis últimas horas? ¿A proteger a Wellie de Silka y los perros de los Vigilantes? ¿A asegurarme de que la corona termine en su cabeza, no en la de un Profesional? Sí, estoy segura de que esto es lo que Maysilee habría querido que hiciera, si hubiera sabido toda la historia.

Si voy a proteger a Wellie, tendré que encontrarla. De verdad, en En este punto, solo hay un camino. Si me encuentro con Silka, bien. Le lanzaré un dardo.

—¡Wellie! —grito—. ¡Wellie!

Con los rayos del sol desvaneciéndose, comienzo mi búsqueda, dirigiéndome al sur hacia El prado. Parece tan solitario aquí sin Maysilee. No notaba tanto la soledad antes de tenerla como compañera, pero ahora la oscuridad me abruma, cruda y aterradora.

“¡Wellie!”

Siento que soy la única persona viva en el mundo. Estar cerca de la muerte no ayuda. Busco consuelo en Lenore Dove, sabiendo que debe estar velando frente a su televisor, viviendo mis últimas horas conmigo.
Es mucho peor para ella, la verdad. La impotencia. Pensar en ella observándome me hace querer ser valiente, o al menos aparentarlo. "¡Wellie! ¿Dónde estás? ¡Soy Haymitch!" Espero que Lenore Dove se quede cerca de Sid cuando me vaya, que siga enseñándole las estrellas y esas cosas, que se asegure de que no... ¿Qué era eso?

Mis oídos han captado un sonido extraño detrás de mí, desincronizado con el ruido nocturno del bosque. Me quedo quieto, escuchando atentamente.

¡Ring, ring!

Ahí está de nuevo. No es natural. Es artificial. Decididamente metal contra metal. Conozco ese sonido de un día de verano de hace mucho tiempo. Aún era lo suficientemente joven como para tener tiempo libre. Un grupo de nosotros —yo, Lenore Dove, Blair, Burdock y un par de los chicos McCoy— jugábamos a la mancha congelada en un campo. Nos topamos con la bicicleta de un agente de la paz escondida entre las zarzas junto al camino. A veces las usan para moverse por el pueblo, entregar mensajes y cosas así. Parecía que alguien la había dejado caer y probablemente volvería a buscarla. Pero mientras tanto, era nuestra.

Las bicicletas son codiciadas en el Distrito 12. Algunos de los hijos de los comerciantes en En el pueblo las tienen. Recuerdo que Maysilee y Merrilee tenían unas rosas iguales, y a veces las montaban por la plaza para envidia de todos. Pero eran una quimera para los niños de la Veta. Para nosotros, encontrar una bici de un Peacekeeper tan reluciente y desatendida era como una camada de gatitos rodando justo en un terreno de hierba gatera. Nos juramos guardar el secreto, pusimos guardias y, durante la semana siguiente, todos aprendimos a montar. Era una buena máquina, bien construida, suave, con frenos en el manillar y una campana plateada brillante para avisar de la llegada. Desapareció entonces; probablemente el Peacekeeper regresó a recogerla, pero nunca fue nuestra.

¡Ring, ring!

Es una campana de bicicleta, sin duda. La que Maysilee tejió en el collar de Wellie en el gimnasio. Ha escuchado mis llamadas y esta es su respuesta. Me callo y sigo la campana. Me lleva de vuelta al norte. Siento que estoy volviendo sobre mis pasos hacia donde murió Maysilee.

¡Ring, ring!

Me detengo al pie de un árbol grande. La campana suena levemente desde lo alto. "Tranquila, Wellie", digo. "Estoy aquí. Puedes bajar". Espero, pero no hay respuesta. Ni crujido de ramas ni susurro de hojas.

Ni un susurro de mi aliada. "¿Wellie? ¿Estás ahí?". La única alternativa posible, Silka, no me parece capaz de trepar tan alto como creo que está esa campana. Y si Silka se hubiera acercado lo suficiente para robarle la ficha a Wellie, habría visto otra paloma en el cielo. Empiezo a subir.

Subo, subo, subo, tan lejos que empiezo a preguntarme si tengo el árbol correcto. Las ramas se vuelven más delgadas y tengo que apoyar las botas contra el tronco para no romperlas. Cuando llego a ella, está tan quieta que casi la pierdo.

Ella yace a lo largo de una rama delgada, boca abajo, como una zarigüeya a la luz de la luna, con su campanilla debajo de su barbilla y un cuchillo del tamaño de un niño en una mano.

"Hola, Wellie."

Sus labios agrietados se mueven ligeramente, pero no emite ningún sonido. Tiene esa mirada encogida y vidriosa que conozco de los tiempos difíciles en la Veta. Otra víctima del arma predilecta del Capitolio: la inanición. Necesito bajarla antes de que se caiga de esa rama y darle de comer. Pero es tan frágil que no veo cómo podré hacerlo, sobre todo de noche. Le doy un sorbo de agua de la jarra, y se le derrama por la comisura de la boca.

No hay manera de que le haga comer papa cruda.

Me quedo con el agua. "Intenta tragártela, Wellie", le suplico. Ella logra tomar unos cuantos bocados y luego se queda dormido.

La luna se esconde tras una nube, dejándonos momentáneamente en la oscuridad, y me abrazo al tronco para estabilizarme hasta que regresa la tenue luz. El aire parece volverse más denso en general; ¿estarán preparando una tormenta? La idea de estar atrapado a estas alturas en la oscuridad total mientras la corteza se vuelve resbaladiza me asusta, pero no puedo abandonar a Wellie. Podría conseguir algunas chispas con mi pedernal, pero ¿cómo haría una fogata aquí arriba? Busco a tientas en la mochila de Maysilee algo que usar como combustible, cuando encuentro el kit de batería de patata. En teoría, podría hacer mi propia luz. Probablemente no produciría mucho si lo hiciera, pero podría ser un consuelo.

Un débil trueno me incita a intentarlo. Me acomodo torpemente entre el tronco y una rama, usando la mochila como mesa de trabajo. Beetee dijo que una patata no se debe comer después de ser una batería, así que me limito a usar una, guardando la última para el desayuno de Wellie. Corto una patata por la mitad, saco cada componente de la bolsa de plástico y me esfuerzo para replicar la demostración de Beetee. Envuelvo las monedas de cobre y los clavos de zinc en alambre, dejando una cola, y los introduzco en las mitades de la patata. Esto lleva un rato dada la poca luz. Hay un mal momento cuando una de las monedas se me escapa de las manos y cae al suelo del bosque. Estoy a punto de rendirme cuando recuerdo el medallón de Maysilee y lo saco del cordón tejido.
Tras varios intentos fallidos, conecto el último cable a una pequeña bombilla y me recompensa con una tenue luz. En la mayoría de los casos, sería insignificante, pero en la penumbra de la arena, se siente como la vida misma. Wellie abre los ojos de golpe, los fija en ella, y suspira levemente.

Las primeras gotas de lluvia caen sobre las hojas mientras busco un lugar cercano para armar una hamaca. Las ramas no parecen lo suficientemente resistentes. En cambio, coloco una lona para mantener seca a Wellie y le doy varias vueltas a la manta de Maysilee. Corto tiras de lona y las ato a lo largo de sus piernas y abdomen, sujetándola a la rama. Ella no parece darse cuenta, solo se fija en la luz.

No la moveré hasta la mañana, así que preparo una segunda lona y unas correas. Llueve a cántaros un rato, se pone brumoso y luego las nubes se retiran. Me estoy quedando dormido cuando algo se engancha en las hojas sobre mi cabeza. El paracaídas trae una taza de pudín de vainilla caliente y un paquete de bolas, cada una envuelta en papel festivo arrugado. Chocolate.

Alguien en el Capitolio todavía tiene corazón.

Con paciencia, le voy metiendo el pudín a Wellie, poco a poco. Y aunque perdemos la mitad por las babas, la otra mitad llega a su barriga. Luego rompo una bolita de chocolate por la mitad con los dientes y le meto un trozo en la boca. Ella chasquea los labios ligeramente.

También me permito una o dos bolas. El chocolate es caro en la Costa. Sin duda, para cumpleaños u ocasiones especiales. Es de primera calidad, cremoso, dulce y rico. Si fuera lo último que comiera, me conformaría con eso.

Me quito la lona para reutilizarla como manta y casi me quedo dormida. Me quedé dormido de nuevo cuando oí a Wellie empezar a llorar. Me estiré para consolarla, pero estaba profundamente dormida. El llanto venía de muy abajo, al pie del árbol. ¿Silka? ¿Quién más podría ser? No intenta cazarnos, solo está acurrucada contra el tronco. No la consideraba una llorona. Claro, probablemente aún tenga lágrimas en las mejillas por la muerte de Maysilee. Estoy segura de que Silka también tiene mucho por qué llorar. Aunque sea la clara favorita en los Juegos, todos tenemos suficientes niños muertos que llorar toda la vida.

Me doy cuenta de los tres, acurrucados alrededor de este árbol, el último trío de latidos humanos en la arena. Triste, desesperado, pero también un raro momento de unidad de distrito en los Juegos. ¿Sabes qué lo haría aún mejor? Dejo caer un puñado de bolitas de chocolate en la noche. Un sonido de sobresalto.

Los sollozos se suavizan hasta convertirse en sollozos. Un envoltorio de caramelo cruje. Silencio.

No es un mal cartel en general.



Fragmentos de sueño generan pesadillas, y el amanecer me encuentra débil y Cansado, como el chico del poema de Lenore Dove. El mundo no me deja tiempo para lamentarme como es debido y me siento engañado, superficial y despiadado. Louella, Ampert, Maysilee, todos merecen algo mucho mejor. Simplemente no puedo generarlo.

Voy a ver cómo está Wellie, que duerme plácidamente en su rama. No hace falta despertarla todavía.

Silka se ha ido. No es que esperara que se formara una gran alianza entre nosotros. Tuvo un momento vulnerable, aceptó el chocolate y luego probablemente se avergonzó. Supongo que el Distrito 1 no recompensa a sus profesionales por ser solo humanos. Sí, Silka está ahí fuera, y probablemente cerca, a menos que esté buscando comida. Podría haber intentado ir a la Cornucopia o haber vuelto a por las provisiones de Maritte. Pero sabe dónde estamos y volverá para matarnos.

Me froto la suciedad de los ojos por encima de la lona y noto manchas negras en los dedos. No sé de dónde salieron; anoche, en la oscuridad, no se notaron. No creo que sea la corteza del árbol.

Aunque... ¿o la lona... algo con la batería de patatas? En realidad no importa. A menos que...

De repente, un montón de bombillas se encienden a la vez. Yo sacando el medallón de flor de cobre del collar de Maysilee. El residuo negro en mis manos después de manipular la mecha del tanque. Y las últimas palabras de Beetee en el bufé: «Y si Ampert no aparece ,

también hemos reemplazado ...».

Pero entonces Wellie apareció y nunca supe qué más, aparte de las fichas del Distrito 9, habían sido reemplazadas. Una de repuesto. Un repuesto para la única mecha de Ampert. ¿Es eso lo que llevo alrededor del cuello, como el collar de fichas de Maysilee? Fingiendo concentrarme en el amanecer, froto con indiferencia un poco del cordón trenzado entre el pulgar y el índice, y luego jugueteo con la tapa de la jarra de agua. Sin duda. Las manchas eran de su ficha.

Una última oportunidad. Una última oportunidad para arruinar los Juegos de una manera que... El Capitolio no puede ocultarlo. No puedo estar completamente seguro hasta que desenrolle el cable y compruebe si está el detonador, pero si no me equivoco, no debo desperdiciar este regalo de despedida.

Me recuesto contra el tronco, intentando parecer indiferente, mientras mi La mente se acelera. ¿Qué posibles objetivos quedan? El tanque ha explotado, el generador está fuera de los límites, será difícil acceder al Sub-A una segunda vez. Eso nos deja con la Cornucopia. ¿Y por qué no? ¿No es el símbolo mismo de su despreciable espectáculo? ¿Y no es el gesto que me dejaron puramente simbólico, dado que la maquinaria está fuera de mi alcance? Aún podría hacerle un buen agujero en el costado de su brillante cuerno dorado. Dejarlo ardiendo y desfigurado en medio de su pequeño y lindo prado. Un retorcido y feo recordatorio de la historia de los Juegos del Hambre. Un cuerno de la abundancia para unos pocos. Desesperación para muchos. Destrucción para todos.

Una vez más, el truco será conseguir que lo muestren en pantalla. Pero como solo quedamos tres, quizá sea posible. Si pudiera revivir a Wellie un poco más, conseguir que consumiera suficientes calorías para asegurarme de que aguantara y luego guardarla en un lugar seguro, podría preparar un duelo con Silka en la Cornucopia. Intentaría eliminarla a ella y a la Cornucopia en la misma explosión. Si estuviéramos justo al lado, ¿cómo no lo mostrarían? Y luego, si sobrevivo, Snow hará que los Vigilantes me maten, y Wellie se quedará con... corona.

Un vistazo a su carita demacrada me hace reflexionar. Wellie está al borde del colapso. de morir de hambre. Incluso si puede aguantar, la falta de comida la deja

Vulnerable a un sinfín de peligros, desde debilidad física hasta deshidratación y enfermedad. Nos queda chocolate, pero echárselo directamente en su estómago encogido podría tener el efecto contrario al deseado. Ahí está la última patata: está buena y sosa, pero necesita hornearse. De acuerdo. Esa es mi prioridad. Hornear la patata. Alimentar a Wellie. Esconder a Wellie. Atraer a Silka a la Cornucopia. Explotarla con la Cornucopia.

¿Cómo podría salir algo mal?

Bueno, aquí va un problema para empezar: después del incidente del tanque, si los Vigilantes me ven desenrollando una ficha, todos los perros de la arena me atacarán. Necesito un momento fuera de cámara.

No hay mejor momento que el presente. Como si quisiera tapar el sol, cubro con la lona Mi cabeza. Con movimientos mínimos, desabrocho el collar de Maysilee y desenredo el cordón. Me siento animado al descubrir el detonador, firmemente sujeto al extremo. Quizás no estoy del todo perdido. Después de envolverlo bien con la mecha, lo escondo en mi bolsillo y me froto las manos con fuerza en los pantalones para limpiarlos. ¿Notarán los Vigilantes la desaparición de la ficha? Cuando Wellie despierte, quizá debería fingir que la perdí. Podría haber seguido el mismo camino que el medallón de latón. Aunque, claro, llamar la atención sobre su ausencia podría ser contraproducente.

Hago un inventario de mi equipo. Espoleta. Listo. Detonador. Listo. Explosivo. Listo. Pedernal. Listo. Tengo todo lo que necesito, incluso un puñado de envoltorios de caramelos aceitosos para la yesca. Con ganas de empezar, tiro la lona, me estiro bien y me libero de las tiras.

Wellie abre los ojos de golpe. Me observa, como si sopesara mi valor, y luego frunce el ceño.

“No me dejes otra vez”, susurra.

Sin duda, desde su perspectiva, soy el gran detractor de los Recién Llegados. No se equivoca. Tenía asuntos más importantes que atender, pero aun así no se equivoca.

Intento sonar alegre. "Oye, Wellie. ¿Qué tal si bajo y te preparo una papa? ¿Crees que podrías con eso?"

“No me dejes.”

—Bueno, estoy bastante seguro de que Silka está por aquí. Creo que estarías más seguro aquí arriba.

—No. No puedo estar sola otra vez. —Empieza a forcejear para liberarse de sus ataduras—. Te seguiré.

—¡Vale, vale! —La acomodo de nuevo—. Déjame desatarte. No es lo ideal, pero no puedo arriesgarme a que intente bajar detrás de mí; caería y moriría. Con cuidado, quito las tiras de lona y la manta, y guardo todas nuestras cosas en la mochila. —Voy a necesitar que te agarres. ¿Puedes hacerlo?

Ella asiente, pero cuando me rodea el cuello con los brazos, los tiene tan flácidos como fideos cocidos. Tendrá que llevarla sobre mis hombros. "Mejor intenta el porteo de minero", le digo, tirando la mochila al suelo. La levanto con cuidado y la coloco sobre mis hombros, agarrando con fuerza el brazo que cae sobre mi pecho, como nos enseñan a hacer si tenemos que sacar a los heridos de la mina después de un accidente. Nunca fue gran cosa, pero dudo que pueda pesar treinta kilos ahora. Bajo lentamente del árbol, casi caigo dos veces al romperse las ramas bajo mis botas. Cuando llego al suelo del bosque, la recuesto con cuidado sobre las agujas de pino.

Le doy una bola de chocolate para que la muerda y le hago un nido con ella. la manta. Cuando la reviso para ver si tiene fiebre, su frente está tan fría como el mármol. "¿Tienes frío?"

—Un poco —dice. Noto el tono morado de sus labios.

Bueno, un fuego te calentará. Y luego podemos hornear tu papa.

Un examen superficial de la maleza local muestra que esto será un desafío. La lluvia de anoche, aunque relativamente breve, cayó con fuerza, humedeciendo el combustible disponible. En unas horas, el sol me habrá ayudado, pero por el momento, el combustible seco parece escasear. Ahora tendré que buscar algo que esté protegido por ramas gruesas que sobresalen o formaciones rocosas.

¿Qué hago con Wellie? ¿Cargarla? Será difícil si estoy recogiendo leña. ¿Cruzar los dedos y esperar que Silka esté lejos? Es demasiado arriesgado. Eso significa intentar ocultarla. "Wellie, voy a tener que viajar un poco para cargar combustible".

“No me dejes.”

No será por mucho tiempo y no iré lejos. Me aseguraré de que estés bien escondido.

"No."

—Necesitamos fuego. No pasa nada. Mira lo que tengo para ti. —Le cuelgo la cerbatana de Maysilee al cuello—. Esta era de Maysilee. Está cargada. Solo tienes que respirar hondo, soplar muy fuerte por este extremo, y sale volando un dardo venenoso. Mató a Panache con esto. Me salvó la vida.

“Maysilee también nos dejó”, dice Wellie con tristeza.

No, se separó buscando a Lou Lou. No pude contactarte.
Ella querría que tuvieras esto. Me dijo que creía que serías un buen vencedor.

—¿De verdad? —Abre los ojos como platos—. ¿Qué quiso decir? ¿Un buen vencedor?
Gran pregunta. «Significa, creo, que nunca dejas de ser un recién llegado».

Wellie se llena de lágrimas y se arma de valor. "Puedo hacerlo".
—Para los demás —dice—. Escóndeme. —Extiende los brazos para que la cargue.

Cerca de allí descubro un árbol casi oculto por las vides silvestres que caen en cascada. Arropar a Wellie detrás de ellos y arreglar la cortina de hojas es lo mejor que puedo hacer, con la doble presión del tiempo y la geografía. Esperará mi regreso, armada con su cuchillo de pelar y su cerbatana. "Recuerda", le digo.
Solo tienes un dardo, así que aprovecha al máximo. Ahora, quédate quieto y volveré antes de que te des cuenta de que me he ido.

Tengo la intención de que esto sea cierto, pero a medida que busco en un círculo cada vez más amplio, siento que mi confianza flaquea. La madera disponible humearía como loca incluso si pudiera encenderla con mi puñado de envoltorios de caramelos, lo cual es dudoso. La sola idea de hornear una papa pierde su atractivo. Tal vez si la corto en rodajas finas mientras está cruda, podría digerirla. Lo que realmente ayudaría —¡hola, patrocinadores!— sería una buena canasta llena de comida. Es decir, ¿para qué la están guardando? Seguramente, dos de los últimos tres tributos en la arena tienen suficiente en sus cuentas combinadas para una taza de caldo de lomo de pollo. Creo que Mags debe leerme la mente, porque mientras voy directo de regreso a mi aliado, un paracaídas prácticamente me roza la nariz al flotar hacia mis botas.
Me agacho para abrirla y encuentro una canasta de picnic adornada. Una tarjeta de papel grueso descansa sobre ella con las palabras... ¿Qué no hay en la arena?

Dentro, acurrucada en una servilleta de lino blanca como la nieve, encuentro una jarra.
Un escalofrío me recorre al levantarla hacia la luz del sol. El cilindro blanco descansa en la escalera de caracol. El águila real se posa sobre la tapa. Mi pulgar presiona su cola, abriéndola y revelando la leche fresca y cremosa. Si esta no es la jarra de la biblioteca de Plutarco, es una réplica exacta.

Me guardo la tarjeta en el bolsillo y devuelvo la jarra a la cesta para disimular el temblor en mis manos. ¿Qué debo pensar de esta recién llegada?
Sólo hay dos posibilidades, tan opuestas como el día y la noche.

Desde una perspectiva positiva, esto podría ser un auténtico regalo de Plutarco a través de Mags. Una pinta de sustento, un trago de aliento.

Podría significar: « Bien hecho, Haymitch. A través de la niebla de propaganda, las maniobras y las mentiras, puedo ver que tu misión tuvo éxito». Hiciste tu parte. Y si la explosión del tanque no logró ahogar el cerebro por completo, lo cual no es tu culpa, lo desbarató todo. Llévale esta leche a Wellie, mantenla con vida, juega tu carta lo mejor que puedas.

Pero por otro lado, tal vez Mags no tuvo nada que ver con este regalo, y El mensaje maligno dice así: Saludos de tu presidente. No creías que vi tu pequeño truco con la jarra de leche en la biblioteca, pero te equivocabas. Porque lo veo todo. Tus bombas, tus conspiraciones, incluso el percutor de pedernal de tu lindo pajarito. Y ahora tienes una opción. ¿Bebes la leche? ¿Se la das a tu enfermizo aliado? ¿La viertes en la tierra? Porque, naturalmente, sospechas que está envenenada. ¿Qué haces, Haymitch Abernathy? Debes saber que los ojos de Panem, y los míos en particular, vigilan cada uno de tus movimientos.

Sí, todo el mundo está mirando. Si no devuelvo esta leche inmediatamente... Si le llego a Wellie e intento salvarla, parecerá que me estoy portando bien, pero en realidad intento matarla para estar un paso más cerca de convertirme en el segundo vencedor del Distrito 12. Sin embargo, estoy casi seguro de que es venenoso y proviene de Snow. No creo que Plutarch sea tan descuidado como para vincularse tan públicamente conmigo, ya que bombardeé el tanque. Seguramente mucha gente, muchos Vigilantes de dentro, conocen este símbolo de la escalera dorada que tan a menudo se exhibe en la mansión Heavensbee. Combinan a la perfección. Dado que le asignaron cubrir a los tributos del Distrito 12, probablemente sea ilegal que Plutarch nos apoye. Como dijo Proserpina, era para ella y para Vitus.

Es de Snow, esta muerte lechosa. El destino que he intentado desafiar desde que vi ese perverso pastel de cumpleaños en el tren ha vuelto a casa para anidar como el cuervo del poema, posado para siempre sobre la puerta de mi habitación. Estoy completamente en el poder de Snow y él puede manipularme. Su marioneta. Su peón. Su juguete. Es su póster el que estoy pintando. Su propaganda. Estoy atrapado para cumplir sus órdenes en los Juegos del Hambre, la mejor propaganda que tiene el Capitolio.

Mi padre debe estar revolcándose en su tumba.

La orgullosa alianza distrital, los Recién Llegados, nunca podrá... Gana. Wellie morirá envenenado, de hambre o de carrera. Silka, esa aspirante al Capitolio, se llevará la corona.

¿Y yo? Solo me queda una cosa por hacer si no quiero morir. Como traidor a los distritos —como asesino de Wellie por negligencia, ya que me niego a ir a envenenarla—, y Snow lo sabe. Ha seguido cada uno de mis movimientos hasta esta resolución final y espera mi inevitable rendición. Debo beber la leche. Ha llegado el momento. Se acabó el juego.

Recupero la jarra, levanto la tapa y examino el contenido. Cada célula de mi cuerpo se resiste a rendirse. Me pregunto si podría fingir que tropiezo y dejo caer la jarra, al menos posponiendo el momento de la victoria de Silka, cuando el cañón dispare. Me quedo paralizada, desconcertada. ¿No era este el momento para que el presidente saboreara mi derrota? ¿Qué está pasando? ¿Quién ha interferido en su estrategia?

Lanzo la jarra a un lado, oyéndola romperse al chocar contra una roca, mientras me dirijo hacia las viñas silvestres. Como prometí, no estoy lejos. Espero contra toda esperanza que, de alguna manera, Silka haya tenido un fin errático. Eso simplificaría mucho todo.

Al rodear un último grupo de árboles jóvenes, me quedo paralizado de horror pensando en lo que me espera. Silka se yergue como una estatua, con su traje verde mocoso salpicado de rojo brillante. En su mano derecha, su hacha. Con la izquierda, sostiene la cabeza de Wellie, con los ojos aún abiertos y la boca abierta. El único movimiento, el único sonido, proviene de la sangre que gotea sobre las agujas de pino del suelo del bosque. El cuerpo de Wellie yace desplomado a pocos metros de distancia. El brillante timbre plateado de la bicicleta. La cerbatana. Las botas pequeñas. El pequeño cuchillo en su garra de pájaro. Plumas color paloma. Pollito sin cabeza. Podría vivir diez mil años y jamás borraría esta imagen de mi memoria.

“¿Qué hiciste?” siseo.

Silka se esfuerza por concentrarse en mí. Levanta la cabeza de Wellie. a la defensiva. "Me atacó."

Ahora noto el dardo venenoso colgando inofensivamente de la blusa de Silka. Manga. Wellie intentó protegerse. Defendió el honor de recién llegada. Probablemente apenas tenía aire para sacar el dardo de la pistola. La abandoné, como ella temía. Cegado por el deseo de pintar mi póster, dejé el verdadero tesoro desatendido.

"Ella tenía que irse. Tú tienes que irte", continúa Silka. "Es la única manera de volver con mi gente".

“Todos tenemos gente”, digo. “¿Crees que la tuya podrá olvidar esto alguna vez? Sé que la mía no”. Ignorame, Sid. Reniega de mí. Escupe cuando

Escuchas mi nombre. No poder romper la arena no es nada ante esto.

"Ya os contaré cómo fue cuando llegue a casa", dice.

—Oh, no te vas a casa, Silka. —Saco el hacha de mi cinturón. Estamos... Ninguno de los dos se va a casa. La mataré, y Snow me matará a mí. Estos Juegos no tendrán vencedor.

El segundo cartel de Quarter Quell.

Ayuda la forma en que aparta la cabeza de Wellie, sin consideración ni compasión por ella, incluso muerta. También ayuda ver una mancha de chocolate en lo alto de su pómulo, donde debió secarse las lágrimas anoche durante nuestra tregua unilateral. Y, por último, ayuda cuando dice: "¡Yo seré quien honre al Capitolio!".

Hacha contra hacha, nos enfrentamos. Ojalá pudiera afirmar que soy más rápido o más fuerte, pero estamos bastante igualados. Su entrenamiento es superior, pero tengo una ventaja que ella jamás podrá desear. ¿Esos treinta y un aliados de los que me jacté ante el Vigilante Jefe? Puedo sentir a cada uno de ellos a mi espalda.

Su primer golpe fue directo a mi cabeza, como si quisiera partirme el cuerpo en dos. Apenas lo bloqueé. Mi contraataque le cortó la pierna, haciéndole sangrar. Un destello de sorpresa cruzó su rostro. No esperaba que pudiera atravesar sus defensas. Bueno, puede que no esté entrenado, señorita Silka, pero apuesto a que he pasado más tiempo blandiendo un hacha que tú, y tengo el licor blanco y la ropa limpia para demostrarlo. El tiempo que pasé destrozando la arena tras la muerte de Ampert tampoco me vino mal. Esta arma se siente como en casa en mis manos.

Bárbaro. Brutal. Sangriento. No hay manera de embellecer lo que sigue. Mientras nos llovimos golpes, algunos empiezan a conectar. Nuestras hachas se entrelazan, forcejeamos, y ella me da un rodillazo tan fuerte que veo estrellas. Esquivo un ataque que entierra su hacha en el tronco de un árbol, y mientras forcejea para liberarla, mi hoja se clava en la carne cerca de su cadera. Unos movimientos después, gira hacia mí y me corta el muslo. Mientras nuestras armas se entrelazan, la golpeo en la cara con el mango, rompiéndole un par de dientes. Pero al final, el entrenamiento de Silka da sus frutos. Cuando blande el hacha sobre su cabeza en un intrincado patrón de bucles, me distraigo. La hoja cae inesperadamente, y antes de que tenga tiempo de retroceder, me abre un corte en el estómago.

Jadeo. Ella ataca de nuevo, haciendo que mi hacha se desprenda de mí. Mis manos encuentran el daño. Es grave. Viene hacia mí. Me doy la vuelta para huir y ella me atrapa en una llave de cabeza, cortándome el aliento. Motas negras salpican los bordes de mi...

Visión, siento que desaparezco cuando mis ojos se posan en el cuerpo decapitado de Wellie. No puedo dejar que Silka gane. En un último intento, saco el cuchillo del cinturón y lo pongo sobre mi hombro. Un grito. Con el cuello suelto, salgo corriendo, ajeno al daño que le he causado.

Con ambas manos apretadas contra mi herida, zigzagueo por el bosque, sabiendo que debo resistir, seguro de que es imposible, enloquecido por el dolor y el miedo. Las ramas me azotan la cara, las raíces se me enganchan en las botas mientras reboto de un árbol a otro. Mi único objetivo es aumentar la distancia entre los gritos de Silka y mi ser. Pero ella viene. Mis piernas empiezan a flaquear cuando el olor a insectos quemados me alerta y me encuentro en la abertura del seto de acebo. ¡Mariquita, mariquita, aquí estoy de nuevo! Pero ahora su hogar me ofrece refugio y una oportunidad para reagruparme. Quizás ese profesional amante del Capitolio, respetuoso de las normas y vestido de verde mocos tenga miedo de seguirme más allá de los límites establecidos de la arena.

Mientras el aire caliente que sube del cañón me baña, me tambaleo hacia el Al borde del precipicio. Incapaz de seguir corriendo, me giro para encarar a mi oponente. Con o sin límite, Silka sale del seto a trompicones tras de mí. Ahora puedo evaluar el daño que le hice con mi cuchillo, reconocer la cuenca vacía donde le saqué el ojo. Parece insignificante comparado con contener mis entrañas. Sin dudarlo, levanta el hacha y la lanza. Mis rodillas, ya a punto de ceder, se doblan como cartón mojado y caigo al suelo mientras el hacha silba sobre mi cabeza hacia el cañón.

Ahí es cuando recuerdo el campo de fuerza. Y lo que pasa con lo que se cae. objetos. Observo, sin aliento, lo que el amor de mi vida llamaría justicia poética.

Silka permanece allí, con la mano sobre la cuenca del ojo que brota. Su ojo sano me mira fijamente, calculando la hora de mi muerte. Entonces vuelve el silbato, su momento de confusión cuando el hacha giratoria refleja la luz del sol, y el sonido sordo y nauseabundo que se aloja en su cabeza.

Ahora ambos estamos en el suelo. Me tumbo boca arriba, observando el aerodeslizador que flota sobre nosotros. Silka se niega a morir; un gorgoteo ahogado se escapa de sus labios. Solo tengo que esperar a que se calme. Mi mano hurga en mi bolsillo, buscando un pañuelo para ayudar a detener la hemorragia. Pero en cambio, desentierro las reliquias de mi último, o penúltimo, o no sé qué plan. Las herramientas que necesitaba para hacer un agujero en la Cornucopia. Bueno, obviamente, eso queda descartado. Morir fuera de la arena tendrá que ser suficiente. Aunque parece una lástima no intentar conseguir un póster más. Quizás todavía haya un

¿Oportunidad de terminar con una explosión? Sí. Ahora todo está claro. Sé qué hacer.

Está bien, papá. Está bien, mamá. Levanta la cabeza, Sid. Nadie más que yo lo hará. pinta este cartel.

Siento que la consciencia amenaza con desvanecerse mientras libero el girasol de mi cuello y le coloco el detonador. Arranco la mecha con los dientes, dejando unos centímetros, y tiro el resto a un lado.

Esta vez sí funciona, Ampert. ¡Un cañón suelto!, Louella. Wyatt. Lou Lou. Wellie. Lo juro por el meñique, Maysilee. Presta atención, Panem. Los recién llegados llegan a la cima.

La tarjeta del presidente, cortesía del Capitolio, se rompe fácilmente. Desmenuzo los pedazos y los apilo con los envoltorios de caramelos. Finalmente, me pongo el pedernal en la cabeza y le doy un beso largo.

Oh, Lenore Dove. Oh, amor de mi vida. Estoy contigo antes, ahora y... siempre. Y te encontraré. Te encontraré.

Haymitch. Haymitch Abernathy. Debes detener toda actividad inmediatamente.

El cuarzo se posa en una mano temblorosa, la otra se cierra sobre las cabezas de la serpiente, el pájaro cantor. ¡Qué fina artesanía! «Bella con un propósito», dijo. Ahora ha encontrado su verdadero propósito.

Dispara un cañón. No hay corona de victoria para ti, Silka. Solo la garra. Escucha, esas trompetas deben ser para mí.

Una lluvia de chispas vuela hacia la pila y se convierte en una pequeña llama. Una lluvia de balas danza alrededor de mis manos. Ja. Me extrañaste.

¡Quieto! Haymitch Abernathy, has estado... ¡Suelta eso! ¡Suelta eso ya!

La llama ya se está apagando mientras sostengo la bomba. Besa la punta de La mecha corta, luego con avidez comienza a devorar el cable negro.

¡No sabes lo que haces! ¡Para! ¡No lo tires!

Pero lo hago. Con mis últimas fuerzas, lanzo el girasol a... El cañón. Como mínimo, debería haber un estruendo impresionante. Pero la voz de pánico del Vigilante me ha hecho esperar más. ¿Qué pasará cuando la explosión impacte contra el campo de fuerza? No tengo ni idea.

Solo que parecen temerle. El cuarzo se desliza al suelo, mezclándose con las demás rocas. Deslizo el percutor de pedernal bajo mi cuello, donde pueda reposar sobre mi corazón. Ella lo entenderá.

El viento dispersa los últimos restos de ceniza, llevándolos al olvido. Unas motas negras me inundan los ojos, formando una nube que bloquea la luz del sol. Una explosión sacude el mundo.

Mis últimas sensaciones son las de los resbaladizos rollos de mis intestinos en una mano, el pájaro cantor presionando contra mi piel y la tierra temblando debajo. a mí.

Muero feliz.



Goteo. Goteo. Goteo.

"Mamá debe haber colgado la ropa dentro".

Goteo. Goteo. Goteo.

Qué frío. Necesito echarle leña al fuego. Qué frío. ¿Dónde está mi edredón? Sid, ¿tienes mi edredón?

Goteo. Goteo. Goteo.

Hattie embotellando un nuevo lote. Siempre huele así. La primera parte de la producción se desecha. «Tira las cabezas, Haymitch. Esto te va a matar. Te va a matar».

Goteo. Goteo. Goteo.

—Demasiado tarde, Hattie. Ya estoy muerta. ¿Oye, Hattie?

Goteo. Goteo. Goteo.

"¿Hattie? ¿Mamá?" No hay respuesta. Algo malo está pasando.

"¿Mamá?"

Me despierto de golpe. ¿Por qué Hattie está tramando algo en mi cocina? ¡Que nos arresten a todos! ¿Por qué nadie me responde? Esto no es la cocina. ¿Qué demonios está pasando? ¿Por qué me duele tanto?

Un cielo verdoso y tornado brillaba. El penetrante olor a alcohol, combinado con químicos, me llenaba la nariz y la lengua. Goteo, goteo, goteo, mezclado con un murmullo lejano, palabras que no entiendo bien. Metal frío me clavaba contra el metal frío. Miedo.

Parpadeo con fuerza y el mundo se enfoca. A través de la luz pantanosa, un techo alto entrecruzado por tuberías. Me lamo los labios, como papel de lija, intento tragar. Me froto los ojos, pero mis manos no pasan de mi vientre.
Mis dedos encuentran la larga hilera de puntos en mi estómago. No los entiendo. Una mesa de acero debajo de mí. Sin colchón, sábana ni almohada. Esposas de metal con cadenas cortas en las muñecas y los tobillos. Una correa en el pecho. Desnudo como un arrendajo. Ni un punto. No, pero algo queda. Mi percutor de pedernal...

El recuerdo regresa a mi mente. El acantilado. La bomba.
Los gorgoteos moribundos de Silka. Las advertencias desde arriba. Chispas volando. Mecha prendiéndose. El arco del girasol contra el cielo abierto.
Entonces, ese sonido ensordecedor.

Debo estar muerto. Sentí que mis intestinos se deslizaban hacia afuera. Mi cuerpo se cerraba. Abajo. Quería irme. El trabajo estaba hecho, mi póster completo.

¿Qué me ha pasado?

Mi percutor de pedernal reposa sobre mi corazón, como en mi último instante, solo que ahora está sujeto a mi cuello por el cordón de cuero de la bota. Alguien lo ató ahí, y no fue mamá.

¿Dónde estoy, Lenore Dove? ¿Dónde estás tú, mi único amor?

Me salen tubos de los brazos. Uno en el vientre. Giro la cabeza hacia la derecha y el dolor me quema las entrañas. A pocos metros, rostros se aprietan contra una pared de cristal. Bocas sin lengua abiertas. Avoxes, desnudos y sucios, manotean el cristal, suplicándome algo que no puedo darles. Aterrado, giro a la izquierda.

Un momento de alivio al ver a mi viejo amigo, el conejo gris de la arena. Mi paloma en la mina de carbón, quien me advirtió del peligro, quien me sacó del laberinto. ¿Ha venido a salvarme una vez más? Ayúdame. ¿Puedes ayudarme?
Los ojos verdes miran fijamente desde el tanque. Se aferran al cristal.
¿Por qué tiembla tanto?

Desde las sombras, algo golpea. Una serpiente de dos metros se traga...
Mi aliado. Un bulto en el cuerpo fibroso.

Cierro los ojos de golpe. Esto debe ser una pesadilla. O quizás me he ido a otro mundo, uno malo. Intento recuperar la consciencia, escapar de este lugar maligno. Pero en el fondo de mi corazón, sé que es real. Empiezo.

Temblando tan fuerte como el conejo. Más fuerte. Esperando a mi serpiente. Por favor, envíame la serpiente y acaba con esto.

Pasos apagados. Un tirón en mis tubos. Una mujer con mascarilla cambia una bolsa llena de líquido transparente por una vacía.

"¿Dónde estoy?", pregunto con voz áspera. Me ignora. Simplemente me limpia las heridas del estómago con un líquido pestilente, enviando descargas de dolor por todo mi cuerpo. "¡Alto! ¡Me estás haciendo daño! —Lucho. Ella no se detiene. Me detengo, porque moverme empeora el dolor.

Se va. Murmura de nuevo. Esta vez capto algunas palabras.
"Laboratorio." "Sepsis." "Perturbador." Un frío surge de la aguja clavada en mi brazo. Nada.

Cuando despierto de nuevo, tengo un nuevo conocimiento. En este lugar, la disrupción trae el olvido. Dispensada desde lejos como las drogas en la bomba de Lou Lou. Intento ser lo más disruptivo posible durante las horas, ¿días, semanas? Estoy prisionero aquí.
Cuando estoy consciente, los Avox suplican. Las patas acolchadas traen dolor. Perros grotescos reemplazan a los humanos. Más conejos mueren. Brebajes repugnantes se fuerzan entre mis labios. Ninguna luz del día atraviesa las paredes, ningún aliado me consuela. Estoy completamente solo e indefenso.

Nueva confusión al emerger en un nido de naranja quemado. De alguna manera, estoy... De vuelta en el apartamento de homenaje. Al otro lado de la habitación, la cama de Wyatt, sin sábanas, me pilla desprevenida. Todavía no he tenido tiempo para llorarlo.

Con cuidado, muevo los dedos de las manos y los pies. Todos los tubos y ataduras han desaparecido, pero una bomba idéntica a la de Lou Lou se ha clavado profundamente en mi pecho, desafiándome a retirarla. Doblo la colcha afelpada, las sábanas finas, y examino la herida de mi estómago. No hay puntos, solo una cicatriz arrugada y furiosa, como una sonrisa torcida. Mi muslo ha mejorado, pero llevaré la marca de por vida. Sigo desnuda. Me levanto de un salto, solo para desplomarme de nuevo en la cama, agarrando las sábanas mientras la habitación da vueltas. Espero a que todo se tranquilice antes de un segundo intento. Con los pies cuidadosamente plantados en el suelo, me levanto lentamente.
Mi pijama sigue hecha un lío en el suelo, donde la dejé la mañana de los Juegos del Hambre. Sin más remedio, me la puse.

Llego tambaleándome a la sala y me apoyo en el marco de la puerta del dormitorio de las chicas. La ropa de cama de nuestra última pijamada cubre los muebles y el suelo. Manchas de sangre seca de la oreja de Lou Lou salpican su almohada. El pijama de Maysilee está doblado en una pila ordenada sobre su cama. No hay nadie aquí porque todos están muertos.

"¿Mags?", grazno. "¿Wiress?". No hay respuesta. Todo el edificio está en silencio sepulcral. La calle frente al apartamento, desierta. Cerrada. Bloqueo atrincherado. Soy un joven peligroso. El encantador bribón se volvió rebelde letal. Woodbine Chance se ha convertido en uno de sus parientes más descontrolados, condenado a ser ahorcado mientras el Distrito 12 observa.
Presa del impulso de huir, me dirijo al ascensor y presiono el botón repetidamente. No hay zumbido, no hay luces, no hay escapatoria posible.

En la cocina, la mesa está vacía, pero en el refrigerador hay una bandeja de panecillos y una estantería con cartones de leche diminutos. La dieta de Snow después de las ostras mortales. Aunque mi estómago se ha encogido al tamaño de una nuez, todavía anhela comida. Mojo trocitos de pan en la leche y los trago. Estar envenenado ya no me preocupa. Si el presidente me quería muerto, ¿por qué se ha tomado tantas molestias para mantenerme con vida? Tiene grandes planes para mí. La cámara en la esquina me recuerda que todos mis movimientos están siendo observados o al menos grabados. No, en este punto, definitivamente observados. Ojos sobre mí, 24/7. No se me permitirá morir. Seré resucitado por el Capitolio para su entretenimiento. Tal vez, incluso me estén transmitiendo en vivo ahora. Tal vez, como vencedor, nunca más vuelva a estar fuera de cámara...

Agotado por mi excursión, regreso a la cama y me hundo en un sueño intranquilo.

Los días pasan. Mi horario es mío. Solo tengo tiempo para pensar. Las consecuencias de mis acciones en la arena. La pequeña joya perfecta de Snow, que desperdicié en cada oportunidad. No me causa ningún placer ahora que me pregunto quién está pagando el precio. Beetee. Mags. Wiress. Probablemente los estén torturando para que revelen los nombres de sus cómplices. Los simpatizantes rebeldes que fabricaron bombas de girasol y collares de mecha. Los Vigilantes y los Agentes de la Paz que ayudaron a introducirlos de contrabando. Espero que hayan perdonado al equipo de preparación y a Effie, que son peones del Capitolio completamente despistados. Dudo que alguien sospeche que Drusilla y Magno Stift sean simpatizantes, y me da igual. ¿Y Plutarch? Sigo sin estar seguro de su papel en todo esto, pero tenía razón sobre el sol y las bermas, y sin ese conocimiento, habría sido imposible llevar a cabo mi misión. ¿Es un aliado? ¿Un agente del Capitolio? ¿Ambas cosas? Imposible saberlo.

No me atrevo a pensar en mis seres queridos en casa. Todo lo que hice, cada decisión que tomé, se basó en la certeza de que mi muerte los protegía de todo daño. Snow lo había garantizado en la biblioteca. «Sin ti, Lenore Dove y tu familia deberían ser libres para disfrutar de una vida larga y feliz». Como dijo Beete, si hubiera muerto, Ampert seguiría siendo...

Vivo. Snow quería que sufriera el horror de presenciar la ejecución de su hijo; de lo contrario, no tenía sentido. Pero como Snow necesitaba un vencedor para su Vasallaje de los Veinticinco, supongo que cambió de opinión sobre matarme.

Para colmo, las transgresiones de Beetee fueron clandestinas y las mías se televisaron a todo el país. ¿O no? No tengo ni idea de cómo se editaron, censuraron y manipularon mis esfuerzos. Es posible que no se haya emitido nada significativo, lo que restó efectividad a mis carteles, pero quizás alivió mi castigo.

Esto lo sé: he estado desafiando públicamente a Snow y a su Quarter Quell desde que aterricé en el Capitolio. Incluso después de la reunión privada en la biblioteca, hice alarde de mi desafío. Si le sirvió ostras envenenadas a Incitatus Loomy, el maestro de ceremonias, ¿qué festín nos tendrá preparado a mí y a los míos?

Tal vez haya pasado una semana, según la luz cambiante de la calle. El aislamiento continúa. El aislamiento es casi más aterrador que el espeluznante labrador. Sabes que cuando empiezas a extrañar pasar tiempo con los perros, estás en problemas, pero yo anhelo compañía.

Los panecillos se endurecen, la leche empieza a girar, pero sigo comiendo, impulsado por El apetito voraz de un convaleciente. Fantaseo con comida. Ciruelas frescas. Puré de papas. Guiso de conejo. Pastel de pila. ¿Volveré a probar el pastel de pila? Improbable. Si llego a casa, supongo que las celebraciones de la infancia serán cosa del pasado. De todas formas, no estaré en casa. Tendré una casa en Victor's Village, con todas las comodidades que mencionó Beetee. Electricidad confiable, aire acondicionado frío y caliente, inodoros con cisterna y toda el agua caliente que quiera con solo abrir el grifo. Sin necesidad de bombear ni picar. Como mi prisión aquí.

Quizás mi celebración de la victoria se haya cancelado debido a mi insurrección. Quizás simplemente me estén encarcelando para mi ejecución pública.

Se puede tener esperanza.

Empiezo a pasar largos ratos en la bañera. Han quitado la toalla que puse sobre la cámara y no me molesto en volver a ponerla. Simplemente me drogarían y se la llevarían. Podrían volver a encadenarme. No tiene caso. Me sumerjo durante horas y horas, reponiendo el agua caliente, viendo cómo mis dedos de las manos y de los pies se ponen como pasas mientras trozos de carne muerta flotan sobre mi cicatriz. Las imágenes de la arena me consumen. Muerte tras muerte. Algunas que no presencié, como la masacre, supongo. Intento recordar a los otros cuarenta y siete tributos, además de Lou Lou. Usando el color de Maysilee.

El sistema ayuda un poco, pero se me escapa la mitad. Distrito 5, Distrito 8. Casi olvidados.

La ausencia de Wyatt me persigue en el dormitorio, así que llevo mi manta al dormitorio. Me acuesto en el sofá y acampo allí. El televisor, indiferente a mis intentos con el control remoto, empieza a encenderse y apagarse solo. Me pasan fragmentos de viejos Juegos del Hambre, seleccionados especialmente para mí. Fragmentos sangrientos, niños aterrorizados, desesperación. Los primeros, que rara vez se muestran en Capitol TV, son series de bajo presupuesto sin la ostentación que caracteriza a las extravagancias actuales. Solo un grupo de niños lanzados a una vieja arena con algunas armas. Sin disfraces ni entrevistas.

Una noche, una melodía inquietante se entrelaza en mis sueños. Me sobresalto, llamando a Lenore Dove. La televisión brilla. En la pantalla, una chica con un arcoíris de volantes canta una melodía familiar con una letra desconocida.

Más pronto que tarde estaré a seis pies bajo tierra.
Más pronto que tarde estarás solo.
Entonces, me pregunto, ¿a quién recurrirás mañana?
Porque cuando suena la campana, amor, estás solo.

Actúa en un escenario con un telón de fondo destartalado ante un público del Capitolio, vestida con ropas antiguas. La tía abuela Mesalina y el tío abuelo Silio encajarían a la perfección.

Su voz, ese acento, la forma en que esos dedos dominan las cuerdas de la guitarra... una chica Covey, sin duda. Pero no la mía...

Y soy yo quien te deja ver llorar.
Conozco el alma que luchas por salvar.
Lástima que soy la apuesta que perdiste en la cosecha.
¿Y ahora qué harás cuando vaya a la tumba?

Se oyeron sollozos entre el público. Alguien gritó: "¡Bravo!". La multitud enloqueció. La chica hizo una reverencia y extendió la mano hacia una figura que estaba de pie, fuera del foco. La silueta de un hombre. Erguido, estilizado. Con una corona de rizos. Espera un momento, como si decidiera si acompañarla o no. Luego dio un paso al frente mientras la pantalla se oscurecía.

¿La cosecha, dijo? Debe ser. ¿Por qué si no estaría una chica Covey en el Capitolio? ¿Podría ser esta chica la única vencedora del Distrito 12? De repente, estoy segura de que lo es. Con razón Lenore Dove nunca quiere hablar de ella. Ella...

Conoce la historia, pero es demasiado secreta, o quizás demasiado dolorosa, para compartirla incluso conmigo. Pienso en los toques de color que Lenore Dove añade a su vestuario: el azul, amarillo y rosa brillantes. ¿Son retazos del vestido de esta chica? ¿Una forma de mantener viva su memoria? ¿Qué nombre de color llevó esta chica arcoíris a los Décimos Juegos del Hambre? ¿Qué le pasó después? ¿Volvió a casa? ¿Murió en el laboratorio de pesadilla? ¿Qué hizo para que la borraran por completo?

¿Quién era el tipo al que contactó al final de su número? Posiblemente su compañero de distrito, quien habría muerto en la arena. Era alguien a quien apreciaba, por lo que parecía. O quizás era otra persona, alguien que presentaba el programa. Un Flickerman de la época. Tendría cuarenta años más si aún estuviera vivo.

Cuarenta años. No mucho después de los Días Oscuros. Si el Distrito 12 la olvidó, es poco probable que la recuerden aquí en el Capitolio. No, espera. Alguien aquí recuerda a la Covey. Alguien que sabe cómo nombran a sus crías y que adora a sus pájaros. Un conocimiento íntimo y personal. La información que atribuí a los informantes del Capitolio podría provenir de una fuente completamente distinta. Hago los cálculos. Cincuenta y ocho menos cuarenta. Dieciocho. El presidente Snow tendría dieciocho años durante los Décimos Juegos del Hambre. La chica Covey no tendría más edad. El hombre de pelo rizado en las sombras al que ella contactó... ¿era él?

Recuerdo la biblioteca, su sonrisa cómplice ...

“Apuesto a que sé una cosa o dos sobre tu paloma”.

"¿Cómo qué?"

“Es un placer mirarla, se mueve con colores brillantes y Canta como un sinsajo. La amas. Y, ay, cómo parece que ella te ama. Excepto que a veces te lo preguntas porque sus planes no parecen incluirte en absoluto”.

Ay, Lenore Dove, ¿qué te he hecho? ¿Cómo pagarás por mi supervivencia en los Juegos del Hambre?

Lo pierdo, rompo una silla contra la ventana, rompiendo el cristal en un... Mesa de gatitos de porcelana, y luego golpeo los barrotes con una lámpara pesada. Martilleo hasta que una ráfaga de balas sobre mi cabeza me distrae.

Un par de agentes de la paz fuertemente armados han aparecido, apuntándome con sus rifles. Detrás de ellos, mi equipo de preparación se apiña y probablemente huiría si Effie Trinket no tuviera bien agarrados sus cinturones de aseo. "Bueno", dice con falsa alegría, "¿quién está listo para una gran noche?"

Los agentes de la paz me ponen las esposas y me empujan hacia el centro de la habitación. La habitación, donde mi equipo de preparación me mira horrorizado. Estoy en los huesos, con el pijama sucio, y mis pies descalzos sangran abundantemente por los cristales rotos. En las últimas semanas, mis uñas se han convertido en garras, mi pelo en pelaje. He matado varias veces y no he preservado más vida que la mía. Dejé a un simple cerdito del distrito y regresé convertido en la bestia asesina que siempre sospecharon que acechaba.

"Sólo necesito una flor para mi solapa", digo.

Pero no puedes detener a Effie. Ella levanta una rosa blanca. "Lo tengo. ¿Por qué no empezamos con una fiesta? Querrás lucir lo mejor posible para tu Ceremonia de la Victoria.

No habrá ejecución, entonces. Al menos, no todavía.

Enjabonado, enjuagado, recortado, afeitado, cepillado de dientes, pies vendados. La repulsión que siento por mi cicatriz fue expresada y tratada, y el equipo me vistió con otro conjunto del tío Silio.

Toco las burbujas de champán bordadas en la chaqueta. "¿Dónde está Magno Stift?"

Effie frunce la nariz con disgusto. «Más sapos. Todavía se está recuperando, pero planea aparecer esta noche, ya que eres el vencedor».

"Voy a decirle a todo el mundo que me vestiste".

—Por favor, no —suspira—. Solo armará un escándalo, y ya es bastante duro ser una Trinket. —Me coloca el percutor de pedernal sobre la camisa. Intento guardármelo bajo el cuello, pero se resiste—. Dijo que lo mantuviera fuera, donde todos pudieran verlo.

"¿Magno lo hizo?" Le pregunto a Effie.

—No. —Corta el extremo de la rosa, la desliza por un ojal y... Le da un golpecito. " Sí." Ella retrocede. "Te ves muy presentable." "Recuerda, actitud positiva".

A pesar de mi elegante atuendo, estoy encadenado y transportado en la camioneta, que Me siento tan oscuro y desolado sin Maysilee, Wyatt y Lou Lou. Esta vez no tengo camerino. Aún con las cadenas en la mano, me escoltan bajo el escenario y me sientan en una silla, con cuatro guardias asignados.

Effie, para su crédito, me apoya. Cuando los agentes de la paz se oponen, ella... Dice: «Es el segundo vencedor del Vasallaje de los Veinticinco. Drusilla y Magno no están disponibles. Alguien debería estar con él para honrar su logro».

"Tu funeral", dice un agente de la paz.

Pienso en las cosas que hice en la arena. Cosas que sin duda habrían mostrado. Matar a la pareja del Distrito 4. La brutal pelea con hachazos contra Silka. Quizás tengan razón al encadenarme como a una bestia. Le estoy agradecido a Effie.

—No te haré daño —murmuro.

"Lo sé", dice ella. "Te conozco desde que me ayudaste con mi caja de maquillaje. Y sé que tu situación no debió ser fácil".

Es sorprendentemente conmovedor. "Gracias, Effie".

Pero en realidad son por un bien mayor: Los Juegos del Hambre.

Y ahora me ha perdido.

El área bajo el escenario comienza a llenarse de gente y sus acompañantes. La actividad gira en torno a cinco placas metálicas que ascenderán con los artistas estrella de la noche. Proserpina y Vitus se mueven nerviosamente en un círculo, expectantes, retocándose el maquillaje. Drusilla, que parece llevar un águila disecada en la cabeza, se tambalea sobre tacones de quince centímetros. Magno se tambalea, vestido como un reptil vivo, y algunos asistentes lo mantienen en equilibrio, con los dedos cruzados. Estiro el cuello, buscando a mis mentores.

Finalmente, Mags llega en silla de ruedas mientras Wiress, aún con movilidad pero angustiada, mueve la cabeza como un pájaro, con un torrente constante de palabras saliendo de sus labios. Les han hecho cosas muy malas.

Mags me ve e intenta levantarse antes de que la empujen hacia atrás en su silla. No habrá reencuentro.

Su trato tortuoso hace imposible negar el castigo seguro de mi familia. ¿Ya están muertos? ¿O Snow se encargará, como hizo con Beetee, de que llegue el momento en que pueda presenciar personalmente su sufrimiento?

Suena el himno y oigo a César Flickerman dar la bienvenida al público a la Ceremonia de la Victoria del segundo Vasallaje de los Veinticinco. Califica los Juegos de históricos, incomparables, inolvidables y el recordatorio más devastador de los Días Oscuros que el país haya presenciado jamás. Comienza a presentar a mi equipo mientras se desata un alboroto de gritos y vítores entre el público.

Proserpina y Vito suben, aplaudiendo. Drusila los sigue, en una pose dramática que imita las alas extendidas del águila. Al elevarse su plato, Magno casi se cae, pero se recupera y regresa a bordo. Entra de rodillas, con las manos en un gesto de victoria sobre la cabeza.

Los Agentes de la Paz ayudan a Mags a ponerse de pie. Ella y Wiress, abrazadas por la cintura, se apoyan mutuamente.

Liberado de mis ataduras, me mantienen en mi plato hasta que empieza a subir. ¿Qué vio el público durante los Juegos del Hambre? ¿Me abuchearán o aplaudirán? ¿Y quién se supone que soy? ¿Es posible que siga siendo un granuja querido? ¿O se les hace agua la boca al ver al monstruo asesino del Distrito 12? Effie Trinket, la única a la que podría preguntar, se ha desvanecido entre las sombras.

Me preparo, preparándome para que me acribillen con fruta podrida o me abucheen fuera del escenario. Las luces brillantes me ciegan parcialmente, y levanto la mano para protegerme los ojos. Cuando se ajustan, me doy cuenta de que todo el público me ha dado una ovación de pie. Aplausos furiosos y lágrimas ardientes.

Soy el héroe del momento. La estrella de Panem. El vencedor del Vasallaje de los Veinticinco. Y eso solo puede significar que el presidente Snow ha triunfado.

La gente de la multitud empieza a corear una mezcolanza de sonidos que se reducen a "¡Muéstralo! ¡Muéstralo! ¡Muéstralo! ¡Muéstralo!"

Me dirijo a César en busca de orientación y él dibuja una línea en su abdomen. Mi cicatriz. Quieren que se la muestre. Parece que no hay otra opción. Me subo la camisa de seda, me bajo la cremallera del pantalón hasta donde me permite la modestia y muestro mi cicatriz. Los aplausos duran cinco minutos.

Las pantallas gigantes del auditorio cobran vida con el himno nacional sobre la bandera ondeante de Panem. César me guía hasta una silla tapizada en el centro del escenario para el resumen. Es mi primer vistazo a cómo se transmitieron mis Juegos del Hambre al público.

El resumen comienza con la lectura de la tarjeta, que vi desde casa con mamá y Sid en primavera. Una niña vestida de blanco, la imagen de la inocencia, levanta la tapa de una caja de madera llena de sobres.

Amplían la imagen para incluir al presidente Snow, quien entona: «Y ahora, para honrar nuestro segundo Vasallaje de los Veinticinco, respetamos los deseos de quienes lo arriesgaron todo para traer la paz a nuestra gran nación». Se inclina, selecciona con cuidado el sobre marcado con un 50 y lee la tarjeta que contiene. «En el quincuagésimo aniversario, como recordatorio de que dos rebeldes murieron por cada ciudadano del Capitolio, cada distrito deberá enviar el doble de tributos a los Juegos del Hambre. Dos mujeres y dos hombres. Al duplicar las reparaciones, recordamos que la verdadera fuerza no reside en la cantidad, sino en la rectitud».

¡Bam! Empiezan a sortear los nombres en las cosechas, empezando por el Distrito 1. "¡Silka Sharp!" "¡Panache Barker!" Acribillan a los tributos con una toma rápida de cada uno y un contador en la esquina de la pantalla.

Que va del uno al cuarenta y ocho. Al ser el hogar del vencedor, el Distrito 12 tiene un poco más de tiempo. Drusilla, con las plumas de su sombrero amarillo ondeando, dice "¡Las damas primero!" antes de "¡Louella McCoy!". Mi amorcito se acerca.

¡Maysilee Donner! Maysilee, Merrilee y Asterid se abrazan entre la multitud. Una de las despedidas entre lágrimas capturadas por Plutarch.

—¡Y el primer caballero que acompaña a las damas es... Wyatt Callow! —Cubren brevemente a Wyatt, y luego Drusilla me llama.

La negativa de Lenore Dove a actuar no ha llegado a esta versión. No es lo suficientemente emotiva para Plutarch ni demasiado Covey para Snow. Pero tampoco hay Ma ni Sid. La omisión me da escalofríos. ¿Por qué no está la grabación de Plutarch?

"¡Damas y caballeros, acompáñenme a dar la bienvenida a los tributos del Distrito Doce de los Quincuagésimos Juegos del Hambre!", dice Drusilla, como si desafiara al Distrito 12 a hacer otra cosa. "¡Y que la suerte esté siempre a su favor!". Me aniquila una nube de confeti.

Quiero gritar la verdad. ¡Le volaron la cabeza a un niño! La gente en ¡Doce fueron fusilados! ¡Mi cosecha fue manipulada! Pero yo solo me quedo ahí sentado, mudo, irradiando sumisión implícita. Snow me tiene agarrado por los pelos y lo sabe.

Incitatus Loomy no podría haber organizado un desfile mejor. Los frenéticos preparativos tras bambalinas no aparecen, solo un majestuoso y ordenado despliegue de los tributos. Hay una toma aérea final de las doce carrozas recorriendo la ruta en perfecta sincronía, que termina unos quince segundos antes de que explotara el petardo azul, sembrando el caos en todo el evento.

Esto es todo lo que el país vio. Tenías que estar allí en persona para saber sobre los carros estrellados y sobre mi acusación de culpar a Snow por la muerte de Louella. Lo cual, como sabemos, tampoco ocurrió porque, miren, es hora de las entrevistas y los cuarenta y ocho tributos están en la sala.

Los Profesionales han sido editados para parecer más inteligentes, y los Recién Llegados, menos unidos. ¿Alguien más se da cuenta de esto aparte de mí? Lou Lou queda reducida a una chica vestida como un reptil vivo, las memorables apariciones de Maysilee y Wyatt se ignoran por completo, y tengo un intercambio sarcástico con César:

—Entonces, Haymitch, ¿qué opinas de que los Juegos tengan un cien por ciento más de competidores de lo habitual?

"No veo que haya mucha diferencia. Seguirán siendo cien por ciento tan estúpido como siempre, así que calculo que mis probabilidades serán aproximadamente las mismas".

El público se ríe y les dedico esta sonrisa que me confirma como... Imbécil engreído y egoísta. Ni una sola mención de mi apoyo a los recién llegados.

Una tonta interacción sobre preparar alcohol para los agentes de la paz. El muy canalla es un imbécil.

Ahora nos elevamos a la arena. La secuencia inicial es una carta de amor. A los Vigilantes mientras saboreamos la belleza de la flora y la fauna. Para mí, sin embargo, evoca el aroma engañosamente dulce y aturdidor del aire.

El imbécil, es decir, yo, agarra su equipo y sale pitando de allí, y entonces podemos presenciar la masacre, donde dieciocho chicos son asesinados con un detalle atroz. El público frente a mí jadea y grita de alegría, aunque ya lo han visto todo antes. Wyatt muere como un héroe desinteresado protegiendo a una desconcertada Lou Lou, quien logra escapar ilesa. Maysilee lucha y luego sigue a Lou Lou para protegerla. Caen muchos recién llegados. Dos palomas, los chicos del 7, todos los del 8 y el 9, Lannie y la otra chica del 10, Tile del 11. Con Wyatt, son dieciséis. Las únicas bajas profesionales son un chico y una chica del Distrito 5. Dieciocho en total.

¡Hola de nuevo, idiota! Claro, tómate tu tiempo. Respira hondo en la roca. Revisa tu mochila. No te preocupes por los recién llegados, ellos lo tienen todo bajo control. ¡Mira qué bonito bosque! ¡Que tengas una buena caminata!

Muchos de nosotros nos enfermamos al hacer efecto la fruta y el agua venenosas. Carat, del 1, y Urchin, el chico del 4 que me tiró del carro, mueren retorciéndose. Eso explica los veinte niños que vi en el cielo esa primera noche.
El resto de los Profesionales han formado su grupo en la montaña cubierta de nieve.

Hasta este punto, creo que el resumen ha sido un registro justo de lo ocurrido en la arena. Sin embargo, el segundo día, las cosas empiezan a ponerse feas. En algún momento, Maysilee, sola, mata a Loupe, el chico del Distrito 1, lo cual creo cierto porque me lo contó. Hay muchos tributos aún recuperándose del veneno y la manada de Profesionales cazando a los Recién Llegados. Eso también parece probable. Pero el relato de lo ocurrido en el bosque, mi relato, empieza a desviarse casi de inmediato. Las líneas temporales están distorsionadas. Las conexiones son engañosas. Es menos una mentira descarada que una mentira por omisión. Por ejemplo, me veo luchando contra ardillas, aunque no estaban presentes hasta el tercer día, cuando luché contra ellas para salvar a Ampert. Pero ni siquiera nos hemos visto, así que parece que estoy intentando salvar mi vida.
Muestran a Lou Lou jadeando entre las flores, sólo que yo no estoy a la vista.
Más tarde, simplemente estoy huyendo de las mariposas sin siquiera un atisbo de mi huida con su cuerpo, escondiéndose en los sauces y provocando las sorpresas.

Como castigo. No sé qué mostraron durante los Juegos, pero en el resumen, ni siquiera intento proteger a ninguno de mis aliados. El tercer día, las ardillas, como si hicieran una segunda aparición, invadieron a Ampert, y entonces se reveló su esqueleto en el suelo. De nuevo, no aparecí por ningún lado. De hecho, ni nuestro picnic, la acampada, el bombardeo del tanque, mi alboroto ni la locura en la arena... nada de eso aparece.

Los horrores del volcán cobran protagonismo. Los tributos experimentan la erupción, que lanza llamas, la asfixia por la nube de ceniza y las quemaduras de la lava química. Doce mueren. El resto logra escapar a duras penas y cruza la pradera hacia el bosque.

Corte a mí, despertando cubierto por la ceniza brillante. Vuelvo a la El asunto de caminar penosamente hacia el norte. Con el plan del tanque borrado, toda mi agenda parecía haber sido llegar al final de la arena, que era, supongo, mi tapadera. Llueve, pero han ocultado todos los daños del bombardeo. La arena está tan perfecta como siempre. Quedo atrapado en el seto, sigo al conejo gris hacia la libertad y me encuentro con Panache y compañía.

No sé quién es el que aparece en pantalla, así que estoy matando brutalmente a esos profesionales del Distrito 4. Supongo que soy yo, pero no puedo atribuirme la culpa. Dejo de verme como el idiota porque me parece demasiado halagador para la criatura en la que me he convertido. No ayuda que muestren cada sílaba de mi servilismo y balbuceo con Panache, quien finalmente es silenciado por el dardo de Maysilee.

Viviríamos más tiempo con dos. Ay, Maysilee. Me avergüenza estar aquí sentada.

Por un rato, todo vuelve a la normalidad. Maysilee y yo nos cuidamos mutuamente, y Silka y Maritte vencen a Ringina y Autumn en combate.
Pero en un reajuste alucinante de los acontecimientos, Maysilee y yo, tras alejarnos del puercoespín mestizo, y Maritte y Maysilee, tras matar a los tres Vigilantes en la berma, hemos desaparecido. En algún momento, Maritte y Silka nos persiguen por el bosque, y Buck, Chicory y Hull mueren por las púas, pero parece que el puercoespín simplemente se aleja por su cuenta.

¿Es el día 4 o 5? Maysilee y yo intentamos abrirnos paso.
El seto se ha fusionado en una gran secuencia que incluye a las mariquitas y el soplete. Estamos en el acantilado que mira hacia las rocas traicioneras, pero evitan el generador. Han editado el cañón que anuncia la muerte de Maritte y con él la parte donde Maysilee dice que solo va a por las patatas, así que parece que hemos decidido separarnos.

Arriba. Para mi sorpresa, se quedan con mi descubrimiento del campo de fuerza. ¿Supongo que lo necesitan para la muerte de Silka?

Los pájaros rosados atacan a Maysilee y ella grita. Por primera vez, yo... Parece que podría redimirme porque corro a ayudarla. Ay, no. No han convertido esto en una historia de redención, ¿verdad? ¿Un sinvergüenza egoísta aprende a preocuparse por los demás? Por favor, dime que no.

¿Día 5 o 6? ¿Quién sabe? Es un día enorme, enorme, enorme.

Mi entrega de leche de Snow se ha evaporado. Mientras corro por el bosque, han añadido el sonido de Wellie gritando, lo cual no ocurrió. Parece que finalmente he recordado que pertenezco a una alianza más amplia, así que voy al rescate, cuando suena el cañón y me topo con Silka, con la cabeza de Wellie en la mano.

Corte brusco a las ardillas doradas despojando a Maritte de sus huesos. No importa que ya lleve mucho tiempo muerta. Pero la gente debe saberlo. Maysilee y Maritte aparecieron juntas en el cielo. ¿Nadie lo recuerda? ¿Acaso simplemente no les importa? ¿O durante los Juegos, mostraron al público un cielo diferente? ¿O ninguno? ¿Y guardaron la muerte de Maritte a propósito para aumentar la tensión al final? A estas alturas, los Vigilantes deben de haber estado luchando como locos por controlar la narrativa. Sea como sea, el público aquí en el auditorio ha aceptado esta versión, vitoreando y abucheando al instante. Su falta de discernimiento transforma el resumen, validándolo como verdad. Espero que quienes viven en los distritos aún puedan verlo como la propaganda que es, pero quién sabe qué les han dicho.

Volvemos a ver a Silka y yo enfrentándonos, sabiendo que somos las dos finalistas. Sin palabras, nos lanzamos a la batalla. Intercambiamos heridas fatales. Corro hacia el seto.

En el acantilado, Silka me acorrala y me lanza su hacha. Me dejo caer. Cortan hacia ella. Anticipación y luego de vuelta a mí, convulsionando. Esto debió haber sucedido después de perder el conocimiento.

El hacha rebota y se le clava en la cabeza. ¿Y entonces? —¿Y entonces?

Silka muere, su cañón dispara, y yo pendo de un hilo. La bomba de girasol, el cuarzo, el percutor de sílex... no hay constancia de ninguno. Todos han desaparecido o están ocultos. El aerodeslizador retira el cuerpo de Silka. Las trompetas declaran mi victoria. Una garra me envuelve.

¿Existen reglas sobre salir de la arena y usar la fuerza? ¿Campo para ganar? Quizás estén implícitos, pero nunca los he oído.

Mencioné. Entonces, ¿qué soy? ¿Un sinvergüenza? ¿Un tramposo, incluso? Quizás. Pero claramente no estoy a la altura de un rebelde.

La cámara se aleja lentamente mientras me llevan lejos, por primera vez. Revelando la arena en su conjunto. Parece un ojo gigante. La Cornucopia marca la pupila. El amplio círculo de prado verde primaveral conforma el iris. A ambos lados, el verde más oscuro del bosque y el terreno montañoso se estrecha en puntas, formando el blanco del ojo. Bueno, el simbolismo no ha pasado desapercibido para nadie. Incluso los niños pequeños de la Veta saben que los poderes del Capitolio nos vigilan.

Me pregunto si alguna vez consideran que también los estamos observando.

Ahora todas las miradas están centradas en mí, mientras me pongo de pie ante la multitud estruendosa. Suena el himno mientras el presidente Snow desciende de las alturas sobre una plataforma de cristal, con una rosa roja en la solapa. En la mano, sostiene una corona de oro.

Algunos vencedores se inclinan, otros se arrodillan, pero yo simplemente me quedo allí intentando leer su expresión mientras se acerca y me pone la corona en la cabeza. Pesada. Una trampa. "Supongo que Snow está en la cima", digo entre aplausos. Absolutamente culpable de todos los cargos posibles, espero su sentencia.

Él simplemente sonríe y dice: “Disfruta tu regreso a casa”.



La fiesta posterior se celebra en el salón de baile de la mansión presidencial. Me exhiben en una enorme jaula dorada que cuelga de la lámpara principal, a la altura de los ojos. Supongo que es una broma; los invitados parecen divertirse. Pero no lo es. Cuando pruebo el pequeño picaporte de la puerta, está bien cerrada.

Mis compañeros Agentes de la Paz están cerca, animando a los asistentes a la fiesta. Me dejo llevar, bromeando con mis patrocinadores y posando para fotos, pintando el mejor póster posible para convencer al Presidente Snow de que ahora estoy en su equipo. Su marioneta. Su juguete. Porque mi sangre ha sido agua helada desde su comentario sobre mi regreso a casa. ¿Qué me espera? Y si me porto bien, ¿podré cambiarlo?

La gente me trae golosinas, me dan de comer con la mano como si fuera un perro, y yo me relamo los labios con agradecimiento, comiendo hasta que mi barriga encogida está a punto de partirse. Espero que no muestren esto en el Distrito 12. La gente puede perdonar, pero no olvidará este comportamiento, sobre todo porque no me reconocerán todos los problemas que he causado, los cuales me han llevado a esta jaula. La vergüenza que esto produce no es algo que una persona pueda superar.

Pero todo queda grabado para la posteridad. Plutarch Heavensbee y su equipo, aún asignados a mí, zumban por ahí grabando. Se niega a que lo mire. Vuelvo a dudar de si puedo confiar en él —después de todo, parece ileso de las consecuencias del complot rebelde—, pero tengo muchísimas preguntas que me gustaría hacerle.

No veo al presidente Snow en toda la noche. Ni a gran parte de mi equipo tampoco. Proserpina y Vito pasan a felicitarme, achispados y con la cara sonrojada.
Drusilla y Magno, cuyo éxito parece haberse reconciliado, se besan, se arrullan y posan brevemente para fotos conmigo. Magno ni siquiera recuerda mi nombre e insiste en llamarme Hamwich, lo que me hace parecer un sándwich de jamón. La única persona que me vigila es Effie Trinket. Se codea cerca, atenta, pero con cuidado de no atribuirse el mérito de mi éxito.

No es hasta altas horas de la madrugada, cuando las cosas están llegando a su fin, que Plutarco... Se acerca sigilosamente a mi jaula, aparentemente concentrado en una cámara que no coopera.

—¿Qué pasa con mi familia? ¿Lenore Dove? —pregunto en voz baja.

—Ni una palabra de tu familia. Sigue en la base —susurra.

¿Qué? Dijo que la dejarían ir por la mañana. ¿La arrestaron otra vez?

—No. Nunca la liberaron.

"¿Qué?"

Él siguió adelante, dejándome a mí analizando esas horribles palabras. Nunca se reveló. Fue una mentira, suya o posiblemente suya. Un regalo que me dio para que no me preocupara por ella, solo por mí. Y funcionó. Pero ahora sé que ha estado completamente indefensa, completamente a su merced, todo este tiempo mientras yo saboteaba su arena. Confinada. Hambrienta. Torturada. Violada.
Asesinado. Agarro las barras de oro, petrificado, mientras las palabras que me he negado a considerar golpean mi cerebro.

La mujer con orejas de gato aparece, colgando un camarón delante de mí.
Abro la boca automáticamente y mastico el manjar mientras su amiga nos toma una foto. No puedo parar ahora. La vida de Lenore Dove está en juego.

Cuando por fin amanece, me permiten hacer mis necesidades en un baño de mármol rosa con adornos y jabón con aroma a rosas. Espero que me envíen a la estación de tren, pero en cambio me devuelven al apartamento. Me han dado panecillos frescos y leche. Ropa limpia. No pienso volver a casa pronto.

Durante los siguientes diez días, me pasearán por el Capitolio —a fiestas, entrevistas y sesiones de fotos de moda— para celebrar públicamente mi victoria. No existe mayor adulación en la historia de los Juegos. Ninguna humillación me indignará. Soportaré lo que sea para mantener con vida a mis seres queridos.

Finalmente, después de una fiesta que duró toda la noche en el zoológico del Capitolio, los Guardianes de la Paz... Me transportan a la estación de tren desierta, que aún está cubierta de pancartas de propaganda. ¡SIN PAZ, SIN PROSPERIDAD! ¡SIN JUEGOS DEL HAMBRE, SIN PAZ! Y el último comentario del presidente Snow: EL PACIFICADOR NÚMERO 1 DE PANEM.

Un médico, que espera en la puerta del tren, me quita hábilmente la bomba, Me dejó manchas supurantes donde los dientes la sujetaron al pecho. No puedo fingir que me entristece verla desaparecer, aunque en cuestión de minutos el efecto de los medicamentos desaparece y la cicatriz empieza a doler.

No hay litera con edredón rígido para mí. De nuevo encadenado, estoy encerrado. La habitación de la que Plutarco me liberó. Ya no está a la vista. Supongo que el espectáculo se acabó de verdad. Me ajusto bien la chaqueta color champán del tío abuelo Silio y me siento en un rincón, sintiendo el dolor crecer en mis entrañas.

El Capitolio tiene todas las razones para deshacerse de mí, pero el tren se niega a hacerlo. ceder. Tengo que llegar a casa. Tengo que saber qué ha pasado.

Después de un par de horas, un agente de la paz llega con un panecillo y un cartón de leche. Sigue con la dieta Snow.

"¿Por qué no nos movemos?" pregunto.

"He estado esperando a tus amigos", responde, haciendo un gesto hacia la ventana, y luego se va.

¿Mis amigos? No tengo amigos aquí. ¿Se refiere a mi equipo? Miro por la ventana de mi celda. Tres carros están bajando por el andén. Cada uno lleva una sencilla caja de madera. Tras un momento de confusión, la armé. Son ataúdes. Louella, Maysilee y Wyatt viajarán a casa conmigo. Creí que llevaban mucho tiempo enterrados, descansando pacíficamente en sus parcelas familiares en la colina del Distrito 12. En cambio, terminaremos este viaje juntos.

Me deslizo por la pared, temblando incontrolablemente. Pienso en el estado en que deben estar sus cuerpos, violados por carros, espadas y pájaros. Imagino a sus familias, llorando y esperando en la estación, dándome la espalda o, peor aún, volteándome la cara para pedirme explicaciones. ¿Acaso el Capitolio...?

¿Siempre envías a los caídos con los vencedores? ¿O es este un regalo de despedida para mí en particular?

Puedo oír los golpes apagados mientras cargan los ataúdes en el tren. Muy cerca de mí. El siguiente vagón, creo. Las puertas se cierran de golpe. El tren empieza a rodar. Me acurruco en el suelo, con la cara contra la pared, deseando haberme ganado también un ataúd. Pero no, tengo un regreso a casa que disfrutar.

Mis pensamientos se dirigen a Lenore Dove. Mi chica Covey. ¿Qué pasó con la de Snow? El misterioso vencedor del Distrito 12. Podría estar viva. Él lo está. Y, sin embargo, prácticamente ha desaparecido del recuerdo en el Distrito 12. ¿La mandó matar el presidente Snow? No, solo habría sido un niño. Apenas mayor que yo. Él no habría estado en el poder. No como ahora. ¿Qué planes tiene para mi paloma? Pienso en la canción de Covey, la que la abuela de Maysilee solía citar cuando tenía miedo... Nada que puedas arrebatarme valió la pena conservar. La arrogancia de esas palabras atrevidas. Puedes arrebatarme varias cosas —mi mamá, mi hermano, mi amor— que son las únicas que vale la pena conservar.

Otra canción surge sin ser invitada. También prohibida. Lenore Dove se la toca a veces a Burdock...

¿Estás, estás
viniendo al árbol donde
colgaron a un hombre que dicen que asesinó a tres?
Aquí sucedieron cosas extrañas. No
sería extraño si nos
encontráramos a medianoche en el árbol del ahorcado.

¿Estás, estás
viniendo al árbol donde
el hombre muerto gritó para que su amada huyera?
Aquí sucedieron cosas extrañas. No
sería extraño si nos
encontráramos a medianoche en el árbol del ahorcado.

Cosas realmente extrañas. Un muerto llamando. Su fantasma. No, Lenore Dove dijo que era un pájaro. Pájaros. Charlajos. Los perros fracasados sueltos para morir en el Distrito 12. Pero desafiaron la sentencia de extinción del Capitolio al...

Engendrando una nueva especie, los sinsajos, antes de que desaparecieran. ¿Es eso lo que hace peligrosa la canción? ¿Inmortalizar a esos perros descarriados en una canción?

¿Estás, estás
viniendo al árbol
donde te dije que corrieras, para que ambos fuéramos libres?
Aquí sucedieron cosas extrañas. No
sería extraño si nos
encontráramos a medianoche en el árbol del ahorcado.

¿O es el Capitolio ahorcando a alguien que probablemente era un rebelde? Ese fue quien murió en el árbol de la horca. Conozco este árbol, es real; mi padre me lo señaló. Ahora tenemos horcas de metal en el Distrito 12, cortesía del Capitolio, pero en su época, muchos rebeldes murieron colgados de sus ramas.

¿Eres, eres ¿Vienes
al árbol?
Lleva un collar de cuerda, a mi lado.
Aquí sucedieron cosas extrañas. No
sería extraño si nos
encontráramos a medianoche en el árbol del ahorcado.

Quizás Lenore Dove y yo quedemos juntas. Sería más fácil encontrarlas. Ella entonces, en ese otro mundo suyo.

Eso es lo más cercano a la comodidad que puedo conseguir.

Viajamos durante el día, hasta bien entrada la noche. De vez en cuando, hay un Parar en algún sitio para repostar. Cada pocas horas me traen panecillos y leche, aunque no he probado ni un bocado. Me duele el estómago y el suelo duro se me clava en los huesos sin protección. Cuando consigo dormir, los tributos muertos me visitan. Parecen querer que haga algo, pero no tengo claro qué. La visita más extraña es la de Louella y Lou Lou, vestidas con ropas idénticas, sentadas frente a mí mientras pelo y como un plato de huevos duros. "¿Cuál de nosotras es cuál?", me preguntan. Pero el Capitolio ha ganado. No puedo distinguirlas.

Me despierto de golpe y veo que el tren ha llegado a la estación del Distrito 12. Estoy en casa. Los agentes de la paz entran, me quitan los grilletes y me llevan a la salida. La puerta se abre.

“¡Sal de aquí!” dice uno.

Lleno de inquietud, salgo a una plataforma vacía, llena de carbón.
Polvo. Nadie me espera. Nadie me espera. Todavía está oscuro afuera y el reloj de la estación marca las 5 a. m. Los agentes de la paz empujan los ataúdes con descuido, dañando algunas tablas. El tren arranca, dejándome completamente solo, salvo por mis compañeros tributos. Me acerco a ellos y pongo una mano sobre el ataúd más cercano. Atornillada a la tapa hay una placa de metal, parecida a las de la casa de Plutarch, las que están en las bermas de la arena. Toco la inscripción: Louella McCoy.

El olor a muerte sube por la madera agrietada. Me giro y me impulsé.
mi cuerpo rígido baja por la plataforma.

La estación está silenciosa como una tumba. Extraño, incluso para la hora que es. Quizás sea domingo temprano, el único día en que cerraron las minas. Con tanta droga, no tengo ni idea de la fecha. No se me ocurrió preguntar. Debemos estar en agosto. Empujo la pesada puerta de cristal, respirando el aire nocturno, cálido, húmedo y cargado de polvo de carbón, y por primera vez me permito creer que realmente he llegado a casa.

Mi corazón da un vuelco y, tonta como soy, zarcillos de esperanza se abren paso entre la suciedad de mi desesperación. ¿Será que dentro de una hora, pueda sentir los brazos de mamá rodeándome, alborotar el pelo de Sid, quitarle la ropa al tío abuelo Silius, muerto, y ponerme unos pantalones cortos de saco de harina? ¿Podría Lenore Dove ser liberada? ¿Están los dulces momentos de mi vida anterior, siempre dados por sentados antes de los Juegos, de nuevo a mi alcance? ¿Puede haber felicidad de nuevo para una miserable como yo?

Mientras camino por las calles solitarias hacia la Veta, me pellizco para descartar que esto sea un sueño. Una tontería, ya que el dolor me sobra. Es solo que se suponía que nunca regresaría aquí, con o sin la trama de la arena. La idea de haber triunfado en dos Juegos del Hambre me cuesta creerlo. Pero esos son mis pies, calzados con puntiagudos zapatos de charol, levantando cenizas camino a casa. Acelero el paso. Si es un sueño, quiero mantenerlo hasta que pueda ver a mi familia una vez más.

Me acerco a la luz del amanecer, hasta que me doy cuenta de que es demasiado local, demasiado brillante. Una bocanada de humo flota en el aire denso y húmedo. Fuego. Pero no fuego de carbón. Empiezo a correr lo más parecido a una carrera. Músculos marchitos, cicatrices que me rechinan los dientes, pies hinchados reducen mis esfuerzos a una cojera salvaje. Quizás me equivoque. Cualquier casa puede incendiarse. Con estufas oxidadas y hornillas desatendidas. Quizás no sea la mía.

Sé que es mío.

Ahora puedo oír las voces, los gritos de agua, una mujer que se lamenta. Mientras yo... Al doblar la curva, aparece ante nuestra vista, completamente en llamas contra el cielo todavía oscuro.

"¿Mamá?", grité. "¿Sid?"

Me abro paso entre la fila de cubos, alimentada por las bombas de tres vecinos además de la nuestra, esos lentos chorros de agua, esos patéticos chapoteos contra el infierno. La gente se aleja, sobresaltada, asustada por mi apariencia. Sin estar preparada para el espantapájaros de ojos desorbitados en la noche del Capitolio.

tener puesto.

"¡Mamá! ¡Sid!" Agarro a la persona más cercana, una de las chicas Chance, no más de ocho. "¿Dónde están? ¿Dónde está mi familia?", pregunta aterrorizada, señalando la casa en llamas.

Ma y Sid están siendo quemados vivos.

Mis pies bailan de un lado a otro durante unos segundos, buscando un descanso. el muro de llamas, antes de lanzarme directo al infierno. "¡Mamá!"

Cuando llego a la puerta, una viga se derrumba y salto por reflejo. De vuelta en medio de una lluvia de chispas. Cegado temporalmente, me dirijo de nuevo a la casa, cuando me tiran hacia atrás. Mis zapatos de charol con sus suelas resbaladizas me delatan mientras me arrastran al patio y me inmovilizan contra el suelo. Con un hombre en cada extremidad y Burdock sobre mi pecho, solo puedo gritar: "¡Suéltame! ¡Suéltame!". La —”

mano de Burdock me tapa la boca. "Es demasiado tarde, Haymitch. Lo intentamos. Es demasiado tarde".

Le clavo los dientes en la palma y él retira la mano bruscamente, pero solo tengo la libertad suficiente para gritar: "¡Mamá! ¡Sid! ¡Mamáaaa!"

Blair, arrodillado sobre mi brazo derecho, se inclina. Las lágrimas le recorren el rostro ennegrecido por el hollín. "Lo sentimos mucho, Haymitch. Lo intentamos. Sabes que lo hicimos. Pero no pudimos salvarlos".

¡No! ¡Suéltame! Lucho por liberarme, pero me superan en número, aún estoy tan débil por los largos días de recuperación, que me siento abrumada. "¡Suéltame con ellos! ¡Por favor!" Pero no lo hacen, me agarran fuerte. Me quedo allí, sollozando, suplicando, llamando a mamá y a Sid, hasta que no puedo oír más.

"¿Puedes ayudarlo?" escucho a Burdock preguntar.

Una mano fresca descansa sobre mi frente. El aroma de las flores de manzanilla. El rostro de Asterid March aparece ante nuestra vista, dolorido pero sorprendentemente tranquilo. —Bebe esto, Haymitch. —Me acerca una botellita a los labios—. Bebe hasta que yo diga cuándo. —A pesar de mi desesperación, o quizás por ella, sigo sus órdenes. La dulzura me llena la boca, me calma el esófago—. Un, dos, tres, cuatro,

Cinco... vale, ¿cuándo? —Aparta la botella. Me alisa el pelo.
—Así es. Eso está bien. Intenta descansar ahora.

Mis párpados se vuelven de plomo. "¿Qué...?"

"Solo un poco de jarabe para dormir".

— . . . Sid . . ."

Mamá, lo sé. Lo sé. Haremos lo que podamos. Vete a dormir.
Dormir."

Estoy muerto para el mundo, desde hace más de un día. Me despierto, con la lengua obtusa y aturdido, en casa de los McCoy, donde la madre de Louella me acompaña con una taza de té de hojalata. No se anda con rodeos al relatar el incendio, quizá porque está tan sumida en el dolor que sabe que lo último que quiero es edulcorarlo. "Fue nuestro hijo Cayson quien lo vio, al volver a casa de sus divagaciones. La casa ya estaba en llamas. Gritó para resucitar a los muertos.
Todos empezamos con el agua. Pero la bomba va lenta y tu cisterna está seca.

Soy la razón por la que esa cisterna está seca. Salí corriendo la mañana del día de la cosecha, dejándole las tareas a Sid. "Mi culpa", murmuré.

Supongo que pensarás que todo es culpa tuya durante mucho tiempo. Pero eso tendrá que esperar. Hoy los enterramos. Ya sabes lo que querría tu madre.

Ya sea por el shock o por la resaca del jarabe para dormir, no puedo hacer nada. No tengo ni idea de nada, así que hago lo que me dicen. La hermana mayor de Louella, Ima, ha limpiado el traje del tío abuelo Silius y le ha lustrado los zapatos. No tengo nada más que ponerme, mi ropa está hecha ceniza. Hace un calor sofocante, pero me pongo la chaqueta color champán sobre la camisa para disimular las manchas de sangre de la bomba de la droga, desteñidas por el lavado, pero aún visibles.

—Lenore Dove —le digo a Ima—. Tengo que ir a verla.

Cayson conoce a una agente de la paz que dijo que hoy tiene una audiencia con el comandante de la base. Que aparezcas no la ayudará en nada, Hay. Además, estamos a punto de ir al cementerio.

Afuera, una sencilla caja de pino los espera. "Se aferraban", dijo el Sr. McCoy dice: «Pensamos que sería mejor dejarlos así».

Ma y Sid se aferran el uno al otro por la eternidad.

Burdock, Blair y un par de clientes de Ma llevan el ataúd. Los McCoy traen el de Louella desde detrás de la casa y los dos grupos avanzan, uno al lado del otro. Yo los sigo cojeando. El número de dolientes aumenta a medida que avanzamos. Todos deberían estar trabajando, pero dirán que estaban enfermos.

Cuando llegamos al cementerio, ya se habían reunido un par de cientos de personas. Parece mucho comparado con el entierro de Mamaw, pero luego me doy cuenta de que no estamos de duelo solos.

Le esperan cinco tumbas recientes. Uno para mamá y Sid. Louella. Maysilee. Wyatt.

"¿Para quién es el quinto?" oigo preguntar a Burdock.

"Jethro Callow", responde una mujer, sin molestarse en bajar la voz. Se ahorcó ayer cuando regresó su hijo. No soportó la vergüenza.

La muerte de un Booker Boy.

El alcalde ha venido a hablar por nuestros seres queridos. Sus palabras no tienen más sentido que el canto de los pájaros en los árboles circundantes. El sudor empapa mi camisa y me pega a la chaqueta. Quiero arrodillarme y pegar la cara a la fría lápida de Abernathy, pero intento mantenerme de pie con dignidad, como querría mi madre.

Hay un mal momento cuando levanto la vista y veo a mi aliada, vestida con su... Distrito 12 negro, y se dirige hacia ella. "¡Maysilee!" Su rostro se arruga en lágrimas, se esconde en un pañuelo. No Maysilee. Merrilee. Como dos gotas de agua. El Sr. Donner solloza a su lado. Me llevan de vuelta a mi casa. Obviamente trastornada.

Bajan los ataúdes a las tumbas. Muchas palas trabajan para enterrar a los difuntos. Se apisonan los restos. Un alma caritativa coloca una corona de flores silvestres en cada túmulo. La gente llora y se lamenta. Es tan horrible que quiero salir corriendo.

Entonces Burdock comienza a cantar, con esa voz clara y dulce que tiene:

Te diriges al cielo, al dulce y viejo
más allá, y yo tengo un pie en
la puerta.
Pero antes de poder volar,
tengo cabos sueltos que atar,
Aquí mismo, en
el viejo antes.

Los sinsajos, que anidan en los árboles circundantes, se quedan en silencio mientras él continúa:

Estaré contigo
Cuando terminé mi canción,

Cuando haya cerrado la banda,
Cuando haya terminado mis cartas,
Cuando haya pagado todas mis
deudas, Cuando no tenga
remordimientos,
Aquí mismo, en el viejo
antes, Cuando
no quede nada más.

Los dolientes se han callado.

Cuando sea puro como una
paloma, Cuando haya aprendido a
amar, Aquí
mismo, en el viejo antes,
Cuando ya no
quede nada.

La canción, que sugiere que nuestra separación es solo temporal, consuela el corazón. Creo que Lenore Dove lo aprobaría. Los sinsajos sí, porque toman la melodía y la hacen suya.

Mientras mis ojos recorren la multitud, veo a una persona tras otra presionar los tres dedos medios de su mano izquierda contra sus labios y luego extenderlos hacia sus muertos. Nuestra forma de despedirnos de quienes apreciamos. Yo también, levantando la mano en alto, porque tengo tantos a quienes honrar.

Entonces se acabó. Me llevan lejos. Incluso en mi confusión, noto que Cayson, con las manos y la cara vendadas, escupe sobre la tumba de Jethro Callow.
Nadie le reprende.

Quiero irme, intentar ver a Lenore Dove en la base, pero me lo impiden de nuevo. ¿De verdad creo que mi presencia la ayudará? Lo mejor es esperar noticias. Que sus tíos defiendan su caso. Con tantos niños perdidos en el Vasallaje de los Veinticinco, los distritos están sumidos en la intranquilidad. El comandante de la base no querrá echar leña al fuego en el 12. Lenore Dove podría ser despedida con un severo sermón y cumplir una condena.

Los McCoy llevan a los dolientes de vuelta a su casa, donde les sirven cuencos de sopa de frijoles y codillo de jamón. Pero no puedo quedarme en casa de los McCoy. Sus ojos están llenos de preguntas sobre Louella, y sé que les debo una.

Respuestas. Todavía no puedo darlas, no sin volverme loco. En cuanto pueda, me disculpo.

Me voy a casa antes de recordar que no tengo hogar. Solo un montón de cosas ennegrecidas. Vigas y una bomba. Estoy de pie ante las cenizas cuando las nubes en mi mente se aclaran lo suficiente como para preguntar: "¿Qué pasó?"

Los incendios son bastante comunes en el Distrito 12, donde el carbón siempre está presente. El polvo y las estructuras de madera viejas invitan a la ignición. Desde que era niño, mi madre me inculcó el miedo a las chispas y las brasas. Nadie tenía más cuidado al encender una fogata por la noche. Por eso sé que no fue un accidente. Fue un incendio provocado, llevado a cabo de tal manera que mi familia ni siquiera pudo llegar a una ventana para escapar. Ordenado por Snow. Para mi regreso a casa.

Los fragmentos de mi corazón se mueven y se meten en los pulmones, haciendo que respirar sea una agonía. "Mi culpa", digo por segunda vez esta mañana.

Burdock y Blair me sujetan cuando empiezo a caer y me llevan en brazos alrededor de la curva antes de apoyarme en un tocón para que me recupere. Intentan convencerme de que vaya a sus casas, pero pensar en sus familias, cuando no tengo ninguna, es insoportable.

—Bueno —dice Burdock con tristeza—, ahí está tu nueva casa.

Solo ahora recuerdo la Aldea de los Vencedores. Desesperado por estar solo, yo Que me lleven allí, a esa extraña jaula del Capitolio, que odio al instante.

En el dormitorio me tumban en el aire artificialmente frío y me quedo mirando la pared.

—Voy a buscar a Asterid —oigo susurrar a Burdock—. A ver si hay más jarabe.

—Yo lo cuidaré —dice Blair, dejando la puerta entreabierta—. Busca algo de ropa también, ¿quieres?

Encuentran ropa usada. Me dan jarabe para dormir, pero no tanto, porque me despierto sobresaltado en plena noche, con la mente acelerada, con un solo pensamiento: tengo que llegar a Lenore Dove. Tengo que llevármela de aquí. El Distrito 12 significa la muerte. Por la rendija de la puerta, distingo a Burdock y Blair, dormidos en los sofás de la sala. Salgo por una ventana del dormitorio y huyo en la noche.

La casa de los Covey está a oscuras. Los tíos le dieron a Lenore Dove el desván para ella sola. Subo por el desagüe, intentando averiguar si ha llegado a casa, pero todo el lugar parece vacío. ¿Estuvieron en la base toda la noche? ¿También arrestaron a Tam Amber y Clerk Carmine? Dudo que estén dando un espectáculo, tal como están las cosas. No quiero estar colgando.

Por la casa si regresan. Si el secretario Carmine no me veía con buenos ojos antes de los Juegos del Hambre, imagínense cómo le habrá ido con su carrera asesina. Bajo a la Pradera, ocultándome tras unos arbustos. Si liberan a Lenore Dove, sé que una de las primeras cosas que hará será pastar sus gansos. A menos que vaya a buscarme a la Aldea de los Vencedores; en cuyo caso, cruzará la Pradera de camino.

Sentado en un tronco caído, descalzo y con la ropa gastada de minero, me siento más seguro que en semanas. Me gusta estar escondido aquí en la oscuridad, donde nadie pueda encontrarme. Fuera de la vista del Capitolio, pero también lejos de las miradas compasivas del Distrito 12. Intento idear un plan para mí y Lenore Dove. No podemos quedarnos aquí. ¿Pero adónde podemos escapar? Solo al "desierto espantoso" de Snow. Me encanta, pero no vivo en él. No soy Burdock, con su fiel arco y su conocimiento de las plantas. Ni siquiera soy un contrabandista de verdad todavía. No soy nada. Y aunque Lenore Dove está en casa en el bosque, no es más capaz de sobrevivir allí que yo. Tal vez solo estoy siendo egoísta, queriendo que corra conmigo cuando la verdad es que estaría bien aquí sin mí. Snow no tendría motivos para atacarla si yo estuviera muerto o desaparecido. Lo correcto es irme solo y dejar que ella siga su vida.

Ella no querrá soltarme y yo desde luego no quiero soltarla. ¿Pero qué alternativa hay? Esperaré a verla una vez más, volveré a la Aldea de los Vencedores y le pediré a Burdock un arco y un sedal. Si muero ahí fuera, que así sea. Lenore Dove estará a salvo.

El cielo adquiere el suave resplandor que precede a la salida del sol. Los primeros pájaros empiezan a cantar. Se les une un coro de graznidos, seguido de voces furiosas. Levanto la vista para ver a la excepcional y radiante Paloma Leonora arreando su bandada hacia la pradera.

“¡No debes irte corriendo!”, dice el empleado Carmine desde el borde de la El prado. Está agitado, sacudiendo un dedo hacia ella.

Tam Amber está con él, un poco más encorvada de lo que recuerdo. —Tiene razón, Lenore Dove. Esto ya está llevando el arresto domiciliario al límite. El comandante de la base debió haber dado una directiva estricta. Tam Amber es la madre fácil, a la que acude con una petición cuestionable, así que si está preocupado...

—¡Ya lo sé! ¡Te oí las diez primeras veces! —grita exasperada—. Solo quiero cinco minutos para mí. ¿Es posible por aquí? ¿O sigo en prisión?

—Bien. Cinco minutos. Luego quiero que vuelvas a casa para desayunar. “¿Me oyes?” dice el secretario Carmine.

Ella le hace el saludo de un agente de la paz. "Sí, señor. Entendido, señor. Puede contar conmigo, señor."

El empleado Carmine da un paso al frente, pero Tam Amber le pone una mano en el brazo, y él se resigna a una despedida. "No nos haga bajar a buscarla, señorita". Los tíos regresan a la casa.

De repente, siento un estallido de cariño por el empleado Carmine. Ambos realmente... Quiero lo mismo: que Lenore Dove esté a salvo y sea feliz. Y tenía razón. En cuanto a su preocupación por mí, quiero decir. Un chico de una familia rebelde que elabora licor blanco y desaparece durante horas con su sobrina en el bosque no es sinónimo de seguridad. Además, ni siquiera tengo talento musical. Creo que lo habría conquistado con el tiempo, si hubiera tenido la oportunidad. Pero ahora me consuela un poco saber que, cuando huya, él estará aquí cuidándola. Supongo que nunca tendré la oportunidad de decírselo, pero es cierto.

Mientras espero a asegurarme de que no haya moros en la costa, me dejo llevar por la belleza de Lenore Dove. Da vueltas, con la cabeza hacia atrás y los brazos alzados hacia el cielo. Debe haber sido un infierno para ella estar encerrada. No soporta que nadie esté confinado. Sobre todo animales salvajes, que, por supuesto, lo es. Los gansos corren por ahí, reprendiéndola por haberse ido. Ella simplemente los endulza y les acaricia el cuello. Está a punto de posarse en su roca favorita cuando exclama de sorpresa y recoge algo.

Es mi bolsa de gomitas. Las que le pedí a Sid que le entregara después de la cosecha. Supongo que las dejó aquí antes de ir a actuar esa noche.
Aprieta el caramelo contra su corazón y da vueltas, sonriendo, para luego abrir la bolsita blanca. No puedo esperar ni un segundo más. Mientras cruzo la pradera corriendo, me ve, grita mi nombre y corre a mi encuentro. La abrazo, la doy vueltas y nos reímos y nos besamos como locas.

—Ay, Lenore Dove. Ay, mi amor —digo.

"Volviste", dice ella, con lágrimas corriendo, pero lágrimas de felicidad. "Tú regresó a mí. ¡En este mundo!

“¡Y lograste que no te colgaran!”, respondo con orgullo.

Nos abrazamos tan fuerte que es como si fuéramos una sola persona. Y lo somos, de verdad.

Me acaricia la cara con las manos. "¿Estás bien? ¿De verdad estás bien?"

"Perfecto como el agua", le prometo. No me importa, no puedo dejarla. Ella... Quiere huir conmigo, y la dejaré. Encontraremos una manera de vivir. Porque no creo que ninguno de los dos pueda vivir sin el otro.

Nos hundimos en la hierba del prado, con las manos entrelazadas. Ella toma la bolsa de gomitas que se le cayó en nuestro reencuentro. "Gracias por los dulces". ¡Dios mío, mira lo fuerte que estoy temblando!

"Toma", digo, tomando la bolsa, aunque no estoy más firme. Saco un dulce de la bolsa y pónselo en la boca.

Ella se ríe. "Ahora que estás en casa, supongo que puedo comerme a los demás".

"¿Qué más?" Le doy otra gomita.

—Los que me trajo Sid. Los puse debajo de la almohada.

"Pero..." Miro la bolsa. Es una bolsa normal, con los Donners... Etiqueta. Entonces me fijo en las gomitas. No son de varios colores. No son un arcoíris. Todos son de un rojo sangre intenso. Recuerdo la rosa de Snow, sus últimas palabras, y todo encaja.

—¡Escúpelo! —le ordeno, ahuecando mi mano ante su boca—. ¡Escúpelo ya!

Su cara refleja sorpresa al escupirme una gomita a medio masticar en la palma de la mano. "¿Qué? No pasa nada".

"¿Dónde está la otra? ¿Dónde está la primera?" La zarandeo.

Supongo que me lo tragué. ¿Por qué?

¡Vómalo! ¡Sácalo del estómago!

Ahora está entrando en pánico. "¿Qué pasa, Haymitch?"

Pienso en la arena. "¿Tienen pastillas de carbón en casa?"

¿Pastillas de carbón? No, no lo creo. ¿Por qué...? —La veo armar el rompecabezas. Se inclina, se mete un dedo en la garganta e intenta atragantarse—. No puedo. Apenas he comido en días. ¡No tengo nada que vomitar!

—Vamos —la ayudo a ponerse de pie—. Vamos —Empiezo a pedir ayuda. ¡El secretario Carmine! ¡ El secretario Carmine!

—Haymitch, yo... —Una mirada perpleja cruza su rostro y se lleva una mano al pecho. Sus rodillas ceden—. No puedo mantenerme en pie.

La levanto de un salto. "¡Tienes que hacerlo! ¡Ve a la casa!". Echo la cabeza hacia atrás y grito: "¡Empleado Carmine! ¡Ayuda! ¡Ayúdennos!". Se derrumba en mis brazos. Me arrodillo de nuevo en el suelo, su cuerpo sobre el mío.

—Lenore Dove... —suplico—. No. No. —Una espuma con manchas de sangre le sube por los labios—. Oh, no... no...

Sus ojos se fijan en algo a lo lejos. "¿Ves eso?", pregunta con voz ronca.

Giro la cabeza y veo el sol, asomándose por el horizonte. "¿Qué? ¿El sol?

"No… dejes que… suba…" dice ella.

Las lágrimas me ahogan. «No puedo detenerlo. Sabes que no puedo detenerlo».

Su cabeza se mueve un poco hacia un lado. "…en la cosecha", susurra.

Ay, no. No me dejes con eso. No me dejes para nada. "¿Lenore Dove? Intenta aguantar, cariño. ¿Lenore Dove?"

—Lo prometo. —Sus párpados se cierran.

—Está bien, está bien, lo prometo. Pero no puedes irte. No puedes dejarme. Porque te amo como a todo fuego."

"Tú también." Creo que eso dijeron sus labios.

"¿Lenore Dove?" Aprieto mi mano contra la suya. Deseando que se quede conmigo. Negándome a despedirme.

Pero cuando me alejo, siento el veneno y sé que ella se ha ido.



La pesadilla siempre empieza cuando le doy esa gomita. Estamos en el prado, abrazados, con la cara llena de lágrimas de alegría.

Y no reviso la bolsa. Nunca reviso la bolsa. ¿Por qué no me acuerdo de revisarla? Simplemente le llevo esa gomita roja como la sangre a los labios, y lo que sigue es inevitable. Mi comprensión, su terror, la espuma sanguinolenta, mis súplicas para que se quede, su obligándome a prometer. Entonces aparecen los tíos. El dependiente Carmine la arranca de mis brazos, intentando reanimarla mientras la llama por su nombre. Tam Amber, rígido sobre ellos, sacudiendo la cabeza mientras murmura: «Otra vez no. Oh, otra vez no».

Ahí es cuando empieza la música, su poema con su nombre, su canción, a toda velocidad. alrededor de mi cerebro como un tren desbocado.

Una vez, a medianoche, mientras meditaba, débil y cansado,
Sobre muchos volúmenes pintorescos y curiosos de conocimientos olvidados —
Mientras asentía, casi dormitando, de repente se oyó un golpeteo,
Como si alguien golpeara suavemente, golpeara la puerta de mi habitación.
"Es algún visitante", murmuré, "llamando a la puerta de mi habitación.

Sólo esto y nada más."

Ah, recuerdo claramente que era el sombrío diciembre; y cada
brasa moribunda proyectaba su fantasma sobre el suelo.
Anhelaba ansiosamente el mañana; — en vano había buscado tomar
prestado de mis libros un alivio al dolor — dolor por la perdida Lenore — por la
doncella rara y radiante a quien los ángeles llaman Lenore — sin nombre aquí
para siempre.

El cuervo. El pájaro cantor implacable. Me recuerda una y otra vez el mensaje clarísimo que me dio el presidente Snow al regresar a casa: que nunca volveré a amar a nadie. Nunca más. Porque él se asegurará de que acaben muriendo de una forma horrible.

Y así, ahuyento a cualquiera y a todos los que alguna vez podrían haber sido... Considerados queridos para mí. Antiguos vecinos. Hattie. Clientes. Compañeros de escuela. Blair y Burdock son los que más se aferran. Blair finalmente reconoce mi postura, me da un último abrazo y se va sollozando. Aun así, Burdock insiste en aparecer, a veces acompañada de Asterid, quien trae botellas de jarabe para dormir. Desafiante. Sorda a mis súplicas. Recurro a lanzarles piedras, con fuerza. Basta con un golpe a Asterid en la frente, con la sangre corriendo por su rostro perfecto, para que finalmente me dejen en paz. Herirla de esa manera se siente peor que cualquier cosa que haya hecho en la arena.

Y el susurro sedoso, triste e incierto de cada cortina púrpura
Me emocionó y me llenó de terrores fantásticos nunca antes sentidos;
Así que ahora, para calmar los latidos de mi corazón, me quedé repitiendo
"Es un visitante que pide entrar a la puerta de mi habitación.
Un visitante tardío rogando por entrar a la puerta de mi habitación;
Esto es y nada más".

Pronto mi alma se fortaleció; sin dudar ya, dije: «Señor o señora, de
verdad imploro su perdón; pero el hecho es que estaba durmiendo la
siesta, y usted vino a llamar tan suavemente, y tan débilmente vino a
golpear, a golpear la puerta de mi habitación, que apenas estaba seguro
de haberlo oído» —aquí abrí la puerta de par en par; —oscuridad allí y
nada más.

El mundo se queda en silencio. No veo a nadie. Nunca he estado realmente solo. Antes, siempre con mi familia. O mis amigos. O mi amor.

Un agente de la paz desliza un sobre con dinero, mis ganancias de victoria, por debajo de mi puerta cada semana, y deja un paquete de comida en el porche. En el sobre, se han deducido meticulosamente carne, pan, leche y diversos suministros.
¿Quién ha organizado este servicio? ¿El presidente? ¿Sigue insistiendo en mantenerme con vida?

Daría la bienvenida a la muerte, si no fuera por mi promesa a Lenore Dove
Que de alguna manera evitaría que el sol saliera en la cosecha. La imposibilidad aumenta mi desesperación. Apuro las botellas de jarabe para dormir para escapar de la realidad, solo para alimentarla con gomitas en mis sueños.

Mirando profundamente en esa oscuridad, me quedé allí mucho tiempo preguntándome,
temiendo,
Dudando, soñando sueños que ningún mortal se había atrevido a soñar antes;
Pero el silencio era inquebrantable y la quietud no daba tregua.
simbólico,
Y la única palabra que se pronunció allí fue un susurro: "¿Lenore?"
Esto susurré, y un eco murmuró la palabra: "¡Lenore!".
Sólo esto y nada más.

De vuelta a la cámara girando, con toda mi alma ardiendo en mi
interior,
Pronto volví a oír un golpeteo algo más fuerte que antes.
—Seguro —dije—, seguro que hay algo en la reja de mi ventana. Veamos,
pues, qué hay ahí y exploremos este misterio. Que mi corazón se aquiete
un instante y exploremos este misterio. ¡Es el viento y nada más!

Una noche fui a buscarla, buscando tierra recién removida y una lápida nueva en el cementerio de la colina. Los demás estaban allí —Mamá, Sid, mis compañeros tributos —, pero Lenore Dove no.

La casa torcida de la Bandada se yergue oscura y silenciosa a la luz de la luna. Deambulo por el patio como un perro callejero, acurrucado bajo su ventana, anhelando que su fantasma me encuentre. Deben ser las tres de la mañana cuando el violín empieza a tocar, suave y grave, su canción.

¿Sabe el empleado Carmine que estoy ahí? ¿Intenta volverme completamente loca? Golpeo la puerta, gritando a todo pulmón: "¿Dónde está? ¿Dónde está?".

El violín se calla. Pero es demasiado tarde. El gusano de oído ha despertado.

Abrí de golpe la contraventana, cuando, con muchos coqueteos y aleteos,
entró un majestuoso cuervo de los santos días de antaño; no hizo la
menor reverencia; no se detuvo ni se detuvo ni un minuto; sino que, con porte
de señor o dama, se posó sobre la puerta de mi habitación, se posó sobre un
busto de Palas justo encima de la puerta de mi habitación, se posó y se
sentó, y nada más.

Entonces este pájaro de ébano sedujo mi triste fantasía haciéndole sonreír,
Por el decoro grave y severo de su semblante,
"Aunque tu cresta esté rapada y cortada, tú", dije, "no estás seguro
cobarde,
Cuervo antiguo, sombrío y espantoso que vagas desde la orilla nocturna. ¡Dime
cuál es tu nombre señorial en la orilla plutoniana de la noche!
Dijo el cuervo: "Nunca más".

Se me acabó el jarabe para dormir y, desesperado, fui a visitar al viejo Bascom Pie, cargando un saco con botellas de licor, tintineando todo el camino a casa. Algunas noches encontré el olvido que buscaba, otras vagué en la oscuridad. Una mañana, al despertar medio desnudo en el césped frente a mi casa, cubierto de picaduras de mosquito, me di cuenta de dónde debía estar. Que sus tíos no la habrían enterrado en el cementerio del Distrito 12, sino que la habrían llevado a un lugar que amaba. Que todos amaban. El bosque.

Soy un hombre con una misión. Durante semanas, deambulo entre los árboles, rodeo el lago, examino la tierra bajo los manzanos, buscando alguna señal de ella. Suplicando a los sinsajos una pista sobre su paradero. Gritando su nombre al viento. Las hojas se tornan escarlatas y doradas, crujiendo bajo mis pies.

—¡Lenore Dove! ¡Lenore Dove! —grito, pero no se revela.

Burdock, sin embargo, aparece entre la niebla. Lleva la chaqueta de cuero abrochada para protegerse del frío, el arco en la mano y un par de pavos salvajes en la cadera. No me ha perdonado, nunca lo hará, pero no deja de tener lástima. Quizás porque sabe lo que es amar. «Si la quieres, ven», es todo lo que dice. Y la quiero, igual que hace mucho tiempo quise las manzanas que me prometió, y por eso...

Síguelo lejos, muy lejos en el bosque. Más allá del lago, más allá de mi vista, hasta una arboleda oculta que ningún ojo humano normal podría detectar. Y aquí me deja.

Un pequeño cementerio secreto con lápidas bellamente talladas. Covey.

Cada uno marcado solo con un fragmento de sus poemas nominativos.

Entre ellos, sobre una piedra de color blanco cremoso:

«Señora», dijo, «Maude Clare», dijo, «Maude Clare»; y
ocultó su rostro.

Sobre una losa de pizarra cubierta de musgo:

—Sin embargo, algunos sostienen que hasta el
día de hoy Ella es una
niña viva; Para que puedas ver a la dulce
Lucy Gray En el desierto solitario.

Y sobre una roca gris, salpicada de rosa y púrpura:

Pero el silencio era inquebrantable y la quietud no daba tregua.
simbólico,
Y la única palabra que se dijo allí fue la palabra susurrada,
“¿Lenore?”
Esto susurré, y un eco murmuró la palabra.
“¡Leonor!”
Sólo esto y nada más.

Me acuesto sobre su tumba y permanezco allí mientras cae la noche, amanece y la oscuridad vuelve a descender. Le cuento todo y le ruego que vuelva conmigo, que me espere, que me perdone por todas las formas en que le he fallado.

Cuando amanece el segundo día, ella no ha llegado. Entierro el pedernal, la serpiente y el pájaro, frente a su lápida. Le pido que me libere de mi última promesa. Le pido que me deje ir con ella ahora. Le pido una señal. Entonces, de alguna manera, llego a casa y me duermo... donde le doy otra gomita.

Me maravillé mucho al oír a esta desgarbada ave hablar con tanta claridad.

Aunque su respuesta tenía poco significado y poca relevancia,
Porque no podemos dejar de estar de acuerdo en que ningún ser humano vivo
Siempre tuve la suerte de ver un pájaro sobre la puerta de su habitación.
Pájaro o bestia sobre el busto esculpido sobre la puerta de su habitación,
Con un nombre como "Nunca más".

Pero el cuervo, sentado solo sobre el plácido busto, pronunció sólo esa
palabra, como si en esa única palabra derramara su alma.
No dijo nada más, ni una pluma revoloteó, hasta que apenas murmuré: «Otros
amigos se han ido antes; mañana me dejará , como se han ido antes mis esperanzas».

Entonces el pájaro dijo "Nunca más".

Le di a la botella con más fuerza. Bebiendo, desapareciendo en la noche, recuperando la consciencia en los rincones olvidados del Distrito 12. Una mañana, al amanecer, me desperté de golpe, temblando, en un callejón del pueblo. Estaba mirando un mensaje pintado con pintura naranja brillante. ¡SIN CAPITOLIO, SIN ÁRBOL DE LA AHORCADA! Es una réplica rebelde de la propaganda del Capitolio. ¡SIN CAPITOLIO, SIN COSECHA! Escondido en este callejón, un grito de guerra que escapa al radar de los Agentes de la Paz.

Un recuerdo me tira... Maysilee en la arena... después de que mató al Vigilante... la seda de araña y la canción de su abuela...

"Bueno, tu chica está llena de sorpresas. Supongo que se nos adelantó después de... todo."

Lleno de sorpresas. Lleno de secretos, incluso de mí. Pero Maysilee había puesto Todo junto. Pintura naranja en sus uñas. Es obra de Lenore Dove.
Su señal. Su mensaje para mí ahora. Su recordatorio de que debo evitar otro amanecer en la cosecha.

Y dice: "Me lo prometiste".

Con esto me condena a cadena perpetua.

Sobresaltado por el silencio roto por una respuesta tan acertada,
"Sin duda", dije, "lo que pronuncia es su único recurso y reserva.
Atrapado por algún amo infeliz a quien el despiadado Desastre
Siguió rápido y siguió más rápido hasta que sus canciones solo cargaron una carga.
Hasta que los cantos fúnebres de su Esperanza llevaron esa carga melancólica.
De "Nunca, nunca más".

Pero el cuervo seguía seduciendo mi triste fantasía para que sonriera,
Directamente puse un asiento acolchado frente al pájaro, y busté y
puerta;
Luego, al hundirse el terciopelo, me dediqué a unir
Fantasía tras fantasía, pensando en lo que este siniestro pájaro de antaño...
¿Qué es este pájaro sombrío, desgarbado, espantoso, demacrado y siniestro de antaño?
Quise decir con un graznido “Nunca más”.

Ahora que Lenore Dove ha dicho lo suyo, otros fantasmas, llenos de odio y rabia, me visitan por la noche. Panache parece tener poco que hacer más que cazarme y Silka cree que le debo una corona. El terror se filtra en mis horas de vigilia. Me duermo con un cuchillo en la mano.

Es Effie Trinket quien me encuentra así, la mañana del Tour de la Victoria. Recupero la consciencia, sobresaltado, y descubro que se ha apoderado de mi cuchillo. «Siento mucho el accidente de tu familia, Haymitch. ¿Y la apendicitis de tu hija justo después? Trágico. Pero esto no puede ser. Tenemos la responsabilidad de seguir adelante».

¿El accidente de mi familia? ¿La apendicitis de Lenore Dove? Tiene razón. Tengo la responsabilidad de seguir adelante. ¿Pero cómo puedo hacerlo?

Dejé que Effie me sirviera café. Me mandaron a la bañera hasta que Proserpina y Vitus me soportaran. Me pusieron un traje de cachemira que el tío abuelo Silio nunca tuvo ocasión de usar, y de alguna manera me pusieron presentable para subir al tren al Distrito 11.

“Se corrió la voz. Despidieron a Magno por negligencia y Drusilla le rompió el...
—Cadera cayendo por una escalera mecánica —me dice Plutarch con convicción—. Parece que Maysilee tenía razón con lo de esos tacones. En fin, se lo propuse a Effie a última hora y se lanzaron a por la idea. Sobre todo porque trajo consigo el vestuario del tío depravado.

"¿Cómo estás aquí, Plutarco?", pregunto. Es una pregunta que podría ser
Respondió en muchos niveles. Elige lo más superficial.

"Estoy aquí para grabar tu Gira de la Victoria. Está en mi contrato. Oye, tú
¡Parece que te vendría bien un sándwich, Tibby!

Un tren diferente al que había usado antes. Más elegante. Mucho acero y cromo. Tapicería de terciopelo color paloma, para que no se me olvide. Intentar olvidar es mi trabajo a tiempo completo ahora.

Effie hace todo lo posible para mantenerme sobrio, pero el tren está cargado de alcohol.

Me quedé pensando en esto, pero no expresé ninguna sílaba.
Al ave cuyos ojos ardientes ahora ardían en lo más profundo de mi pecho;
Esto y más me lo quedé adivinando, con la cabeza reclinada tranquilamente.
Sobre el forro de terciopelo del cojín sobre el que se reflejaba la luz de la lámpara,
Pero cuyo forro de terciopelo violeta, bajo la luz de la lámpara,
Ella presionará, ¡ah, nunca más!

Entonces, me pareció que el aire se volvió más denso, perfumado por una fragancia invisible.
incensario
Balanceado por serafines cuyas pisadas resonaban en el suelo de borlas.
"¡Miserable!", grité, "tu Dios te ha prestado, por medio de estos ángeles te ha enviado

Respiro, respiro y nepenthe de tus recuerdos de Lenore; ¡bebe, oh, bebe este
amable nepenthe y olvida a esta Lenore perdida!
Dijo el cuervo: "Nunca más".

En el Distrito 11, me encuentro en las escaleras del Edificio de Justicia frente a las desconsoladas familias de Hull, Tile, Chicory y la otra chica, Blossom. Busco entre la multitud de rostros a los parientes de Lou Lou, pero no encuentro nada.

Empieza la fiesta. Bebo durante la celebración, que se extiende hasta bien entrada la noche. Cuando el Edificio de Justicia por fin duerme, Plutarch me lleva por varias escaleras hasta el ático.

"Descanso y nepente", murmuro en mi botella.

Plutarch me lo arrebata de la mano. "Escucha, Haymitch, no tenemos
Este ático es el único lugar de todo el Edificio de Justicia que no tiene micrófonos ocultos.

Bueno, puede que tenga razón en eso. El lugar parece no haber sido...
No lo he visto en cien años. Hay una capa de polvo tan gruesa que podrías dormir cómodamente sobre ella. Por qué te escabulliste a este lugar buscando privacidad en lugar de salir del Edificio de Justicia, no lo sé ni me importa. Ya no pueden hacerme nada. A diferencia de Plutarch.

"¿Cómo es que te ves tan bien, Plutarch? Wiress y Mags estaban
Torturado, ¿verdad? Y supongo que Beetee está muerto.

"Beetee es demasiado valioso para matarlo".

"Pensé que se habría suicidado".

—No puede. Su esposa está embarazada. Además, no le fallaría a Ampert de esa manera.

—Ah, ya veo. Va a derrocar el Capitolio, ¿verdad?

"Quizás algún día. Pero ninguno de nosotros puede hacerlo solo. Tú Demostró mucha valentía e inteligencia en ese ámbito. Necesitamos su ayuda.

"¿Yo?", digo con incredulidad. "Soy la prueba viviente de que el Capitolio siempre gana. Intenté evitar que saliera el sol en otro día de la cosecha, intenté cambiar las cosas, y ahora todos están muertos. No me quieres". Y yo no lo quiero a él. No quiero la ayuda de nadie en el Capitolio nunca más. Nunca podría confiar en ellos.

Te queremos. Conmocionaste el Capitolio, tanto en sentido figurado como literal, con ese terremoto. Fuiste capaz de imaginar un futuro diferente. Y tal vez no se haga realidad hoy, tal vez no en nuestra vida.
Quizás tome generaciones. Todos formamos parte de un continuo. ¿Acaso eso lo hace inútil?

—No lo sé. Pero sí sé que necesitas a alguien diferente a mí.

—No, Haymitch, necesitamos a alguien exactamente como tú.

"¿Simplemente más suerte?", digo.

"Más afortunados, o más oportunos. Con un ejército a sus espaldas
"no estaría mal."

Claro, eso habría ayudado. ¿De dónde vas a sacar un ejército, Plutarco?

Si no encontramos uno, tendremos que construir uno. Pero, obviamente, encontrarlo es más fácil.

"¿Y entonces podremos matarnos entre nosotros, como en los viejos y buenos tiempos oscuros?"

—Bueno, tú sabes mejor que nadie a qué nos enfrentamos con Snow.
Si se te ocurre otra forma de detener ese amanecer, házmelo saber".

—¡Profeta! —dije—, ¡cosa maligna! —¡Profeta aún, si pájaro o diablo! —Ya sea que el
Tentador te haya enviado, o que la tempestad te haya arrojado aquí a la orilla,
desolado pero impávido, en esta tierra desierta encantada, en este hogar
embrujado por el Horror, dime la verdad, te lo imploro. ¿Hay... hay bálsamo en
Galaad? —¡Dime... dime, te lo imploro!

Dijo el cuervo: "Nunca más".

"¡Profeta!" dije, "¡cosa del mal! ¡Profeta todavía, ya sea pájaro o diablo!

Por ese Cielo que se inclina sobre nosotros, por ese Dios que ambos adoramos, dile
a esta alma cargada de dolor si, en el lejano Aidenn, abrazará a una santa
doncella a quien los ángeles llaman Lenore, abrazará a una doncella rara y
radiante a quien los ángeles llaman Lenore.
Dijo el cuervo: "Nunca más".

Evito hablar con Plutarch durante el resto de la Gira de la Victoria. Recorro todos los distritos, donde me paro en los escenarios y observo a las familias de los tributos muertos. Recorro todas las fiestas que culminan en el Capitolio, donde me devuelven a mi cómoda jaula. Recorro todas las tensas festividades del Distrito 12.

Mi equipo se dirige al tren. Plutarch y su equipo hacen un reportaje de estilo sobre mi nueva casa y graban una foto de despedida mía en el jardín. Mientras estoy allí, mirando mi prisión, sin ganas de cruzar el umbral y reanudar mi condena, él se une a mí.

—¿Está bien, Haymitch?

"No tengo nada por qué vivir". Lo digo sin siquiera una nota de autocompasión. Simplemente estoy constatando un hecho.

Entonces no tienes nada que perder. Eso te coloca en una posición de poder.

Me gustaría matarlo en ese momento pero ¿qué sentido tendría?
En cambio, le digo: "Te crees buena persona, ¿verdad, Plutarch? Te crees buena persona porque me hablaste del sol y los terraplenes.
Cuando lo que realmente hiciste fue ayudar a crear la propaganda del Capitolio y difundirla por todo el país. Cuarenta y nueve jóvenes murieron por ello, pero le diste el toque de la vieja escuela y, en esa propaganda, eres una especie de héroe.

Plutarch tarda un momento en responder. «No soy el héroe ideal para nadie, Haymitch. Pero al menos sigo en el juego».

"¡Que esa palabra sea nuestra señal de despedida, pájaro o demonio!"
grité,
sobresaltado: "¡Vuelve a la tempestad y a la costa plutoniana de la Noche!
¡No dejes ninguna pluma negra como señal de esa mentira que tu alma ha dicho!
¡Dejad mi soledad intacta! ¡Dejad el busto sobre mi puerta!
¡Quita tu pico de mi corazón y quita tu forma de mi puerta!
Dijo el cuervo: "Nunca más".

Y el cuervo, sin revolotear, sigue sentado, sigue sentado sobre el
pálido busto de Palas, justo encima de la puerta de mi habitación; y
sus ojos tienen toda la apariencia de los de un demonio que está soñando, y
la luz de la lámpara que lo ilumina proyecta su sombra en el suelo; y mi alma,
de esa
sombra que flota en el suelo, ¡nunca más será levantada!

Y así permanezco, atrapado para siempre en mi habitación.

Estoy tan desesperada por olvidar. Para escapar del dolor, de la dolorosa soledad, La pérdida de mis seres queridos. No hay recuerdos de ellos; todos están quemados o enterrados. Me esfuerzo por olvidar sus voces, sus rostros, sus risas. Incluso en mi cabeza, mi lenguaje se vuelve monótono y plano, desprovisto del color y la música del ayer.

El único contacto humano que me permito es a través de Capitol News, que pongo en mi televisor las 24 horas. Así, si el fantasma de Lenore Dove alguna vez me visita, puedo decirle que estoy trabajando en una estrategia para evitar que salga el sol.

No hago planes, no tengo esperanzas, no busco compañía, no hablo con nadie más que con el viejo Bascom Pie cuando mi nepenthe se acaba. Pero no puedo decir que no tengo futuro, porque sé que cada año, para mi cumpleaños, recibiré una nueva pareja de tributos, una niña y un niño, para guiarlos hasta su muerte. Otro amanecer en la cosecha.

Y cuando recuerdo eso, oigo la voz de Sid, despertándome la mañana en que el cuervo tocó por primera vez la puerta de mi habitación.

"¡Feliz cumpleaños, Haymitch!"

epilogue

Cuando Lenore Dove viene a mí ahora, no está enojada ni agonizando, así que creo que me ha perdonado. Ha envejecido conmigo, con el rostro surcado de finas arrugas y el cabello canoso. Como si hubiera vivido su vida a mi lado con el paso de los años, en lugar de yacer en su tumba. Sigue siendo tan excepcional y radiante.
Cumplí mi promesa sobre la cosecha, o al menos le di una mano, pero dice que aún no puedo ir a verla. Tengo que cuidar de mi familia.

Vi a la niña en el Quemador por primera vez cuando era solo una bebé. Burdock estaba tan orgulloso de ella que la llevaba a todas partes. Después de morir en la explosión de la mina, empezó a venir sola, intercambiando alguna que otra ardilla o conejo. Fuerte e inteligente, con el pelo recogido en dos trenzas, me recordó muchísimo a Louella McCoy, mi amor de siempre. Y después de que se presentara voluntaria para los Juegos, ese apodo no pudo evitar salir. No quería dejarlos entrar, ni a ella ni a Peeta, pero las paredes del corazón de una persona no son inexpugnables, no si alguna vez ha conocido el amor. Eso dice Lenore Dove, al menos.

No quería saber nada de su libro conmemorativo después de la guerra. ¿De qué servía? ¿Qué sentido tenía? Para revivir toda la pérdida. Pero cuando apareció la página de Burdock, tuve que mencionar que me había mostrado la tumba. Y me sentí obligado a contarles sobre Maysilee Donner, antigua dueña del pin del sinsajo. Y cuánto amaba Sid las estrellas. Sin darme cuenta, todos salieron en tropel: familia, homenajes, amigos, compañeros de armas, todos, incluso mi amor. Por fin conté nuestra historia.

Unos días después, Katniss apareció con una vieja cesta llena de huevos de ganso. «No para comer, sino para que eclosionen. He asaltado varios nidos, así que pueden reproducirse sin problemas». No importa que hayamos cenado ganso asado. No es una persona fácil; es como yo, dice siempre Peeta. Pero fue más lista que yo, o más afortunada. Fue ella quien finalmente evitó que saliera el sol.

Peeta fabricó una especie de incubadora, y cuando los huevos eclosionaron, la mía fue la primera cara que vieron esos gansos. A veces solo pastan en el verde, pero en días bonitos, nos hemos acercado a la pradera. A Lenore Dove le gusta mucho allí, y me siento feliz donde ella está contenta. Al igual que los gansos, nos apareamos para toda la vida.

No estoy seguro de si estaré aquí en el viejo mundo pronto. Tengo el hígado destrozado y solo me desespero cuando el tren se retrasa. Sin embargo, últimamente bebo de otra manera, menos para olvidar, más por costumbre. Cuando llegue mi hora, llegará, pero no tengo ni idea de cuándo será.

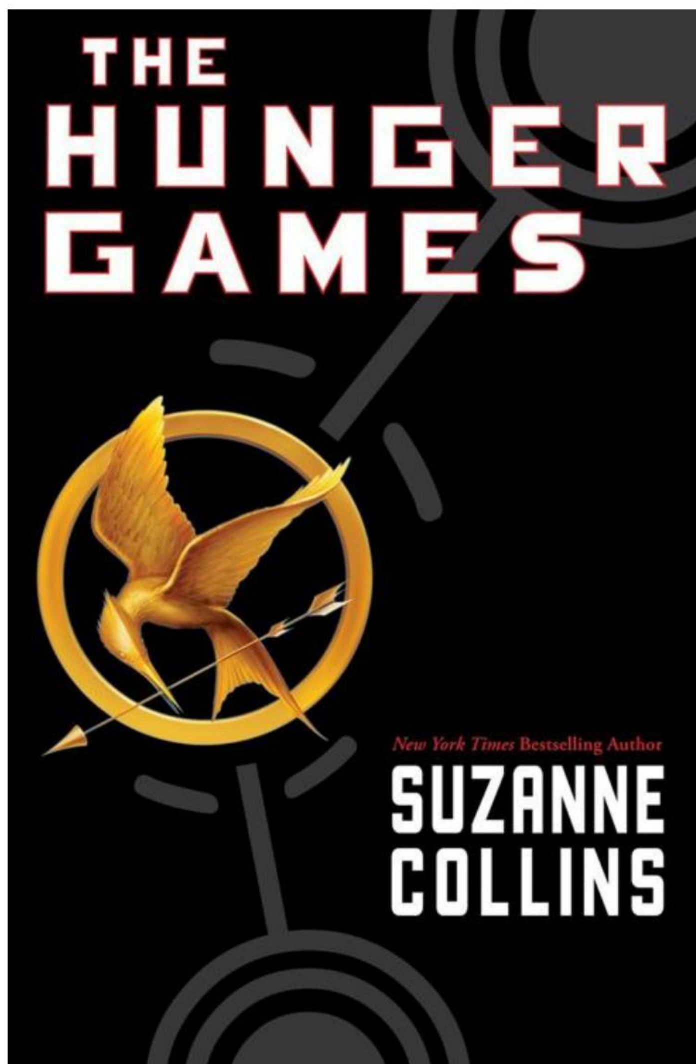
Pero sé una cosa: el Capitolio jamás podrá arrebatarme a Lenore Dove. Nunca lo hicieron. Nada que me puedan arrebatar valió la pena conservar, y ella es lo más preciado que he conocido.

Cuando le digo eso, ella siempre dice: "Te amo como a todo fuego".

Y yo le respondo: "Yo también te amo como a todo fuego".

EL FIN

La historia continúa…



Pasa la página para leer el primer capítulo de
Los Juegos del Hambre.



Cuando me despierto, el otro lado de la cama está frío. Extiendo los dedos buscando el calor de Prim, pero solo encuentro la áspera lona del colchón. Debió de tener pesadillas y se metió con nuestra madre.

Por supuesto que sí. Hoy es el día de la cosecha.

Me incorporo sobre un codo. Hay suficiente luz en el dormitorio para verlas. Mi hermanita, Prim, acurrucada de lado, acurrucada en el cuerpo de mi madre, con las mejillas juntas. Mientras duerme, mi madre parece más joven, todavía cansada, pero no tan abatida. El rostro de Prim es fresco como una gota de lluvia, tan hermoso como la prímula que le dio nombre. Mi madre también fue muy hermosa en su momento. O eso me dicen.

Sentado en las rodillas de Prim, protegiéndola, está el gato más feo del mundo. Nariz aplastada, media oreja faltante, ojos del color de una calabaza podrida.

Prim lo llamó Buttercup, insistiendo en que su pelaje amarillo lodoso combinaba con la flor brillante. Me odia. O al menos desconfía de mí. Aunque fue hace años, creo que todavía recuerda cómo intenté ahogarlo en un cubo cuando Prim lo trajo a casa. Un gatito flacucho, con la barriga hinchada de gusanos, plagado de pulgas. Lo último que necesitaba era otra boca que alimentar. Pero

Prim rogó con todas sus fuerzas, incluso lloró, y tuve que dejarlo quedarse. Todo salió bien. Mi madre se deshizo de las alimañas y es un cazador de ratones nato. Incluso atrapa alguna rata de vez en cuando. A veces, cuando limpio una presa, le doy las entrañas a Buttercup. Ha dejado de silbarme.

Entrañas. Sin silbidos. Esto es lo más cerca que estaremos del amor.

Me bajo de la cama y me pongo mis botas de caza. Un cuero flexible que se ha amoldado a mis pies. Me pongo unos pantalones, una camisa, meto mi larga trenza oscura en una gorra y agarro mi bolsa de forrajeo. En la mesa, bajo un cuenco de madera para protegerlo de ratas y gatos hambrientos, hay un queso de cabra perfecto envuelto en hojas de albahaca. El regalo de Prim para mí el día de la cosecha. Guardo el queso con cuidado en mi bolsillo mientras salgo.

Nuestra parte del Distrito 12, apodada la Veta, suele estar repleta de mineros de carbón que salen a su turno matutino a esta hora. Hombres y mujeres con los hombros encorvados, los nudillos hinchados, muchos de los cuales hace tiempo que dejaron de intentar quitarse el polvo de carbón de las uñas rotas y las arrugas de sus rostros hundidos. Pero hoy las calles de ceniza negra están vacías. Las persianas de las casas grises y achaparradas están cerradas. La cosecha no es hasta las dos. Mejor dormir hasta tarde. Si se puede.

Nuestra casa está casi al borde de la Veta. Solo tengo que pasar unas cuantas puertas para llegar al campo desaliñado llamado la Pradera. Separando la Pradera del bosque, de hecho, cercando todo el Distrito 12, hay una alta cerca de alambre de espino rematada con bucles de alambre de púas. En teoría, se supone que está electrificada las veinticuatro horas del día para disuadir a los depredadores que viven en el bosque —manadas de perros salvajes, pumas solitarios, osos— que antes amenazaban nuestras calles. Pero como tenemos suerte de tener dos o tres horas de electricidad por las noches, normalmente es seguro tocarla. Aun así, siempre me tomo un momento para escuchar atentamente el zumbido que indica que la cerca tiene corriente. Ahora mismo, está en silencio. Oculta por un grupo de arbustos, me tumbo boca abajo y me deslizo bajo un tramo de sesenta centímetros que lleva años suelto. Hay otros puntos débiles en la valla, pero éste está tan cerca de casa que casi siempre entro en el bosque por aquí.

En cuanto estoy en los árboles, saco un arco y una vaina de flechas de un tronco hueco. Con o sin electricidad, la cerca ha mantenido a los carnívoros fuera del Distrito 12. Dentro del bosque, vagan libremente, y hay preocupaciones añadidas como serpientes venenosas, animales rabiosos y la falta de senderos. Pero también hay comida si sabes cómo encontrarla. Mi padre lo sabía y me enseñó un poco antes de que lo volaran en pedazos en la explosión de una mina.

Ni siquiera había nada que enterrar. Tenía once años entonces. Cinco años después, todavía me despierto gritándole que huya.

Aunque la intrusión en el bosque es ilegal y la caza furtiva conlleva riesgos, La pena más severa: más gente se arriesgaría si tuviera armas. Pero la mayoría no se atreve a aventurarse solo con un cuchillo. Mi arco es una rareza, forjado por mi padre junto con algunos otros que mantengo bien escondidos en el bosque, cuidadosamente envueltos en fundas impermeables. Mi padre podría haber ganado mucho dinero vendiéndolos, pero si los oficiales lo descubrieran, lo habrían ejecutado públicamente por incitar a la rebelión. La mayoría de los Agentes de la Paz hacen la vista gorda ante los pocos que cazamos porque están tan hambrientos de carne fresca como cualquiera. De hecho, son de nuestros mejores clientes. Pero la idea de que alguien pudiera estar armando la Veta jamás se habría permitido.

En otoño, algunas almas valientes se cuelan en el bosque para recoger manzanas. Pero siempre a la vista de la Pradera. Siempre lo suficientemente cerca para correr de vuelta a la seguridad del Distrito 12 si surge algún problema. «Distrito Doce. Donde puedes morirte de hambre con seguridad», murmuro. Luego miro rápidamente por encima del hombro. Incluso aquí, incluso en medio de la nada, te preocupa que alguien pueda escucharte.

De pequeña, le daba un susto de muerte a mi madre con las cosas que soltaba sobre el Distrito 12, sobre quienes gobiernan nuestro país, Panem, desde la lejana ciudad llamada el Capitolio. Con el tiempo, comprendí que esto solo nos traería más problemas. Así que aprendí a callarme y a convertir mis rasgos en una máscara de indiferencia para que nadie pudiera leer mis pensamientos. Hacer mis tareas en silencio en la escuela. Charlar solo de forma educada en el mercado público. Hablar de poco más que oficios en el Quemador, que es el mercado negro donde gano la mayor parte de mi dinero. Incluso en casa, donde soy menos agradable, evito hablar de temas peliagudos. Como la cosecha, la escasez de alimentos o los Juegos del Hambre. Prim podría empezar a repetir mis palabras y entonces, ¿dónde estaríamos?

En el bosque me espera la única persona con la que puedo ser yo mismo. Gale. Siento que los músculos de mi cara se relajan y acelero el paso mientras subo las colinas hacia nuestra casa, un saliente rocoso con vistas a un valle. Un matorral de arbustos de bayas lo protege de miradas indiscretas. Verlo esperando allí me hace sonreír. Gale dice que nunca sonrío excepto en el bosque.

"Oye, Catnip", dice Gale. Mi verdadero nombre es Katniss, pero cuando se lo dije, apenas lo susurré. Así que pensó que había dicho Catnip. Entonces...

Cuando este lince loco empezó a seguirme por el bosque buscando limosna, se convirtió en su apodo oficial. Al final tuve que matarlo porque espantaba a la presa. Casi me arrepentí, porque no era mala compañía. Pero conseguí un buen precio por su piel.

"Mira lo que disparé." Gale levanta una hogaza de pan con una flecha clavada, y me río. Es pan de panadería de verdad, no los panes planos y densos que hacemos con nuestras raciones de grano. Lo tomo en mis manos, saco la flecha y me llevo la perforación de la corteza a la nariz, inhalando la fragancia que me llena la boca de saliva. Un pan tan fino como este es para ocasiones especiales.

—Mmm, todavía está caliente —digo. Debió de estar en la panadería al amanecer para cambiarlo—. ¿Cuánto te costó?

—Solo una ardilla. Creo que el viejo estaba un poco sentimental esta mañana —dice Gale—. Incluso me deseó suerte.

—Bueno, hoy todos nos sentimos un poco más cerca, ¿no? —digo, sin siquiera... Me tomé la molestia de poner los ojos en blanco. "Prim nos dejó un queso". Lo saqué.

Su expresión se ilumina ante el regalo. "Gracias, Prim. Tendremos un Un verdadero festín." De repente, adopta un acento del Capitolio mientras imita a Effie Trinket, la mujer maniáticamente optimista que llega una vez al año para leer los nombres en la cosecha. "¡Casi lo olvido! ¡Felices Juegos del Hambre!" Arranca unas moras de los arbustos que nos rodean. "Y que las probabilidades…." Me lanza una baya formando un arco alto.

Lo atrapo con la boca y rompo la delicada piel con los dientes. La dulce acidez me explota en la lengua. "¡—siempre a tu favor!", termino con igual entusiasmo. Tenemos que bromear al respecto porque la alternativa es morir de miedo. Además, el acento del Capitolio es tan afectado que casi cualquier cosa suena graciosa con él.

Observo cómo Gale saca su cuchillo y corta el pan. Podría ser... Mi hermano. Cabello negro y liso, piel aceitunada, incluso tenemos los mismos ojos grises. Pero no somos parientes, al menos no de cerca. La mayoría de las familias que trabajan en las minas se parecen en eso.

Por eso mi madre y Prim, con su cabello claro y ojos azules, siempre parecen fuera de lugar. Lo están. Los padres de mi madre pertenecían a la pequeña clase mercantil que atiende a funcionarios, agentes de la paz y algún que otro cliente de la Veta. Tenían una botica en la zona más elegante del Distrito 12. Como casi nadie puede permitirse un médico, los boticarios son nuestros sanadores. Mi padre conoció a mi madre porque, en sus cacerías, a veces recolectaba hierbas medicinales y las vendía en su tienda para que las prepararan.

En remedios. Debió amarlo de verdad para dejar su hogar por la Veta. Intento recordarlo cuando solo veo a la mujer que se sentó a su lado, vacía e inalcanzable, mientras sus hijos se convertían en piel y huesos. Intento perdonarla por mi padre. Pero, siendo sincero, no soy de los que perdonan.

Gale unta las rebanadas de pan con el queso de cabra tierno, colocando con cuidado una hoja de albahaca en cada una mientras yo quito las bayas de los arbustos. Nos acomodamos en un rincón entre las rocas. Desde allí, somos invisibles, pero tenemos una vista clara del valle, rebosante de vida estival, con verduras que recolectar, raíces que excavar, peces iridiscentes a la luz del sol. El día es glorioso, con un cielo azul y una suave brisa. La comida es maravillosa, con el queso filtrándose en el pan caliente y las bayas rebosando en nuestras bocas. Todo sería perfecto si realmente fuera un día festivo, si el día libre solo significara recorrer las montañas con Gale, buscando la cena de esta noche. Pero en lugar de eso, tenemos que estar de pie en la plaza a las dos en punto esperando a que nos llamen.

—Podríamos hacerlo, ¿sabes? —dice Gale en voz baja.

"¿Qué?" pregunto.

—Vete del distrito. Escápate. Vive en el bosque. Tú y yo podríamos lograrlo —dice Gale.

No sé cómo responder. La idea es tan absurda.

"Si no tuviéramos tantos hijos", añade rápidamente.

No son nuestros hijos, claro. Pero bien podrían serlo. Los dos hermanitos y la hermanita de Gale. Prim. Y también podríamos incluir a nuestras madres, porque ¿cómo vivirían sin nosotros? ¿Quién llenaría esas bocas que siempre piden más? Con los dos cazando a diario, todavía hay noches en las que tenemos que cambiar la presa por manteca, cordones o lana, noches en las que nos vamos a la cama con el estómago rugiendo.

"Nunca quiero tener hijos", digo.

—Podría. Si no viviera aquí —dice Gale.

—Pero lo haces —digo irritado.

"Olvídalo", responde bruscamente.

La conversación se siente mal. ¿Irme? ¿Cómo podría dejar a Prim, que es la única persona en el mundo que estoy segura de que amo? Y Gale es devoto de su familia. No podemos irnos, así que ¿para qué molestarnos en hablar de ello? Y aunque lo hiciéramos... aunque lo hiciéramos... ¿de dónde salió todo esto de tener hijos? Nunca ha habido nada romántico entre Gale y yo. Cuando...

Nos conocimos. Yo era un niño flacucho de doce años, y aunque él solo era dos años mayor, ya parecía un hombre. Nos llevó mucho tiempo hacernos amigos, dejar de regatear por cada intercambio y empezar a ayudarnos mutuamente.

Además, si quiere tener hijos, Gale no tendrá problemas para encontrar una esposa. Es guapo, lo suficientemente fuerte como para trabajar en las minas y sabe cazar. Se nota por cómo las chicas susurran sobre él cuando pasa por la escuela que lo quieren. Me da envidia, pero no por la razón que la gente cree. Es difícil encontrar buenos compañeros de caza.

"¿Qué quieres hacer?", pregunto. Podemos cazar, pescar o recolectar.

—Vamos a pescar al lago. Podemos dejar las cañas y reunirnos en el bosque. Consigamos algo rico para esta noche —dice.

Esta noche. Después de la cosecha, se supone que todos deben celebrar. Y un Mucha gente lo hace, aliviada de que sus hijos se hayan librado de la enfermedad un año más. Pero al menos dos familias cerrarán las puertas con llave e intentarán averiguar cómo sobrevivirán a las dolorosas semanas de...
venir.

Nos va bien. Los depredadores nos ignoran en un día en que abundan presas más fáciles y sabrosas. Al final de la mañana, tenemos una docena de peces, una bolsa de verduras y, lo mejor de todo, un galón de fresas. Encontré la parcela hace unos años, pero a Gale se le ocurrió colocar redes de malla alrededor para mantener alejados a los animales.

De camino a casa, pasamos por el Hob, el mercado negro que opera en un almacén abandonado que antiguamente contenía carbón. Cuando idearon un sistema más eficiente que transportaba el carbón directamente de las minas a los trenes, el Hob fue ocupando el espacio poco a poco. La mayoría de los negocios ya están cerrados el día de la cosecha, pero el mercado negro sigue bastante concurrido. Cambiamos fácilmente seis de los pescados por buen pan y los otros dos por sal.

Sae la Grasienta, la vieja huesuda que vende tazones de sopa caliente de una olla grande, nos quita la mitad de las verduras a cambio de un par de trozos de parafina. Quizás nos vaya un poco mejor en otro sitio, pero nos esforzamos por llevarnos bien con Sae la Grasienta. Es la única con la que siempre podemos contar para comprar perros salvajes. No los cazamos a propósito, pero si te atacan y matas a uno o dos perros, bueno, la carne es carne. "Una vez en la sopa, la llamaré carne de res", dice Sae la Grasienta con un guiño.

Nadie en la Veta rechazaría una buena pata de perro salvaje, pero los agentes de la paz que vienen al Quemador pueden permitirse el lujo de ser un poco más exigentes.

Al terminar nuestras compras en el mercado, vamos a la puerta trasera de la casa del alcalde a vender la mitad de las fresas, sabiendo que le encantan y que puede pagar nuestro precio. La hija del alcalde, Madge, nos abre. Está en mi mismo curso. Siendo la hija del alcalde, uno esperaría que fuera una esnob, pero es normal. Es muy reservada.

Como yo. Como ninguno de los dos tiene un grupo de amigos, parece que acabamos juntos a menudo en la escuela. Almorzamos, nos sentamos juntos en las asambleas, hacemos deporte en pareja. Rara vez hablamos, lo cual nos viene de maravilla.

Hoy su uniforme escolar gris ha sido reemplazado por un costoso vestido blanco. Vestido, y su cabello rubio está recogido con una cinta rosa. Cosechando ropa.

“Bonito vestido”, dice Gale.

Madge lo mira fijamente, intentando ver si es un cumplido sincero o si solo está siendo irónico. Es un vestido bonito, pero ella nunca lo usaría normalmente. Aprieta los labios y luego sonríe. "Bueno, si al final voy al Capitolio, quiero verme bien, ¿no?"

Ahora es el turno de Gale de estar confundido. ¿Habla en serio? ¿O se está burlando de él? Supongo que es lo segundo.

—No irás al Capitolio —dice Gale con frialdad. Su mirada se posa en un pequeño broche circular que adorna su vestido. Oro auténtico. De una factura exquisita. Podría mantener a una familia con pan durante meses. "¿Qué puedes tener? ¿Cinco entradas? Yo tenía seis cuando tenía solo doce años".

“No es culpa suya”, le digo.

—No, no es culpa de nadie. Simplemente es así —dice Gale.

El rostro de Madge se ha vuelto inexpresivo. Me pone el dinero de las bayas en la mano. «Buena suerte, Katniss».

“Tú también”, digo y la puerta se cierra.

Caminamos hacia la Veta en silencio. No me gusta que Gale se burlara de Madge, pero tiene razón, claro. El sistema de cosecha es injusto, y los pobres se llevan la peor parte. Te haces elegible para la cosecha el día que cumples doce años. Ese año, tu nombre se inscribe una vez. A los trece, dos veces. Y así sucesivamente hasta los dieciocho, el último año de elegibilidad, cuando tu nombre entra en la lista siete veces. Eso aplica a todos los ciudadanos de los doce distritos de todo el país de Panem.

Pero aquí está el truco. Digamos que eres pobre y te mueres de hambre como nosotros. Puedes optar por añadir tu nombre más veces a cambio de teselas. Cada tesela equivale a un magro suministro de grano y aceite para una persona durante un año. Puedes...

Esto también para cada miembro de tu familia. Así que, a los doce años, mi nombre figuraba cuatro veces. Una, por obligación, y tres veces para teselas de grano y aceite para mí, Prim y mi madre. De hecho, todos los años he tenido que hacerlo. Y las entradas son acumulativas. Así que ahora, a los dieciséis, mi nombre figurará veinte veces. Gale, de dieciocho años, que lleva siete años ayudando o alimentando él solo a una familia de cinco, figurará cuarenta y dos veces.

Se entiende por qué alguien como Madge, quien nunca ha corrido el riesgo de necesitar una tesela, puede provocarlo. La probabilidad de que su nombre salga en el sorteo es mínima comparada con la de quienes vivimos en la Veta. No imposible, pero sí mínima. Y aunque las reglas las estableció el Capitolio, no los distritos, y mucho menos la familia de Madge, es difícil no sentir resentimiento hacia quienes no tienen que inscribirse para obtener tesela.

Gale sabe que su ira contra Madge está mal dirigida. Otros días, en lo profundo del bosque, lo he escuchado despotricar sobre cómo las teselas son solo otra herramienta para causar miseria en nuestro distrito. Una forma de sembrar el odio entre los trabajadores hambrientos de la Veta y aquellos que generalmente pueden contar con la cena, y así asegurar que nunca confiaremos los unos en los otros. «Al Capitolio le conviene que estemos divididos», diría si no hubiera oídos para oír excepto los míos. Si no fuera el día de la cosecha. Si una chica con un prendedor de oro y sin teselas no hubiera hecho lo que estoy seguro que creía inofensivo.
comentario.

Mientras caminamos, miro el rostro de Gale, aún ardiendo bajo su expresión pétrea. Sus enojos me parecen inútiles, aunque nunca lo digo. No es que no esté de acuerdo con él. Sí. Pero ¿de qué sirve gritar sobre el Capitolio en medio del bosque? No cambia nada. No hace que las cosas sean justas. No nos llena el estómago. De hecho, ahuyenta a los animales cercanos. Aun así, lo dejo gritar. Mejor que lo haga en el bosque que en el distrito.

Gale y yo dividimos nuestro botín, dejando dos peces y un par de panes de buen pan, verduras, un cuarto de fresas, sal, parafina y un poco de dinero para cada uno.

“Nos vemos en la plaza”, le digo.

“Ponte algo bonito”, dice rotundamente.

En casa, encuentro a mi madre y a mi hermana listas para irse. Mi madre lleva un elegante vestido de sus días de boticaria. Prim lleva mi primer atuendo de cosecha: falda y blusa con volantes. Le queda un poco grande, pero mi madre...

La sujetó con alfileres. Aun así, le cuesta mantener la blusa metida por detrás.

Me espera una tina con agua tibia. Me froto la tierra y el sudor del bosque e incluso me lavo el pelo. Para mi sorpresa, mi madre me ha preparado uno de sus preciosos vestidos. Un vestido azul claro con zapatos a juego.

"¿Estás segura?", pregunto. Intento superar el rechazo a sus ofertas de ayuda. Por un tiempo, estuve tan enojada que no le permitía hacer nada por mí. Y esto es algo especial. La ropa de su pasado es muy valiosa para ella.

—Claro. Vamos a recogerte el pelo también —dice. La dejé secarlo con una toalla. y trenzarlo en mi cabeza. Apenas me reconozco en el espejo roto que está apoyado en la pared.

—Te ves hermosa —dice Prim en voz baja.

"Y nada como yo", le digo. La abrazo, porque sé que estos próximos Unas horas serán terribles para ella. Su primera cosecha. Está lo más segura posible, ya que solo ha entrado una vez. No le permití sacar ninguna tesela. Pero está preocupada por mí. Que suceda lo impensable.

Protejo a Prim por todos los medios, pero soy impotente ante la cosecha. La angustia que siempre siento cuando sufre me sube al pecho y amenaza con reflejarse en mi rostro. Noto que su blusa se ha salido de la falda por detrás y me obligo a mantener la calma. "Mete la cola, patito", le digo, alisando la blusa para que vuelva a su sitio.

Prim se ríe y me dice un pequeño "cuac".

—Cállate —digo con una risa suave. De esas que solo Prim me saca—. Venga, comamos —digo, y le doy un beso rápido en la cabeza.

El pescado y las verduras ya se están cocinando en un guiso, pero eso será para... Cena. Decidimos guardar las fresas y el pan de panadería para la cena de esta noche, para que fuera especial, decimos. En lugar de eso, bebemos leche de la cabra de Prim, Lady, y comemos el pan duro hecho con el grano de tessera, aunque de todas formas nadie tiene mucho apetito.

A la una, nos dirigimos a la plaza. La asistencia es obligatoria a menos que estés a punto de morir. Esta tarde, los funcionarios vendrán a comprobarlo. De lo contrario, serás encarcelado.

Es una lástima, de verdad, que celebren la cosecha en la plaza, uno de los pocos lugares del Distrito 12 que puede ser agradable. La plaza está rodeada

Junto a las tiendas, y en los días de mercado, sobre todo si hace buen tiempo, se percibe un aire festivo. Pero hoy, a pesar de las pancartas brillantes que cuelgan de los edificios, se respira un aire sombrío. Los equipos de cámara, encaramados como buitres en los tejados, no hacen más que acentuar el efecto.

La gente entra en silencio y firma. La cosecha es una buena oportunidad. para que el Capitolio también controle a la población. Los chicos de entre doce y dieciocho años son arreados a zonas acordonadas, delimitadas por edades: los mayores al frente, los jóvenes, como Prim, al fondo. Los familiares se alinean alrededor del perímetro, agarrados con fuerza de la mano. Pero también hay otros que no tienen a nadie a quien amar en juego, o a quienes ya no les importa, que se cuelan entre la multitud, apostando por los dos chicos cuyos nombres saldrán en el sorteo. Se dan probabilidades sobre sus edades, si son de la Veta o comerciantes, si se desmoronan y lloran. La mayoría se niega a tratar con los mafiosos, pero con mucho cuidado. Estas mismas personas tienden a ser informantes, ¿y quién no ha infringido la ley? Podrían dispararme a diario por cazar, pero el apetito de los que mandan me protege. No todos pueden decir lo mismo.

De todos modos, Gale y yo estamos de acuerdo en que si tenemos que elegir entre morir de... hambre y una bala en la cabeza, la bala sería mucho más rápida.

El espacio se vuelve más reducido y claustrofóbico a medida que llega la gente. La plaza es bastante grande, pero no lo suficiente para albergar a los aproximadamente ocho mil habitantes del Distrito 12. Los que llegan tarde son dirigidos a las calles adyacentes, donde pueden ver el evento en pantallas, televisado en vivo por el estado.

Me encuentro de pie entre un grupo de dieciséis de la Veta. Intercambiamos breves asentimientos y luego centramos nuestra atención en el escenario provisional instalado frente al Edificio de Justicia. Tiene tres sillas, un podio y dos grandes bolas de cristal, una para los chicos y otra para las chicas. Observo los papeles en la bola de las chicas. Veinte tienen escrito "Katniss Everdeen" con una caligrafía cuidada.

Dos de las tres sillas están ocupadas por el padre de Madge, el alcalde Undersee, un hombre alto y calvo, y Effie Trinket, la escolta del Distrito 12, recién llegada del Capitolio con su aterradora sonrisa blanca, su cabello rosado y su traje verde primavera. Murmuran entre sí y luego miran con preocupación el asiento vacío.

Justo cuando el reloj del pueblo da las dos, el alcalde sube al podio y comienza a leer. Es la misma historia todos los años. Cuenta la historia de Panem, el país que surgió de las cenizas de un lugar que una vez se llamó Norteamérica. Enumera los desastres, las sequías, las tormentas, las

Los incendios, los mares invasores que devoraron gran parte de la tierra, la brutal guerra por el escaso sustento que quedaba. El resultado fue Panem, un resplandeciente Capitolio rodeado de trece distritos, que trajo paz y prosperidad a sus ciudadanos. Luego llegaron los Días Oscuros, la sublevación de los distritos contra el Capitolio. Doce fueron derrotados, el decimotercero aniquilado. El Tratado de Traición nos dio las nuevas leyes para garantizar la paz y, como recordatorio anual de que los Días Oscuros no deben repetirse, nos trajo los Juegos del Hambre.

Las reglas de los Juegos del Hambre son sencillas. Como castigo por la sublevación, cada uno de los doce distritos debe proporcionar una niña y un niño, llamados tributos, para participar. Los veinticuatro tributos serán confinados en una vasta arena al aire libre que podría albergar desde un desierto abrasador hasta un páramo helado. Durante varias semanas, los competidores deberán luchar a muerte. El último tributo en pie ganará.

Sacar a los niños de nuestros distritos, obligarlos a matarse entre ellos mientras observamos: esta es la forma en que el Capitolio nos recuerda lo completamente a su merced. Las pocas posibilidades que tendríamos de sobrevivir a otra rebelión. Sean cuales sean las palabras que usen, el verdadero mensaje es claro: «Miren cómo nos llevamos a sus hijos y los sacrificamos, y no hay nada que puedan hacer. Si mueven un dedo, los destruiremos a todos. Tal como hicimos en el Distrito Trece».

Para que sea humillante y a la vez tortuoso, el Capitolio nos exige que tratemos los Juegos del Hambre como una festividad, un evento deportivo que enfrenta a cada distrito contra los demás. El último tributo vivo recibe una vida tranquila en casa, y su distrito recibirá una lluvia de premios, principalmente comida.
Durante todo el año, el Capitolio mostrará al distrito ganador regalos de granos y aceite e incluso delicias como azúcar, mientras el resto de nosotros luchamos contra el hambre.

“Es a la vez tiempo de arrepentimiento y tiempo de acción de gracias”, entona el alcalde.

Luego lee la lista de los ganadores anteriores del Distrito 12. En setenta y cuatro años, Hemos tenido exactamente dos. Solo uno sigue vivo. Haymitch Abernathy, un hombre barrigón de mediana edad, que en ese momento parece gritar algo ininteligible, sube al escenario tambaleándose y cae en la tercera silla. Está borracho. Mucho. El público responde con un aplauso simbólico, pero él, confundido, intenta abrazar a Effie Trinket, pero ella apenas logra repelerlo.

El alcalde parece angustiado. Como todo esto se está televisando, ahora mismo el Distrito 12 es el hazmerreír de Panem, y él lo sabe. Rápidamente intenta volver a centrar la atención en la cosecha presentando a Effie Trinket.

Brillante y alegre como siempre, Effie Trinket sube al podio y da Su firma: "¡Felices Juegos del Hambre! ¡Y que la suerte esté siempre de tu lado!". Su cabello rosa debe ser una peluca, porque sus rizos se han descentrado un poco desde su encuentro con Haymitch. Continúa hablando del honor que es estar aquí, aunque todos saben que solo anhela que la asciendan a un distrito mejor donde haya verdaderos vencedores, no borrachos que te acosen delante de todo el país.

Entre la multitud, veo a Gale mirándome con una leve sonrisa. Como suele ser una cosecha, esta al menos tiene un toque de entretenimiento. Pero de repente pienso en Gale y sus cuarenta y dos nombres en esa gran bola de cristal, y en cómo las probabilidades no están a su favor. No comparado con muchos de los chicos. Y quizá él esté pensando lo mismo de mí porque su rostro se ensombrece y se da la vuelta. «Pero aún quedan miles de resbalones», me gustaría poder susurrarle.

Es hora del sorteo. Effie Trinket dice como siempre: "¡Primero las damas!" y se acerca a la bola de cristal con los nombres de las chicas. Mete la mano, la hunde profundamente en la bola y saca un papelito.
La multitud toma una bocanada de aire colectiva y entonces se oye caer un alfiler, y siento náuseas y espero desesperadamente que no sea yo, que no sea yo, que no sea yo.

Effie Trinket regresa al podio, alisa el papelito y lee el nombre con voz clara. Y no soy yo.

Es Primrose Everdeen.

acknowledgments

Mi querido amigo y colaborador creativo, James Proimos, falleció el 8 de julio de 2024, mientras terminaba esta novela. Artista y escritor excepcional, sus libros, deliciosamente divertidos e ingeniosos, animan a su público a considerar la construcción de un mundo más amable y gentil, con cada pastelito. Entre mis favoritos se encuentran " Las muchas aventuras de Johnny Mutton", " El deseo de Joe" y "Paulie Pastrami logra la paz mundial".

Estoy bastante seguro de que Los Juegos del Hambre no existirían sin Jim (lo cual Por eso el primer libro está dedicado a él). Nos conocimos en Generation O!, un programa de televisión animado que él cocreó. Jim pensó que debería ser escritor y me animó repetidamente a intentarlo. Me dijo que escribiera algo, cualquier cosa, y luego haría algunos dibujos para ello y su agente, Rosemary Stimola, tendría que revisarlo. Así empezó todo. Ni los libros del abecedario ni los de contar que intentamos encontrar un sitio, aunque el arte de Jim era fantástico. Pero me conectaron lo suficiente con Rosemary como para que, la mañana que me desperté entusiasmado con la idea de Gregor the Overlander, me sintiera cómodo llamándola a una hora inapropiadamente temprana y presentársela. El resto se desarrolló a partir de ahí. Parece improbable que hubiera encontrado mi camino hacia los libros sin Jim, y siempre le estaré agradecido por abrirme esa puerta y empujarme silenciosa y persistentemente a través de ella.

Jim fue uno de los pensadores verdaderamente originales con los que he tenido el privilegio de trabajar. Colaboramos en varios proyectos de televisión, pero solo en un libro más. Me costaba encontrar la manera de convertir mis recuerdos del año en que mi padre fue desplegado en Vietnam en un libro ilustrado. Durante una conversación casual...

Durante el almuerzo, comencé a contarle la historia a Jim. A medida que respondía, comencé a ver cómo cobraba vida con su arte, no oscuro ni recargado, sino a través de los ojos de un niño de seis años. El Año de la Jungla fue una historia difícil de contar, mucho más personal que mi escritura habitual, y tener a mi lado a un amigo empático y de confianza me dio el coraje para explorarla. Su increíble arte, que transforma la selva de un patio de recreo mágico a una pesadilla aterradora, manteniendo un estilo visual infantil, hizo posible el libro.

Por el ánimo, por la selva y por tantos años de tu Amabilidad, humor, paciencia, talento y amistad, gracias, Jim. A estas alturas, creo que puedo decir con seguridad: «Nunca nos distanciaremos».

Además, me gustaría agradecer a mi amigo y primer lector, Cap Pryor; A mi hijo, Charlie; y a mi agente, Rosemary, ya mencionada, por su impactante respuesta inicial a este libro. Mis buenos amigos, Richard Register y Michael Arndt, también me brindaron un apoyo y unas aportaciones invaluables para la historia.

Volver a Scholastic siempre es una alegría. Mi más sincero agradecimiento, una vez más, a mi director editorial, David Levithan, quien siempre ha sido tan generoso al compartir su extraordinaria experiencia como autor; a mi primera y siempre editora, Kate Egan, quien me ha asesorado maravillosamente desde el primer libro de Gregor; a la receptiva Emily Seife, cuyas sinceras y emotivas notas me dieron el impulso que tanto necesitaba cuando me faltaban las pilas; a nuestra magnífica correctora, Joy Simpkins, por captar lo que el resto no captamos; y a Elizabeth Parisi y Tim O'Brien por otra magnífica portada.

Un gran saludo al resto de mi fabulosa familia editorial: el difunto, gran Dick Robinson, Iole Lucchese, Peter Warwick, Ellie Berger, Rachel Coun, Lizette Serrano, Tracy van Straaten, Katy Coyle, Madeline Muschalik, Mark Seidenfeld, Leslie Garych, Erin O'Connor, JoAnne Mojica, Melissa Schirmer, Maeve Norton, Bonnie Cutler, Nelson Gómez, Lauren Fortune, Paul Gagne, Andrea Davis Pinkney, Billy DiMichele y todo el equipo de ventas de Scholastic.

Una nota sobre las canciones: «El Cuervo» de Edgar Allan Poe se publicó por primera vez en 1845. «¡Ah! Girasol» de William Blake apareció en sus Canciones de la Experiencia en 1794. «El Ganso y el Campo Común» fue escrita por un autor desconocido en el siglo XVII o XVIII. «Mariquita, Mariquita» es una versión del Distrito 12 de una canción infantil centenaria. Escribí «La Canción de la Arena de Wiress» y «La Canción de la Cosecha» para esta historia.

“La canción del feliz cumpleaños” y “La joya de Panem” aparecieron por primera vez en la novela La balada de los pájaros cantores y las serpientes; James Newton Howard escribió

La música de esta última para la gran pantalla. La letra de "El Árbol del Ahorcado" se originó en el libro Sinsajo, y la versión cinematográfica fue compuesta por Jeremiah Caleb Fraites y Wesley Keith Schultz de los Lumineers, con arreglos de James Newton Howard. "Nothing You Can Take From Me", "The Ballad of Lucy Gray Baird" y "The Old Therebefore" aparecieron por primera vez en la novela de la Balada , y Dave Cobb compuso la música para la película. Nuestro más sincero agradecimiento a todos estos artistas, desde tiempos remotos hasta la actualidad, cuyas obras brillantes, extravagantes y conmovedoras han enriquecido Panem.

Gestionar este mundo ficticio es un trabajo complejo y en constante crecimiento. Rosemary; mi agente de entretenimiento, Jason Dravis; los expertos legales Eleanor Lackman, Diane Golden y Sarah Lerner; y mi hija, Izzy, que mantiene en forma la oficina del Distrito 12: gracias por el excelente trabajo que hacen para asegurarse de que todo funcione sin problemas.

Ojalá mi papá estuviera aquí para ver que nuestras conversaciones sobre David Hume inspiraron Amanecer en la Siega, y espero que mi madre, que estudia literatura inglesa y comparte conmigo su pasión por la literatura, disfrute de esta historia. Les mando mucho cariño siempre.

A todos mis maravillosos lectores, gracias por regresar una vez más a Panem y sumergirse en estos personajes y sus luchas, incluso sabiendo el desenlace final. Puede que nieve, pero también sale el sol.

ABOUT THE AUTHOR

Suzanne Collins es la autora de éxito internacional de la serie Los Juegos del Hambre, que también incluye las novelas Los Juegos del Hambre, En Llamas, Sinsajo y Balada de Pájaros Cantores y Serpientes. En conjunto, los libros han vendido más de 100 millones de ejemplares y sirvieron de inspiración para cinco películas populares. Entre sus otros libros se incluyen la aclamada serie Crónicas de las Tierras Bajas, que comienza con Gregor el Explorador, y el libro ilustrado El Año de la Jungla, ilustrado por James Proimos. Hasta la fecha, sus libros se han publicado en cincuenta y tres idiomas en todo el mundo.

Datos de catalogación en publicación de la Biblioteca del Congreso disponibles e-ISBN
978-1-5461-7147-8 Primera
edición, marzo de 2025 Diseño de sobrecubierta y libro
por Elizabeth B. Parisi Arte de sobrecubierta por Tim O'Brien, © 2025 Scholastic Inc.

SUNRISE ON THE REAPING



A HUNGER GAMES NOVEL BY

SUZANNE COLLINS